
El secreto de la institutriz
Verity Thorne

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: The Governess's Secret
Autor: Verity Thorne
Fecha de publicación original: Julio, 2025

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

# EL SECRETO DE LA INSTITUTRIZ



VERITY THORNE

# ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

También de Verity Thorne

# CAPÍTULO 1



Las ruedas del carruaje crujían sobre la grava, y cada giro acercaba a Clara Finch a una vida que jamás había imaginado. A través de la ventanilla surcada de polvo, Westridge Hall se alzaba como salida de una novela gótica: toda piedra gris y ángulos afilados, con sus ventanas atrapando la pálida luz de octubre cual ojos vigilantes.

Clara se alisó el oscuro vestido de viaje, de tela gastada pero bien cuidada. Cada prenda de su modesto guardarropa la había elegido con esmero: lo bastante respetable para una institutriz, lo bastante discreta para no llamar la atención. Llevaba semanas ensayando aquel papel, escrutando su reflejo hasta no ver en él más que serena competencia.

La finca se extendía ante ella en perfecto orden. Césped impecable, setos recortados con precisión, robles centenarios que montaban guardia a lo largo del camino. Todo hablaba de dinero antiguo y tradiciones aún más antiguas. El tipo de riqueza que había resistido generaciones de tormentas. Clara debería haberse sentido intimidada, pero en su lugar notó cómo una fría satisfacción se le instalaba en el pecho. Las fachadas hermosas solían ocultar los secretos más feos.

Cuando el carruaje se detuvo ante la imponente entrada principal, Clara reparó en el silencio que lo envolvía todo. Ni perros

que ladraran, ni criados yendo y viniendo, ningún sonido de vida. Hasta el viento parecía haberse acallado, como si la propia casa exigiera silencio a cuanto la rodeaba.

El cochero bajó del pescante, un hombre parco en palabras que apenas había abierto la boca durante el trayecto desde la estación. Clara había agradecido aquel silencio: le había dado tiempo para prepararse, para ensayar el delicado equilibrio que tendría que mantener entre respeto y dignidad.

—Westridge Hall, señorita —anunció mientras abría la portezuela y le tendía la mano.

Clara aceptó su ayuda, y al posar los pies en la grava sintió un vuelco en el estómago, como si aquel gesto fuera definitivo. La casa se cernía sobre ella; su arquitectura gótica le confería un aire de romance sombrío que parecía reñido con la precisión matemática de los jardines. Aquellas altas ventanas la observaban fijamente, y tuvo la incómoda sensación de que la examinaban y tal vez la encontraban deficiente.

La puerta principal se abrió antes de que pudiera llamar y dejó ver a una mujer de unos sesenta años, con el cabello gris acero recogido hacia atrás con tanta fuerza que parecía tensarle la piel. Su vestido negro era inmaculado; cada pliegue y cada costura delataban unos estándares inflexibles. Unos ojos azul pálido recorrieron a Clara con la minuciosidad de un general que pasara revista a sus tropas.

—Usted debe de ser la señorita Finch —dijo la mujer, con una voz que destilaba la autoridad de quien lleva mucho tiempo acostumbrada a ser obedecida—. Soy la señora Redley, el ama de llaves. El señor Harrow me ha pedido que la instale.

Clara inclinó la cabeza lo justo para mostrar respeto sin caer en el servilismo.

—Señora Redley. Gracias por tomarse la molestia.

—Le subirán el baúl enseguida —continuó la señora Redley mientras se hacía a un lado—. El señor Harrow está atendiendo asuntos de la finca, pero lo conocerá en la cena. Venga, le enseñaré su habitación y le explicaré cómo funcionan las cosas aquí.

Clara cruzó el umbral y sintió que la casa se cerraba a su alrededor como un ser vivo. El vestíbulo era inmenso, con el techo perdiéndose en las sombras de lo alto. Una gran escalinata ascendía trazando una elegante curva, con la barandilla tan pulida que relucía como un espejo. Todo brillaba con un mantenimiento esmerado, pero el efecto general resultaba frío más que acogedor.

—La familia lleva tres generaciones viviendo en Westridge Hall —dijo la señora Redley mientras guiaba a Clara hacia una escalera más estrecha en la parte trasera del vestíbulo—. El abuelo del señor Harrow construyó casi todo lo que ve, aunque algunas partes de la mansión original son mucho más antiguas. Aquí mantenemos un nivel de exigencia muy alto.

El énfasis en aquel «mantenemos» no le pasó desapercibido a Clara. La estaban advirtiendo, en los términos más corteses posibles, de que allí no se tolerarían alteraciones. Archivó la información mientras iba catalogando las reglas tácitas que regían aquel lugar.

La escalera de servicio era estrecha y puramente funcional, un marcado contraste con la grandiosidad del vestíbulo principal. Los tacones de Clara repiqueteaban contra los gastados peldaños de madera mientras subían, y el sonido resonaba en aquel espacio angosto.

—El cuarto de los niños y el aula están en el ala este —explicó la señora Redley al llegar a un rellano—. La señorita Violet es... una niña sensible. Le afectó mucho perder a su madre hace dos años.

Clara percibió la vacilación, la cuidadosa elección de palabras que insinuaba corrientes más profundas.

—Por supuesto. Tengo cierta experiencia con niños que han sufrido pérdidas.

No era del todo mentira, aunque su experiencia provenía de su propia infancia, no de ninguna formación profesional. Había aprendido a reconocer el duelo en todas sus formas tras la muerte de su madre, cuando apenas era mayor que Violet.

—Su habitación es esta —anunció la señora Redley al abrir una puerta al final de un pasillo flanqueado por severos retratos—. Es modesta, pero cómoda. Encontrará recado de escribir en el escritorio, y hay un pequeño rincón donde podrá tener intimidad.

La habitación era, en efecto, modesta: una cama estrecha de armazón sencillo, un armario que había conocido tiempos mejores, un escritorio bajo la única ventana, con vistas al huerto. Las paredes, pintadas de un crema funcional, estaban desnudas salvo por una pequeña cruz sobre la cama. Era, sin duda, una habitación de servicio, pensada para ofrecer una comodidad básica sin difuminar los límites.

Clara se acercó a la ventana y contempló las hileras ordenadas de hierbas y hortalizas que se extendían hasta los árboles del fondo. Hasta los jardines parecían conocer allí su lugar en el orden de las cosas.

—La cena se sirve a las ocho —dijo la señora Redley con las manos cruzadas sobre el vientre—. Cenará con la familia, dada su posición. El desayuno es a las siete, y la señorita Violet deberá estar lista para las clases a las nueve en punto.

—¿Qué puede decirme de su horario actual? ¿De sus intereses?

La expresión de la señora Redley se enfrió.

—La señorita Violet se ha mostrado... difícil últimamente. Necesita mano firme y rutina. El señor Harrow tiene expectativas muy concretas respecto a su educación.

Clara asintió, aunque se propuso formarse su propia opinión. Por experiencia sabía que los niños tachados de «difíciles» a menudo no eran más que niños afligidos o asustados cuyas reacciones naturales se confundían con rebeldía.

—La dejo para que se instale —dijo la señora Redley encaminándose hacia la puerta—. La campana suena a las ocho menos cuarto. No llegue tarde.

Cuando la puerta se cerró, Clara se permitió por fin respirar. La habitación parecía haberse encogido; las paredes se cerraban sobre ella como si el propio edificio pusiera a prueba su determinación.

Se volvió hacia el baúl, colocado con precisión militar a los pies de la cama. Sus pertenencias eran escasas, pero cuidadosamente elegidas: libros que servirían tanto a su propósito declarado como a sus intenciones ocultas; ropa que le permitiría pasar desapercibida sin renunciar a la dignidad necesaria; y, enterrados bajo todo lo

demás, los objetos que representaban su verdadera razón para estar allí.

Clara deshizo el equipaje con método. Cada prenda colgada con esmero, cada libro colocado con intención. Había aprendido a viajar ligera, a llevar solo lo esencial, pero cada objeto lo había elegido por su utilidad.

Lo último que sacó fue un diario muy manoseado, con la cubierta de cuero suavizada por el uso. Lo sostuvo un momento, los dedos recorriendo los surcos familiares, antes de guardarlo con cuidado en el cajón del escritorio. Debajo había un recorte de periódico doblado, con los bordes amarillentos por el tiempo y el manoseo. Vaciló. El titular apenas se distinguía, pero ella conocía cada palabra de memoria. Lo deslizó bajo el diario, con el rostro impenetrable, y cerró el cajón con firmeza.

La mano de Clara tembló ligeramente al encajar el pestillo, cuyo chasquido resonó con fuerza antinatural en el silencio. Había recorrido un largo camino desde la vida acomodada que conociera antaño, desde los salones y las fiestas campestres donde la recibían como a alguien completamente distinto. Ahora era la Srta. Finch, institutriz: un papel que le vendría de perlas si lo desempeñaba con cautela.

Un golpe suave interrumpió sus pensamientos. Clara se recompuso de inmediato: se alisó las faldas y compuso en su rostro una expresión de interés profesional.

—Adelante.

La puerta se abrió y dejó ver a una niña de unos ocho años, con el cabello oscuro trenzado con precisión matemática y el vestido azul pálido impecable pese a lo avanzado de la hora. Permanecía en el umbral con la quietud de quien ha aprendido a hacerse invisible, y sus grandes ojos grises estudiaban a Clara con una intensidad inquietante.

—Debes de ser la Srta. Violet —dijo Clara con una sonrisa amable —. Soy la Srta. Finch, tu nueva institutriz.

La niña no dijo nada, pero Clara captó el fugaz desvío de su mirada hacia el escritorio, el modo casi imperceptible en que se le tensaron las pequeñas manos. Era una niña que había aprendido a

interpretar el comportamiento de los adultos, que había desarrollado la vigilancia propia de quien vive donde las emociones discurren ocultas bajo la superficie.

—Esperaba que pudiéramos conocernos —continuó Clara mientras se alejaba del escritorio para sentarse en el borde de la cama, quedando así más a la altura de la niña—. Quizá podrías hablarme de tus asignaturas favoritas. ¿Te gusta leer?

La mirada de Violet permaneció fija en el rostro de Clara, como si intentara resolver un acertijo. Cuando por fin habló, su voz fue apenas un susurro.

—Las otras institutrices también decían que les gustaba leer.

Las palabras quedaron flotando entre ellas, cargadas de implicaciones. Clara sintió una punzada de algo parecido a la culpa, aunque la desechó enseguida. No había venido allí para engañar a una niña, pero tampoco podía permitir que el sentimentalismo se interpusiera en su propósito.

—Estoy segura de que sí —respondió Clara con cautela—. Pero yo no soy como las otras institutrices. Ahora estoy aquí, y me gustaría mucho saber qué te interesa.

Por un instante, algo brilló en los ojos de Violet: esperanza, quizá, o simple curiosidad. Después, la máscara de educada indiferencia volvió a su sitio, y de nuevo fue la hija perfectamente compuesta de un hombre acaudalado.

—Debería volver a mi habitación —dijo Violet, y se apartó del umbral—. A papá no le gusta que deambule por los pasillos sin motivo.

Clara la observó marcharse, fijándose en la forma cuidadosa en que se movía, en el discreto repiqueteo de sus zapatos sobre las tablas del suelo. Era una niña que había aprendido a navegar el mundo con la cautela de alguien mucho mayor, alguien que ya había descubierto que hasta los puertos seguros podían resultar traicioneros.

A medida que los pasos de Violet se desvanecían por el corredor, Clara regresó a la ventana, con la mirada atraída hacia el parque que se extendía hasta el horizonte. En algún lugar de aquella casa

estaba Gabriel Harrow, el señor de Westridge Hall. Pronto lo conocería en persona, y entonces todo empezaría de verdad.

El pensamiento le provocó una oleada de anticipación, aunque no habría sabido decir si era miedo o excitación. Había pasado meses preparándose para aquel momento, elaborando sus credenciales con meticuloso esmero, creando un pasado que resistiría cualquier escrutinio mientras ocultaba lo que de verdad importaba.

Mientras la luz de la tarde comenzaba a desvanecerse y proyectaba largas sombras sobre los terrenos, Clara divisó una figura que cruzaba el césped allá abajo. Incluso a aquella distancia, distinguía que era un hombre: alto, de hombros anchos, que caminaba con el paso seguro de quien está acostumbrado al mando. Se detuvo cerca de los viejos robles, con el rostro vuelto hacia la casa, y Clara retrocedió instintivamente de la ventana.

Gabriel Harrow. Tenía que ser él.

Desde su escondite, estudió su perfil y reparó en los ángulos marcados de su rostro, en el modo en que se erguía con un porte casi militar. Era más joven de lo que había esperado, quizá no llegaba aún a los cuarenta, con el cabello oscuro que atrapaba los últimos rayos del sol. Incluso a aquella distancia, algo en su presencia resultaba cautivador, algo que hablaba de un poder contenido con esmero.

Como si percibiera que lo observaban, él se volvió hacia su ventana, y a Clara se le cortó la respiración. Por un instante se sintió expuesta, como si aquellos ojos oscuros pudieran atravesar paredes y fingimientos hasta alcanzar la verdad que ocultaba. Después él se alejó y prosiguió su paseo, y Clara soltó el aire que había estado conteniendo.

Aquel breve encuentro la había sacudido más de lo que quería admitir. Había esperado sentir ira cuando por fin lo viera, la furia fría que la había sostenido durante meses de preparación. En cambio, se descubrió inquieta, y sus planes tan cuidadosamente trazados de pronto le parecieron menos firmes.

Una campana sonó en algún lugar de las profundidades de la casa, con un tono grave y resonante. Las ocho menos cuarto. Hora

de prepararse para la cena, para la primera prueba real de su identidad tan cuidadosamente forjada.

Clara se acercó al pequeño espejo sobre el lavabo y examinó su apariencia con ojo crítico, como quien no puede permitirse errores. Llevaba el cabello oscuro pulcramente recogido, el vestido planchado y decoroso, la expresión serena. Era, en todos los sentidos, la viva imagen de una institutriz respetable: una mujer de recursos modestos pero carácter intachable.

La ironía no se le escapaba. Había pasado tanto tiempo perfeccionando el engaño que a veces se preguntaba si aún recordaba quién era en realidad bajo tantas capas de cuidadosa impostura. Pero entonces pensaba en su padre, en la desgracia que lo había llevado a la tumba, en la injusticia que había quedado impune, y su determinación se fortalecía.

No había venido a Westridge Hall en busca de amistad ni comprensión. Había venido con un propósito, uno que requería paciencia y observación minuciosa. Fueran cuales fuesen los secretos que aquella casa ocultara, estaba decidida a descubrirlos.

Clara se alisó las faldas una última vez, comprobó que su diario estuviera a buen recaudo en el cajón del escritorio y se dispuso a bajar a cenar. El verdadero trabajo estaba a punto de comenzar.

# CAPÍTULO 2



El golpe seco en la puerta de Clara sonó justo al amanecer, seguido de la entrada de una joven criada con una palangana de agua humeante. La muchacha se movió en silencio y con eficiencia, los ojos bajos, y solo murmuró —Buenos días, señorita— antes de marcharse tan silenciosamente como había llegado.

Clara se levantó y se vistió con rapidez, eligiendo un práctico vestido de lana gris que transmitía competencia sin pretensiones. Mientras se recogía el cabello oscuro en un moño pulcro, se miró en el pequeño espejo y ensayó la expresión serena que le sería útil en las horas siguientes.

Un segundo golpe sonó cuando terminaba de prepararse. Esta vez era la propia Sra. Redley, con un fajo de papeles en la mano y la misma expresión severa de la noche anterior.

—Buenos días, Srta. Finch. Confío en que haya dormido bien.

—Muy bien, gracias.

En realidad, Clara había pasado horas despierta, con la mente llena de posibilidades y planes, pero el ama de llaves no necesitaba saberlo.

—Excelente. Antes de que empiece con sus obligaciones, hay ciertas cuestiones que debemos tratar.

La Sra. Redley entró en la habitación y cerró la puerta con firmeza.

—Westridge Hall se rige por principios muy específicos, y el Sr. Harrow valora el orden por encima de todo.

Le entregó a Clara la primera hoja: un horario detallado escrito con letra inglesa precisa.

—Aquí se describe la rutina diaria. Desayuno a las siete en punto, lecciones a partir de las nueve. La Srta. Violet almuerza en el cuarto de los niños, cena a las ocho. No se admiten desviaciones de estos horarios.

Clara examinó el horario y advirtió su estructura rígida. Cada momento del día de Violet estaba previsto, desde las oraciones matutinas hasta el estudio vespertino.

—¿Y el aire fresco? ¿El ejercicio?

—Si el tiempo lo permite, la Srta. Violet puede dar un breve paseo por los jardines formales. Solo por el césped sur, y nunca sola.

El tono de la Sra. Redley dejaba claro que incluso esta pequeña concesión se hacía a regañadientes.

El segundo papel contenía una lista de normas de comportamiento que hizo que Clara arqueara ligeramente las cejas. Nada de levantar la voz. Nada de correr por los pasillos. Nada de conversaciones innecesarias con el personal. Ninguna desviación del plan de estudios aprobado sin permiso expreso.

—Estas reglas parecen bastante... completas —dijo Clara con cautela.

—El Sr. Harrow cree que la estructura proporciona seguridad a una niña que ha sufrido una pérdida. La Srta. Violet necesita orientación, no indulgencia.

Los ojos pálidos de la Sra. Redley se clavaron en Clara con una advertencia inequívoca.

—A la institutriz anterior le resultaron... difíciles de cumplir. Confío en que a usted no.

—Por supuesto que no —respondió Clara, aunque por dentro se irritó ante la crítica implícita—. ¿Puedo preguntar qué le ocurrió a la institutriz anterior?

—La Srta. Hartford fue despedida por extralimitarse en sus funciones. Parecía creer que su papel iba más allá de la educación, adentrándose en cuestiones... emocionales que no le correspondían.

Los labios del ama de llaves se fruncieron con desaprobación.

—El Sr. Harrow dejó muy claro que no toleraría semejante intromisión.

Clara asintió y guardó aquella información. Una institutriz que se había preocupado demasiado y había pagado el precio.

—Lo entiendo perfectamente. Mi papel es educar a la Srta. Violet, nada más.

—Exacto.

La Sra. Redley se dirigió hacia la puerta y se detuvo.

—Una última cosa. El estudio del Sr. Harrow está terminantemente prohibido, al igual que sus aposentos privados. El ala este, más allá del cuarto de los niños, no se utiliza y no debe explorarse. Los sirvientes le mostrarán las zonas a las que necesite acceder.

—Por supuesto —aceptó Clara, aunque se grabó mentalmente aquellos territorios prohibidos. Por experiencia sabía que los lugares vedados solían guardar los secretos más interesantes.

Cuando la Sra. Redley se marchó, Clara se tomó un momento para estudiar los papeles con más detenimiento. El horario era sin duda rígido, pero lo que más la inquietaba eran las normas de comportamiento. Parecían diseñadas no para guiar a una niña, sino para controlarla. Para silenciarla.

Guardó los papeles en el cajón del escritorio junto a su diario y bajó a explorar la casa como era debido. Si iba a trabajar allí, necesitaba conocer su distribución... y sus secretos.

La escalera de servicio la condujo a un laberinto de corredores que parecían extenderse sin fin en todas direcciones. Westridge Hall era más grande de lo que aparentaba desde fuera, con habitaciones conectadas por una red de pasadizos que delataban siglos de ampliaciones y reformas.

Clara caminó despacio, memorizando la distribución mientras fingía ser alguien que simplemente buscaba orientarse. La luz matutina que se filtraba por los altos ventanales revelaba una casa impecablemente cuidada pero extrañamente carente de vida. Cada superficie relucía, cada adorno ocupaba su lugar exacto, pero el efecto general era más de museo que de hogar.

El comedor formal era un alarde de grandeza intimidante: una mesa con capacidad para veinte comensales bajo una araña de la que pendían lágrimas de cristal, retratos de ancestros severos que observaban desde las paredes revestidas de madera. Clara podía imaginar lo pequeña que debía de sentirse Violet en aquel espacio, cómo el peso de la historia familiar podía abrumar los hombros de una niña.

El salón era igual de imponente, amueblado con piezas que denotaban riqueza heredada más que gusto personal. Unas pesadas cortinas bloqueaban gran parte de la luz natural y creaban una atmósfera de crepúsculo perpetuo. Clara observó cómo las motas de polvo danzaban en los escasos rayos de sol que lograban atravesar la penumbra; incluso allí, en el espacio de reunión principal de la familia, se percibía cierto abandono.

A continuación encontró la biblioteca, y allí se detuvo con genuina admiración. Estanterías del suelo al techo cubrían tres paredes, repletas de volúmenes encuadernados en cuero que eran fruto de décadas de cuidadosa recopilación. Un gran escritorio dominaba una esquina, con la superficie despejada salvo por un tintero de latón y una pila ordenada de correspondencia.

—La biblioteca es una de mis estancias favoritas.

Clara se volvió de golpe, sobresaltada por aquella voz inesperada. Un hombre joven estaba en el umbral: alto y delgado, con cabello rubio pajizo y ojos amables tras unas gafas de montura metálica. Vestía la ropa sencilla de un sirviente de rango superior, y su sonrisa era sinceramente cálida.

—Disculpe —dijo Clara, llevándose una mano al pecho—. Me ha sobresaltado.

—Mis disculpas. Soy Thomas Hartwell, el secretario del Sr. Harrow. Usted debe de ser la nueva institutriz.

Entró en la estancia con la soltura de quien se siente cómodo en su puesto.

—Quería presentarme, ya que seguramente nos veremos a menudo. A la Srta. Violet le encanta leer.

—Srta. Finch —respondió Clara, tendiéndole la mano—. Y sí, espero fomentar su amor por los libros.

El apretón de manos de Thomas fue firme y breve, y sus modales resultaban refrescantemente informales tras la rígida formalidad de la Sra. Redley.

—La sección infantil está allí —dijo, señalando un estante bajo cerca de las ventanas—. Aunque la Srta. Violet lee muy por encima de lo que corresponde a su edad. Es una niña extraordinariamente inteligente.

—Tengo muchas ganas de trabajar con ella. Dígame, Sr. Hartwell...

—Thomas, por favor. Aquí no somos tan formales como pueda parecer.

Clara sonrió. —Thomas, entonces. ¿Qué puedes contarme sobre los intereses de la Srta. Violet? ¿Su educación previa?

Una sombra cruzó el rostro de Thomas. —Lo ha pasado muy mal, la pobre. La muerte de su madre la afectó profundamente y se ha vuelto bastante... retraída. La institutriz anterior intentó hacerla salir de su caparazón, pero el Sr. Harrow consideró que sus métodos eran demasiado permisivos.

Había algo en su tono que sugería que no estaba del todo de acuerdo con esa valoración. Clara tomó nota mentalmente y añadió el dato a la imagen que iba formándose de la dinámica del hogar.

—¿Y el Sr. Harrow? ¿Qué puedo esperar cuando lo conozca?

Thomas hizo una pausa, como si eligiera las palabras con cuidado. —Es un buen hombre, pero ha pasado por lo suyo. Quiere lo mejor para Violet, aunque a veces... —Se interrumpió y negó con la cabeza—. Bueno, ya se hará usted su propia idea.

Antes de que Clara pudiera insistir, el sonido de unos pasitos resonó en el pasillo. Thomas miró hacia la puerta y sonrió.

—Ah, hablando de la Srta. Violet. Suele venir aquí antes del desayuno.

La niña apareció en el umbral momentos después, con los mismos movimientos precisos y cuidadosos que Clara había observado la noche anterior. Llevaba un vestido azul oscuro con un delantal blanco, y el cabello trenzado tan tirante que parecía estirarle la piel de la cabeza.

—Buenos días, Srta. Violet —dijo Clara con amabilidad—. Estaba admirando la biblioteca.

Los ojos grises de Violet fueron de Clara a Thomas, evaluando la situación con una madurez inquietante. —Buenos días, Srta. Finch. Thomas, papá quiere verte en su estudio.

—Por supuesto. Srta. Finch, las dejo para que se conozcan. —Thomas le sonrió a Violet con evidente cariño—. Recuerda lo que hablamos sobre la nueva colección de poesía, señorita.

Cuando se marchó, Clara y Violet permanecieron en silencio un momento, calibrándose mutuamente. La compostura de la niña era notable, pero Clara percibía la cautela que ocultaba: la vigilancia de quien ha aprendido que no siempre puede fiarse de los adultos.

—Thomas me ha dicho que te gusta leer —dijo Clara mientras se acercaba a la sección infantil—. ¿Te gustaría enseñarme algunos de tus favoritos?

Por un momento, algo brilló en los ojos de Violet: una chispa de interés genuino que enseguida sofocó. —No puedo tocar los libros sin permiso.

—Bueno, como tu institutriz, te doy permiso. Además —añadió Clara en tono de complicidad—, creo que los libros están hechos para que los toquen. ¿De qué otro modo pueden compartir sus historias?

Violet no pudo evitar que sus labios esbozaran el fantasma de una sonrisa. Se acercó a los estantes inferiores con soltura, y sus deditos recorrieron los lomos de volúmenes muy queridos.

—Me gusta este —dijo por fin, sacando una colección de cuentos de hadas—. Aunque papá dice que esas historias son frívolas.

Clara aceptó el libro y observó cómo las manos de Violet se demoraban en la cubierta, como si no quisieran soltarlo. —Creo que las historias nos ayudan a entender el mundo. Nos enseñan el valor y la bondad, ¿no te parece?

Violet asintió despacio, pero enseguida pareció contenerse. —Pero no son reales. Papá dice que debo centrarme en materias prácticas.

—¿Y qué estudiarías si pudieras elegir lo que quisieras?

La pregunta pareció sorprender a Violet. Miró hacia la puerta como para asegurarse de que nadie escuchaba y se acercó más a Clara.

—Me gustaría aprender cosas de otros lugares —susurró—. Del mundo que hay más allá de Westridge Hall. Y me gustaría pintar de verdad, no solo copiar dibujos.

Clara sintió una punzada de ternura por aquella niña seria con sus sueños ocultos. —Quizá podamos explorar el mundo a través de nuestras lecciones. La geografía puede ser toda una aventura si se enfoca bien.

—¿De verdad? —Por primera vez, la voz de Violet delataba un entusiasmo genuino.

—De verdad. Y en cuanto a pintar... —Clara recorrió con la mirada la gran biblioteca con su ambiente solemne—. Creo que la creatividad es tan importante como la aritmética, ¿no te parece?

Antes de que Violet pudiera responder, la campana del desayuno resonó por la casa. La niña se enderezó de inmediato; aquel breve momento de apertura se cerró como una ventana.

—No debemos llegar tarde —dijo mientras devolvía el libro a su estante con cuidado—. A papá no le gusta la impuntualidad.

Clara la siguió hasta el salón del desayuno y observó cómo los hombros de Violet se tensaban a medida que se acercaban. La estancia era más pequeña que el comedor formal, pero no menos imponente, con paneles de madera oscura y ventanas que daban al camino de entrada.

Violet ocupó su sitio en la mesa con una precisión ensayada: espalda recta, manos cruzadas en el regazo. Clara se sentó frente a ella y observó cómo la niña untaba la tostada con gestos precisos y comedidos.

—Cuéntame cómo son tus lecciones —dijo Clara en tono desenfadado—. ¿Qué materias has estado estudiando?

—Matemáticas, latín, francés, historia y buenos modales —recitó Violet como si leyera de una lista—. La Srta. Hartford también intentó enseñarme acuarela, pero papá pensó que era una pérdida de tiempo.

Clara enarcó una ceja. ¿Latín para una niña de ocho años? El programa parecía más propio de un muchacho que se preparara para la universidad que de una niña pequeña. —Es un plan de estudios bastante ambicioso. ¿Hay alguna materia que te guste especialmente?

Violet sopesó la pregunta con la seriedad de una erudita. —Me gustan las matemáticas. Los números no cambian de significado según quién pregunte.

El comentario fue tan inesperadamente sofisticado que Clara casi se atragantó con el té. Tenía delante a una niña que ya había aprendido a valorar la constancia en un mundo que se había revelado poco fiable.

—Eso es muy sabio —dijo Clara con cautela—. Aunque creo que descubrirás que algunas materias también pueden ser bastante fiables, una vez que las conoces.

Terminaron el desayuno en un silencio agradable, y Clara descubrió que aquella niña seria empezaba a caerle bien de verdad. Había inteligencia en ella, y una sensibilidad cuidadosamente oculta bajo capas de disciplina rígida.

Mientras se preparaban para ir al aula, Clara divisó una figura que cruzaba el césped delantero a grandes zancadas. Incluso a esa distancia, reconoció la presencia alta y autoritaria que había atisbado desde su ventana la noche anterior.

Gabriel Harrow avanzaba con determinación, el abrigo oscuro ondeando a su espalda mientras devoraba el terreno con pasos largos y eficientes. Su rostro mostraba líneas severas; todo en él irradiaba autoridad y control. Era un hombre acostumbrado a que sus órdenes se cumplieran sin rechistar.

Clara se descubrió observando su perfil con más interés del que quería admitir. Había algo cautivador en su presencia, algo que insinuaba profundidades bajo aquella superficie autoritaria. Apartó la mirada, irritada consigo misma por su propia fascinación.

—Ese es papá —dijo Violet en voz baja, siguiendo la mirada de Clara—. Viene de montar. Sale a caballo todas las mañanas al amanecer.

—¿Alguna vez te lleva con él?

Violet negó con la cabeza, con expresión deliberadamente neutra.

—Papá dice que las damas no necesitan montar. No es práctico.

Clara se mordió la lengua. La idea de que montar no fuera práctico para una niña que vivía en una finca rural era absurda, pero ya estaba aprendiendo a sortear las restricciones particulares que regían el mundo de Violet.

Se dirigieron al aula, un espacio luminoso y ventilado en el ala este que daba a los jardines. A diferencia del resto de la casa, esta habitación parecía vivida, con libros esparcidos sobre las mesas y mapas clavados en las paredes. Un globo terráqueo reposaba en una esquina, y Clara se alegró de ver material de pintura guardado en un estante alto.

—A la Srta. Hartford le gustaba esta habitación —dijo Violet, acomodándose en un pequeño escritorio colocado para aprovechar la luz de la mañana—. Decía que era el lugar más feliz de la casa.

Clara comenzó a organizar los materiales del día y decidió empezar con geografía, como había prometido.

—¿Qué le pasó a la Srta. Hartford? ¿Por qué se fue?

El rostro de Violet volvió a cerrarse; la máscara cuidadosa regresó a su lugar.

—Hacía demasiadas preguntas. Papá dijo que olvidó cuál era su lugar.

Las palabras le provocaron un escalofrío. Estaba empezando a comprender los límites invisibles que regían la vida en Westridge Hall, límites que la institutriz anterior aparentemente había cruzado con fatales consecuencias.

Mientras Clara abría un atlas y comenzaba a señalar países lejanos, notó que Violet la observaba con algo parecido a la esperanza en sus ojos grises. La niña ansiaba desesperadamente una conexión, alguien que pudiera verla como algo más que un problema que resolver.

—Ahora bien —dijo Clara con voz deliberadamente cálida—, ¿qué te parece si hacemos un viaje a Italia? He oído que la luz allí es perfecta para pintar.

Por primera vez desde su llegada, Clara vio a Violet sonreír: una sonrisa auténtica que transformó por completo su carita seria.

Desde algún lugar en las profundidades de la casa llegó el sonido de una puerta que se cerraba con más fuerza de la necesaria, seguido de pasos pesados en la escalera principal. Clara miró hacia el pasillo, preguntándose si Gabriel Harrow estaría volviendo de su paseo.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta del aula, y Clara sintió que el pulso se le aceleraba. Mantuvo la atención en el atlas, señalando la costa del Mediterráneo, aunque todos sus sentidos permanecían alerta al pasillo.

Tras un largo momento, los pasos continuaron por el corredor hasta perderse en la distancia. Clara soltó el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo.

—Papá a veces escucha las lecciones —dijo Violet en voz baja, con los ojos aún fijos en el mapa—. Para asegurarse de que estamos haciendo un trabajo apropiado.

La implicación era clara: estaban siendo vigiladas, evaluadas, juzgadas. Clara tomó nota mentalmente mientras mantenía su actitud alegre.

—Bueno, entonces —dijo—, será mejor que nos aseguremos de que nuestro trabajo no sea solo apropiado, sino fascinante. ¿No te parece?

Violet asintió, y Clara captó la pequeña chispa de rebeldía en sus ojos, rápidamente oculta, pero inconfundiblemente presente. Quizás la Srta. Hartford había plantado algunas semillas después de todo.

A medida que avanzaba la mañana, Clara comenzó a comprender la compleja dinámica de Westridge Hall. Era una casa construida sobre el control, donde cada acción era vigilada y cada emoción cuidadosamente regulada. Gabriel Harrow gobernaba su dominio con autoridad absoluta, y su hija había aprendido a manejar sus expectativas con la habilidad de una diplomática.

Pero bajo esa obediencia cuidadosa, Clara percibía un espíritu que no había sido completamente aplastado. La niña era inteligente, curiosa y desesperadamente solitaria, una combinación que le oprimió el pecho con una simpatía inesperada.

Para cuando sonó la campana del mediodía, Clara había hecho su primer descubrimiento importante sobre la casa Harrow: los secretos más interesantes no estaban escondidos en habitaciones cerradas con llave ni en alas prohibidas. Estaban ocultos a plena vista, en las palabras medidas y las expresiones cautelosas de una niña pequeña que había aprendido demasiado pronto que el mundo era un lugar donde siempre había que andar con cuidado.

# CAPÍTULO 3



El sueño no llegó para Clara esa segunda noche en Westridge Hall. Permanecía tumbada en la estrecha cama, contemplando las sombras que parecían moverse y danzar por el techo cada vez que las nubes pasaban frente a la luna. La casa se asentaba a su alrededor con gemidos y suspiros, como si las viejas piedras compartieran secretos que ella no alcanzaba a comprender.

A las dos y media de la madrugada, dejó de fingir que descansaba. Se envolvió en el chal y salió de su habitación con los pies descalzos, silenciosos sobre las frías tablas del suelo. El pasillo se extendía ante ella en grises y negros bañados por la luna, mientras los retratos de los Harrow, muertos hacía mucho, observaban su paso con ojos pintados.

Desde niña, Clara siempre había sentido la necesidad de explorar cuando el sueño no llegaba, un hábito que a menudo le había causado problemas. Esa noche, aquella curiosidad inquieta servía a un propósito más profundo. Si quería descubrir la verdad sobre Gabriel Harrow, necesitaba conocer aquella casa y sus secretos.

La escalera principal crujió bajo su peso a pesar de sus pasos cautelosos. Se detuvo ante cada sonido, atenta a cualquier señal de que alguien más pudiera estar despierto, pero la casa permaneció inquietantemente silenciosa. Demasiado silenciosa, quizás. En su experiencia, las casas de aquel tamaño solían mostrar alguna señal

de vida: sirvientes que se movían para sus tareas tempranas, perros que se acomodaban en sus aposentos, los sonidos habituales de gente durmiendo. Westridge Hall parecía casi abandonada, como si sus habitantes estuvieran conteniendo la respiración.

Vagó por pasillos que no había visto durante el recorrido cuidadosamente controlado de la Sra. Redley, reparando en detalles que la luz del día no había revelado. Algunas puertas lucían pequeñas placas de latón («Sala Matutina», «Salón Azul», «Sala del Jardín»), mientras que otras carecían misteriosamente de identificación. Fue al final de un pasillo particularmente estrecho donde Clara notó algo inusual.

Una puerta estaba ligeramente entreabierta, dejando ver una rendija de oscuridad más allá. Pero no fue la abertura lo que captó su atención, sino los símbolos tallados en el marco de madera. Eran sutiles, apenas visibles a menos que uno mirara de cerca, pero sin duda había marcas allí. No eran los habituales adornos decorativos que había visto en otras partes de la casa, sino algo más deliberado. Casi como un código.

Clara se acercó con cuidado, con el corazón latiéndole más deprisa. Los símbolos eran pequeños, tallados con precisión en el marco de la puerta, más o menos a la altura del hombro. Parecían ser iniciales (¿M.H. quizás?) entrelazadas con lo que podría haber sido una fecha. ¿1862? Los números eran más difíciles de distinguir con aquella luz incierta.

Estaba a punto de abrir más la puerta cuando lo oyó: un suave paso en algún lugar detrás de ella. Clara se quedó inmóvil, sin atreverse a respirar. El sonido se repitió, sin duda pasos, que avanzaban lenta pero deliberadamente por la casa.

Se alejó de la misteriosa puerta y se apresuró hacia el pasillo principal, con el pulso martilleándole en los oídos. Al alcanzar la relativa seguridad del pasillo familiar, vislumbró una figura alta que se movía entre las sombras cerca de la biblioteca. Gabriel Harrow, estaba segura. ¿Qué hacía vagando por los pasillos a esas horas?

Clara se apretó contra la pared y esperó hasta que los pasos se desvanecieron antes de regresar a su habitación. Pero el sueño seguía sin llegar. Permaneció despierta hasta el amanecer, dándole

vueltas a aquellas extrañas marcas y a lo que podría estar haciendo Gabriel Harrow en las horas previas al alba.

La mañana siguiente trajo cielos grises y un frío que parecía filtrarse a través de los propios muros de Westridge Hall. Clara se vistió con esmero: el práctico vestido marrón, el cabello recogido en su habitual arreglo pulcro, y se dirigió a la sala matutina para desayunar. Se sorprendió observando a cada sirviente que pasaba, preguntándose si alguno habría notado las andanzas nocturnas de su amo.

La Sra. Redley apareció cuando Clara terminaba su tostada, con la expresión tan severa como siempre pese a lo temprano de la hora.

—Srta. Finch —dijo sin preámbulos—, confío en que haya dormido bien.

—Bastante bien, gracias.

La mentira brotó con facilidad, acompañada de lo que Clara confiaba que fuera una sonrisa apropiadamente agradecida.

—Bien. El Sr. Harrow ha solicitado que hoy comience con los estudios de matemáticas de la Srta. Violet. Considera que su educación anterior ha sido algo... deficiente en ese aspecto.

Clara asintió, aunque tomó nota mental de la crítica. Por lo que había observado el día anterior, Violet estaba bastante avanzada para su edad. ¿Por qué querría Gabriel dar a entender lo contrario?

—Por supuesto. ¿Hay algún texto en particular que él prefiera que utilice?

—Encontrará materiales adecuados en el aula. Las institutrices anteriores dejaron recursos adecuados.

El tono de la Sra. Redley daba a entender que «adecuados» era todo un elogio.

Después del desayuno, Clara se dirigió al ala de los niños, pero en lugar de ir directamente al aula, se desvió hacia la biblioteca. La gran sala estaba vacía a aquella hora; débiles rayos de sol se filtraban por las altas ventanas e iluminaban estantes que se extendían del suelo al techo. El olor a cuero viejo y papel flotaba en el aire como incienso.

Clara recorrió las estanterías, en apariencia buscando libros adecuados para las lecciones de Violet. En realidad, buscaba algo completamente diferente: cualquier rastro de información sobre los negocios de Gabriel Harrow, sus asociados, su pasado. Los documentos comerciales más obvios estarían guardados bajo llave en su estudio, por supuesto, pero a veces la información más reveladora se encontraba en lugares inesperados.

Fue en un rincón olvidado, detrás de volúmenes de filosofía que claramente nadie había tocado en años, donde Clara lo encontró. Un libro delgado encajado entre Kant y Hegel, con el lomo sin título. Cuando lo sacó, varios papeles sueltos cayeron revoloteando al suelo.

Clara se arrodilló para recogerlos y se le helaron las manos al ver lo que eran. Recortes de periódico, amarillentos por el paso del tiempo, que informaban sobre diversos escándalos comerciales e irregularidades financieras de la última década. El pulso se le aceleró mientras recorría los titulares con la mirada: «Colapsa un plan de inversión ferroviaria», «Prominente empresario interrogado por fraude», «Abogado de la City bajo investigación».

Ese último titular le cortó la respiración. Lo dobló rápidamente y lo deslizó en el bolsillo del vestido, manteniendo el rostro sereno pese a la inquietud que sentía en el pecho.

Unos pasos resonaron en el pasillo, fuera de la biblioteca. Clara volvió a meter rápidamente los otros recortes en el libro y lo devolvió a su sitio en el estante; después seleccionó un volumen de poesía infantil, como si ese hubiera sido su propósito desde el principio.

—¿Srta. Finch? —llamó Jenny desde la puerta—. La Sra. Redley me envió a decirle que la Srta. Violet está lista para sus lecciones.

—Gracias, Jenny. Solo estaba buscando material de lectura adecuado.

Clara se dirigió al aula con el recorte de periódico, que parecía arderle en el bolsillo. ¿Por qué guardaría Gabriel Harrow aquellos artículos? ¿Qué significado tenían para él?

Encontró a Violet esperando en su pequeño escritorio, vestida de amarillo pálido aquel día, con el cabello oscuro recogido en sus

habituales trenzas perfectas. La niña levantó la vista cuando Clara entró, y por primera vez desde su llegada a Westridge Hall, Clara creyó ver algo parecido a una sonrisa.

—Buenos días, Srta. Finch. ¿Vamos a tener más historias hoy?

—Buenos días, cariño. Claro que habrá historias, pero tu padre quiere que nos concentremos en las matemáticas esta mañana. ¿Puedes enseñarme en qué has estado trabajando?

Violet sacó una pizarra cubierta de cifras ordenadas: problemas de suma y resta que parecían casi insultantemente simples para una niña de su inteligencia. Clara frunció el ceño mientras los examinaba.

—Estos te resultan bastante fáciles. ¿Probamos algo más difícil?

—Papá dice que no debo darme aires de grandeza. —La voz de Violet era cuidadosamente neutra, pero Clara captó el destello de frustración en sus ojos grises.

—Bueno, quizás podamos encontrar la manera de hacer las matemáticas más interesantes sin darnos aires de grandeza. —Clara se dirigió a la estantería donde las institutrices anteriores habían dejado su material didáctico—. ¿Qué usamos para los ejemplos? ¿Contamos pétalos de flores? ¿O quizás podríamos calcular cuánta tela necesitarías para hacerle un vestido a tu muñeca?

Mientras buscaba entre los libros, algo llamó la atención de Clara: algo que no encajaba entre los textos infantiles. Un libro de contabilidad encuadernado en cuero, delgado y discreto, metido entre un manual de geografía y un libro de cuentos morales. Lo sacó, esperando encontrar planes de clase o cuentas del hogar.

En cambio, lo que encontró fueron columnas de cifras con la inconfundible caligrafía de Gabriel Harrow. Registros comerciales, a juzgar por su aspecto: fechas, cantidades y nombres de diversos asociados y transacciones. El corazón de Clara se aceleró mientras examinaba las anotaciones.

—¿Srta. Finch? —La voz de Violet parecía venir de muy lejos—. ¿Se encuentra bien? Está pálida.

—Estoy bien, cariño. Solo encontré un libro interesante. —Clara se obligó a sonreír mientras su mente iba a toda velocidad. ¿Por qué guardaría Gabriel libros de contabilidad en el aula? A menos que los

hubiera trasladado allí temporalmente por alguna razón, o quizás se hubiera olvidado de ellos por completo.

Pasó las páginas, tratando de memorizar todo lo posible mientras fingía ayudar a Violet con las matemáticas. La mayoría de los nombres no le decían nada, pero entonces reparó en una entrada familiar: «Berwick & Associates - 15 de marzo de 1869 - £500».

Berwick. La mano de Clara se crispó sobre el libro de contabilidad. Conocía ese nombre, lo había oído antes.

—¿Srta. Finch? —La voz de Violet era más insistente ahora—. ¿Qué libro es ese?

Clara cerró el libro de contabilidad de golpe y lo devolvió al estante. —Solo unas cuentas viejas que no deberían estar aquí. Nada interesante. —Se volvió hacia Violet con lo que esperaba que fuese una sonrisa tranquilizadora—. Y ahora, ¿trabajamos en problemas que estén a la altura de tu inteligencia?

Durante la hora siguiente, Clara guió a Violet por conceptos matemáticos cada vez más complejos, y disfrutó viendo cómo el rostro de la niña se iluminaba ante los verdaderos desafíos. Pero una parte de su mente seguía fija en aquel libro de contabilidad y en el nombre que había reconocido. ¿Por qué Gabriel Harrow guardaría registros de sus negocios de forma tan descuidada, donde cualquiera podría encontrarlos?

—Srta. Finch —dijo Violet de repente—, ¿cree que papá nos dejaría tener lecciones de arte también?

—¿Lecciones de arte? ¿Te gusta dibujar?

—Antes me gustaba. —La voz de Violet se volvió más queda—. Antes de que mamá se fuera. A veces dibujaba conmigo.

A Clara se le encogió el corazón ante el tono melancólico de la niña. —Estoy segura de que tu padre no se opondría a un poco de dibujo. De hecho, el arte puede ser muy educativo. Podríamos dibujar formas geométricas para ayudar con las matemáticas, o ilustraciones botánicas para estudiar la naturaleza.

A Violet se le iluminaron los ojos. —¿De verdad? ¿Podríamos empezar hoy?

—No veo por qué no. —Clara rebuscó entre los materiales del aula hasta que encontró papel y lápices—. ¿Qué te gustaría dibujar?

—¿Podría... podría dibujarla a usted?

La petición fue tan inesperada que a Clara le escocieron los ojos. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien quiso dibujarla? ¿Cuándo había sido la última vez que se sintió digna de ser plasmada en papel?

—Por supuesto que puedes, si quieres.

Clara permaneció quieta mientras Violet trabajaba, maravillada por el talento natural de la niña. El dibujo resultante era sorprendentemente sofisticado para alguien tan joven: no un simple monigote infantil, sino un intento genuino de capturar los rasgos y la expresión de Clara.

—Tienes mucho talento, Violet —dijo Clara mientras estudiaba el retrato terminado—. Tu madre debió de ser una maestra maravillosa.

—Lo era. —La voz de Violet era apenas un susurro—. Decía que dibujar era como contar historias con imágenes. Podías mostrar los sentimientos de las personas, no solo su aspecto.

—¿Y qué sentimiento querías mostrar en mi retrato?

Violet lo meditó con seriedad. —Tristeza —dijo al fin—. Usted parece triste, incluso cuando sonríe. Como si algo le doliera por dentro.

La observación fue tan perspicaz que Clara notó cómo flaqueaba la compostura que tanto le costaba mantener. ¿Cómo había logrado aquella niña traspasar sus defensas tan rápido?

—A veces las personas llevan tristeza dentro —dijo Clara con cautela—. Eso no significa que no puedan ser felices también.

—¿Es por eso que se convirtió en institutriz? ¿Porque estaba triste por algo?

Antes de que Clara pudiera responder, unos pasos en el corredor anunciaron la llegada de alguien. Recogió a toda prisa los materiales de dibujo de Violet, pero era demasiado tarde. Una figura alta apareció en el umbral, y Clara contuvo el aliento al reconocer al hombre que había vislumbrado desde su ventana aquella primera noche.

Gabriel Harrow era aún más imponente de cerca. Llenaba el umbral con su presencia, puro ángulo afilado y poder contenido, enfundado en un traje oscuro de corte impecable. Sus ojos, de un

gris invernal y penetrante, abarcaron la escena de un vistazo antes de posarse en Clara con una intensidad perturbadora.

—¡Papá! —Violet saltó de la silla con el dibujo aún en las manos, ajena a cualquier tensión—. ¡Mira lo que hice!

La atención de Gabriel se desplazó hacia su hija, y Clara observó cómo su expresión severa se suavizaba levemente. —¿En qué has estado trabajando, pequeña?

—Esta es la Srta. Finch —dijo Violet con orgullo, sosteniendo el retrato—. ¡Me está enseñando sobre arte y matemáticas y damas valientes de la historia!

Los ojos de Gabriel volvieron a Clara, y ella experimentó de nuevo aquella sensación de ser examinada a fondo, igual que desde su ventana. Se levantó de la silla e hizo una reverencia comedida.

—Sr. Harrow. Soy Clara Finch, su nueva institutriz.

—Srta. Finch. —Su voz era profunda, cultivada, con aquel deje que le había oído emplear con Violet al hablar de héroes y tonterías —. Espero no estar interrumpiendo importantes estudios matemáticos.

El ligero énfasis en «matemáticos» le indicó a Clara que él era muy consciente de que no habían estado haciendo matemáticas. Ella alzó ligeramente la barbilla y le sostuvo la mirada.

—En absoluto, señor. Estaba incorporando el arte a nuestras lecciones. He comprobado que los niños suelen aprender los conceptos matemáticos con más facilidad cuando pueden visualizarlos mediante el dibujo.

—Qué... progresista —Gabriel entró en la habitación, y Clara fue muy consciente de cómo él parecía dominar el espacio con su sola presencia—. ¿Y en qué experiencia basa exactamente esta filosofía educativa?

Antes de que Clara pudiera formular una respuesta que no revelara demasiado sobre su pasado, Violet intervino con su inocencia habitual.

Sostuvo el retrato con orgullo, y Clara observó cómo la expresión de Gabriel cambiaba mientras estudiaba el trabajo de su hija. Las arrugas severas en torno a sus ojos se suavizaron, y por un momento, ella atisbó algo casi vulnerable en su rostro.

—Es muy bueno, Violet —dijo en voz baja—. Has captado muy bien el parecido de la Srta. Finch.

Su mirada pasó del dibujo a la propia Clara, y ella sintió esa misma sensación incómoda de ser examinada a fondo. ¿Qué veía cuando la miraba? ¿Una institutriz competente? ¿Una amenaza potencial? O quizás, como su perspicaz hija, veía la tristeza que ella se esforzaba tanto en ocultar.

—La Srta. Finch dijo que dibujar podía ser educativo —continuó Violet, aparentemente ajena a la tensión entre los adultos—. Podríamos dibujar formas para matemáticas, o flores para el estudio de la naturaleza.

—¿Ah, sí? —los ojos de Gabriel permanecieron fijos en Clara—. Qué... progresista de su parte.

—Creo que el aprendizaje debe ser atractivo —dijo Clara, alzando ligeramente la barbilla—. Los niños retienen mejor la información cuando les interesa la materia.

—¿Y basa esta creencia en qué, exactamente? ¿En su amplia experiencia en educación?

El desafío en su voz era claro, pero antes de que Clara pudiera responder, Violet habló.

—La Srta. Finch cuenta historias maravillosas, papá. Ayer me habló de Juana de Arco y la reina Isabel. Ambas fueron muy valientes.

La expresión de Gabriel se ensombreció.

—La valentía es a menudo otra palabra para necedad, Violet. A los héroes de las historias rara vez les va bien en la vida real.

—Pero intentaron ayudar a la gente —insistió Violet, con la voz cada vez más firme—. Aunque fuera peligroso.

—Y mira cómo terminaron —el tono de Gabriel era suave pero firme—. Juana de Arco fue quemada en la hoguera. La reina Isabel murió sola y sin hijos. Quizás haya mejores ejemplos a seguir.

Clara sintió que la ira le ardía en el pecho ante el desdén con que él desestimaba la confianza que su hija empezaba a desarrollar.

—Con el debido respeto, Sr. Harrow, creo que es importante que los niños aprendan sobre personas que defendieron sus creencias. Les enseña a pensar por sí mismos.

—¿Ah, sí? —la voz de Gabriel era peligrosamente tranquila—. ¿O simplemente les llena la cabeza con tonterías románticas que solo conducirán a la decepción?

El silencio que siguió estaba cargado de conflicto tácito. Clara se encontró atrapada entre la admiración por el espíritu de Violet y la furia ante la determinación de Gabriel de aplastarlo. ¿Qué le había sucedido para que temiera tanto la esperanza y el coraje?

—Papá —dijo Violet de repente, con un hilo de voz—, ¿estás enfadado por el dibujo?

Gabriel centró de inmediato su atención en su hija, y Clara vio cómo su expresión se suavizaba de nuevo.

—No, pequeña. El dibujo es precioso. No estoy enfadado contigo.

Pero sus ojos, cuando volvieron a Clara, contenían una clara advertencia. Estaba pisando terreno peligroso, y ambos lo sabían.

—Quizás deberíamos volver a nuestras lecciones habituales —dijo Clara con cautela—. Matemáticas, como usted pidió.

—Quizás deberíamos —Gabriel se dirigió hacia la puerta y luego se detuvo—. Srta. Finch, espero que entienda que, aunque aprecio su... entusiasmo por su puesto, espero que mis instrucciones se sigan al pie de la letra. La educación de Violet no admite experimentos.

—Por supuesto, Sr. Harrow. Lo entiendo perfectamente.

Pero cuando los dejó solos de nuevo, Clara se dio cuenta de que entendía muy poco sobre Gabriel Harrow o sus motivaciones. ¿Por qué estaba tan empeñado en evitar que su hija desarrollara coraje o independencia? ¿Qué temía tanto que ella pudiera descubrir?

El recorte de periódico en su bolsillo parecía arderle contra la piel, un recordatorio de que estaba allí por algo más que la educación de Violet. Gabriel Harrow tenía secretos, y Clara estaba decidida a descubrirlos todos, por muy encantadores que fueran los dibujos de su hija o por muy vulnerable que él pareciera cuando creía que nadie lo observaba.

Algunas verdades, se recordó, merecían cualquier riesgo con tal de sacarlas a la luz.

# CAPÍTULO 4



La tercera mañana en Westridge Hall amaneció brillante y despejada, con la luz del sol otoñal entrando a raudales por las ventanas del aula y pintando cuadrados dorados sobre el suelo de madera desgastado. Clara se había levantado temprano y había aprovechado las horas de calma antes del desayuno para revisar sus planes de lecciones y, sobre todo, para estudiar el recorte de periódico que había encontrado escondido en la biblioteca.

Aunque conocía la historia de memoria, no pudo evitar repasar cada detalle.

Para cuando Violet llegó a las lecciones de la mañana, Clara había recuperado su aire de profesionalidad impecable. La niña parecía más animada hoy, más vivaz de lo que Clara la había visto hasta entonces, y prácticamente daba brincos en su silla.

—¡Buenos días, Srta. Finch! ¿Qué aprenderemos hoy? ¿Más damas valientes? ¿O quizá podríamos hacer matemáticas con los dibujos, como mencionó?

Clara sonrió ante el entusiasmo de la niña.

—Buenos días, cariño. He pensado que podríamos empezar con geografía esta mañana. Dime, ¿qué sabes del mundo más allá de Westridge Hall?

El rostro de Violet se ensombreció ligeramente.

—Papá dice que los terrenos tienen todo lo que necesito. No debo salir de los jardines sin permiso.

—Ya veo. ¿Y cuándo fue la última vez que saliste de la finca?

—Yo... no lo recuerdo.

La voz de Violet se apagó.

—No desde que mamá se fue, creo.

Clara sintió una oleada de indignación por la niña. ¿Qué clase de padre mantenía a su hija prisionera como una princesa en una torre? Los jardines formales eran hermosos, desde luego, pero no eran ni mucho menos el mundo entero.

—Bueno —dijo Clara, acercándose a la ventana e indicando a Violet que la acompañara—, quizá podríamos empezar explorando lo que vemos desde aquí. Mira cómo la luz de la mañana hace que todo brille. Seguro que hay cosas fascinantes en esos bosques que podríamos descubrir.

Violet pegó la cara al cristal y su aliento empañó la ventana mientras miraba hacia la lejana línea de árboles.

—¿Crees que podría haber nidos de pájaros? ¿O flores silvestres?

—Estoy segura. Y arroyos donde podríamos estudiar insectos acuáticos, o claros donde podríamos identificar distintos tipos de árboles. La naturaleza es la mejor aula de todas.

—¿Podríamos ir hoy?

El anhelo en la voz de Violet era inconfundible.

—¿Solo a mirar? Prometo quedarme cerca de ti.

Clara miró hacia la puerta del aula, pensativa. Gabriel había dejado sus reglas bastante claras, pero una breve excursión educativa no podía hacer ningún daño. La niña prácticamente se marchitaba por falta de aire fresco y estímulos.

—No veo por qué no —dijo Clara, decidida—. Un paseo corto te vendría muy bien, y podríamos recoger hojas para tu diario de naturaleza.

El rostro de Violet se iluminó con una alegría tan pura que a Clara se le encogió el corazón. ¿Cuándo había sido la última vez que habían dejado a esta niña ser simplemente una niña?

Recogieron sus capas y una pequeña cesta para especímenes. Clara observó cómo Violet se movía con una emoción apenas

contenida. Mientras atravesaban la casa hacia la entrada lateral que daba a los terrenos, Clara vislumbró a la Sra. Redley en el saloncito. La mirada de desaprobación del ama de llaves las siguió, pero Clara alzó la barbilla y siguió adelante.

El aire fresco de octubre resultaba vigorizante tras la atmósfera sofocante de la casa, y Clara observó cómo Violet se transformaba ante sus ojos. Las mejillas de la niña cobraron un color saludable, su paso se volvió más ligero y comenzó a parlotear sobre todo lo que veían: la forma en que la luz se filtraba entre las hojas de los robles, el canto de los pájaros en los setos, el aroma del humo de leña que salía de la cabaña del jardinero.

Acababan de llegar al borde de los jardines formales cuando una voz las detuvo en seco.

—Srta. Finch.

Clara se volvió y vio a Gabriel Harrow cruzar el césped a grandes zancadas hacia ellas, con expresión tormentosa. Iba vestido para montar, con pantalones oscuros y un abrigo ajustado que resaltaba sus anchos hombros, pero no había nada relajado en su manera de acercarse. Cada línea de su cuerpo delataba una furia contenida.

—Sr. Harrow —dijo Clara, con voz firme pese a que el pulso se le había acelerado—. Violet y yo solo estábamos...

—Haciendo una excursión no autorizada más allá de las zonas permitidas, por lo que veo.

Su voz sonaba peligrosamente serena mientras se detenía frente a ellas. De cerca, Clara podía ver cómo le palpitaba un músculo en la mandíbula y cómo tenía los puños apretados a los costados.

—Papá —susurró Violet, refugiándose tras las faldas de Clara—, solo íbamos a buscar hojas.

La atención de Gabriel se desvió hacia su hija y, por un momento, su expresión se suavizó.

—Vuelve a la casa, Violet. La Sra. Redley te dará un poco de leche caliente en la cocina.

—Pero papá...

—Ahora.

La palabra no admitía réplica, y Violet huyó hacia la casa sin decir nada más, dejando a Clara a solas frente a la ira de Gabriel.

El silencio se extendió entre ellos, cargado de un conflicto tácito. Los ojos grises de Gabriel estaban tormentosos, la boca apretada en una línea dura que hablaba de una autoridad absoluta cuestionada y hallada en falta.

—Creo que dejé mis expectativas bastante claras, Srta. Finch —dijo al fin—. Violet no debe salir de los jardines formales sin mi permiso expreso.

—Tiene ocho años —replicó Clara, sintiendo que al fin se le encendía el genio—. Necesita aire fresco y ejercicio, no que la tengan encerrada como a una prisionera en su propia casa.

—Es mi hija, y su seguridad es asunto mío, no suyo.

—¿Seguridad de qué? ¿De los pájaros? ¿De los árboles? ¿Del terrible peligro de que una niña aprenda sobre el mundo natural?

Los ojos de Gabriel centellearon.

—Usted no tiene ni idea de los peligros que existen más allá de estos muros. Lleva aquí tres días y se atreve a creer que sabe más que el hombre que la ha criado desde que nació.

—¡Presumo saber lo que cualquier niña necesita para prosperar!

Clara dio un paso hacia él, igualando su intensidad.

—Violet es inteligente, curiosa, llena de vida..., pero usted está ahogando poco a poco ese espíritu con sus reglas y restricciones sobreprotectoras.

—La educación y la crianza de mi hija no están sujetas a su aprobación.

—Entonces quizá debería haber contratado a un carcelero en lugar de a una institutriz.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos como un guante arrojado. Los ojos de Gabriel se estrecharon hasta convertirse en rendijas peligrosas, y Clara se dio cuenta de que quizá había ido demasiado lejos. Pero estaba cansada de andar de puntillas en torno a sus reglas arbitrarias, cansada de ver cómo una niña brillante se apagaba por falta de simple libertad.

—Parece haber olvidado cuál es su lugar, Srta. Finch —dijo Gabriel con voz baja y amenazante—. Permítame recordárselo. Usted es una empleada en mi casa, nada más. Seguirá mis instrucciones

sin cuestionarlas, o se verá buscando empleo en otro lugar. ¿Queda claro?

Clara alzó la barbilla, desafiante.

—Perfectamente.

—Bien. Regrese al aula y reanude las lecciones. Hablaré con Violet sobre la importancia de seguir las normas establecidas.

Se volvió para marcharse, pero la voz de Clara lo detuvo.

—¿De qué tiene tanto miedo?

Gabriel se quedó inmóvil, aún de espaldas. Cuando habló, su voz apenas superaba un susurro, pero Clara captó cada palabra.

—Haría bien en no hacer preguntas cuyas respuestas no está preparada para escuchar.

Con esa advertencia críptica, se alejó hacia la casa, dejando a Clara sola en el jardín, con el corazón acelerado y la mente llena de posibilidades.

Encontró a Violet en la cocina con la Sra. Redley. Las lágrimas le resbalaban en silencio por las mejillas mientras bebía de una taza de leche. La expresión del ama de llaves era de satisfacción presuntuosa, como si hubiera esperado exactamente este resultado.

—Srta. Violet —dijo Clara con suavidad—, ¿volvemos a nuestras lecciones?

Violet asintió en silencio, sin mirarla a los ojos. Regresaron al aula en silencio, pero Clara sentía la decepción de la niña como un peso físico. Cuando estuvieron a solas, Violet por fin habló.

—Lo siento, Srta. Finch. No debería haber querido salir afuera.

—Oh, cariño.

Clara se arrodilló junto a la silla de Violet y le tomó las manos.

—No tienes nada de qué disculparte. Querer explorar y aprender es perfectamente natural.

—Pero papá estaba enfadado.

—Tu padre estaba... preocupado por tu seguridad. A veces los adultos nos preocupamos demasiado.

Los ojos grises de Violet, tan parecidos a los de su padre, escrutaron el rostro de Clara.

—Las otras institutrices tampoco querían llevarme a ningún sitio. Decían que era difícil.

A Clara se le encogió el corazón.

—No eres difícil, Violet. Eres brillante, curiosa y maravillosa. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Por primera vez desde la interrupción de Gabriel, una pequeña sonrisa asomó en el rostro de Violet. Era tímida, apenas perceptible, pero genuina, y Clara sintió un impulso feroz de protegerla.

—Ahora bien —dijo Clara, acomodándose en su silla—, ¿qué te parece si hacemos que el exterior venga a nosotras? Podríamos empezar ese diario de naturaleza que mencioné y contarte sobre algunas de las fascinantes criaturas que viven en los bosques ingleses.

Pasaron la siguiente hora dibujando y hablando sobre la fauna silvestre, y Clara se alegró de ver cómo el entusiasmo natural de Violet regresaba poco a poco. La niña tenía buen ojo para los detalles y una memoria excelente para la información que Clara le compartía. Cuando pararon para el almuerzo, Violet charlaba entusiasmada sobre tejones, ardillas rojas y los patrones migratorios de diversas aves cantoras.

Estaban recogiendo los materiales cuando Clara notó movimiento fuera de las ventanas del aula. Gabriel estaba de pie bajo el viejo roble, parcialmente oculto por el enorme tronco, pero observando claramente el aula. Desde su posición junto a la ventana, Clara podía ver su perfil: la línea afilada de su mandíbula, cómo su cabello oscuro captaba la luz de la tarde.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Y qué pensaba mientras observaba la transformación de su hija, de prisionera hosca a estudiante entregada?

Sus miradas se encontraron a través de la distancia, y Clara sintió que algo cambiaba en el aire entre ellos. Gabriel ya no parecía enfadado. Su expresión era indescifrable, compleja, como si luchara con pensamientos que no lograba expresar. Durante un largo momento, simplemente se miraron, y Clara sintió que el pulso se le aceleraba de un modo que nada tenía que ver con la ira.

Entonces Gabriel se volvió y se alejó, dejando a Clara con más preguntas que respuestas.

Cuando Violet se fue a su descanso de la tarde, Clara regresó al aula para preparar las lecciones del día siguiente. Sacó su diario y comenzó a hacer anotaciones sobre el progreso y los intereses de Violet, pero su mente volvía una y otra vez a ese extraño momento junto a la ventana.

Al alcanzar el texto de geografía, sus dedos rozaron algo inesperado. El libro de contabilidad que había descubierto el día anterior seguía metido entre los otros libros, exactamente donde lo había dejado. Clara miró hacia la puerta para asegurarse de que estaba sola, lo sacó y lo abrió en la página donde había visto el nombre de Berwick.

Al estudiar las entradas con más detenimiento, comenzaron a surgir otros detalles. La letra era sin duda de Gabriel; había visto su escritura en las instrucciones domésticas lo suficiente como para reconocerla. Pero había inconsistencias en las fechas y cantidades que no tenían sentido. Algunas entradas parecían haber sido alteradas, con números cambiados o escritos encima.

Clara copió varias de las entradas sospechosas en su diario, disfrazándolas como problemas matemáticos para las lecciones de Violet. Le temblaban ligeramente las manos mientras trabajaba; si por la emoción del descubrimiento o por el miedo a que la descubrieran, no habría sabido decirlo.

«Berwick & Associates - 15 de marzo de 1869 - £500» se convirtió en «Si un comerciante vende 15 yardas de tela en marzo por £500...».

«Harrison Railway Investment - 2 de abril de 1869 - £1.200» se transformó en «Un tren recorre 1.200 millas en abril, cubriendo 2 secciones...».

Mientras trabajaba, Clara se preguntaba qué haría Gabriel si descubría lo que estaba haciendo. La advertencia en su voz había sido inconfundible: era un hombre acostumbrado al control absoluto, a que su palabra fuera ley en su dominio. ¿Hasta dónde llegaría para proteger sus secretos?

El sonido de pasos menudos en el pasillo le anunció el regreso de Violet. Clara cerró rápidamente su diario y el libro de contabilidad de

Gabriel, y volvió a colocar este último en su escondite entre los libros de texto.

—¿Srta. Finch? —Violet apareció en la puerta, con aspecto renovado tras su descanso—. ¿Está lista para las lecciones de la tarde?

—Por supuesto, cariño. He preparado algunos problemas matemáticos interesantes.

Mientras se acomodaban para trabajar, Violet se animaba con los problemas narrativos que Clara había elaborado a partir de las entradas sospechosas del libro de contabilidad de Gabriel. Clara se descubrió pensando en la verdad y el engaño. Allí estaba ella, usando irregularidades financieras reales como herramientas educativas, enseñando a la hija de Gabriel con pruebas que podrían condenarlo.

Fue la propia Violet quien formuló la pregunta que heló la sangre de Clara.

—Srta. Finch —dijo la niña de repente, levantando la vista de la pizarra donde había estado resolviendo el problema de la tela—, ¿qué significa ser honesto?

El lápiz de Clara se detuvo sobre sus notas.

—Esa es... esa es una pregunta interesante, Violet. ¿Qué te hizo pensar en eso?

—Papá siempre dice que debo decir la verdad, pero a veces creo que hay cosas que él no me cuenta. Sobre mamá, sobre por qué no puedo salir de los jardines, sobre por qué parece tan triste cuando cree que no lo estoy mirando.

Los ojos grises de Violet eran demasiado serios para una niña de ocho años.

—¿Está mal guardar secretos, aunque creas que podrían hacer daño a alguien?

Clara sintió como si la niña le hubiera metido la mano en el pecho y le hubiera estrujado el corazón. ¿Cómo podía responder a semejante pregunta cuando su presencia allí estaba construida sobre el engaño?

—A veces —dijo Clara con cuidado—, los adultos guardan secretos porque creen que están protegiendo a las personas que

aman. Pero la verdad suele acabar saliendo a la luz tarde o temprano.

—¿Y eso es bueno o malo?

Clara pensó en el recorte de periódico escondido en su diario, en las entradas del libro de contabilidad que acababa de copiar.

—Creo —dijo lentamente— que la verdad suele ser mejor que las mentiras, incluso cuando duele. Pero encontrarla puede ser... complicado.

Violet asintió solemnemente, como si aquella respuesta tuviera todo el sentido del mundo para ella. Pero cuando volvió a sus matemáticas, Clara permaneció en un incómodo silencio, preguntándose si acababa de condenarse con sus propias palabras.

La tarde se alargó, llena de lecciones y conversaciones tranquilas, pero Clara no dejaba de darle vueltas a la complejidad moral de su situación. Estaba allí para descubrir la verdad sobre Gabriel Harrow, para encontrar pruebas que pudieran reivindicar la memoria de su padre. Pero con cada hora que pasaba, le preocupaban más los daños colaterales que su investigación pudiera causar, especialmente a la niña inocente que empezaba a confiar en ella.

Cuando se acercó el anochecer y las lecciones llegaron a su fin, Clara se dio cuenta de que la simple cuestión del bien y el mal se estaba volviendo cualquier cosa menos simple. Gabriel Harrow podía estar ocultando secretos, pero también era un padre que amaba a su hija, eso saltaba a la vista. Violet podía estar demasiado vigilada, pero también estaba protegida y querida.

¿Y la propia Clara? Ya no estaba segura de qué papel debía desempeñar en aquella complicada casa: maestra, investigadora o algo completamente distinto.

Lo único que sabía con certeza era que la verdad, cuando finalmente saliera a la luz, lo cambiaría todo para todos ellos.

# CAPÍTULO 5



Clara se despertó sobresaltada de una pesadilla que no lograba recordar, con el corazón martilleándole contra las costillas mientras el sudor frío le perlaba la frente. La estrecha cama de institutriz le resultaba extraña, y las sombras desconocidas de su habitación en Westridge Hall tardaron un instante en convertirse en formas reconocibles. Había estado soñando con algo oscuro —tribunales, quizás, o titulares de periódicos—; los detalles se le escapaban como humo incluso cuando intentaba atraparlos.

El viejo reloj de la repisa dio las doce de la noche, con un tono amortiguado pero insistente en la casa silenciosa. Clara permaneció inmóvil, esperando a que el pulso se le calmara, cuando lo oyó: un sonido suave que resonaba por los corredores más allá de su puerta. Pasos, deliberados y medidos, que avanzaban con determinación por la casa dormida.

Contuvo la respiración, aguzando el oído. Allí estaba de nuevo: el sonido inconfundible de alguien caminando por los pasillos a una hora en que toda persona decente debería estar en la cama. Clara salió de entre las cobijas con los pies descalzos, silenciosos sobre las frías tablas del suelo, y se acercó sigilosamente a la puerta para pegar el oído contra la madera.

Los pasos se desvanecían ahora, alejándose del ala de los sirvientes hacia la parte principal de la casa. La curiosidad de Clara

luchaba contra el sentido común: fuera quien fuese el caminante nocturno que recorría Westridge Hall, seguramente no era asunto suyo. Pero algo en el ritmo constante, casi ritual, de aquellos pasos la intrigaba. No era alguien que se tambaleara hacia la cocina en busca de un vaso de agua a altas horas de la noche ni que fuera a comprobar la fiebre de un niño. Era el movimiento decidido de alguien que sabía exactamente adónde se dirigía.

Clara se envolvió en el chal y entreabrió la puerta lo justo para asomarse al corredor. El pasillo se extendía vacío ante ella; la luz de la luna, que entraba por las altas ventanas, lo bañaba todo en plata y sombra. Se deslizó fuera y siguió el sonido; los pies le encontraban por instinto los puntos silenciosos de las tablas, fruto de sus propias andanzas nocturnas de principios de semana.

Los pasos la condujeron por pasajes que empezaba a conocer, más allá de las salas formales donde le habían hecho la visita guiada, hacia un ala de la casa que solo había vislumbrado desde el exterior. Allí el aire se sentía diferente: más viciado, como si aquellas habitaciones no se usaran con regularidad. Motas de polvo danzaban en los rayos de luna, y Clara podía percibir en la lengua el regusto a cerrado y desuso.

Los pasos se habían detenido.

Clara se detuvo en la intersección de dos corredores, escuchando con atención. Nada. Quienquiera que hubiera estado caminando por aquellos pasillos había llegado a su destino o simplemente se había desvanecido en las sombras. Estaba a punto de regresar cuando notó algo que le cortó la respiración: una puerta al final del corredor estaba ligeramente entreabierta, y una fina línea de luz cálida se derramaba desde el interior.

Se acercó con cautela, el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que podía oírse por toda la casa. A medida que se aproximaba, pudo ver que no era la iluminación cruda de una lámpara de gas o una vela, sino algo más suave, más cálido. Casi dorado.

Clara llegó al umbral, se asomó por la abertura y se quedó paralizada de asombro.

La habitación del otro lado era como adentrarse en un cuento de hadas, o quizás en una vitrina de museo que mostrara una vida de hace mucho tiempo. Todo estaba perfectamente conservado, ajeno al paso del tiempo y al cambio. Una cama con dosel dominaba el espacio, con las cortinas echadas hacia atrás para revelar almohadas mullidas, como si alguien pudiera regresar en cualquier momento. Un tocador se alzaba bajo la ventana, con la superficie dispuesta con cepillos de plata y frascos de cristal que capturaban la luz de la luna como estrellas atrapadas.

Pero fue la calidad de la conservación lo que más impresionó a Clara. Aquella no era una habitación que hubiera sido cuidadosamente mantenida: era una habitación abandonada a mitad de escena, como si su ocupante simplemente hubiera salido un momento y nunca hubiera regresado. Un libro yacía abierto sobre la mesita junto a la cama, con un marcador de seda señalando la página. Un chal estaba echado sobre el respaldo de una silla, como recién dejado. Incluso el aire parecía suspendido, conservando el rastro tenue de algún perfume desvanecido hacía mucho.

Clara empujó la puerta para abrirla más y entró, atraída por la fascinación pese a lo que le dictaba la prudencia. Las tablas del suelo allí no crujían: o estaban mejor mantenidas que las del ala de los sirvientes, o las pisadas quedaban amortiguadas por la gruesa alfombra persa que cubría la mayor parte del suelo.

Sobre el tocador, una bata de seda yacía cuidadosamente doblada, y Clara pudo distinguir un delicado bordado en el borde. Se acercó más, entornando los ojos en la luz incierta, y contuvo un grito ahogado cuando vio el monograma bordado en la tela con letra fluida: M.H.

Margaret Harrow. Aquella había sido la habitación de la esposa de Gabriel.

A Clara le bullía la mente mientras asimilaba las implicaciones. Había asumido que Margaret Harrow simplemente había muerto —de parto, quizás, o de una de las muchas enfermedades que se cobraban la vida de mujeres jóvenes—. Pero habitaciones conservadas como aquella no se creaban para muertes ordinarias.

Eran santuarios, memoriales de una pérdida demasiado profunda para el duelo normal.

Un movimiento en la visión periférica hizo que Clara girara en redondo, con el corazón en la garganta, pero era solo la bata meciéndose con una brisa que no podía sentir. Mientras el pulso se le calmaba, notó algo más sobre el tocador: una pequeña caja de música de exquisita artesanía, con la tapa ligeramente abierta para revelar la diminuta figura danzante en su interior.

Clara se acercó con cautela, como si la caja pudiera cobrar vida al tocarla. Estaba hecha de palisandro con incrustaciones de nácar, claramente cara y amorosamente conservada. Cuando levantó la tapa por completo, una melodía inquietante comenzó a sonar: una canción de cuna que no reconocía pero que le resultaba familiar, como si la hubiera oído en sueños.

La pequeña figura del interior era una mujer con un vestido fluido, los brazos levantados como si intentara alcanzar algo que quedaba justo fuera de su alcance. Giraba lentamente mientras sonaba la melodía, el rostro pintado eternamente melancólico, eternamente anhelante. Clara se quedó hipnotizada por la triste belleza de aquello, por la forma en que la música parecía resonar con pérdida y anhelo.

Solo cuando extendió la mano para tocar el delicado mecanismo notó lo que había dentro de la caja, bajo la plataforma de la figura. Habían tallado un pequeño compartimento en la base, y en su interior descansaba una sola ramita de lavanda, seca y descolorida, pero que aún conservaba un fantasma de su fragancia original.

Clara la levantó con cuidado, sosteniéndola a la luz de la luna. La flor era vieja, claramente colocada allí años atrás, pero la habían conservado con el mismo esmero que todo lo demás en aquella habitación. Al examinarla, notó algo más: un diminuto trozo de papel enrollado alrededor del tallo, sujeto con un hilo de cinta plateada.

Le temblaron los dedos mientras desenrollaba la cinta y desdoblaba el papel. La escritura estaba desvaída, pero logró distinguir las palabras: «Para mi queridísima M— que encuentres la paz donde yo no pude dártela. Tuyo para siempre, G».

Las iniciales impactaron a Clara como un puñetazo. G de Gabriel. Aquella no era solo una habitación conservada: era un santuario a la culpa tanto como al amor. ¿Qué le había sucedido a Margaret Harrow para que su esposo sintiera que había fracasado en darle paz?

Clara estaba tan absorta estudiando la nota que casi no oyó el sonido de voces que resonaban desde algún lugar más profundo de la casa. Se quedó inmóvil, el trozo de papel apretado en la mano, aguzando el oído. Las voces estaban demasiado lejos para distinguir palabras, pero una de ellas era inconfundiblemente la de Gabriel: ese tono profundo y cultivado que había llegado a reconocer en los últimos días.

El pánico se apoderó de ella. Si Gabriel estaba despierto y recorría la casa, ¿cuánto tardaría en venir a revisar aquella habitación? Clara enrolló rápidamente la cinta alrededor del tallo de lavanda y la devolvió a la caja de música, cerrando la tapa con manos que le temblaban ligeramente. La canción de cuna se cortó de golpe, dejándola en un silencio roto solo por el estruendo de los propios latidos.

Necesitaba irse, y rápido. Pero cuando se volvió hacia la puerta, algo la hizo detenerse. Las voces se hacían más fuertes; procedían de la dirección del estudio de Gabriel, si el mapa mental que tenía de la casa era correcto. Clara se sintió atraída hacia el sonido, la curiosidad imponiéndose una vez más al sentido común.

Salió de la habitación de Margaret y se dirigió hacia el pasillo principal, siguiendo el murmullo de la conversación. La voz de Gabriel se oía más clara ahora, baja y apremiante, hablando con alguien que Clara no lograba identificar. Se pegó a la pared y avanzó sigilosamente, esforzándose por distinguir lo que decían.

—...no puede continuar mucho más tiempo... —decía Gabriel con la voz tensa por una emoción que Clara no lograba identificar—. Las preguntas son cada vez más frecuentes, más directas.

Una segunda voz respondió, pero Clara no logró distinguir las palabras; solo percibió que era masculina, quizás de alguien mayor, con un acento que delataba educación y riqueza.

—...se suponía que el acuerdo era temporal... —dijo la voz desconocida, y luego algo sobre— ...lo peligroso de mantener la farsa...

A Clara se le heló la sangre. ¿Qué acuerdo? ¿Qué farsa? ¿Hablaban de su empleo o de algo completamente distinto?

La respuesta de Gabriel fue demasiado baja para oírla, pero el tono era inconfundiblemente preocupado. Clara se pegó más a la pared, desesperada por captar algo más de la conversación, cuando sobrevino el desastre: su pie descalzo pisó una tabla suelta que crujió estrepitosamente en medio del silencio.

Las voces se interrumpieron de golpe.

Clara no esperó a comprobar si la habían oído. Se dio la vuelta y huyó tan silenciosamente como pudo, con el corazón desbocado, desandando el camino por los pasillos en sombras hacia la seguridad del ala de servicio. A su espalda, le pareció oír una puerta que se abría, seguida de pasos, pero no se atrevió a mirar atrás.

Llegó a su habitación y se deslizó dentro. Cerró la puerta con el mayor sigilo posible y se apoyó contra ella mientras intentaba recuperar el aliento. La mente le bullía de preguntas e implicaciones. La habitación conservada de Margaret Harrow, la nota cargada de culpa de Gabriel, la misteriosa conversación nocturna sobre acuerdos y farsas: ¿qué significaba todo aquello?

Clara se acercó al pequeño escritorio y sacó el diario a la luz de las brasas moribundas de la chimenea. Aún le temblaban las manos mientras escribía, registrando todo lo que había visto y oído antes de que los detalles se desvanecieran de su memoria. La distribución de la habitación de Margaret, el contenido de la caja de música, los fragmentos de conversación que había escuchado: todo quedó plasmado en el papel con su cuidadosa caligrafía.

Mientras escribía, las preguntas se multiplicaban en su mente. ¿Por qué la habitación de Margaret se conservaba exactamente como ella la había dejado? ¿Qué le había sucedido para que Gabriel sintiera una culpa tan evidente? ¿Y quién era el misterioso visitante que hablaba de acuerdos peligrosos en mitad de la noche?

Clara dejó de escribir, con la pluma suspendida sobre el papel, mientras un pensamiento inquietante tomaba forma. Cuando había

aceptado aquel puesto, estaba tan concentrada en sus propios planes que no se había preguntado por qué Gabriel Harrow, un viudo rico y codiciado, había elegido vivir en semejante aislamiento. ¿Por qué mantener a su hija prácticamente prisionera en la finca? ¿Por qué tantas reglas estrictas y tanto control sobre cada aspecto de la casa?

Ahora, rodeada de indicios de secretos y reuniones nocturnas, Clara empezó a preguntarse si Gabriel Harrow no estaría ocultando algo más que irregularidades comerciales. ¿Y si la muerte de Margaret Harrow no había sido natural? ¿Y si la habitación conservada no era prueba de amor, sino de culpa? ¿Y si Clara se había metido en algo mucho más peligroso que un simple fraude financiero?

Miró el diario que sostenía entre las manos, cuyas páginas se iban llenando de observaciones y preguntas que componían un panorama cada vez más inquietante. Cuando había comenzado aquella investigación, creía saber quién era el villano. Ahora ya no estaba segura de nada: ni de la culpa de Gabriel, ni de su inocencia, y desde luego no de su propia seguridad.

Clara cerró el diario y lo guardó bajo llave en el cajón del escritorio, junto con el recorte de periódico y los cálculos que había copiado del libro de contabilidad de Gabriel. Al día siguiente seguiría interpretando el papel de institutriz diligente, enseñando a Violet y manteniendo su cuidadosa fachada. Pero aquella noche había cambiado algo fundamental en su forma de entender Westridge Hall y a su señor.

Ya no estaba simplemente investigando las prácticas comerciales de Gabriel Harrow. Estaba destapando los secretos de un hombre atormentado por algo mucho más personal y, potencialmente, mucho más peligroso. Y cuanto más profundizaba, menos claro tenía en quién podía confiar, incluida ella misma.

Cuando Clara por fin volvió a acostarse en su estrecha cama, el sueño se le escapaba a pesar del agotamiento. Cada sonido en la vieja casa parecía amplificado, cada sombra podía ocultar amenazas que no sabía nombrar. La melodía de la caja de música de Margaret resonaba en su mente, aquella inquietante nana que hablaba de

pérdida, de anhelo y de secretos que se negaban a permanecer enterrados.

Había llegado a Westridge Hall en busca de respuestas sobre el pasado. Ahora se preguntaba si esas respuestas podrían costarle más de lo que estaba dispuesta a pagar. Pero ya no había vuelta atrás: estaba comprometida con aquel camino, adondequiera que la llevase.

La verdad, se recordó, valía cualquier riesgo. Pero mientras yacía en la oscuridad oyendo los crujidos de la vieja casa, Clara no lograba quitarse de encima la sensación de que la verdad podría ser mucho más compleja y peligrosa de lo que jamás había imaginado.

Al otro lado de la ventana, las nubes cubrieron la luna y sumieron la habitación en la oscuridad. En aquel momento, Clara se sintió muy sola y muy lejos de las reconfortantes certezas que la habían llevado hasta allí. Ya no era simplemente una investigadora en busca de justicia.

Era una mujer que estaba descubriendo que algunos secretos permanecían ocultos por una buena razón, y que removerlos podría desatar consecuencias que no estaba preparada para afrontar.

# CAPÍTULO 6



El descubrimiento de la habitación preservada de Margaret había dejado a Clara inquieta y nerviosa, con la mente llena de preguntas que parecían multiplicarse en lugar de resolverse. Durante las lecciones se mostraba distraída, se sobresaltaba ante cualquier sonido inesperado y escrutaba el rostro de Gabriel en sus breves encuentros, buscando señales de la culpa que había percibido en aquella conmovedora nota a su esposa fallecida.

Habían pasado tres días desde aquella noche de vagabundeo, y Clara no había averiguado nada más sobre el misterioso visitante ni sobre la críptica conversación que había escuchado. El comportamiento de Gabriel seguía siendo tan controlado y distante como siempre, aunque a veces lo pillaba observándola con una intensidad que le erizaba la piel. ¿Sospechaba él de sus actividades nocturnas, o había alguna otra razón para aquel escrutinio?

Fue en la cuarta noche, cuando la casa se había sumido en su habitual silencio profundo, cuando Clara cedió por fin al impulso que crecía en su interior. Necesitaba respuestas, y sabía exactamente dónde encontrarlas.

El estudio de Gabriel ocupaba sus pensamientos desde la advertencia de la Sra. Redley en su primer día. El énfasis del ama de llaves en que la habitación era «estrictamente privada» solo había

conseguido hacerla más tentadora. Si Gabriel Harrow ocultaba secretos sobre negocios, correspondencia o cualquier otra cosa que pudiera arrojar luz sobre los misterios que lo rodeaban, ese estudio sería el lugar donde los guardaba.

Clara se vistió con cuidado con su ropa más oscura y se envolvió los pies en tiras de tela para amortiguar cualquier sonido. Los pasillos de Westridge Hall ya se habían convertido en territorio familiar, y sabía qué tablas del suelo crujían y qué ventanas dejaban pasar la luz de luna más reveladora. Atravesó la casa dormida como un fantasma, deteniéndose en cada sombra para asegurarse de que nadie la descubría.

Las puertas del estudio se alzaban ante ella, con sus paneles de roble tallado que parecían burlarse de su osadía. Clara probó el picaporte, esperando encontrarlo cerrado con llave, pero, para su sorpresa, giró con facilidad. La confianza de Gabriel en que su casa respetaría su intimidad lo había vuelto descuidado con la seguridad física.

La estancia era todo lo que Clara había imaginado: un santuario masculino de madera oscura y cuero, con altas ventanas cubiertas de pesado terciopelo que bloqueaba todo salvo los más tenues rastros de luz lunar. Cerró la puerta tras de sí y se quedó inmóvil un instante, dejando que sus ojos se adaptaran a la oscuridad más profunda del interior.

Poco a poco, las formas fueron tomando nitidez. Un escritorio imponente dominaba el centro de la habitación, con la superficie despejada salvo por un tintero de cristal y unas pocas hojas de papel sujetas con un abrecartas ornamentado. Las estanterías cubrían las paredes, con los estantes repletos de volúmenes que hablaban de erudición seria y agudeza para los negocios. Pero fue la gran caja fuerte del rincón la que captó primero la atención de Clara: un monstruo de hierro achaparrado que sin duda contenía los documentos más delicados de Gabriel.

Clara se acercó primero al escritorio, pensando que lo que estaba a la vista estaría menos protegido que lo guardado bajo llave. Los papeles bajo el abrecartas resultaron ser correspondencia rutinaria sobre la finca: facturas de comerciantes, cartas de su abogado sobre

cuestiones legales menores, nada que pareciera relevante para su búsqueda.

Comenzó a abrir cajones de forma sistemática, empezando por los más evidentes. Los cajones superiores contenían los objetos habituales de la vida comercial: plumas, lacre, papelería de repuesto y algunos documentos sin importancia. Pero a medida que avanzaba por el escritorio, la frustración de Clara iba en aumento. Todo lo que encontraba era perfectamente corriente: los papeles de un hombre que llevaba negocios legítimos con socios legítimos.

Solo cuando probó el cajón inferior del lado derecho encontró algo inesperado. El cajón se atascó al principio, como si llevara tiempo sin abrirse, y cuando por fin logró liberarlo, descubrió el motivo. El cajón no estaba del todo vacío, pero tampoco lleno; más bien parecía tener un fondo falso que no encajaba del todo con los laterales.

El pulso de Clara se aceleró mientras examinaba el cajón con más detenimiento. Sus dedos encontraron un pequeño pestillo escondido en la sombra del borde trasero, y cuando lo presionó, el fondo falso se levantó y dejó al descubierto un compartimento secreto.

Dentro había quizá una docena de documentos, todos atados con una cinta negra. Las manos de Clara temblaron mientras los sacaba y desataba la cinta con dedos cuidadosos. Los papeles eran de distintos tamaños y antigüedades, algunos con sellos de aspecto oficial, otros escritos por diferentes manos. Pero fue el documento de encima el que le cortó la respiración.

Era una carta escrita en papel caro, con caligrafía elegante, pero sin firma al pie. La fecha del encabezado indicaba que tenía casi tres años, y mientras Clara leía las primeras líneas, sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies:

*«El asunto de H. Finch debe resolverse rápida y discretamente. Sus investigaciones se han acercado demasiado a la verdad, y su reputación de integridad lo convierte en un peligro para nuestros intereses. Los documentos adjuntos deberían bastar para desacreditarlo por completo, aunque habrá que asegurarse de que las falsificaciones no se descubran hasta que el daño esté hecho...»*

La visión de Clara se nubló al comprender el significado de aquellas palabras. H. Finch. Su padre, Harold Finch. Aquella carta hablaba de la destrucción de la reputación de su padre, del escándalo que lo había llevado a la tumba sumido en la desgracia y la vergüenza.

Con las manos temblándole ya violentamente, Clara siguió leyendo:

*«Berwick ha accedido a encargarse de colocar los documentos donde las autoridades competentes los descubran. El negocio de inversión ferroviaria proporciona la tapadera perfecta para nuestros propósitos: la conexión de Finch con los aspectos legítimos del negocio hará que los elementos falsificados parezcan aún más creíbles. Una vez destruida su reputación, cualquier investigación futura sobre nuestras actividades reales se descartará como los manotazos desesperados de un hombre desacreditado...»*

La carta continuaba en la misma línea y detallaba con escalofriante precisión cómo se había orquestado la caída de su padre. Cómo se habían falsificado documentos para implicarlo en tramas fraudulentas de las que nunca había formado parte. Cómo sus honestos esfuerzos por investigar prácticas comerciales sospechosas se habían vuelto en su contra mediante pruebas cuidadosamente plantadas.

Pero fue la caligrafía lo que le heló la sangre. Había visto aquella letra elegante antes: en las instrucciones de la casa, en los asientos del libro mayor que había copiado, en la nota a Margaret escondida en la caja de música. La letra era cuidada y controlada, pero estaba segura de que pertenecía a Gabriel Harrow.

El padre de Clara había muerto creyéndose un fracasado, convencido de que su reputación de integridad había sido destruida con justicia. Pero aquella carta demostraba que había sido inocente desde el principio; no solo inocente, sino que había trabajado activamente para exponer la misma corrupción que habían usado para incriminarlo.

Las lágrimas nublaron la visión de Clara a medida que comprendía el alcance total de la traición. Gabriel Harrow no solo se había quedado de brazos cruzados mientras destruían a su padre:

había orquestado toda la conspiración. El hombre a cuya hija enseñaba, en cuya casa vivía, por cuya conciencia atormentada había empezado a sentir compasión, era el arquitecto de la ruina de su familia.

Estaba tan absorta leyendo y releyendo la carta condenatoria que casi no oyó el sonido de pasos en el pasillo. Clara alzó la cabeza bruscamente, con el corazón martilleándole en el pecho mientras aguzaba el oído. Alguien se movía por la casa con paso decidido y familiar.

La Sra. Redley.

Clara reconoció el paso mesurado del ama de llaves incluso a través de la gruesa puerta del estudio. El pánico se apoderó de ella al darse cuenta de lo comprometida que era su situación: sola en el estudio prohibido de Gabriel, con su correspondencia privada esparcida sobre el escritorio, sin excusa posible para justificar su presencia.

Reunió los documentos a toda prisa y volvió a atarlos con la cinta negra, con los dedos torpes por los nervios mientras los pasos se acercaban. El compartimento oculto pareció resistirse a sus intentos de devolver su contenido, y perdió preciosos segundos luchando por alinear correctamente el fondo falso.

Los pasos se habían detenido justo al otro lado de la puerta del estudio.

Clara contuvo la respiración, paralizada, esperando ver si la Sra. Redley intentaría abrir. El silencio se prolongó, cargado con la amenaza del descubrimiento, hasta que empezó a preguntarse si habría imaginado por completo los pasos que se acercaban.

Entonces oyó el inconfundible sonido de una llave girando en una cerradura, pero no era la puerta del estudio, sino la de enfrente. El armario de la ropa blanca, comprendió Clara con un leve alivio. La Sra. Redley estaba haciendo una de sus inspecciones nocturnas de las provisiones, no investigando ruidos sospechosos procedentes del estudio.

Clara se obligó a permanecer inmóvil hasta que los pasos se alejaron, llevándose a la Sra. Redley de vuelta a las dependencias del servicio. Solo entonces terminó de asegurar el cajón oculto y se

dispuso a marcharse. Pero al dirigirse hacia la puerta, se vio reflejada en el espejo sobre la chimenea y su propia imagen la sobresaltó.

Tenía el rostro lívido, los ojos muy abiertos por la conmoción y algo que bien podría ser miedo. La compostura que había mantenido con tanto esmero desde su llegada a Westridge Hall se había resquebrajado por completo, dejándola con el aspecto de la mujer desesperada que era: alguien impulsada por el dolor y la sed de justicia, costara lo que costase.

Clara se escabulló del estudio y regresó a su habitación con el contenido de la carta sin firmar grabado a fuego en la memoria. Había encontrado la prueba que buscaba, la evidencia que podría reivindicar el nombre de su padre y exponer los crímenes de Gabriel Harrow. Pero la victoria le sabía a hueco, envenenada por saber hasta dónde llegaba la traición.

Había empezado a ver a Gabriel como un hombre complejo: frío y controlador, quizás, pero devoto de su hija y atormentado por un duelo genuino por su esposa. La habitación intacta, la nota de culpabilidad, incluso las restricciones que imponía a Violet para protegerla habían empezado a dibujar la imagen de alguien que luchaba contra la pérdida y el remordimiento, no contra el cálculo y la malicia.

Ahora Clara comprendía hasta qué punto la habían engañado. La culpa de Gabriel no era por no haber salvado a su esposa, sino por las incontables vidas que había destruido en su afán de riqueza y poder. Su padre era solo una víctima más en lo que claramente constituía un patrón de corrupción y manipulación.

Pero incluso mientras sentía arder en el pecho el fuego familiar de la ira justa, la duda empezó a asomar. La carta carecía de firma; la única prueba de su autoría era que Clara había reconocido la caligrafía. ¿Podía estar realmente segura de que era la letra de Gabriel? Y de serlo, ¿por qué guardaría una prueba tan incriminatoria donde pudiera ser descubierta?

Clara pasó las horas que quedaban hasta el amanecer recorriendo de un lado a otro su pequeña habitación, dividida entre la reivindicación que había buscado y una incertidumbre creciente

sobre el hombre al que había estado investigando. La carta le proporcionaba la prueba que necesitaba, pero también planteaba nuevas preguntas sobre las motivaciones de Gabriel y el verdadero alcance de la conspiración que había destruido a su padre.

Cuando la luz del alba se filtró por la ventana, Clara sentía como si hubiera envejecido años en una sola noche. La certeza rotunda que la había impulsado a buscar empleo en Westridge Hall había dado paso a una compleja maraña de hechos y sospechas que se resistía a cualquier interpretación sencilla.

Cuando sonó la campana del desayuno, Clara se obligó a vestirse y a mostrar una fachada de serenidad, pero se sentía frágil, como si la más mínima presión pudiera hacer añicos el control que había reconstruido a duras penas durante aquella noche en vela.

Se dirigió al aula, esperando perderse en la rutina familiar de las lecciones con Violet. Pero a la niña le bastó una mirada al rostro de Clara para dejar de inmediato su cartilla.

—Srta. Finch —dijo Violet, clavando en Clara sus ojos grises, tan parecidos a los de su padre, con una intensidad desconcertante—, ¿se encuentra bien? Parece que no haya dormido.

Clara esbozó una sonrisa tranquilizadora, pero por la expresión de Violet supo que no había resultado convincente.

—Estoy perfectamente, cariño. Quizá solo un poco de dolor de cabeza. ¿Empezamos con matemáticas esta mañana?

Pero Violet siguió observándola con aquella mirada inquietantemente perspicaz.

—¿Algo la ha asustado? Tiene la misma cara que yo después de la pesadilla sobre Mamá.

La pregunta inocente golpeó a Clara como un puñetazo. Allí estaba aquella niña confiada, deseosa de consolar a su institutriz, mientras Clara guardaba pruebas que podrían destruir todo lo que Violet conocía de su vida. Si Gabriel era realmente el artífice de la corrupción que sugería la carta, ¿qué sería de Violet cuando la verdad saliera a la luz? ¿Quedaría huérfana, con su herencia confiscada, mientras su mundo entero se derrumbaba a su alrededor?

—Estoy bien —repitió Clara, aunque su voz sonó tensa incluso a sus propios oídos—. A veces los adultos tienen problemas para dormir, igual que los niños. No es nada por lo que debas preocuparte.

Violet asintió con solemnidad, pero Clara veía que no estaba del todo convencida. La inteligencia emocional de la niña era notable: parecía percibir las corrientes de tensión y engaño que recorrían la casa, aunque no pudiera comprender su origen.

Mientras se acomodaban para las lecciones, a Clara le resultó casi imposible concentrarse. Cada vez que miraba el rostro serio de Violet, le venían a la mente las consecuencias devastadoras que su investigación podría tener para aquella niña inocente. Y cuando Gabriel apareció brevemente en la puerta para comprobar cómo iban, Clara sintió náuseas al verlo: aquel hombre que había sonreído ante los dibujos de su hija mientras guardaba bajo llave en su escritorio las pruebas de la destrucción de su padre.

—La Srta. Finch parece cansada hoy, papá —observó Violet con su franqueza habitual—. ¿Quizá necesite un tónico del boticario?

La mirada penetrante de Gabriel se clavó en el rostro de Clara, que se sintió tan expuesta como si él pudiera leerle el pensamiento.

—¿De verdad? —murmuró—. Quizá la Srta. Finch haya estado trabajando demasiado. El descanso es esencial para mantener la salud y... el equilibrio.

El énfasis en la última palabra le provocó un escalofrío. ¿Sospechaba de sus actividades nocturnas? ¿Era aquello una advertencia disfrazada de preocupación?

—Estoy bien, Sr. Harrow —logró decir Clara—. Solo una ligera indisposición.

—Por supuesto. —La sonrisa de Gabriel era cortés pero gélida—. Avise a la Sra. Redley si necesita algo. No querríamos que su... indisposición interfiriera en la educación de Violet.

Cuando se marchó, Clara se descubrió temblando. Cada palabra había parecido cargada de doble sentido, cada mirada calculada para desestabilizarla. Empezaba a comprender por qué su padre había considerado a Gabriel Harrow un oponente tan formidable: el hombre era un maestro de la intimidación sutil.

Pero Clara ya no era la hija afligida que había llegado a Westridge Hall en busca de respuestas sencillas. Era una mujer que había mirado el mal a los ojos y había salido de ello con pruebas que podrían hacer justicia al fin. La cuestión era si tendría fuerzas para llegar hasta el final, sabiendo el daño colateral que podría causar a la niña inocente que empezaba a confiar en ella.

A medida que avanzaba el día, Clara se sorprendió estudiando a Violet con ojos nuevos, memorizando cada detalle del rostro y los gestos de la niña. Si su investigación llegaba a su conclusión lógica, aquellos podrían ser los últimos momentos de paz que compartieran.

Aquel conocimiento le oprimía el corazón, pero apartó sus dudas y se concentró en la tarea que tenía por delante. La justicia exigía su tributo, costara lo que costase. La memoria de su padre merecía ser reivindicada, y la verdad, por dolorosa que fuera, tenía que salir a la luz.

La carta sin firmar quizá hubiera sacudido su certeza sobre el carácter de Gabriel, pero también le había proporcionado la clave de todo lo que había estado buscando. Ahora solo quedaba decidir cómo usarla.

# CAPÍTULO 7



El descubrimiento de la carta sin firmar sobre su padre había dejado a Clara profundamente perturbada, aunque había logrado mantener la compostura durante las semanas siguientes. Las pruebas de la implicación de Gabriel en la destrucción de su padre habían reforzado su determinación de descubrir todos los secretos que Westridge Hall ocultaba. Si Gabriel Harrow era capaz de orquestar la ruina de su padre con semejante crueldad calculada, ¿qué más podría haber hecho? ¿Cuántas otras vidas habría destruido en pos de sus propios intereses?

Fue durante una de sus lecciones matutinas habituales cuando Clara decidió indagar con más cautela en el misterio que la atormentaba desde que descubrió la habitación intacta de Margaret. Violet estaba sentada en su pequeño escritorio, copiando diligentemente ejercicios de gramática, cuando Clara advirtió que la niña miraba una y otra vez hacia la ventana con una expresión de profunda tristeza que le partía el corazón.

—Violet —dijo Clara con dulzura, dejando la pluma—, pareces distraída hoy. ¿Te preocupa algo?

Los ojos grises de la niña —tan parecidos a los de su padre— se encontraron con los de Clara con una franqueza a la vez entrañable e inquietante.

—Estaba pensando en mamá —dijo en voz baja—. A veces me preocupa estar olvidando cómo era.

Clara sintió que el pulso se le aceleraba. Era la oportunidad que había estado esperando, aunque tuvo cuidado de mantener una expresión de amable preocupación en lugar de ávida curiosidad.

—Debe de ser muy difícil —dijo Clara, y se sentó junto a Violet en lugar de frente a ella—. ¿Te gustaría hablarme de ella? A veces, hablar de las personas que echamos de menos nos ayuda a recordarlas mejor.

Las pequeñas manos de Violet jugueteaban con el lápiz mientras bajaba la mirada hacia el escritorio.

—Era muy guapa. Papá dice que tengo sus ojos, pero creo que los míos son demasiado pálidos. Los de ella eran como nubes de tormenta, grises y siempre cambiantes.

La niña hizo una pausa y luego preguntó con una simplicidad devastadora:

—Señorita Finch, ¿se irá usted como se fue mamá?

La pregunta golpeó a Clara como un puñetazo. Había tanto miedo desnudo en la voz de Violet, tanta desesperación apenas contenida, que Clara tuvo que tragar saliva antes de poder responder.

—¿Qué quieres decir, cariño? ¿Cómo se fue tu madre?

La expresión de Violet se tornó confusa, casi frustrada.

—No lo sé exactamente. Papá dice que se puso muy enferma y tuvo que ir a un lugar donde los médicos pudieran ayudarla a mejorar. Pero nunca volvió, y papá no me dice dónde está ese lugar ni cuándo podré volver a verla.

Los pensamientos de Clara se dispararon. ¿Gabriel le había dicho a su hija que Margaret estaba enferma y que la habían enviado a recibir tratamiento? Eso era muy diferente de la impresión que le había dado la habitación intacta y aquella nota cargada de culpa sobre darle paz a Margaret.

—¿Y eso fue... hace cuánto tiempo? —preguntó Clara con cautela.

—Dos años, tres meses y dieciséis días —respondió Violet con esa precisión que los niños a veces aplican a las fechas importantes

—. Los he ido contando.

A Clara se le encogió el corazón ante aquella prueba de una niña contando los días, esperando a una madre que nunca volvería. Pero continuó, convencida de que había más por descubrir.

—¿Recuerdas algo más de cuando se fue? ¿A ti te parecía muy enferma?

Violet frunció el ceño mientras rebuscaba en su memoria.

—Estaba triste muy a menudo. Y a veces hablaba con personas que no estaban allí. Papá se enfadaba por eso, no conmigo, sino con ella. Discutían en voz baja cuando pensaban que yo no podía oírlos.

La voz de la niña se redujo casi a un susurro.

—A veces la oía llorar por la noche. Mucho después de que papá pensara que yo estaba dormida.

La imagen que emergía del relato entrecortado de Violet era inquietante. Margaret Harrow no había muerto simplemente de fiebre o en el parto: había estado sufriendo algún tipo de angustia mental tan grave que Gabriel había sentido la necesidad de enviarla lejos. Pero si de verdad la habían dejado al cuidado de médicos, ¿por qué aquella habitación intacta? ¿Por qué conservar sus pertenencias como si fuera un santuario?

—Violet —dijo Clara con dulzura—, ¿tienes algo que fuera de tu madre? ¿Algo que te ayude a recordarla?

El rostro de la niña se iluminó un poco.

—¡Sí! Papá me dejó guardar algunas de sus cosas en mi baúl. ¿Quiere verlas?

A Clara se le aceleró el pulso.

—Sería un honor verlas, si quieres enseñármelas.

Se dirigieron al dormitorio de Violet, un espacio encantador decorado en suaves tonos azules y crema que conseguía resultar a la vez lujoso y acogedor. El baúl al que se refería Violet estaba a los pies de la cama: una pieza pequeña, de tamaño infantil, pintada con delicadas flores.

Violet se arrodilló junto a él y levantó la tapa con reverencia. Dentro, Clara pudo ver los tesoros habituales de la infancia: muñecas favoritas, libros, cintas y flores prensadas. Pero había otros objetos que claramente no pertenecían a una niña.

—Esto era de mamá —dijo Violet, sacando una pequeña caja de música. Pero a diferencia de la inmaculada que Clara había encontrado en la habitación intacta de Margaret, esta estaba claramente estropeada. La caja de palisandro tenía una grieta a lo largo de un borde, y cuando Violet le dio cuerda, la nana que brotó sonó entrecortada y discordante, como si parte del mecanismo interno se hubiera dañado.

Clara contuvo el aliento. Era inconfundiblemente la misma melodía que había escuchado en la habitación de Margaret, pero aquella versión rota resultaba en cierto modo más inquietante, más trágica. La pequeña figura danzante aún giraba, pero sus movimientos eran bruscos, irregulares, como si también ella hubiera sufrido las consecuencias de lo que le había ocurrido a su dueña.

—¿Qué le pasó? —preguntó Clara, aunque temía la respuesta.

—Se cayó —dijo Violet con sencillez—. El día que mamá se fue. La tenía en las manos y se le cayó al suelo. Papá se disgustó mucho por eso, no por la caja de música, sino porque a mamá se le caían las cosas. Al final le pasaba mucho.

Clara tomó nota mental de aquel detalle sobre el empeoramiento de Margaret mientras Violet seguía explorando el contenido de su baúl. La niña sacó una cinta de seda de un azul desvaído, con un delicado bordado en los bordes.

—Esta tiene las iniciales de mamá —dijo Violet, señalando las «M. H.» bordadas en hilo de plata—. Se la ponía en el pelo cuando papá la llevaba a fiestas. Antes de ponerse triste.

La cinta era preciosa, claramente cara, pero Clara advirtió que estaba algo gastada, como si la hubieran tocado muchas veces. Estaba a punto de comentar lo bonita que era cuando Violet sacó algo más que le heló la sangre.

Era un trozo de papel, amarillento por el paso del tiempo y parcialmente quemado en un borde. La mayor parte del texto era ilegible, pero Clara pudo distinguir algunos fragmentos: «...lugar de descanso...» y «...por su propio bien...» y lo que podría haber sido «...sin visitas...»

—¿Qué es esto, cariño? —preguntó Clara, procurando que su voz sonara despreocupada a pesar del escalofrío que le recorría las

venas.

—No lo sé —dijo Violet encogiéndose de hombros—. Lo encontré en la habitación de Mami después de que se fuera. Estaba en la chimenea, pero no se quemó del todo. Lo guardé porque tiene su nombre al final, ¿ves?

Clara miró donde señalaba Violet y vio los restos de una firma: «M. Harr—». El resto lo había consumido el fuego.

Una carta de la propia Margaret, que mencionaba un «lugar de descanso» y «sin visitas». La mente de Clara empezó a dar vueltas. ¿Habría estado Margaret escribiendo sobre su propio destino? ¿Sabía que iban a enviarla lejos?

—Violet —dijo Clara con cautela—, ¿tu madre alguna vez te habló de irse? ¿Parecía saber que iba a suceder?

La niña se lo pensó con seriedad.

—Los últimos días no paraba de decir cosas extrañas. Que estaba cansada y quería dormir para siempre. Y que los ángeles la llamaban por su nombre, pero Papá dijo que no había ángeles y que no debía decir esas cosas.

A Clara se le revolvió el estómago. La imagen que iba tomando forma era la de una mujer que sufría algún tipo de enfermedad mental —depresión, quizás, o algo más grave— a la que habían apartado de su hogar y su familia en circunstancias que Gabriel claramente consideraba necesarias, aunque angustiosas.

Pero ¿por qué conservar su habitación intacta? ¿Por qué mantenerla como un santuario si supuestamente estaba recibiendo atención médica en otro lugar?

Un golpe seco en la puerta del dormitorio interrumpió su exploración de los tesoros de Violet. La Sra. Redley entró sin esperar permiso; sus ojos pálidos repararon de inmediato en el baúl abierto y los recuerdos esparcidos.

—Srta. Violet —dijo el ama de llaves con desaprobación apenas contenida—, sabe que a su padre no le gusta que se aferre al pasado. Debería guardar estas cosas.

—Pero la Srta. Finch quería ver los tesoros de Mami —protestó Violet con su vocecita vacilante entre el desafío y el miedo.

La mirada fría de la Sra. Redley se clavó en Clara.

—¿De verdad? Qué... curioso que la Srta. Finch aliente tales... reminiscencias.

Clara percibió la advertencia en el tono del ama de llaves, pero siguió adelante de todos modos.

—Solo intentaba ayudar a Violet a sobrellevar su duelo. Es perfectamente natural que una niña quiera recordar a su madre.

—El recuerdo de la Sra. Harrow no es un tema apropiado para el aula —respondió la Sra. Redley con brusquedad—. Quizás la Srta. Finch debería centrarse en sus deberes asignados en lugar de... entrometerse en asuntos familiares.

La palabra «entrometerse» había sido elegida claramente para herir, y Clara notó que le ardían las mejillas de ira y vergüenza. Pero no iba a dejarse intimidar por el ama de llaves, por muchos años que llevara la mujer gobernando aquella casa.

—Solo estaba escuchando a una niña que necesitaba hablar —dijo Clara con toda la dignidad de la que fue capaz—. Seguramente no hay nada de malo en dejar que Violet comparta recuerdos de su madre.

La expresión de la Sra. Redley se tornó aún más amenazante.

—Cómo era la Sra. Harrow y lo que le sucedió no es asunto suyo, Srta. Finch. Le sugiero que recuerde cuál es su lugar.

Pero cuando la Sra. Redley se dio la vuelta para marcharse, Clara no pudo evitar hacer una pregunta más.

—Sra. Redley, ¿podría preguntarle qué enfermedad padecía la Sra. Harrow? Solo para entender mejor lo que ha pasado Violet.

El ama de llaves se quedó inmóvil en el umbral, con la espalda rígida por la tensión.

—No me corresponde hablar de tales asuntos —dijo sin volverse —. Y desde luego a usted no le corresponde preguntar.

Cuando la Sra. Redley se marchó, Clara ayudó a Violet a guardar de nuevo los recuerdos de su madre en el baúl, pero su mente bullía de preguntas y posibilidades. La caja de música rota, la carta parcialmente quemada, la descripción que Violet había hecho del extraño comportamiento de su madre en aquellos últimos días... todo componía la imagen de una mujer sumida en una profunda angustia.

Pero ¿qué había causado esa angustia? Y, más importante aún, ¿qué había hecho Gabriel al respecto?

Mientras regresaban al aula, Clara se descubrió observando con nuevos ojos a cada sirviente con el que se cruzaban. Seguramente alguien en aquella casa sabía más sobre el destino de Margaret Harrow de lo que dejaba entrever. Alguien tenía que haber presenciado lo que realmente sucedió durante aquellos últimos días.

Fue durante las lecciones de la tarde cuando Clara tuvo su oportunidad. Jenny, la joven criada de cocina que había entregado la nota de la Sra. Redley la primera mañana de Clara en la casa, apareció con té y galletas para el descanso de media tarde. Clara notó cómo la mirada de la muchacha se detenía en el aula, como si recordara algo, y decidió arriesgarse.

—Jenny —dijo Clara mientras la muchacha se disponía a marcharse—, llevas bastante tiempo trabajando aquí, ¿verdad?

La criada pareció sorprendida de que le hablaran directamente.

—Sí, señorita. Casi cuatro años ya.

—Entonces conociste a la Sra. Harrow.

El semblante de Jenny se ensombreció de inmediato, pero no antes de que Clara captara un destello de algo: dolor, quizás, o miedo.

—Yo... sí, señorita. Era muy amable con el personal.

Clara insistió con delicadeza.

—Debió de ser muy triste cuando enfermó.

—Oh, sí, señorita, fue terrible... —comenzó Jenny, pero se detuvo en seco cuando la Sra. Redley apareció en el umbral.

—Jenny —dijo el ama de llaves con brusquedad—, creo que tienes cosas que hacer en la cocina.

—Sí, Sra. Redley —dijo Jenny rápidamente, pero mientras pasaba apresurada junto al ama de llaves, Clara la oyó murmurar por lo bajo —: Pobre señora, perder la cabeza así...

Los ojos de la Sra. Redley relampaguearon.

—¿Qué has dicho?

—Nada, Sra. Redley —respondió Jenny, aunque se había quedado muy pálida—. Solo que fue triste lo de la señora.

—En efecto —dijo la Sra. Redley con frialdad—. Y estoy segura de que no necesito recordarte que los cotilleos sobre asuntos familiares son motivo de despido inmediato.

Jenny huyó, pero sus palabras resonaron en la mente de Clara: «perder la cabeza así». Junto con la descripción que Violet había hecho de su madre —que hablaba con personas que no estaban allí, que dejaba caer cosas y decía que los ángeles la llamaban por su nombre—, iba tomando forma una imagen de los últimos meses de Margaret Harrow.

Enfermedad mental. Eso era lo que había aquejado a la esposa de Gabriel. Pero en una época en que se entendían mal tales dolencias y a menudo se trataban con crueldad, ¿qué opciones habría tenido un hombre rico como Gabriel?

Manicomios privados. Lugares adonde podían enviar discretamente a los miembros incómodos de la familia, lejos de las miradas censoras de la sociedad. Lugares donde los pacientes podían languidecer durante años sin recibir visitas, consumiéndose poco a poco hasta...

A Clara se le heló la sangre al comprender las implicaciones. La habitación preservada no era un memorial a una esposa amada que había muerto de causas naturales. Era un santuario de la culpa: la culpa de un hombre que había internado a su esposa en un asilo y la había visto consumirse, incapaz de traerla a casa o sin querer hacerlo.

—¿Srta. Finch? —la voz de Violet la arrancó de sus pensamientos de horror—. ¿Se encuentra bien? Está muy pálida.

Clara se obligó a sonreír a la niña, que la miraba preocupada.

—Estoy bien, cariño. Solo pensaba en las lecciones de la tarde.

Pero a medida que avanzaba el día, Clara no podía evitar observar a Gabriel con otros ojos cada vez que aparecía. ¿Era aquel el rostro de un hombre que había internado a su esposa en un manicomio? ¿Que había preservado su habitación por culpa y no por amor? ¿Que era capaz de destruir reputaciones y arruinar vidas en pos de sus propios intereses?

Las pruebas se acumulaban, una pieza condenatoria tras otra. Gabriel Harrow no era el viudo complejo y afligido que ella había

empezado a ver. Era un hombre que se deshacía de las personas inconvenientes, ya fueran rivales de negocios como su padre o esposas problemáticas como Margaret.

Y Clara vivía en su casa, enseñaba a su hija, completamente a su merced.

Cuando cayó la noche y se llevaron a Violet a cenar, Clara se quedó sola en el aula, dándole vueltas a las implicaciones de todo lo que había descubierto. La carta parcialmente quemada, la caja de música rota, las palabras murmuradas de Jenny sobre Margaret «perdiendo la cabeza»: todo apuntaba a una verdad demasiado horrible para aceptarla del todo.

Gabriel Harrow no solo no había logrado salvar a su esposa. La había enviado lejos deliberadamente, la había encerrado donde no pudiera avergonzarlo ni interferir en sus negocios. Y cuando finalmente había muerto en la miserable institución a la que la había condenado, había creado aquel dormitorio convertido en santuario no por amor, sino por una culpa tan profunda que lo había llevado a preservarlo todo exactamente como ella lo había dejado.

Clara pensó en la nota escondida en la caja de música: «que encuentres la paz donde yo no pude dártela». No eran las palabras de un hombre que lloraba una muerte natural, sino las de alguien que sabía que no había sido capaz de brindarle la ayuda y la compasión que su esposa había necesitado en sus horas más oscuras.

La pregunta ahora era qué iba a hacer Clara con lo que sabía. Había venido a Westridge Hall buscando pruebas de los delitos empresariales de Gabriel, pero estaba descubriendo algo mucho más personal y potencialmente más condenatorio. Si Gabriel era capaz de internar a su propia esposa en un asilo para deshacerse de ella, ¿qué podría hacerle a una institutriz que sabía demasiado sobre sus secretos?

Clara miró por la ventana del aula hacia los terrenos apacibles de Westridge Hall, pero la belleza del lugar ya no la reconfortaba. Estaba atrapada en una casa con un hombre que se deshacía de las personas inconvenientes, y ella se estaba convirtiendo en una de ellas a pasos agigantados.

La verdad que había buscado resultaba ser más compleja y peligrosa de lo que jamás había imaginado. Y Clara empezaba a comprender que descubrir los secretos de Gabriel Harrow podría costarle más de lo que estaba dispuesta a pagar.

# CAPÍTULO 8



Las tardes de noviembre se habían vuelto cortas y grises, y sumían el aula en un crepúsculo perpetuo que parecía reflejar los pensamientos cada vez más inquietos de Clara. Llevaba varias semanas en Westridge Hall, tiempo suficiente para establecer rutinas cómodas con Violet, pero cada día traía nuevos misterios y preguntas más profundas sobre los oscuros secretos que se ocultaban en la casa.

Violet se había vuelto más animada en las últimas semanas; su brillo natural iba emergiendo poco a poco a medida que Clara alentaba su curiosidad y creatividad. La aguda inteligencia de la niña deleitaba a Clara, aunque también le recordaba constantemente lo que podía perder si su investigación salía a la luz. ¿Cómo podía destruir al padre de una niña que estaba empezando a confiar en ella?

Fue durante una de sus clases de arte —que se habían convertido en parte habitual de su horario a pesar del escepticismo inicial de Gabriel— cuando Violet sorprendió a Clara con un anuncio que lo cambiaría todo.

—Srta. Finch —dijo Violet, levantando la vista del papel donde había estado dibujando con inusual concentración—, he estado trabajando en algo especial. Un retrato de mi familia.

A Clara se le cortó la respiración.

—¿Tu familia?

—Sí —dijo Violet, con los ojos grises brillantes de emoción—. ¿Le gustaría verlo?

Antes de que Clara pudiera responder, Violet giró el papel con un floreo, y Clara sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies.

El dibujo era notablemente sofisticado para una niña de ocho años y revelaba el talento artístico natural de Violet y la aguda capacidad de observación que había heredado de ambos padres. Pero no fue la habilidad técnica lo que le quitó el aliento a Clara, sino la composición.

El retrato mostraba cuatro figuras dispuestas como para una fotografía familiar formal. A la izquierda había un hombre alto de cabello oscuro y rasgos severos que era inconfundiblemente Gabriel. Junto a él, una mujer de cabello ondulante y ojos tristes: Margaret, dibujada a partir de los recuerdos que Violet guardaba de su madre. En el centro estaba sentada la propia Violet, con las manos cuidadosamente cruzadas en el regazo.

Y a la derecha, dibujada con esmerada atención al detalle, estaba Clara.

—Violet —susurró Clara con voz apenas audible—, esto es hermoso, pero... ¿por qué me incluiste?

La expresión de la niña se tornó de pronto insegura, como si acabara de darse cuenta de las implicaciones de lo que había dibujado.

—Yo... quería mostrar cómo es mi familia ahora. Con usted aquí, enseñándome y cuidándome. Usted es parte de nuestra familia, ¿verdad?

La pregunta inocente golpeó a Clara con la fuerza de un puñetazo. Allí estaba aquella niña confiada, incluyéndola en el retrato más íntimo posible, mientras Clara albergaba secretos que podrían destruir todo lo que Violet más quería.

—Cariño —comenzó Clara, buscando las palabras que no hirieran los sentimientos de la niña sin dejar de mantener los límites apropiados—, soy tu institutriz, que no es lo mismo que ser de la familia...

—Pero podría serlo —interrumpió Violet con la desconcertante franqueza que a veces tienen los niños—. A papá le cae bien, puedo notarlo. Y a usted también le caemos bien, ¿verdad? No es como las otras institutrices, que solo esperaban marcharse.

Antes de que Clara pudiera formular una respuesta que no revelara demasiado sus complicados sentimientos, unos pasos en el corredor anunciaron la llegada de alguien. Clara alargó rápidamente la mano hacia el retrato para darle la vuelta, pero ya era demasiado tarde.

Gabriel apareció en el umbral, y su mirada cayó de inmediato sobre el dibujo extendido en el escritorio.

El cambio en su expresión fue inmediato y devastador. La máscara de control que solía llevar se agrietó por completo, dejando al descubierto algo crudo y vulnerable. Su rostro palideció, y Clara vio que le temblaban ligeramente las manos antes de que las juntara a la espalda.

—¡Papá! —exclamó Violet, aparentemente ajena a la angustia de su padre—. ¡Mira lo que he dibujado! ¡Es nuestra familia, todos juntos!

Gabriel se acercó con pasos medidos y cautelosos, como si se aproximara a algo peligroso. Cuando llegó al escritorio, clavó la mirada en el retrato con una intensidad que hizo que a Clara se le erizara la piel.

—Has incluido a tu madre —dijo en voz baja, con un tono áspero por la emoción contenida.

—Sí —dijo Violet con orgullo—. Quería mostrar que ella sigue siendo parte de nuestra familia, aunque tuvo que irse. Y la Srta. Finch también forma parte de ella ahora.

La mirada de Gabriel se desplazó hacia la imagen de Clara en el dibujo, y ella sintió que se le encendían las mejillas bajo aquel escrutinio. ¿Qué estaría pensando mientras contemplaba aquella fantasía doméstica que su hija había creado?

—Violet —dijo Gabriel tras un largo momento—, esto está... muy bien hecho. Has retratado a todos de maravilla.

La dulzura de su voz sorprendió a Clara. Había esperado que corrigiera la presuntuosa inclusión de la institutriz en un retrato

familiar, que reforzara los límites entre empleador y empleada. En cambio, parecía casi conmovido por la visión de su hija.

—¿Te gusta, papá? —preguntó Violet con entusiasmo—. Me esforcé mucho para que los ojos de la Srta. Finch quedaran bien. A veces están tristes, como los de mamá, pero también son amables.

Clara sintió que se le oprimía el pecho ante aquella observación tan perspicaz. ¿Cómo había logrado aquella niña perceptiva ver más allá de su compostura cuidadosamente mantenida y descubrir el dolor que llevaba dentro?

La atención de Gabriel volvió hacia Clara, y ella se encontró atrapada en su mirada penetrante.

—Sí —dijo con suavidad—, has retratado muy bien a la Srta. Finch.

El peso de aquella mirada hizo que a Clara se le acelerara el pulso de un modo que nada tenía que ver con el miedo. Había algo en sus ojos que no había visto antes: una calidez que transformaba sus rasgos austeros y que, de pronto, la hizo intensamente consciente de él como hombre, y no solo como su empleador.

—Quizá —continuó Gabriel, con una dulzura aún inusual en su voz— deberíamos enmarcar este retrato y exponerlo como se merece. Un trabajo tan bueno merece ser visto.

El rostro de Violet se iluminó de alegría.

—¿De verdad, papá? ¿Lo pondrías donde la gente pueda verlo?

—Por supuesto. Los retratos familiares merecen ser honrados.

El énfasis que puso en la palabra «familiares» hizo que un escalofrío recorriera a Clara. ¿La estaba incluyendo deliberadamente en esa categoría, o estaba interpretando más de la cuenta?

Un silencio incómodo se instaló en la habitación mientras Clara intentaba procesar el torbellino de emociones que la rodeaba. Era intensamente consciente de la proximidad de Gabriel, de cómo su presencia parecía llenar el espacio y dificultarle la respiración.

—Srta. Finch —dijo Gabriel de pronto, rompiendo la tensión—, ¿podría hablar con usted en privado? Violet, quizá podrías llevar tu retrato a la Sra. Redley y pedirle que busque un marco adecuado.

Violet recogió el dibujo con cuidado, claramente complacida por el elogio de su padre. Cuando se marchó, el aula pareció encogerse

de algún modo, volverse más íntima ahora que Clara y Gabriel estaban a solas.

Gabriel se acercó a la ventana, su perfil recortado contra la luz gris de la tarde. Cuando habló, su voz tenía una carga emocional que Clara nunca le había oído.

—Margaret estaba embarazada cuando nos casamos —dijo sin preámbulos, y Clara dejó escapar un leve jadeo—. No era Violet, sino un embarazo anterior que... no llegó a término.

Clara permaneció en silencio, consciente de que cualquier interrupción podría hacer que él volviera a refugiarse tras sus defensas habituales.

—Era muy joven —continuó Gabriel—, apenas diecinueve años, y estaba lejos de su familia. Pensé que el matrimonio le daría seguridad, una oportunidad de ser feliz. Pero me temo que solo empeoré las cosas.

—¿A qué se refiere? —preguntó Clara con suavidad, aunque su mente bullía con las implicaciones.

Gabriel cerró los puños a los costados.

—La pérdida de ese primer hijo la afectó profundamente. Se volvió... frágil. Propensa a la melancolía y a extrañas fantasías. Cuando Violet nació dos años después, esperaba que la maternidad le devolviera el ánimo, pero solo pareció agravar sus problemas.

Clara recordó lo que Violet le había contado sobre Margaret: que hablaba con personas que no estaban allí, que lloraba por las noches y hablaba de ángeles que la llamaban por su nombre. El cuadro que Gabriel describía coincidía con lo que ya sabía, pero oírlo de sus propios labios lo hacía más real, más trágico.

—Comenzó a ver amenazas por todas partes —continuó Gabriel, bajando cada vez más la voz—. Se convenció de que la gente conspiraba contra nosotros, contra Violet. Se encerraba en su habitación durante días, negándose a comer o a ver a nadie. Los médicos que consulté dijeron que el dolor le había dañado la mente y que representaba un peligro para sí misma y para los demás.

A Clara se le cortó la respiración.

—¿Un peligro?

Gabriel se apartó de la ventana, y Clara se sorprendió al ver lágrimas que brillaban en sus ojos.

—Una noche intentó llevarse a Violet. Dijo que tenía que protegerla del mal que había en esta casa. Las encontré en los límites de la finca en pleno invierno, Margaret casi desnuda y Violet llorando de frío. Si no las hubiera encontrado cuando lo hice...

La frase quedó en el aire, pero el significado era evidente. La enfermedad de Margaret había avanzado hasta el punto de que podría haber hecho daño sin querer a la niña que intentaba proteger.

—Así que la envió lejos —dijo Clara en voz baja, comprendiendo al fin la culpa que había percibido en la nota de Gabriel a su esposa.

—A un hospital privado —confirmó Gabriel con la voz ligeramente quebrada—. La mejor institución que pude encontrar, con médicos especializados en trastornos de la mente. Me aseguraron que recibiría la mejor atención posible, que había esperanza de recuperación.

—Pero no se recuperó.

El silencio de Gabriel fue respuesta suficiente. Cuando por fin volvió a hablar, su voz era apenas un susurro.

—Murió allí hace dieciocho meses. Neumonía, dijeron los médicos, pero yo sé la verdad. Murió de pena, separada de su hija y convencida de que yo había traicionado su confianza.

Clara notó que los ojos le escocían de lágrimas ante el dolor descarnado en la voz de Gabriel. Aquel no era el villano calculador que había imaginado, el hombre que se deshacía fríamente de las personas incómodas. Era un padre y esposo que había tomado una decisión imposible y cargaba con ese peso desde entonces.

—Gabriel —dijo con suavidad, usando su nombre de pila sin pensarlo—, hizo lo que creyó mejor para las dos. No podía saber...

—¿No podía? —la interrumpió bruscamente, volviéndose para mirarla de frente—. Quizá si hubiera sido mejor esposo, más atento a sus necesidades, más paciente con sus miedos... Quizá si no hubiera estado tan absorto en los negocios y en amasar nuestra fortuna...

Ahora Clara entendía por qué mantenía la habitación de Margaret exactamente como ella la había dejado. No como un santuario al

amor, sino como un monumento a su fracaso, un recordatorio diario de la mujer a la que sentía que había fallado.

La revelación cambió todo lo que creía saber sobre Gabriel Harrow. Sí, era controlador e imperioso, pero empezaba a comprender el miedo que alimentaba esas actitudes. Ya había perdido a alguien a quien había jurado proteger. ¿Sería su sobreprotección de Violet fruto de la determinación de no volver a fallar?

—Su hija lo adora —dijo Clara con suavidad—. Sean cuales sean los errores que crea haber cometido con Margaret, es evidente que vive por el bienestar de Violet.

Gabriel soltó una risa amarga.

—¿De verdad? A veces me pregunto si mi protección no será otra forma de encarcelamiento. Usted me acusó de tenerla como a una prisionera, y quizá tenga razón.

—Hablé sin pensar aquel día —admitió Clara—. No conocía toda la situación.

—No —dijo Gabriel, acercándose a ella—. Habló movida por la compasión hacia una niña que necesitaba que alguien la defendiera. Esa es una de las cosas que he llegado a... admirar de usted, Srta. Finch.

La palabra «admirar» quedó suspendida en el aire entre ellos, cargada de un significado que aceleró el pulso de Clara. De pronto fue muy consciente de lo cerca que estaba Gabriel, de cómo sus ojos grises se habían oscurecido al mirarla.

—Ha devuelto a esta casa algo que faltaba desde hace demasiado tiempo —continuó, bajando la voz a un registro más íntimo—. Luz. Risas. Esperanza. Violet no sonreía como sonríe con usted desde antes de que su madre enfermara.

Clara contuvo el aliento cuando Gabriel extendió la mano y sus dedos rozaron apenas los de ella, que descansaban sobre el escritorio. El contacto le envió una oleada de calor por el brazo, y tuvo que contenerse para no girar la palma y atrapar su mano.

—Srta. Finch... Clara —dijo, y su nombre sonó como una caricia en sus labios—, ¿me haría el honor de cenar conmigo esta noche? No como institutriz y empleador, sino como... compañeros.

La invitación fue tan inesperada que Clara solo pudo mirarlo fijamente un momento. Cenar con Gabriel como una igual en lugar de como empleada sería una violación flagrante del protocolo, el tipo de gesto que daría que hablar en toda la casa.

—Yo... —comenzó Clara, y se detuvo, con la mente en guerra con el corazón. Debería rechazar, debería mantener la distancia prudente que su engaño exigía. Pero al mirar a los ojos de Gabriel, al ver la vulnerabilidad que él le permitía presenciar, se descubrió asintiendo.

—Sí —dijo con suavidad—. Sería un honor.

La sonrisa de Gabriel le transformó el rostro entero y lo hizo parecer más joven y menos austero.

—A las ocho, entonces. Le pediré a la Sra. Redley que prepare el comedor pequeño, más íntimo que el salón formal.

Cuando él se marchó, Clara permaneció sentada ante el escritorio, con el corazón desbocado mientras intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir. Las revelaciones de Gabriel sobre Margaret habían hecho añicos sus ideas preconcebidas sobre él, mostrándole a un hombre atormentado por la culpa y el dolor, no al calculador frío que había imaginado. Y su invitación a cenar sugería sentimientos que iban mucho más allá de la relación entre empleador y empleada.

Pero aunque Clara se sentía atraída por esa faceta más vulnerable de Gabriel Harrow, no podía olvidar la carta sin firmar escondida en su estudio. La carta que describía con detalle cómo habían destruido deliberadamente a su padre, escrita con una caligrafía sospechosamente parecida a la del propio Gabriel.

¿Cuál era el verdadero Gabriel Harrow? ¿El viudo afligido que había perdido a su esposa a causa de una enfermedad mental, o el hombre de negocios calculador que había orquestado la ruina de su padre? ¿Era posible que fuera ambas cosas?

Mientras Clara se dirigía a su habitación para prepararse para la cena, un torbellino de emociones contradictorias le agitaba la mente. Se sentía atraída por Gabriel; eso ya no podía negarlo. La forma en que la había mirado en el aula, la ternura de su voz al pronunciar su nombre, el breve roce de sus dedos contra los de ella... todo aquello

había despertado sentimientos que creía enterrados junto con su antigua vida.

Pero la atracción no borraba las preguntas que aún exigían respuestas. Es más, las hacía todavía más urgentes. Clara necesitaba saber la verdad sobre la participación de Gabriel en la destrucción de su padre, necesitaba entender cómo el hombre que había mostrado tanta vulnerabilidad al hablar de la enfermedad de su esposa podía ser también capaz de la crueldad calculada que describía aquella carta.

De pie frente a su pequeño espejo, Clara estudió su reflejo mientras elegía un vestido para la cena. El rostro que le devolvía la mirada era el de una mujer atrapada entre el deber y el deseo, entre la misión que la había llevado a Westridge Hall y los sentimientos complicados que habían ido surgiendo pese a todos sus esfuerzos por mantenerse distante.

Esa noche cenaría con Gabriel Harrow como su igual, quizás como su confidente. Miraría a aquellos ojos de un gris tormentoso e intentaría ver la verdad que se ocultaba tras su fachada cuidadosamente controlada. Y de algún modo, tendría que reconciliar al padre tierno y al viudo afligido con el hombre que podría haber destruido a su familia.

Clara eligió su mejor vestido, una seda azul profundo que realzaba sus ojos y complementaba su cabello oscuro. Mientras se arreglaba el pelo de forma más elaborada de lo habitual, no pudo evitar preguntarse para qué se estaba preparando. ¿Una simple cena entre empleador y empleada? ¿O algo que cambiaría para siempre la naturaleza de su relación?

Fuera como fuese, Clara sospechaba que, después de esa noche, nada en Westridge Hall volvería a ser lo mismo.

# CAPÍTULO 9



La cena con Gabriel lo había cambiado todo, aunque Clara no sabría decir exactamente cómo. Habían hablado de literatura y filosofía, del progreso de Violet y del estado del mundo más allá de las puertas de Westridge Hall. Gabriel había sido encantador, atento y sorprendentemente divertido cuando se lo proponía. Pero bajo la conversación civilizada, Clara había percibido corrientes de algo más profundo: una tensión que saltaba entre ellos cada vez que sus miradas se cruzaban, cada vez que sus manos se rozaban accidentalmente al alcanzar la sal o el vino.

En las semanas siguientes, el trato entre ellos se había vuelto más cálido, más familiar. Gabriel comenzó a pasarse por el aula con más frecuencia, supuestamente para comprobar el progreso de Violet, aunque a menudo se quedaba a comentar los métodos de enseñanza de Clara o a compartir observaciones sobre el desarrollo de su hija. La desaprobación de la Sra. Redley era palpable, pero Gabriel parecía ajeno a las miradas punzantes y los comentarios cortantes del ama de llaves, o simplemente no le importaban.

Clara se descubrió esperando esas visitas con una ilusión que la emocionaba y la perturbaba a partes iguales. Gabriel Harrow estaba demostrando ser mucho más complejo de lo que había creído en un principio, y la creciente atracción que sentía hacia él hacía que su misión le resultara cada vez más insoportable.

Fue durante una noche de diciembre particularmente tormentosa cuando todo estalló.

Clara se había refugiado en la biblioteca después de la cena, buscando consuelo entre los libros que cubrían las paredes del suelo al techo. El comedor le había resultado opresivo esa noche, con las miradas gélidas de la Sra. Redley y el peso de su propio engaño aplastándola como una losa. Había alegado dolor de cabeza y se había excusado temprano, dejando a Gabriel a solas con su brandy y sus pensamientos.

La biblioteca era su estancia favorita de la casa, quizás porque no parecía tanto el dominio privado de Gabriel como un territorio neutral. En los estantes había de todo: desde literatura clásica hasta novelas modernas, desde tratados científicos hasta volúmenes de poesía. Clara había descubierto que Gabriel era sorprendentemente culto, con intereses que iban mucho más allá de los negocios y la administración de la finca.

Se había acomodado en una butaca junto a la chimenea con un volumen de Wordsworth, pero el aullido del viento en el exterior le impedía concentrarse. La tormenta de diciembre llevaba gestándose todo el día, y ahora parecía haber alcanzado su punto álgido. La lluvia azotaba los altos ventanales, y a lo lejos Clara oía el estruendo de las ramas que el viento arrancaba de los árboles.

Las lámparas de gas parpadeaban de forma ominosa, y Clara acababa de levantarse para encender una vela por si acaso cuando ocurrió lo inevitable. Las luces se apagaron por completo, sumiendo la biblioteca en una oscuridad que solo rompían las llamas danzantes de la chimenea.

Clara buscó a tientas la vela que había preparado y logró encenderla con el resplandor del fuego. La pequeña llama proyectaba sombras ondulantes sobre las paredes forradas de libros y creaba una atmósfera íntima, a la vez acogedora y ligeramente inquietante. Acababa de volver a acomodarse en la butaca cuando oyó pasos en el pasillo.

La puerta de la biblioteca se abrió y Gabriel entró, con él el aroma de lluvia y aire invernal. Llevaba el cabello oscuro despeinado, con gotas de agua aún prendidas en los mechones, y el abrigo de

montar completamente empapado. La tormenta debía de haberlo sorprendido fuera cuando alcanzó toda su furia.

—Señorita Finch —dijo con una nota de sorpresa en la voz—. No esperaba encontrar a nadie aquí.

—Se han apagado las luces —explicó Clara innecesariamente, señalando su vela solitaria—. He pensado en esperar aquí hasta que las restablezcan.

Gabriel cerró la puerta tras de sí y avanzó hacia el interior; la luz del fuego proyectaba sombras dramáticas sobre sus rasgos.

—Me temo que eso llevará un buen rato. Medio condado parece haberse quedado sin luz, y los caminos están completamente intransitables. Nadie se aventurará a salir esta noche a hacer reparaciones.

Comenzó a quitarse el abrigo mojado, y Clara no pudo evitar fijarse en cómo la camisa húmeda se le ceñía a los anchos hombros. Había algo inesperadamente íntimo en verlo así: despeinado, con la guardia baja, despojado de su habitual perfección formal.

—¿Lo pilló la tormenta? —preguntó ella, procurando mantener la voz firme.

—Fui a caballo a ver cómo estaban los Henderson, la familia de la cabaña junto a la puerta este —explicó Gabriel mientras colgaba el abrigo en una silla cerca del fuego—. El tejado les ha estado dando problemas, y quería asegurarme de que estaban capeando bien el temporal.

Clara sintió una pequeña oleada de ternura ante aquella muestra de la preocupación de Gabriel por sus arrendatarios. Era otra pieza del rompecabezas que conformaba a aquel hombre tan complicado: la misma persona que mostraba semejante desvelo por quienes dependían de él supuestamente había orquestado la ruina de su padre.

—Ha sido muy amable por su parte —dijo ella en voz baja.

Gabriel esbozó una sonrisa irónica.

—Práctico, más que amable. Un terrateniente que no cuida de su gente pronto se queda sin ella.

Pero Clara no se dejó engañar por aquel tono desdeñoso. Había visto cómo trataba a los trabajadores de la finca, había oído el

respeto genuino en sus voces cuando hablaban de él. Fuera lo que fuese Gabriel Harrow, sin duda era un patrón responsable y considerado.

Gabriel se acercó al fuego para calentarse las manos, y Clara se descubrió estudiando su perfil a la luz parpadeante. La línea firme de su mandíbula, el modo en que el cabello oscuro se le había secado en suaves ondas, la concentración en sus ojos grises mientras contemplaba las llamas: todo ello hacía que fuera intensamente consciente de él como hombre, y no solo como su empleador.

—Esto me recuerda a las noches de cuando era niño —dijo Gabriel de pronto, con voz pensativa—. Mi padre contaba historias a la luz de las velas cuando el tiempo era demasiado inclemente para las lámparas de gas. Decía que la luz eléctrica robaría la magia a las noches de invierno.

—¿La tenía? —preguntó Clara, sorprendida por aquella ventana a la infancia de Gabriel.

—Quizás. Hay algo en la luz del fuego que hace que todo parezca... más significativo, de algún modo. Más real. —Gabriel se volvió del fuego para mirarla, y Clara sintió que se le cortaba la respiración ante la intensidad de aquella mirada—. ¿No le parece?

Clara asintió, sin fiarse de su propia voz. La atmósfera de la biblioteca había adquirido, en efecto, una cualidad onírica: la tormenta en el exterior, la luz parpadeante de las velas, la sensación de estar aislados del resto del mundo. Era como si existieran en una burbuja de tiempo, al margen de sus vidas habituales.

Gabriel se acercó a la mesa auxiliar para servirse un brandy de la licorera y luego sorprendió a Clara al ofrecerle una copa a ella también. En circunstancias normales, la habría rechazado: no era apropiado que una institutriz bebiera licores con su empleador. Pero algo en la intimidad del momento hacía que las convenciones habituales parecieran irrelevantes.

El brandy quemaba agradablemente al bajar, la calentaba por dentro y le infundía una ligera temeridad. Gabriel se acomodó en la butaca frente a la suya, y durante unos momentos permanecieron en un silencio cómodo, oyendo rugir la tormenta en el exterior.

—He estado dándole vueltas a lo que me dijo —comentó Gabriel al fin, mientras hacía girar el brandy en la copa—. Sobre que Violet necesita más libertad, más contacto con el mundo que hay más allá de estos muros.

A Clara se le aceleró el corazón.

—¿Ah, sí?

—Tenía razón, por supuesto. He estado tan empeñado en protegerla de cualquier daño que he olvidado que también necesita conocer la alegría, la aventura, el descubrimiento. —El rostro de Gabriel reflejaba pesar—. Es difícil encontrar el equilibrio entre la seguridad y la asfixia.

—Es natural querer protegerla —dijo Clara con dulzura—. Sobre todo después de lo que le pasó a su madre.

El rostro de Gabriel se tensó ligeramente al oír el nombre de Margaret. —La enfermedad de Margaret... lo cambió todo para mí. Me hizo ver amenazas por todas partes, incluso donde no las había. Supongo que he estado proyectando esos miedos en Violet.

—Pero Violet no es su madre —señaló Clara con cautela—. Es fuerte, tiene entereza, está llena de vida. No puede protegerla de todas las penas, y al intentarlo, quizá le impida disfrutar de todas las alegrías.

Gabriel guardó silencio un largo momento, con la mirada fija en el fuego. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba más suave, más vulnerable de lo que Clara la había oído nunca.

—A veces me pregunto si aún soy capaz de tomar las decisiones correctas. Con Margaret, creí que hacía lo mejor al enviarla a un lugar donde pudiera recibir la atención adecuada. Pero al final, le fallé por completo.

A Clara se le cerró la garganta por la emoción. El dolor en la voz de Gabriel era tan crudo, tan genuino, que sus certezas sobre la culpabilidad de él empezaron a tambalearse. ¿Podría un hombre que había orquestado la destrucción de su padre con frialdad calculadora hablar con semejante tormento sobre el destino de su esposa?

—No podía saber cómo iban a resultar las cosas —dijo en voz baja—. Tomó la decisión que creyó correcta con la información que tenía.

—¿De verdad? —los ojos de Gabriel buscaron los suyos desde el otro lado—. ¿O tomé el camino fácil? ¿El cómodo? ¿Apartar el problema en lugar de buscar una solución de verdad?

El reproche hacia sí mismo que había en su voz despertó algo protector en el pecho de Clara. —Gabriel... —comenzó, pero se detuvo al darse cuenta de que había vuelto a usar su nombre de pila.

Él también lo notó, y algo cambió en su expresión. —Me gusta oírte decir mi nombre —admitió en voz baja—. Me hace sentir menos como el frío amo de esta casa y más como... un hombre.

La intimidad de aquella confesión hizo que el calor le recorriera las venas a Clara. El brandy, la tormenta, la luz de las velas... todo se conjugaba para crear una atmósfera cargada de posibilidades.

—Una vez me preguntaste por qué me hice institutriz —se oyó decir Clara, aunque no había decidido hablar de forma consciente—. La verdad es que necesitaba empezar de nuevo. Convertirme en otra persona después de... después de perder todo lo que me importaba.

Gabriel se inclinó ligeramente hacia delante, pendiente por completo de ella. —¿Qué perdiste?

Clara vaciló, al borde mismo de la confesión. Por un momento, deseó desesperadamente contárselo todo: lo de su padre, la verdadera razón por la que había venido a Westridge Hall, el terrible conflicto entre los sentimientos que crecían en ella y su necesidad de justicia.

Pero la cordura prevaleció, y se apartó del precipicio.

—A mi familia —dijo con vaguedad—. Las circunstancias cambiaron y me encontré sola en el mundo. A veces el dolor nos empuja a hacer cosas que jamás habríamos imaginado.

Gabriel asintió lentamente, con un destello de comprensión en los ojos. —Sí. El dolor puede transformarnos por completo, a veces en personas que ya no reconocemos.

Clara se preguntó si estaría pensando en su propia transformación tras la muerte de Margaret, o si de algún modo percibía las corrientes más profundas que subyacían a sus palabras cuidadosamente neutras.

—Me sorprendes, Clara —dijo Gabriel de pronto, usando su nombre de pila con deliberada intimidad—. Cuando llegaste, pensé que eras pura compostura fría y distancia profesional. Pero hay fuego bajo esa superficie, ¿verdad? Una pasión que mantienes cuidadosamente controlada.

Clara notó que se le encendían las mejillas bajo su escrutinio. —Creo que se equivoca. Soy bastante corriente, en realidad.

—No —dijo Gabriel con firmeza, y se levantó de su silla para acercarse a la de ella—. No hay nada corriente en ti. Tu manera de desafiarme, de hacerme cuestionar todo lo que creía saber sobre mí mismo... Tu manera de devolver la luz a esta casa...

Ahora estaba de pie junto a su silla, tan cerca que Clara podía oler su colonia mezclada con el aroma de lluvia que aún se aferraba a él. Cuando alzó la vista, vio algo en sus ojos que le cortó la respiración: un hambre que iba mucho más allá de la simple atracción.

—Clara —dijo con suavidad, y alargó la mano para acariciarle la mejilla con dedos delicados—. Yo...

Un trueno estalló sobre sus cabezas con tal violencia que ambos dieron un respingo, y el momento se hizo añicos como el cristal. Gabriel retrocedió y dejó caer la mano a un costado, mientras Clara se llevaba la palma al corazón acelerado.

—Debería... debería volver a mi habitación —dijo Clara sin aliento, aunque todos sus instintos le gritaban que se quedara, que viera adónde habría podido llevar aquel momento interrumpido.

—Sí —convino Gabriel, pero su voz sonaba ronca por el deseo contenido—. Quizá sea lo más sensato.

Clara se levantó con las piernas temblorosas, intensamente consciente de la cercanía de Gabriel mientras caminaba hacia la puerta. Él la siguió, y por un momento permanecieron juntos en el umbral, con una tensión entre ellos tan densa que casi se podía ver.

—Buenas noches, Gabriel —susurró Clara.

—Buenas noches —respondió él, pero no hizo ademán de apartarse, y durante un instante, Clara pensó que volvería a tocarla.

En cambio, permaneció inmóvil mientras ella pasaba junto a él hacia el pasillo, con la piel hormigueándole allí donde había rozado

brevemente su brazo.

Clara regresó a su habitación aturdida, con la mente dándole vueltas tras el encuentro en la biblioteca. La tormenta seguía rugiendo fuera, pero no era nada comparada con la tempestad de emociones que se agitaba en su interior.

Había estado tan cerca de confesarlo todo: su verdadera identidad, su propósito real en Westridge Hall, los sentimientos que se hacían más intensos a pesar de todos sus esfuerzos por reprimirlos. Y Gabriel... la manera en que la había mirado, la había tocado, había pronunciado su nombre... su deseo era inconfundible.

Pero bajo la embriaguez de la atracción yacía la fría realidad de su situación. Se estaba enamorando de un hombre que quizá había destruido a su padre. Cada momento de ternura, cada mirada compartida, cada latido acelerado era una traición a su propósito original.

Clara se dejó caer en su estrecha cama, aún completamente vestida, y se cubrió el rostro con las manos. La carta sin firmar en el estudio de Gabriel seguía sin explicación, las preguntas sobre el destino de su padre aún exigían respuestas. Pero aquella noche le había mostrado hasta qué punto habían crecido sus sentimientos por Gabriel, y cuánto más complicada se había vuelto su misión.

Fuera, la tormenta seguía rugiendo, a la par que la agitación en el corazón de Clara. Estaba atrapada entre el deber y el deseo, entre la justicia y el amor, y no sabía cómo reconciliarlos.

Lo único que sabía era que todo había cambiado aquella noche en la biblioteca iluminada por velas. La distancia cuidadosa que había intentado mantener se había desmoronado, y en su lugar había surgido algo mucho más peligroso e infinitamente más precioso.

Clara se acostó vestida y se quedó mirando el techo, escuchando cómo el viento aullaba en torno a la casa. Al día siguiente tendría que enfrentarse a Gabriel de nuevo, fingir que nada había pasado entre ellos. Pero sabía que se engañaba.

Después de aquella noche, nada volvería a ser igual.

La tormenta quizá amainara por la mañana, pero la tempestad en el corazón de Clara tardaría mucho más en calmarse. Y

empezaba a temer que, cuando lo hiciera, tal vez no reconocería a la mujer en que se había convertido.

# CAPÍTULO 10



Los días posteriores a la tormenta habían traído una tensión incómoda a Westridge Hall. Clara era dolorosamente consciente de la presencia de Gabriel; el recuerdo de aquel beso que casi se dieron teñía cada encuentro de posibilidades tácitas. Sus conversaciones habían adquirido una intensidad nueva, y cada roce casual estaba cargado de un significado que ninguno de los dos se atrevía a reconocer abiertamente.

Fue una fresca mañana de enero, mientras Clara preparaba la lección de geografía de Violet, cuando aquel equilibrio que tanto les había costado mantener se hizo añicos por completo.

Clara había extendido mapas sobre la mesa del aula cuando el sonido de ruedas de carruaje sobre la grava le hizo volver la vista hacia la ventana. Un elegante carruaje negro se acercaba, con los herrajes de latón relucientes bajo la luz invernal. El vehículo le resultaba desconocido, y pertenecía claramente a alguien de considerable fortuna y posición.

—¿Srta. Finch? —Violet levantó la vista de su cuaderno—. ¿Papá espera visitas?

—No lo creo, cariño. Quizá sea algún asunto que no podía esperar.

Algo en el carruaje inquietó a Clara. Había en él una ostentación, una exhibición deliberada de riqueza que parecía calculada para

intimidar. Observó cómo un lacayo bajaba de un salto para desplegar los escalones, y contuvo el aliento cuando el pasajero emergió.

Era un hombre de unos cincuenta años, con cabello plateado y un abrigo costoso que delataba la mejor sastrería londinense. Había algo en su porte —una arrogancia en la forma en que inspeccionaba la finca— que le crispó los nervios a Clara. Pero no fue hasta que se giró hacia la casa cuando ella pudo verle el rostro con claridad, y el suelo pareció abrirse bajo sus pies.

Lord Berwick. Estaba segura de ello, aunque solo lo había visto brevemente durante los días más oscuros de la desgracia de su padre. Había sido una de las figuras prominentes cuando la reputación de su padre fue sistemáticamente destruida, sentado en la galería con la expresión satisfecha de quien contempla cómo se hace justicia.

—¿Srta. Finch? —la voz de Violet pareció llegarle de muy lejos—. Se ha puesto muy pálida.

Clara se obligó a apartarse de la ventana, con el corazón desbocado.

—Estoy bien, querida. Solo un ligero dolor de cabeza.

A través de las paredes, Clara podía oír la conmoción de una llegada inesperada: pasos, la voz de la Sra. Redley aguda por la sorpresa, y por debajo de todo, los tonos más graves de Gabriel. Lo que percibía era tensión. La voz de Gabriel tenía un matiz que nunca le había oído antes: no exactamente miedo, pero algo parecido.

Antes de que pudieran recoger sus materiales para una retirada apresurada, unos pasos se acercaron a la puerta. Gabriel apareció en el umbral, con el rostro cuidadosamente controlado, aunque sus ojos delataban agitación.

—Srta. Finch —dijo con una formalidad inusual en él—, me temo que tenemos un visitante inesperado. Lord Berwick ha venido a tratar un asunto. ¿Podría quizá llevar a Violet a los jardines?

Clara se sintió atrapada entre dos impulsos contradictorios: la necesidad desesperada de evitar que Lord Berwick reparase en ella, y un deseo igualmente poderoso de averiguar qué asunto lo había traído hasta allí.

—Por supuesto —logró decir, aunque le salió la voz tensa.

Pero mientras recogían sus capas, la tensión inundó de pronto la habitación. El propio Lord Berwick apareció detrás de Gabriel, con sus ojos astutos captándolo todo. Clara se giró rápidamente e intentó ocultar el rostro mientras se ocupaba de los botones de Violet, pero sintió que la mirada de él se demoraba en ella.

—Su institutriz —dijo Berwick lentamente, con un deje de desconcierto en la voz—. Hay algo familiar en ella. ¿Nos hemos visto antes, querida?

A Clara le latía el corazón con fuerza mientras se obligaba a girarse y enfrentarlo, manteniendo una expresión cuidadosamente neutra.

—No lo creo, milord. Sin duda recordaría semejante presentación.

Berwick le estudió el rostro con evidente concentración, frunciendo el ceño como si intentara ubicar un recuerdo borroso.

—Extraño. Podría haber jurado... pero no importa. Quizá simplemente me recuerda usted a alguien.

Clara sintió la mirada interrogante de Gabriel clavada en ella, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos. Podía sentir el peso de la sospecha en el aire, aunque no estaba segura de si provenía de Gabriel o de Berwick.

—¿Papá? —la vocecita de Violet rompió la tensión—. ¿Está todo bien?

—Por supuesto, cariño —dijo Gabriel, aunque con un trasfondo de tensión en la voz—. Lord Berwick ha venido a tratar un asunto. ¿Por qué no dais tú y la Srta. Finch ese paseo del que hablamos?

Las manos de Clara temblaban mientras tomaba la de Violet, inundada de alivio porque Berwick no hubiera logrado ubicar de dónde la conocía. Pero la forma en que le había estudiado el rostro la dejó profundamente inquieta. ¿Cuánto tardaría su memoria en encajar las piezas?

—Lord Berwick —dijo Gabriel con un deje de urgencia—, quizá deberíamos tratar nuestro asunto en privado, en mi estudio.

—Por supuesto, por supuesto —accedió Berwick sin dificultad—. Le pido disculpas por la interrupción, Srta. Finch. Por favor, no deje que la entretengamos de sus obligaciones.

Clara se obligó a hacer una reverencia cortés.

—En absoluto, milord. Vamos, Violet. Demos ese paseo del que hablábamos.

Pero cuando Clara se dirigía hacia la puerta con Violet, la Sra. Redley apareció en el corredor, y sus ojos perspicaces captaron de inmediato la tensión.

—Srta. Violet —dijo el ama de llaves con suavidad—, la cocinera ha preparado galletas frescas en la cocina. ¿Le gustaría ayudarla con los preparativos del té de la tarde?

El rostro de Violet se iluminó ante aquella inesperada sorpresa.

—¡Oh, sí! ¿Puedo, Srta. Finch?

—Por supuesto, cariño —logró decir Clara, aunque agradecía la distracción que mantendría a Violet alejada de cualquier conversación que estuviera a punto de tener lugar.

La Sra. Redley se llevó a Violet charlando sobre repostería, y Clara se quedó sola en el corredor mientras Gabriel y Berwick se dirigían hacia el estudio. Aunque todos sus instintos le decían que se pusiera a salvo, algo que no sabía nombrar la empujó hacia el sonido de sus voces.

Se apostó cerca de la puerta del estudio, que estaba entreabierta, con el corazón latiéndole con fuerza mientras aguzaba el oído.

Desde su escondite, Clara podía oír la conversación con sorprendente claridad.

—Bueno —estaba diciendo Berwick mientras se acomodaba en una silla—, esa institutriz suya es bastante llamativa. Estoy seguro de haberla visto en algún lugar, aunque no logro ubicar dónde.

—La Srta. Finch vino con excelentes referencias —respondió Gabriel con cautela—. Ha demostrado ser muy competente con Violet.

—Estoy seguro de ello. Aun así, hay algo en ella... —la voz de Berwick se apagó pensativa antes de continuar—. Pero no importa. Tenemos asuntos más urgentes que tratar.

—Ahora bien —comenzó Berwick—, sobre esas irregularidades en las cuentas del ferrocarril. Confío en que haya tenido tiempo de revisar los documentos que le envié.

La voz de Gabriel sonaba tensa.

—Ya se lo he dicho antes, Berwick. No pienso participar en la falsificación de registros ni en tergiversar las inversiones ante los accionistas.

—Vamos, viejo amigo. Ya hemos pasado por esto antes. El asunto de Harold Finch nos mostró a ambos lo fácilmente que pueden... ajustarse las reputaciones cuando es necesario.

A Clara se le heló la sangre. El nombre de su padre, pronunciado con tanta naturalidad en aquella misma casa, por el hombre que ella sospechaba implicado en su caída. Se pegó aún más a la pared, aguzando el oído para no perderse ni una palabra.

—Eso fue diferente —dijo Gabriel con brusquedad—. Finch estaba investigando activamente nuestras prácticas comerciales legítimas. Su intromisión amenazaba con exponer métodos confidenciales que eran perfectamente legales, pero delicados en términos de competencia.

—¿Era legal, acaso? —el tono de Berwick era burlón—. ¿La forma en que manejamos la documentación? ¿El momento tan oportuno de ciertos descubrimientos? Me parece recordar que usted tenía reparos con los métodos, incluso mientras se beneficiaba de los resultados.

La voz de Gabriel se había vuelto queda, tensa.

—Nunca autoricé las falsificaciones. Cuando me enteré de lo que había hecho usted...

—Se benefició generosamente del resultado —lo interrumpió Berwick—. No se haga el inocente conmigo, Gabriel. Ambos sabemos que estaba encantado de ver a Harold Finch desacreditado cuando le convenía.

Clara sintió náuseas. La conversación estaba confirmando sus peores temores sobre la participación de Gabriel en la caída de su padre, pero también revelaba complejidades que no había considerado. El dolor en la voz de Gabriel sugería culpa, arrepentimiento, pero también que había sido más víctima de manipulación que artífice.

—¿Qué quiere, Berwick? —preguntó Gabriel con cansancio.

—Su cooperación para asegurar nuestra prosperidad mutua. La empresa ferroviaria ha sido rentable, pero se necesitan ciertos

ajustes en los libros antes de la auditoría anual. Nada dramático, solo un poco de contabilidad creativa para suavizar las irregularidades.

—¿Y si me niego?

La risa de Berwick fue desagradable.

—Bueno, eso sería lamentable. Sobre todo teniendo en cuenta que ciertos libros de contabilidad del asunto Finch podrían resurgir. Documentos que resultarían bastante embarazosos para un hombre con su reputación de integridad.

El corazón de Clara latía con fuerza al darse cuenta de que estaba presenciando un chantaje. Fuera cual fuese la participación de Gabriel en el caso de su padre, estaba claro que lo estaban coaccionando para que siguiera cooperando, amenazándolo con sacarlo todo a la luz.

—Bastardo —dijo Gabriel en voz baja, pero había derrota en su tono.

—Simplemente firme las declaraciones enmendadas y todos podremos seguir como antes. Su reputación quedará intacta, mis inversores seguirán contentos y nadie tendrá que desenterrar viejos escándalos.

—Necesito tiempo para revisar los documentos —dijo Gabriel finalmente.

—Por supuesto. Tómese todo el tiempo que necesite, digamos, ¿hasta mañana por la mañana? —el tono de Berwick dejaba claro que aquello no era una opción—. Me alojaré en la posada del pueblo. Un lugar encantador, aunque espero que el tiempo aguante.

Clara oyó el chirrido de las sillas y retrocedió rápidamente por el corredor, con la mente dándole vueltas por lo que había escuchado. Llegó al salón matutino justo cuando se acercaban pasos desde la dirección del estudio.

Berwick apareció en la entrada momentos después, poniéndose los guantes con aire satisfecho.

—Ah, Srta. Finch. Espero que haya disfrutado del paseo con la niña.

—Mucho, gracias —logró decir Clara, aunque su propia voz le sonó tensa.

Berwick estudió su rostro una vez más, con aquella expresión de perplejidad cruzándole los rasgos.

—Sabe, no consigo quitarme la sensación de que nos hemos visto antes. Su rostro me resulta extraordinariamente familiar.

El corazón de Clara latía con fuerza, pero se obligó a sonreír con educación.

—Quizás tengo uno de esos rostros, milord. La gente suele pensar que me conoce.

—Quizás —murmuró Berwick, aunque no parecía convencido—. Bueno, no importa. Estoy seguro de que acabaré recordándolo.

Con aquel inquietante comentario de despedida, se marchó, y Clara se quedó sola con sus pensamientos agitados y el peso terrible de lo que había escuchado.

Cuando Gabriel apareció en la entrada poco después, Clara apenas podía obligarse a mirarlo a los ojos. ¿Cómo iba a mirarlo con normalidad, sabiendo lo que ahora sabía sobre su papel en la destrucción de su padre?

—Srta. Finch —dijo Gabriel con una nota extraña en la voz—. Confío en que Lord Berwick no la haya incomodado con sus preguntas sobre sus antecedentes.

—En absoluto —mintió Clara con aplomo, aunque sospechaba que Gabriel la había calado—. Parecía... un caballero muy observador.

La risa de Gabriel fue amarga.

—Observador. Sí, esa es una forma de describirlo. —Estudió su rostro con intensidad—. Parece inquieta. ¿Se encuentra bien?

Clara se sintió atrapada bajo su escrutinio. ¿Sospechaba él que había escuchado su conversación? ¿O simplemente estaba notando su evidente angustia?

—Perfectamente bien, gracias —dijo con cautela—. Aunque confieso que encontré a Lord Berwick bastante... intenso. Había algo en él que me puso nerviosa.

Algo asomó en la expresión de Gabriel: aprobación, quizás, o alivio.

—Sus instintos le sirven bien, Srta. Finch. Lord Berwick no es hombre con el que convenga jugar.

La advertencia en su voz hizo que un escalofrío le recorriera la espalda a Clara. ¿La estaba protegiendo de Berwick, o advirtiéndole que no hiciera demasiadas preguntas?

—Debería volver con Violet —dijo Clara, desesperada por escapar antes de decir algo que pudiera revelar lo que había descubierto.

—Por supuesto. Aunque quizás... quizás podríamos hablar en privado esta noche. ¿Después de que Violet se haya retirado? Hay asuntos que creo deberíamos tratar.

El pulso de Clara se aceleró. ¿Sospechaba Gabriel algo? ¿O aquello estaba relacionado con el marcado interés de Berwick en sus antecedentes?

—Por supuesto —aceptó, aunque cada instinto le gritaba que huyera.

Mientras se dirigía a buscar a Violet, la mente de Clara bullía con las implicaciones de lo que había descubierto. La conversación había confirmado la participación de Gabriel en la caída de su padre, al tiempo que revelaba que había sido tanto víctima como perpetrador. Pero también le había mostrado el peligro de su posición: si Berwick llegaba a recordar dónde la había visto antes, tanto ella como Gabriel podrían verse en graves apuros.

Esa noche, Clara se sentó a su escritorio y escribió frenéticamente en su diario, registrando cada detalle de la conversación que había escuchado. Lord Berwick era claramente el arquitecto del plan que había arruinado a su padre: había utilizado documentos falsificados y pruebas plantadas para desacreditar a un hombre cuyas investigaciones amenazaban sus actividades ilegales. Gabriel había estado involucrado, se había beneficiado del resultado, pero parecía haber sido más víctima de manipulación que cómplice voluntario.

La revelación dejó a Clara más confundida que nunca. Sus crecientes sentimientos por Gabriel se enfrentaban a su deber para con la memoria de su padre, y saber que quizá había puesto a Gabriel en peligro sin querer al aceptar el empleo lo complicaba todo infinitamente.

Una cosa era cierta: su estancia en Westridge Hall se volvía cada vez más precaria. Las persistentes sospechas de Berwick sobre su

identidad eran una amenaza que se cernía sobre todos, y Clara no sabía cuánto tiempo más podría mantener el engaño antes de que todo se viniera abajo.

# CAPÍTULO 11



En las semanas posteriores a la inquietante visita de Lord Berwick, Clara fue estrechando lazos con Violet a la vez que se alejaba de Gabriel. Lo que había descubierto al escuchar aquella terrible conversación le pesaba en la conciencia, y cada encuentro con Gabriel le parecía una traición.

Una tarde de febrero, mientras el viento aullaba en torno a los aleros de Westridge Hall, Violet expresó por fin los miedos que venían atormentando sus sueños.

Clara estaba recogiendo los materiales de pintura cuando reparó en que la niña no se había movido de su silla. Violet permanecía sentada, contemplando la oscuridad creciente, con las manitas fuertemente entrelazadas en el regazo.

—¿Cariño? —dijo Clara con dulzura, sentándose a su lado—. Pareces estar en otro mundo esta tarde.

Los ojos grises de Violet se volvieron hacia Clara con una expresión tan solemne que a esta se le encogió el corazón.

—Srta. Finch, ¿usted tiene pesadillas alguna vez?

—A veces —admitió Clara—. ¿Tú las tienes?

Violet asintió despacio.

—Todas las noches de esta semana. Siempre son sobre Mamá, pero no como era cuando yo era muy pequeña, sino como era al final, antes de que tuviera que marcharse.

A Clara se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Quieres contármelos?

Cuando Violet por fin habló, su voz era apenas un susurro.

—En los sueños, Mamá llora todo el tiempo. Está en su habitación, la que Papá tiene cerrada con llave, y habla con personas que no están allí. No para de decir que lo siente, una y otra vez.

A Violet se le quebró la voz.

—Y entonces vienen los hombres a llevársela, y ella me tiende la mano, pero yo no puedo moverme. Intento correr hacia ella, pero los pies no me responden, y entonces desaparece.

Clara notó el escozor de las lágrimas ante el dolor descarnado en la voz de la niña.

—Ay, cariño, cuánto siento que tengas esas pesadillas tan terribles.

—Papá dice que no debería pensar en eso —continuó Violet—. Dice que Mamá estaba muy enferma y que es mejor que la recuerde de cuando yo era pequeña, cuando era feliz. Pero los sueños siguen viniendo.

—Creo que tu mamá querría que la recordaras como a ti te parezca bien —dijo Clara con dulzura—. A veces las personas que queremos enferman de formas muy difíciles de entender, pero eso no significa que nos quieran menos.

—¿Cree que ella sabía que yo la quería? ¿Incluso cuando hablaba con personas que no estaban allí?

—Creo que las madres siempre saben cuándo sus hijos las quieren, cariño. Aunque no estén bien, ese amor es algo que llevan siempre consigo.

Violet pareció meditar sobre aquello.

—Srta. Finch, ¿cree que las personas valientes tienen miedo alguna vez?

La pregunta pilló a Clara desprevenida.

—¿Por qué lo preguntas?

—En las historias que me cuenta, las de Juana de Arco y la reina Isabel, siempre parecen tan seguras de lo que deben hacer. Pero ¿y si a veces tenían miedo? ¿Y si no sabían si estaban haciendo lo correcto?

Clara sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el viento de febrero.

—Creo que la verdadera valentía no consiste en no tener miedo, sino en hacer lo que crees correcto aunque estés asustada, aunque no estés del todo segura del resultado.

—Pero ¿cómo sabes qué es lo correcto?

—A veces lo correcto no es lo mismo que lo fácil. Las personas más valientes son las que escuchan a su corazón e intentan causar el menor daño posible sin dejar de defender aquello en lo que creen.

Violet asintió como si aquello tuviera todo el sentido del mundo.

—¿Como cuando Mamá intentó protegerme, aunque eso pusiera triste a Papá?

La observación era tan perspicaz que Clara tuvo que tragar saliva antes de responder.

—Sí, cariño. A veces las personas que queremos toman decisiones difíciles de entender, pero las toman porque creen que es lo correcto.

Por fin, Violet bostezó y se recostó contra Clara.

—Creo que ya estoy lista para acostarme —dijo—. Pero ¿podría contarme un cuento? No uno de un libro, sino uno inventado.

—Claro que sí. ¿Qué clase de cuento te gustaría?

—Uno sobre alguien que tiene que ser muy valiente, aunque no quiera serlo.

Clara ayudó a Violet a ponerse el camisón y la arropó en la cama. Se acomodó en la silla de al lado y empezó a tejer un relato que resultaba inquietantemente próximo a su propia experiencia.

—Érase una vez —comenzó con voz suave— una joven cuyo padre era un hombre sabio y bondadoso, querido por todos en el pueblo. Pero un día, sin culpa alguna, acusaron a su padre de algo terrible. Quienes antes lo respetaban le dieron la espalda, y él murió creyendo que había defraudado a todos los que amaba.

Violet tenía los ojos muy abiertos a la luz de la lámpara, completamente absorta en la historia.

—La joven estaba desconsolada —continuó Clara— y se propuso descubrir la verdad de lo que había sucedido. Su viaje la llevó a una

gran mansión, donde tuvo que fingir ser quien no era para averiguar los secretos que podrían limpiar el nombre de su padre.

—¿Tenía miedo? —susurró Violet.

—Muchísimo —admitió Clara—. Pero siguió adelante porque quería a su padre y no soportaba que la gente lo recordara como menos de lo que era: un hombre bueno.

—¿Y qué le pasó?

Clara hizo una pausa al darse cuenta de que se adentraba en un terreno demasiado próximo a su propio futuro incierto.

—Bueno, mientras buscaba la verdad, descubrió que el mundo era más complicado de lo que había pensado. Las personas que esperaba que fueran villanos resultaron ser de buen corazón, aunque hubieran cometido errores. Y empezó a preguntarse si buscar justicia merecía el dolor que podría causar a personas inocentes a las que había llegado a querer.

—¿Qué decidió?

—Comprendió que lo más valiente quizá no fuera la venganza, sino el perdón. Que a veces la mayor justicia consiste en ayudar a las personas a ser mejores de lo que fueron, en lugar de castigarlas por sus errores del pasado.

—Me gusta ese final —dijo Violet adormilada—. Significa que todos pueden ser felices.

Clara arropó mejor a la pequeña Violet.

—Duerme bien, cariño.

Cuando Clara se disponía a salir, la voz adormilada de Violet la detuvo en la puerta.

—¿Srta. Finch? Espero que nunca tenga que irse como las otras institutrices. Es la primera que me hace sentir que yo también puedo ser valiente.

A Clara se le hizo un nudo en la garganta.

—Dulces sueños, cariño.

Estaba cerrando la puerta cuando advirtió una figura en las sombras del pasillo. Gabriel estaba apoyado contra la pared, con el rostro parcialmente oculto en la oscuridad, pero Clara percibía la intensidad de su mirada.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cuánto de su historia había escuchado?

Durante un instante, se miraron en silencio en el pasillo en penumbra. La expresión de Gabriel era indescifrable, pero había algo en sus ojos que aceleró el pulso de Clara: una intensidad escrutadora, como si intentara resolver un rompecabezas cuyas piezas no dejaban de cambiar.

—Últimamente le cuesta dormir —dijo Clara en voz baja.

—Lo sé —respondió Gabriel con voz suave—. La he oído llorar por las noches. No me había dado cuenta de que tenía pesadillas concretas sobre Margaret.

—Recuerda más de lo que crees —dijo Clara con delicadeza—. Los niños a menudo entienden mucho más de lo que pensamos.

Gabriel guardó silencio un largo momento, con la mirada fija en la puerta cerrada del cuarto infantil.

—He intentado protegerla de esos recuerdos. Quizás fue un error.

—No fue un error. Solo que tal vez incompleto. Necesita asimilar lo que ocurrió a su manera, a su propio ritmo.

Los ojos de Gabriel volvieron al rostro de Clara, y ella vio algo cambiar en su expresión.

—Pareces entenderla como ninguna de sus institutrices anteriores. Confía en ti.

—Es una niña extraordinaria. Inteligente, empática, valiente de formas que ni siquiera imagina.

—Sí —dijo Gabriel en voz baja—. Lo es. Y debo darte las gracias por ayudarla a ver esas cualidades en sí misma.

Las sencillas palabras quedaron suspendidas entre ellos, cargadas de un significado que iba mucho más allá del agradecimiento profesional. Clara sintió que el rubor le subía a las mejillas bajo la mirada fija de Gabriel.

—Es mi trabajo —dijo, aunque las palabras le parecieron insuficientes.

—No —dijo Gabriel, acercándose—. Es mucho más que eso, y ambos lo sabemos.

Clara contuvo el aliento cuando Gabriel extendió la mano y sus dedos rozaron apenas los de ella, que descansaban en el marco de

la puerta. El contacto fue breve, casi vacilante, pero una oleada de calidez le recorrió el brazo.

—Clara —dijo con suavidad, su nombre como una caricia en sus labios—, yo...

Pero lo que estaba a punto de decir se perdió cuando la Sra. Redley apareció al final del pasillo, con la mirada aguda captando la íntima escena.

—Sr. Harrow —dijo el ama de llaves con una desaprobación apenas disimulada—. Ha llegado un mensaje de Londres que requiere su atención inmediata.

La mano de Gabriel se apartó de la de Clara, y ella sintió de inmediato la ausencia de su calidez.

—Por supuesto —dijo, con voz cuidadosamente neutral de nuevo —. Gracias, Sra. Redley.

Mientras Gabriel seguía al ama de llaves hacia su estudio, se detuvo para volverse hacia Clara.

—Gracias —dijo simplemente—. Por ayudarla a dormir. Por todo.

La mañana siguiente trajo una transformación que sorprendió a todos.

Clara estaba en el aula, preparando materiales para una lección de ciencias naturales, cuando Violet irrumpió por la puerta con una energía que Clara nunca le había visto.

—¡Srta. Finch! —exclamó Violet, casi dando saltitos—. ¡Mire lo que encontré en el jardín!

Sostenía un pequeño huevo de petirrojo perfectamente formado, con la cáscara de un delicado azul verdoso que captaba la luz de la mañana.

—Debe de haberse caído de uno de los nidos del roble —continuó Violet entusiasmada—. ¿Cree que el polluelo estaba bien? ¿Cree que nació en algún lugar seguro?

Clara sonrió ante el entusiasmo de la niña.

—Creo que los polluelos son muy resistentes, cariño. La naturaleza siempre encuentra la forma de que la vida florezca, incluso cuando las cosas no salen según lo previsto.

—Como en su historia de anoche —dijo Violet pensativa—. A veces el final no es lo que esperábamos, pero aun así puede ser

bueno.

—Exactamente.

Mientras examinaban la delicada cáscara del huevo bajo la lupa de Clara y comentaban el proceso milagroso por el cual un pequeño pájaro se desarrollaba dentro de un recipiente tan frágil, Violet comenzó a reír. Empezó como una risita suave, pero fue creciendo hasta convertirse en una risa genuina y encantada mientras imaginaba los primeros intentos de vuelo del polluelo.

El sonido fue tan inesperado, tan puro y alegre, que a Clara se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cuándo había sido la última vez que Violet se había reído así?

—¿De qué os reís? —la voz de Gabriel desde la puerta hizo que ambas se volvieran.

El rostro de Violet se iluminó al ver a su padre.

—¡Papá! La Srta. Finch y yo estamos estudiando huevos de pájaro, y estaba imaginando lo graciosos que deben de estar los polluelos cuando intentan volar por primera vez, ¡todos tambaleantes y confundidos!

Y con eso, Violet volvió a estallar en risitas, y el sonido llenó el aula de calidez y vida.

El rostro de Gabriel experimentó una transformación que dejó a Clara sin aliento. Las líneas severas alrededor de sus ojos se suavizaron, su boca se curvó en una sonrisa genuina, y por un momento pareció años más joven. Cuando su mirada se encontró con la de Clara por encima de la cabeza de Violet, la gratitud y el asombro en su expresión hicieron que a Clara le diera un vuelco el corazón.

—No la había oído reír así desde que era muy pequeña —dijo en voz baja, con la voz quebrada por la emoción.

Más tarde, después de que Violet se hubiera ido a descansar, Gabriel buscó a Clara en la biblioteca.

—Srta. Finch —dijo, acomodándose en la silla frente a ella—, quería darle las gracias como es debido por lo que ha logrado con Violet.

—Es una niña extraordinaria —respondió Clara, aunque su voz sonaba tensa—. Solo necesitaba a alguien que la escuchara, que la

dejara ser ella misma.

—Lo que ha hecho va mucho más allá de escuchar —dijo Gabriel con seriedad—. Le ha dado algo que pensé que había perdido para siempre: la capacidad de encontrar alegría en las cosas sencillas. De reír sin contenerse. Le ha devuelto su infancia.

El silencio que siguió estaba cargado de emociones contenidas. Clara sentía la mirada de Gabriel clavada en su rostro, percibía el peso de los sentimientos que él se esforzaba por expresar.

—Clara —dijo finalmente, con voz suave e insegura—, me temo que estoy empezando a depender de usted mucho más de lo apropiado para un empleador. Violet no es la única que ha encontrado aquí algo que creía haber perdido.

El pulso de Clara se aceleró al captar lo que insinuaban sus palabras, pero antes de que pudiera responder, Gabriel continuó.

—Sé que hay límites que deben respetarse. Usted está a mi servicio, y no tengo derecho a agobiarla con sentimientos que van más allá de la gratitud profesional. Pero quería que supiera que su presencia aquí lo ha cambiado todo para ambos.

Clara bajó la mirada hacia sus manos, incapaz de mirarlo a los ojos. ¿Cómo podía responder a semejante honestidad cuando toda su presencia allí estaba construida sobre el engaño?

—Gabriel —comenzó, pero se detuvo, sin saber cómo continuar.

—No necesita decir nada —se apresuró a decir Gabriel—. Solo quería que supiera cuánto significa usted para esta casa. Cuánto significa para mí.

Después de que él se marchara, Clara permaneció sola en la biblioteca durante largo rato, con las palabras de Gabriel resonándole en la mente. Había venido a Westridge Hall en busca de justicia para su padre, impulsada por el dolor y una ardiente necesidad de reivindicación. Pero en algún momento del camino, su misión se había enredado con un afecto genuino por una niña solitaria y unos sentimientos hacia Gabriel que se intensificaban a pesar de todos sus intentos por reprimirlos.

Esa tarde, Clara caminó sola por los terrenos, y sus pasos la llevaron automáticamente hacia el pequeño cementerio familiar

donde yacía enterrada Margaret Harrow. El aire de febrero era fresco y limpio, cargado con la promesa de la primavera.

De pie ante la lápida de Margaret, Clara se permitió por fin afrontar la pregunta que la había atormentado durante semanas: ¿Podía realmente seguir adelante con su plan de revelar el papel de Gabriel en la ruina de su padre?

Las pruebas que había reunido dibujaban la imagen de un hombre que había cometido errores, que quizás había estado demasiado dispuesto a beneficiarse de la destrucción de otro, pero que también estaba claramente atormentado por la culpa y el arrepentimiento. Gabriel no era el villano frío y calculador que ella había esperado encontrar. Era un padre que intentaba proteger a su hija, un viudo que luchaba contra el dolor y el remordimiento, un hombre que había sido tan manipulado por Lord Berwick como su propio padre.

¿Se haría realmente justicia destruyendo a un hombre así? ¿O había otro camino, una senda que honrara la memoria de su padre y a la vez protegiera a las personas inocentes que quedarían atrapadas en las consecuencias de sus revelaciones?

Mientras Clara regresaba a la casa, la risa de Violet de esa mañana resonaba en su memoria. Fuera cual fuese la decisión que tomara, sabía que la atormentaría el resto de su vida. La cuestión era si podía vivir con las consecuencias de buscar venganza o si encontraría el valor para elegir el perdón.

Las palabras de la niña de la noche anterior parecían susurrar en la brisa vespertina: «A veces el final no es lo que esperábamos, pero aun así puede ser bueno».

Clara solo esperaba encontrar la sabiduría necesaria para discernir qué final sería el mejor para todos aquellos a quienes había llegado a querer.

# CAPÍTULO 12



Marzo había traído a Westridge Hall los primeros indicios tímidos de primavera y, con ellos, una sensación de cauteloso optimismo que Clara apenas se atrevía a reconocer. Las pesadillas de Violet se habían espaciado, dando paso a sueños que a veces la hacían despertar entre risas en lugar de lágrimas. La niña había empezado a florecer bajo el cuidado paciente de Clara; su curiosidad natural y su inteligencia encontraban por fin el estímulo que merecían.

Para Clara, sin embargo, el clima más cálido solo servía para resaltar la frialdad de su propio engaño. Cada sonrisa de Violet, cada gesto de tímida calidez de Gabriel, le pesaba como una piedra más en la carga de culpa que arrastraba. La conversación que había escuchado entre Gabriel y Lord Berwick le había revelado un panorama mucho más complejo de lo que había anticipado: a Gabriel lo estaban chantajeando, atrapado en una red de errores pasados y amenazas presentes.

Pero saber de sus circunstancias no borraba el hecho de que él se había beneficiado de la caída de su padre, aunque no hubiera sido el artífice de ella. La pregunta que atormentaba a Clara en sus horas de desvelo era si la justicia exigía que revelara el papel de Gabriel, o si la misericordia podría servir a un fin más elevado.

Mientras contemplaba estos asuntos de peso durante el descanso vespertino de Violet, los cimientos de su mundo, tan cuidadosamente construido, volvieron a tambalearse.

Clara estaba en la biblioteca, intentando perderse en un volumen de poesía de Wordsworth, cuando oyó la conmoción en el vestíbulo. Voces elevadas, el chasquido agudo de tacones sobre el mármol y, por debajo de todo ello, el tono de Gabriel: controlado pero tenso, de un modo que la puso en alerta de inmediato.

Se acercó a la ventana de la biblioteca que daba al camino de entrada y vio un elegante carruaje con un escudo de armas desconocido. Del vehículo descendieron dos figuras: una mujer de unos sesenta años, vestida con costoso atuendo de luto pese a que hacía años que no había sufrido ningún duelo reciente, y un caballero de edad similar que exhibía la autoridad pomposa de quien está acostumbrado a que sus deseos se cumplan sin rechistar.

Clara no los reconoció, pero algo en su porte y la evidente riqueza de su carruaje sugería que eran personas de considerable importancia. Lo más inquietante era cómo había cambiado todo el comportamiento de Gabriel desde su llegada. Incluso desde aquella distancia, Clara podía ver la tensión en sus hombros, la formalidad estudiada de su postura, que delataba una emoción apenas contenida.

Cuando los visitantes fueron escoltados al interior, Clara fue incapaz de concentrarse en su libro. Las voces del estudio de Gabriel llegaban débilmente a través de los corredores, aunque no lograba distinguir las palabras. Lo que sí podía discernir era el tono: cortante, acusatorio, cargado de amenazas y contraamenazas.

Pasó casi una hora antes de que las voces cesaran y el sonido de las ruedas del carruaje anunciara la partida de los visitantes. Clara acababa de retomar su fingida lectura cuando Gabriel apareció en la puerta de la biblioteca, con una carta apretada en la mano y el rostro pálido, quizá de ira, quizá de miedo.

—Srta. Finch —dijo con voz cuidadosamente controlada, aunque un leve temblor la delataba—. ¿Podría hablar con usted?

Clara dejó a un lado el libro y advirtió que las manos de Gabriel temblaban ligeramente mientras cerraba la puerta de la biblioteca

tras de sí. Fuera lo que fuese lo ocurrido durante aquella reunión, lo había sacudido profundamente.

—Por supuesto —respondió Clara, señalando la silla frente a la suya—. Parece que ha recibido noticias preocupantes.

Gabriel permaneció de pie. Se acercó a la ventana y contempló los terrenos con la mirada perdida.

—Esos —dijo al fin— eran Lord y Lady Pemberton. Los padres de Margaret.

A Clara le recorrió un escalofrío la espalda.

—¿Los abuelos de Violet?

—Abuelos que no han tenido contacto con su nieta desde la muerte de Margaret —dijo Gabriel con amargura—. Abuelos que me culparon de la enfermedad de su hija y dejaron muy claro que me consideraban incapaz de criar a una niña.

Se apartó de la ventana, y Clara se sobresaltó al ver el dolor descarnado en su expresión.

—Han venido a informarme de que pretenden impugnar mi tutela sobre Violet. Tienen un abogado, testigos dispuestos a declarar sobre mi... incapacidad como padre, y, al parecer, influencia suficiente para que su impugnación suponga una amenaza seria.

Clara contuvo el aliento.

—Pero no pueden llevársela sin más. Usted es su padre.

—Soy su padre —convino Gabriel—, pero también soy un hombre que vive solo con una hija pequeña, sin ninguna pariente que le brinde la orientación apropiada. Soy un hombre cuyos negocios han atraído en ocasiones... atención desfavorable. Y soy un hombre cuya esposa murió en circunstancias que algunos podrían considerar... cuestionables.

El modo en que pronunció aquellas últimas palabras dejaba entrever una culpa y un miedo cuya hondura Clara apenas podía comprender.

—¿Qué quiere decir?

Gabriel se acercó al escritorio y cogió la carta que sus antiguos suegros habían dejado.

—Dicen que a Violet le convendría más vivir con ellos, rodeada de parientes que puedan proporcionarle la orientación moral y la

educación social que una niña sin madre necesita. Dicen que mi hogar es... irregular, que el constante cambio de institutrices sugiere inestabilidad.

Hizo una pausa y clavó la mirada en Clara con una intensidad que le aceleró el pulso.

—Dicen que, a menos que pueda demostrar que las circunstancias de Violet se han vuelto más... convencionales, solicitarán la custodia a los tribunales.

Clara sintió que las implicaciones de aquellas palabras la envolvían como una trampa que se cierra.

—¿Y qué constituiría una situación más convencional?

—Un padre casado. Un hogar estable con una presencia femenina permanente. Una estructura familiar que ni el observador más severo pudiera cuestionar.

El silencio que siguió estaba cargado de posibilidades tácitas. Clara contuvo el aliento, a la espera de que Gabriel dijera lo que sospechaba que estaba pensando.

—Srta. Finch —dijo Gabriel al fin, con voz deliberadamente neutra—, me encuentro en una posición en la que debo pedirle algo que va mucho más allá de los deberes habituales de una institutriz.

El corazón de Clara se aceleró, aunque no habría sabido decir si de anticipación o de temor.

—¿Qué me está pidiendo?

Gabriel dejó la carta y se acercó a su silla, con expresión sincera y, en cierto modo, desesperada.

—Le pido que considere convertirse en mi esposa.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos como una presencia física. Clara sintió que el mundo se tambaleaba, como si los cimientos mismos de la realidad se hubieran movido bajo sus pies. De todas las posibilidades que había contemplado, aquella jamás se le había pasado por la cabeza.

—Su esposa —repitió, aturdida.

—Un matrimonio de conveniencia —se apresuró a decir Gabriel, quizá interpretando su sorpresa como repulsión—. Nada más que un arreglo legal para dar a Violet la estabilidad que necesita y protegerla de que la arranquen del único hogar que ha conocido.

Clara lo miró fijamente, con la mente desbordada de implicaciones y complicaciones que amenazaban con abrumarla por completo.

—Gabriel, yo... no sé qué decir.

—Sé que es mucho pedir —continuó Gabriel, atropellándose con las palabras en su prisa por explicarse—. Sé que tiene todo el derecho a negarse. Pero, Clara, la he observado con Violet estos últimos meses y he visto cuánto la quiere. Le ha dado algo que creí perdido para siempre: felicidad, seguridad, la confianza de ser ella misma. No puedo soportar la idea de que la aparten de todo esto, de usted, solo porque la sociedad exige que me pliegue a sus normas de decoro.

Clara sintió que las lágrimas le escocían en los ojos ante la desesperación en su voz. Tenía ante sí a un hombre dispuesto a sacrificar sus propios deseos y comodidad para proteger a su hija, y le estaba pidiendo que le ayudara a hacerlo.

—Los Pemberton quieren respetabilidad —continuó Gabriel—. Una esposa se la daría. Una madrastra para Violet, una influencia femenina en el hogar, una señal de que me he asentado en el tipo de arreglo doméstico convencional que los tribunales favorecen a la hora de tomar decisiones de custodia.

—¿Y te conformarías con un arreglo así? —preguntó Clara en voz baja—. ¿Un matrimonio sin... sin afecto ni intimidad?

Algo brilló fugazmente en los ojos de Gabriel: dolor, quizás, o arrepentimiento.

—Perdí el derecho a esperar algo más que un acuerdo de conveniencia cuando le fallé tan estrepitosamente a Margaret. Lo que te ofrezco es un hogar cómodo, una posición en la sociedad, seguridad económica y la oportunidad de seguir siendo la institutriz de Violet, aunque, por supuesto, pasarías a ser su madrastra.

—¿Y qué hay de tu propia felicidad? ¿De tus propias necesidades?

—Mis necesidades no importan —dijo Gabriel con firmeza—. El bienestar de Violet es lo único que importa ahora. Todo lo demás es... secundario.

Clara se levantó de la silla. Necesitaba moverse, caminar, hacer algo con la energía nerviosa que se acumulaba en su interior.

—Gabriel, esto es... es una decisión trascendental. No puedo darte una respuesta ahora mismo.

—Por supuesto —dijo Gabriel rápidamente—. No espero... es decir, soy consciente de que esto te habrá pillado por sorpresa. Tómate todo el tiempo que necesites. Pero Clara, por favor, recuerda que el futuro de Violet está en juego. Los Pemberton me han dado un mes para demostrar que sus condiciones de vida han mejorado, o procederán con su impugnación legal.

Después de que Gabriel la dejara sola en la biblioteca, Clara se hundió de nuevo en la silla mientras su mente daba vueltas ante la magnitud de lo que acababa de ocurrir. Matrimonio con Gabriel Harrow, el hombre al que había venido a investigar a Westridge Hall, el hombre cuyo papel en la caída de su padre aún no había logrado comprender ni resolver del todo.

La ironía era casi insoportable. Gabriel le estaba ofreciendo todo lo que jamás habría podido soñar: una posición respetada en la sociedad, seguridad económica, la oportunidad de quedarse con Violet, a quien había llegado a querer como si fuera su propia hija. Y sin embargo, aceptar su propuesta significaría atarse para siempre a un hombre al que quizá acabara teniendo que destruir.

Pero negarse significaría abandonar a Violet a merced de unos abuelos que no habían mostrado el menor interés por su bienestar en años, que buscaban la custodia no por amor, sino por un retorcido deseo de control o de venganza contra Gabriel.

Clara pasó el resto de la tarde paseando por los jardines mientras su mente daba vueltas a la elección imposible a la que se enfrentaba. Al caer la noche, sus pasos la llevaron una vez más hacia la tumba de Margaret, en busca de algún tipo de claridad entre las sombras del pasado.

De pie ante la lápida, Clara intentó imaginar qué habría querido Margaret para su hija. ¿Habría aprobado la solución pragmática de Gabriel? ¿Habría querido que Violet se quedara en Westridge Hall con el padre que, pese a todos sus defectos, la amaba con desesperación?

Cuando el sol se puso tras los viejos robles, Clara regresó a su habitación sin tener más claro lo que debía hacer. Se sentó ante su pequeño escritorio, sacó papel y tinta, y comenzó a escribir.

La primera carta era una aceptación:

*«Querido Gabriel: Tras pensarlo detenidamente, he decidido aceptar tu propuesta de matrimonio. Entiendo que sería un acuerdo práctico, concebido únicamente para proteger los intereses de Violet y asegurar que siga residiendo en Westridge Hall. Espero demostrar ser digna de la confianza que depositas en mí, y que juntos podamos ofrecer a Violet el hogar estable y lleno de amor que merece. Atentamente, Clara Finch».*

Clara contempló la carta un buen rato, luego la apartó y comenzó una segunda:

*«Querido Gabriel: Me siento profundamente honrada por tu propuesta, pero no puedo, en buena conciencia, aceptarla. Hay circunstancias en mi pasado que harían desaconsejable tal matrimonio, y temo que mi presencia como tu esposa podría acabar causando más daño que bien, tanto a ti como a Violet. Espero que comprendas mi postura y encuentres otra solución a los desafíos que afrontas. Con sincero pesar, Clara Finch».*

Se recostó y contempló ambas cartas, con el corazón dividido entre el deber hacia la memoria de su padre y el amor por la familia que había encontrado en Westridge Hall. Cada carta representaba un camino diferente, un futuro diferente, y no sabía cuál de las dos elecciones acabaría sirviendo mejor a la justicia.

Clara no selló ninguna de las dos cartas esa noche. En lugar de eso, permaneció despierta con la mirada fija en el techo, debatiéndose con preguntas que no tenían respuestas fáciles. ¿Podía casarse con Gabriel mientras le ocultaba la verdad sobre su identidad y sus intenciones? ¿Podía construir una vida con él sabiendo que poseía información capaz de destruirlo? ¿O acaso era esta una oportunidad para proteger no solo a Violet, sino también al propio Gabriel, para convertirse en su esposa y aliada en lugar de en su némesis?

Para cuando la luz del amanecer se filtró por la ventana, Clara había tomado una decisión que la sorprendió hasta a ella misma. Se

levantó, se vistió con esmero y se dirigió al salón matutino, donde Gabriel desayunaba a solas.

Gabriel levantó la vista cuando ella entró. Tenía el rostro cuidadosamente sereno, pero sus ojos delataban la ansiedad que sentía.

—Clara. ¿Has... es decir, has pensado en nuestra conversación de ayer?

Clara se acercó y se detuvo junto a su silla, con las manos entrelazadas para ocultar el temblor.

—Sí —dijo, orgullosa de que la voz le saliera firme pese a la tormenta de emociones que sentía por dentro—. Y he decidido aceptar tu propuesta.

El alivio que inundó el rostro de Gabriel fue tan profundo que Clara sintió que el pecho se le oprimía de culpa. Tenía ante sí a un hombre al que acababan de concederle una tregua frente a su mayor temor, y ella era el instrumento tanto de su salvación como, potencialmente, de su futura caída.

—Clara —dijo Gabriel, poniéndose en pie para tomarle las manos —. No sabes cuánto te lo agradezco. Violet estará a salvo, y eso vale cualquier sacrificio.

Pero mientras Clara lo miraba a los ojos, se preguntó si alguno de los dos comprendía realmente la magnitud del sacrificio que estaban haciendo. Ella no era la mujer que él creía, y el matrimonio que estaban planeando se alzaba sobre cimientos de engaño que podrían acabar destruyéndolos a ambos.

Sin embargo, al pensar en la risa de Violet, en la confianza y el cariño de la niña, Clara supo que no podía obrar de otro modo. Fuera cual fuese el coste para sí misma, fueran cuales fuesen las complicaciones para su misión de justicia, no podía abandonar a la pequeña que había llegado a significar tanto para ella.

—¿Cuándo empezamos con los preparativos? —preguntó Clara, sorprendida de lo serena que sonaba su voz.

—Cuanto antes —respondió Gabriel—. Cuanto antes presentemos un frente unido, más sólida será nuestra posición cuando los Pemberton den su siguiente paso.

Mientras comenzaban a hablar de los detalles prácticos de su inminente matrimonio, Clara tuvo la sensación de estar contemplando la escena desde fuera de sí misma. Allí estaba, planeando una boda con el hombre cuya caída había perseguido en otro tiempo con determinación inquebrantable. La mujer que había llegado a Westridge Hall en busca de justicia para su padre se disponía ahora a convertirse en la señora de Gabriel Harrow, madrastra de la niña que adoraba y esposa del hombre al que había llegado a querer pese a todas las razones para no hacerlo.

Era, reflexionó Clara, quizá el acuerdo más peligroso que había hecho en su vida. Pero al ver cómo el rostro de Gabriel perdía parte de su perpetua tensión por primera vez desde la visita de Lord Berwick, supo que había tomado la única decisión que su corazón le habría permitido tomar.

El futuro seguía siendo incierto, cargado de amenazas: el riesgo de ser descubiertos, la posibilidad del desastre. Pero por ahora, Violet estaría a salvo, Gabriel quedaría protegido de las maquinaciones de sus antiguos suegros, y Clara dispondría de tiempo para decidir cómo equilibrar la justicia con la misericordia, la verdad con el amor.

Que ese tiempo bastara para resolver las contradicciones imposibles de su situación estaba por verse.

# CAPÍTULO 13



La boda de Gabriel Harrow con Clara Finch se celebró una mañana gris de abril, con toda la ceremonia y alegría de una transacción comercial.

Clara había esperado sentir más: anticipación, nerviosismo, quizás incluso un estremecimiento de ilusión nupcial a pesar de lo puramente práctico del acuerdo. En cambio, se sentía distante, como si contemplara la vida de otra persona desde muy lejos.

Los preparativos habían sido rápidos y eficientes. Gabriel había obtenido una licencia especial en cuestión de días, alegando circunstancias familiares urgentes que requerían resolución inmediata. No hubo anuncios en los periódicos ni invitaciones a parientes lejanos. Sería una ceremonia tranquila y privada, exactamente como ambas partes preferían, aunque por razones muy diferentes.

Clara se contemplaba en el espejo de su modesta habitación, ajustándose el vestido de seda gris paloma que haría las veces de traje de novia. Era una de sus prendas más finas, comprada en días más felices, cuando la reputación de su padre permanecía intacta y el futuro de la familia parecía seguro. No dejaba de resultarle irónico: se casaría con Gabriel Harrow luciendo un vestido comprado con el dinero que su padre había ganado con su honrado bufete, el

mismo bufete que los socios de Gabriel habían destruido sistemáticamente.

Un suave golpe en la puerta interrumpió estas oscuras reflexiones.

—Adelante —respondió, esperando que fuera la Sra. Redley con algún detalle de última hora.

Pero quien asomó la cabeza fue Violet, con los ojos grises brillándole de emoción y algo que bien podría ser ansiedad.

—¿Srta. Finch? Papá me ha dicho que viniera a ver si necesitaba algo antes... antes de la ceremonia.

A Clara se le encogió el corazón ante la cuidadosa formalidad de la niña. Le habían explicado la situación a Violet de la manera más sencilla posible: que Clara se casaría con Gabriel para quedarse en Westridge Hall de forma permanente y convertirse en su nueva mamá. La niña había recibido la noticia con la solemne aceptación de alguien mucho mayor de ocho años, aunque Clara había vislumbrado auténtica alegría bajo aquel exterior sereno.

—Gracias, cariño —dijo Clara, arrodillándose para quedar a la altura de Violet—. Creo que estoy todo lo lista que puedo estar. ¿Estás emocionada?

Violet asintió con seriedad.

—La Sra. Redley dice que después de hoy serás mi mamá de verdad, no solo mi institutriz. Dice que debería llamarte Mamá Clara, o quizás solo Mamá, ya que...

Se le quebró la voz, y Clara vio la sombra que siempre ensombrecía el rostro de la niña cuando la ausencia de Margaret se hacía demasiado presente.

—Puedes llamarme como te salga del corazón —dijo Clara con dulzura—. No hay ninguna prisa. Tenemos todo el tiempo del mundo para esas cosas.

Violet pareció sopesarlo con seriedad.

—¿Seguirás dándome clases? ¿O estarás demasiado ocupada siendo la esposa de Papá?

La pregunta revelaba el miedo más profundo de la niña: que aquel matrimonio, que supuestamente le daría seguridad, acabara

arrebatándole a la única persona que le había brindado atención y afecto de forma constante.

—Pues claro que seguiré dándote clases —le aseguró Clara—. Eso no va a cambiar en absoluto. Si acaso, tendré más tiempo para estar contigo, porque no pienso irme a ninguna parte.

La promesa pareció satisfacer a Violet, que se acercó más y deslizó la manita en la de Clara.

—Me alegro de que te cases con Papá —dijo con sencillez—. Tenía miedo de que te fueras como todas las demás institutrices.

A Clara se le humedecieron los ojos ante la inocente confianza de la niña.

—No me voy a ninguna parte, cariño. Te lo prometo.

Bajaron juntas, Violet aferrada a la mano de Clara como si temiera que su nueva madrastra fuera a desvanecerse en cuanto la soltara. Habían preparado el salón para la ceremonia con la eficiencia habitual de Westridge Hall: flores del invernadero en jarrones de cristal, sillas dispuestas para el reducido grupo de testigos y una mesa con la Biblia familiar y los documentos legales.

Gabriel aguardaba junto a las ventanas, impecable con su mejor levita negra y el lino blanco inmaculado. Parecía todo un caballero próspero, aunque Clara advirtió la tensión en sus hombros y cómo evitaba deliberadamente mirarla cuando entró.

El vicario, un hombre nervioso de mediana edad al que habían hecho venir del pueblo a toda prisa, aguardaba con su libro de oraciones. La Sra. Redley ocupaba una silla cerca de la puerta, con su expresión tan desaprobadora como siempre pese a la aparente corrección de los procedimientos. Los demás testigos procedían del servicio: el mayordomo, la cocinera y dos de las criadas principales, todos con sus mejores uniformes y expresiones cuidadosamente neutras.

—Srta. Finch —dijo Gabriel con formalidad cuando ella se acercó, haciendo una leve inclinación más propia de una reunión de negocios que de una ceremonia nupcial—. Está usted... muy elegante.

—Gracias —respondió Clara en el mismo tono formal—. ¿Procedemos?

El vicario carraspeó, nervioso.

—En efecto, sí. Si todos quieren colocarse... Sr. Harrow, Srta. Finch, si son tan amables de situarse aquí, frente a mí...

Clara se vio de pronto junto a Gabriel, tan cerca que percibía el aroma del jabón de sándalo que él usaba, tan cerca que distinguía el leve temblor de sus manos, que delataba su nerviosismo. Violet se colocó justo delante de ellos y apretó con más fuerza la mano libre de Clara cuando dio comienzo la ceremonia.

—Queridos hermanos —entonó el vicario—, estamos aquí reunidos para ser testigos de la unión en santo matrimonio de Gabriel Marcus Harrow y Clara Rose Finch...

Las palabras rituales envolvieron a Clara como en un sueño extraño. De joven había imaginado muchas veces el día de su boda, soñando con una celebración llena de amor, alegría y esperanza. Jamás se había visto junto a un hombre al que apenas conocía, un hombre cuyo pasado estaba indisolublemente ligado a la destrucción de su familia, pronunciando votos dictados por la necesidad legal y no por el afecto.

—Gabriel Marcus Harrow —continuó el vicario—, ¿quieres recibir a esta mujer como legítima esposa, para vivir con ella según la ley de Dios en el santo estado del matrimonio? ¿Prometes amarla, consolarla, honrarla y cuidarla en la enfermedad y en la salud, y, renunciando a todas las demás, serle fiel mientras ambos viváis?

El «Sí, quiero» de Gabriel sonó firme, pero desprovisto de toda calidez. Bien podría haber estado firmando un contrato mercantil en lugar de unir su vida a la de otra persona.

—Clara Rose Finch —el vicario se volvió hacia ella—, ¿quieres recibir a este hombre como legítimo esposo, para vivir con él según la ley de Dios en el santo estado del matrimonio? ¿Prometes obedecerle y servirle, amarle, honrarle y cuidarle en la enfermedad y en la salud, y, renunciando a todos los demás, serle fiel mientras ambos viváis?

Clara tenía la garganta seca como el esparto, pero logró articular su respuesta.

—Sí, quiero.

El intercambio de anillos fue breve y mecánico. Gabriel había comprado una sencilla alianza de oro que se deslizó en el dedo de Clara con eficiencia de trámite. El anillo le resultaba extraño y pesado, un recordatorio tangible del engaño que ahora estaba legalmente obligada a mantener.

Cuando el vicario indicó a Gabriel que tomara la mano de Clara para la parte final de la ceremonia, su roce fue tan ligero y breve que ella podría haberlo imaginado. Tenía los dedos fríos, y la soltó en cuanto el decoro se lo permitió.

—Aquellos a quienes Dios ha unido, que no los separe el hombre —concluyó el vicario con evidente alivio por haber llegado al final de una ceremonia tan incómoda—. Declaro que son marido y mujer. Puede besar a la novia.

Esta última instrucción creó un momento de tensión palpable. Los ojos de Gabriel se encontraron con los de Clara por primera vez desde que había comenzado la ceremonia, y ella vio la incertidumbre luchando con el deber en su expresión. Los testigos reunidos aguardaban en silencio mientras Violet los miraba a ambos con inocente expectación.

Gabriel se inclinó y depositó el más leve de los besos en la mejilla de Clara, un gesto tan breve y casto que apenas podía considerarse contacto. Cuando se apartó, su expresión volvía a ser cuidadosamente neutra.

—Felicidades, señor y señora Harrow —dijo el vicario con alegría forzada—. Que encuentren mucha felicidad juntos.

Los pocos presentes aplaudieron cortésmente, aunque las manos de la señora Redley se juntaron con notablemente menos entusiasmo que las demás. Violet, sin embargo, parecía encantada con lo que acababa de presenciar y enseguida se pegó a Clara con evidente satisfacción.

—¿Esto significa que ahora somos una familia de verdad? —preguntó Violet, mirando alternativamente a Clara y a Gabriel con la esperanza brillándole en los ojos grises.

—Sí, cariño —logró decir Clara, aunque las palabras le sonaban extrañas—. Ahora somos una familia de verdad.

El desayuno de bodas que siguió fue un ejercicio de esmerada cortesía. Gabriel había dispuesto que la comida se sirviera en el comedor pequeño, quizás consciente de que el gran comedor formal habría acentuado lo vacío de aquella celebración.

Clara se encontró sentada a la derecha de Gabriel —la posición tradicionalmente ocupada por la señora de la casa— mientras Violet charlaba emocionada sobre la ceremonia y su nueva condición de hija con dos padres de nuevo.

—Es bastante romántico, ¿verdad? —dijo Violet mientras cortaba los huevos con cuidado—. Como en los cuentos de hadas, donde la princesa se casa con el príncipe y todos viven felices para siempre.

Clara advirtió la mueca de incomodidad de Gabriel ante aquella inocente observación y se apresuró a desviar la conversación.

—Quizás deberíamos hablar de tus lecciones para la semana que viene, cariño. Había pensado que podríamos empezar a leer poesía nueva juntas.

Pero la señora Redley, que había permanecido inusualmente callada durante toda la comida, escogió ese momento para intervenir.

—Desde luego, señorita... es decir, señora Harrow —dijo el ama de llaves con un ligero énfasis en el título que, de algún modo, lo convertía en burla—. Qué conveniente que sus... deberes educativos continúen sin cambios a pesar de sus nuevas circunstancias. La mayoría de las esposas descubren que el matrimonio conlleva responsabilidades muy diferentes.

El comentario quedó suspendido en el aire como una nube venenosa. Clara sintió que el calor le subía a las mejillas, pero se obligó a permanecer en silencio, consciente de la trampa que la señora Redley le tendía. Cualquier respuesta solo proporcionaría al ama de llaves más munición para su evidente desaprobación.

Gabriel, sin embargo, no se contuvo.

—Señora Redley —dijo con una voz que habría cortado el cristal —, confío en que dispensará a mi esposa la misma cortesía y respeto que siempre ha mostrado a la señora de esta casa.

La reprimenda fue clara, y los labios de la señora Redley se fruncieron en una línea fina.

—Por supuesto, señor. Solo quise señalar que la señora Harrow es afortunada de haber encontrado un arreglo tan... complaciente.

El resto de la comida transcurrió en un silencio incómodo, interrumpido solo por la charla inocente de Violet y algún que otro murmullo de conversación cortés. Clara se descubrió estudiando el perfil de Gabriel, preguntándose qué pensamientos se ocultaban tras su expresión cuidadosamente controlada. ¿Se arrepentía ya de su acuerdo? ¿Estaría cuestionando la sensatez de haberse unido a una mujer a la que apenas conocía?

Cuando la comida por fin concluyó, Gabriel se levantó y ofreció el brazo a Clara con rígida formalidad.

—Quizás le gustaría ver sus nuevos aposentos, señora Harrow.

A Clara le dio un vuelco el corazón ante el recordatorio de que su posición en la casa había cambiado por completo. Ya no ocuparía la modesta habitación de institutriz en el ala del servicio. Como esposa de Gabriel, tenía derecho a estancias dignas de la señora de Westridge Hall.

Recorrieron los pasillos en incómodo silencio, con Violet detrás, con el aire decidido de quien no tenía intención de quedarse al margen de aquella trascendental transición. Gabriel los condujo a una suite en el ala familiar en la que Clara nunca había entrado: un saloncito decorado en suaves tonos azules y crema, un vestidor equipado con armarios y espejos, y más allá, un dormitorio dominado por una cama con dosel que parecía llenar todo el espacio con su imponente presencia.

—Estas eran... estas son las habitaciones de la señora —dijo Gabriel con voz cuidadosamente neutra—. Confío en que las encuentre cómodas. Sus pertenencias ya han sido trasladadas desde su habitación anterior.

Clara recorrió con la mirada la elegante suite, reparando en los muebles refinados, las telas costosas, el cristal y la plata que hablaban de riqueza y posición. Estaba muy lejos de la modesta habitación que había ocupado como institutriz, pero, de algún modo, más que una recompensa le parecía una prisión.

—Son preciosas —dijo con sinceridad—. Gracias.

Gabriel asintió con sequedad.

—Mis habitaciones están... contiguas. Conectadas por esa puerta de ahí, aunque, por supuesto... —Se aclaró la garganta con incomodidad—. Es decir, dada la naturaleza de nuestro acuerdo, no tiene por qué preocuparse por... la intimidad.

La incomodidad de aquella explicación era palpable, y Clara sintió lástima por ambos. Allí estaba aquel hombre, intentando asegurar a su nueva esposa que no tenía intención de reclamar sus derechos conyugales, mientras ella permanecía ante él ocultando verdades que destruirían cualquier posibilidad de verdadera intimidad entre ellos.

—Entiendo —dijo Clara en voz baja—. Gracias por su consideración.

Violet, aparentemente ajena a la tensión latente, se lanzó sobre la cama con evidente deleite.

—¡Oh, qué blanda! ¡Y qué grande! ¿Me leerás cuentos aquí a veces, Mamá Clara?

El uso espontáneo del apelativo maternal hizo que ambos adultos se quedaran paralizados. La expresión de Gabriel se volvió aún más cuidadosamente neutra, mientras Clara sentía que las lágrimas amenazaban con brotar ante la naturalidad con que la niña aceptaba su nueva estructura familiar.

—Por supuesto, cariño —logró decir Clara—. Cuando quieras.

Gabriel carraspeó.

—Quizás Violet debería volver al cuarto de los niños. Ha sido un día bastante ajetreado, y estoy seguro de que le vendría bien un rato de tranquilidad.

A Violet se le ensombreció el rostro, pero bajó obedientemente de la cama.

—¿Me arroparás esta noche, Mamá Clara? ¿Como solías hacer cuando eras mi institutriz nada más?

—En eso nada ha cambiado —le aseguró Clara—. Estaré allí para el cuento de antes de dormir, como siempre.

Después de que una de las criadas se llevara a Violet, Clara se encontró sola en sus nuevos aposentos, con sus pensamientos como única compañía. El silencio resultaba opresivo tras la incómoda formalidad de las ceremonias del día.

Se acercó a revisar sus pertenencias, que habían sido trasladadas con cuidado desde su modesta habitación. Los pocos vestidos que tenía colgaban en el enorme armario como niños perdidos, los libros ocupaban un rincón diminuto de las extensas estanterías, y sus objetos personales resultaban casi patéticos dispuestos sobre el fino tocador.

Pero fue el diario de su padre lo que más poderosamente captó su atención. El volumen encuadernado en cuero descansaba sobre el escritorio, donde algún criado atento lo había colocado; tenía el mismo aspecto que en su habitación anterior y, sin embargo, parecía radicalmente distinto. En el cuarto de la institutriz había sido un tesoro privado, un vínculo secreto con su pasado y su misión. Aquí, en la suite de la señora de la casa, parecía la prueba de un crimen.

Clara cogió el diario y se acomodó en la cómoda silla junto a la ventana. Lo abrió por páginas que había leído infinidad de veces. La esmerada caligrafía de su padre llenaba las hojas: observaciones sobre sus casos legales, reflexiones sobre la justicia y la moralidad, expresiones de amor por la hija que había sido su mayor orgullo.

*«Clara se parece más a su querida madre cada día»*, decía una entrada. *«La misma inteligencia aguda, el mismo sentido implacable del bien y del mal. Rezo por poder guiarla para que use estos dones con sabiduría, para que comprenda que la verdadera justicia a veces requiere paciencia y perdón en lugar de un castigo inmediato»*.

Las palabras parecían burlarse de su situación actual. ¿Qué pensaría su padre de ella ahora, casada con un hombre cuyos negocios habían contribuido a su ruina? ¿Aprobaría que hubiera elegido proteger a Violet, aunque eso significara abandonar su afán de reivindicación? ¿O vería el matrimonio con Gabriel como la traición suprema a todo lo que había intentado enseñarle?

Clara leyó hasta que la luz declinó y los criados encendieron las lámparas, buscando en las palabras de su padre alguna guía, alguna pista de lo que él habría querido que hiciera. Pero el diario no ofrecía respuestas fáciles, solo el recordatorio cada vez más doloroso del hombre que había perdido y de la justicia que aún no había alcanzado.

Pasaba con creces de la medianoche cuando por fin cerró el diario y se preparó para acostarse. La cama con dosel le parecía enorme y, de alguna manera, acusadora: un recordatorio constante de los votos matrimoniales que había pronunciado bajo falsos pretextos. Se tumbó en la oscuridad, atenta a los sonidos desconocidos de aquella nueva parte de la casa, más sola de lo que se había sentido desde su llegada a Westridge Hall.

Fue entonces cuando los oyó: pasos suaves en el corredor, al otro lado de su puerta. Se detuvieron justo frente a su habitación, y Clara contuvo el aliento, preguntándose si Gabriel llamaría, si buscaría algún modo de reconocer el cambio en sus circunstancias.

Pero no llamó. Tras un largo momento, los pasos se reanudaron y se alejaron por el corredor hacia los aposentos de Gabriel. Clara soltó el aire que había estado conteniendo, sin saber si lo que sentía era alivio o decepción porque él hubiera decidido no molestarla.

Tendida en la oscuridad de su grandiosa habitación nueva, Clara se obligó a afrontar la incómoda verdad que llevaba semanas gestándose en su mente. Cuando aceptó aquel puesto, se había convencido de que solo permanecería el tiempo necesario para reunir pruebas contra Gabriel, solo hasta poder sacar a la luz su papel en la ruina de su padre y limpiar el nombre de la familia.

Pero mientras escuchaba los crujidos de la casa al asentarse a su alrededor, mientras pensaba en la sonrisa confiada de Violet y en la evidente devoción de Gabriel hacia su hija, Clara ya no podía sostener aquella ficción. No estaba allí de forma temporal, reuniendo pruebas para un futuro ajuste de cuentas. Estaba allí porque había elegido estar allí, porque había llegado a querer a aquella extraña familia herida pese a todas las razones que tenía para mantenerse alejada.

Aquella revelación la aterrorizaba más que cualquier amenaza que Lord Berwick pudiera suponer, más que cualquier descubrimiento sobre el pasado de Gabriel. No se había casado con Gabriel simplemente para proteger a Violet de la demanda de custodia de los Pemberton. Se había casado con él porque no soportaba la idea de abandonarlos, porque no podía imaginar un futuro que no incluyera a la niña que la llamaba Mamá Clara y al

hombre que le había dejado entrever a la persona decente que podía ser bajo toda su culpa y su actitud defensiva.

Pero admitirlo no le trajo paz, solo una conciencia más honda de la posición imposible en la que se había colocado. Ahora estaba legalmente unida a un hombre cuya ruina aún tenía el poder de provocar. Era madrastra de una niña que confiaba ciegamente en ella, y sin embargo albergaba secretos capaces de destruir a la única familia que le quedaba a la pequeña.

Cuando despuntaba el alba y Clara por fin se sumió en un sueño intranquilo, se preguntó si alguna vez encontraría el valor para elegir entre la justicia que le debía a su padre y el amor que sentía por la familia que había ocupado su lugar en el corazón.

La verdad, reflexionó entre brumas, se había vuelto mucho más complicada de lo que jamás habría imaginado cuando pisó por primera vez Westridge Hall. Y ya no estaba segura de tener fuerzas para afrontar las revelaciones que la aguardaban.

# CAPÍTULO 14



Habían pasado tres semanas desde que Clara se convirtió en la señora de Gabriel Harrow, y el hogar había adoptado una rutina cautelosa. Permanecía en los aposentos de la señora mientras Gabriel mantenía las distancias; sus encuentros eran cordiales, aunque teñidos de una calidez que ninguno de los dos se atrevía a reconocer.

Clara empezó a reparar en cómo la mirada de Gabriel se demoraba en su rostro, en cómo su voz se suavizaba cuando le hablaba delante de Violet. Había comenzado a esperar con ilusión las comidas que compartían, los breves encuentros en los pasillos, esos momentos en que la cortesía comedida daba paso a algo más genuino.

Una apacible mañana de abril, Gabriel sorprendió a Clara con una propuesta inesperada. Estaba revisando los ejercicios de aritmética de Violet cuando él apareció en el umbral.

—Clara —dijo, carraspeando—. Me preguntaba si te gustaría acompañarnos a Violet y a mí a montar esta mañana. Hace un día demasiado espléndido para quedarse encerrados, y Violet lleva tiempo queriendo enseñarte los prados del fondo.

Clara dejó la pluma, sorprendida por la invitación. En las semanas transcurridas desde su matrimonio, Gabriel se había

cuidado escrupulosamente de no entrometerse en su tiempo. Aquella sugerencia parecía un gesto de acercamiento.

—Me encantaría —respondió—. Aunque debo confesar que hace tiempo que no monto.

—Estoy seguro de que te las arreglarás de maravilla —dijo Gabriel, con una calidez en la voz que hizo que Clara se ruborizara.

Una hora más tarde, Clara iba montada en una yegua baya de temperamento dócil, siguiendo a Gabriel y Violet por el sendero serpenteante hacia las colinas lejanas. El campo despertaba del letargo invernal, con brotes verdes asomando entre la tierra parda. Clara se sorprendió respirando más hondo de lo que lo había hecho en semanas; el aire fresco disipaba parte de su tensión constante.

Se detuvieron al borde de un prado que se extendía hasta unos robles centenarios. Violet espoleó a su poni para adelantarse, gritando algo sobre flores silvestres y conejos, con la voz radiante de alegría desbordante.

—Está transformada —dijo Gabriel en voz baja, contemplando a su hija—. Cuando llegaste, temía que no volviera a reír jamás. Le has dado algo que yo no pude darle: esperanza, quizá. O simplemente la libertad de ser niña.

A Clara se le hizo un nudo en la garganta ante aquella gratitud.

—Simplemente necesitaba a alguien que la escuchara, que la viera como algo más que un problema que resolver.

—¿Eso era lo que hacía? ¿Tratarla como un problema? —la voz de Gabriel destilaba reproche hacia sí mismo.

—La estabas protegiendo —dijo Clara con dulzura—. Después de lo que pasó con Margaret, es natural que quisieras evitarle más sufrimiento a Violet. Pero es más fuerte de lo que crees.

Gabriel se volvió para mirarla de frente, y Clara sintió que se le cortaba la respiración ante la intensidad de sus ojos grises.

—Hablas de ella con tanta comprensión... Como si la conocieras desde hace mucho más que unos pocos meses.

—Los niños se abren enseguida a quienes se toman la molestia de verlos de verdad —respondió Clara, aunque se preguntó si Gabriel percibiría la verdad más profunda: que había llegado a querer a Violet con tanta fiereza como si fuera de su propia sangre.

Cabalgaron en un silencio apacible, siguiendo el camino serpenteante de Violet a través de prados cubiertos de hierba nueva. Cuando se detuvieron a dar descanso a los caballos junto a un arroyo, Gabriel comentó:

—Montas como si hubieras nacido a caballo. Sospecho que practicaste mucho de joven.

Clara notó cómo afloraba su cautela habitual.

—Mi padre creía que habilidades como la equitación eran imprescindibles para toda señorita.

—Tu padre parece haber sido un hombre de gran sentido práctico —dijo Gabriel, y Clara se volvió para ocultar su dolor. Si Gabriel supiera que el hombre al que elogiaba era precisamente aquel cuya memoria le exigía descubrir la verdad sobre el pasado de Gabriel...

—Lo era —logró decir Clara—. Un buen hombre que creía en la justicia... y en hacer lo correcto, costara lo que costase.

Algo en su tono hizo vacilar a Gabriel.

—Hablas de él en pasado. ¿Está...?

—Muerto —confirmó Clara—. Hace ya algunos años. Las circunstancias fueron... difíciles.

El rostro de Gabriel se dulcificó con compasión.

—Lo siento mucho. Perder a un padre nunca es fácil, da igual la edad que uno tenga.

La compasión sincera en su voz estuvo a punto de quebrar la compostura de Clara. ¿Cómo podía seguir sospechando de aquel hombre cuando mostraba tanta comprensión hacia su dolor?

Pasaron otra hora explorando antes de emprender el regreso a Westridge Hall. Cuando se acercaban al patio de las cuadras, la yegua de Clara se espantó de repente, asustada por un movimiento entre la maleza. Clara, más atenta a la charla de Violet que a su montura, sintió que resbalaba de la silla.

Unos brazos fuertes la atraparon antes de que cayera, atrayéndola contra el pecho firme de Gabriel. Por un instante, Clara solo fue consciente de su fuerza, del calor de aquel cuerpo, del latido acelerado del corazón de él bajo su palma.

—¿Te has hecho daño? —la voz de Gabriel sonaba ronca de preocupación, con los brazos aún ceñidos a su cintura.

—Yo... no, creo que no —logró decir Clara, sin hacer ademán de apartarse. Tan cerca, podía ver las finas arrugas en torno a sus ojos, percibir su aroma familiar a sándalo.

—Podrías haberte hecho mucho daño —dijo Gabriel, llevando las manos a enmarcarle el rostro—. Cuando te vi caer...

El miedo en su voz era inconfundible, y Clara sintió que algo se removía en su interior: la preocupación de Gabriel iba mucho más allá del mero deber.

—Estoy perfectamente —susurró sin aliento—. Gracias a ti.

Quedaron inmóviles en aquel cuadro íntimo: las manos de Gabriel acunándole el rostro, las palmas de Clara apoyadas en su pecho, tan cerca que ella podía sentir el calor que emanaba de su piel. El patio de las cuadras se desvaneció mientras Clara se perdía en los ojos grises de Gabriel.

El pulgar de Gabriel se deslizó, rozándole suavemente la mejilla donde se le había manchado de barro al casi caer. La caricia era leve como una pluma, pero abrasaba las defensas de Clara.

—Tienes barro —dijo Gabriel, innecesariamente, con la voz convertida en un susurro ronco.

—¿Sí? —Clara apenas podía articular palabra, toda su atención puesta en la suave presión del pulgar de él contra su piel.

Estaban tan cerca que Clara distinguía las vetas oscuras en el gris plateado de los ojos de Gabriel, sentía su aliento rozarle los labios. La mirada de Gabriel descendió hasta su boca, y Clara notó que sus propios labios se entreabrían en una invitación inconsciente.

—¡Papá! ¡Clara! ¿Habéis visto cómo he saltado ese tronco caído? —la voz entusiasmada de Violet rompió el hechizo.

Gabriel se apartó tan bruscamente que Clara casi perdió el equilibrio. El rubor le inundó el rostro a él. Clara se llevó las manos a las mejillas ardientes, mortificada por lo cerca que habían estado de...

—Muy impresionante, cariño —consiguió articular Gabriel, controlando cuidadosamente la voz—. Quizá deberíamos volver a la casa.

Esa noche, Clara deambulaba inquieta por su salón, incapaz de sosegarse. Lo ocurrido en los establos era imposible de ignorar: la

atracción que crecía entre ella y Gabriel casi los había desbordado a ambos.

Se detuvo ante el retrato de Margaret sobre la repisa de la chimenea; la hermosa mujer de ojos grises como los de Violet parecía observar a Clara con triste comprensión. ¿Qué pensaría la primera esposa de Gabriel del vínculo que crecía entre su marido y la mujer que se había casado con él bajo falsos pretextos?

Mientras se preparaba para acostarse, con los pensamientos aún revueltos, Clara reparó en el papel que habían deslizado bajo su puerta. Al principio pensó que podría ser una nota de Gabriel, pero al agacharse a recogerlo, el corazón se le encogió con un temor familiar. No era una nota personal, sino una página de un libro de contabilidad, cubierta de columnas de cifras en una letra desconocida.

Clara contempló la página con las manos temblorosas. Alguien la había dejado allí deliberadamente, alguien que quería que ella viera esas cifras en particular. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

Su primer instinto fue destruirla, arrojarla al fuego y fingir que nunca había existido. Se había esforzado tanto por apartar sus sospechas, por concentrarse en la vida que estaba construyendo con Gabriel y Violet y no en las sombras del pasado.

Pero cuando ya se dirigía hacia la chimenea, Clara vaciló. Aquellas cifras debían de ser importantes, o no se las habrían hecho llegar de forma tan clandestina. Alguien intentaba decirle algo.

A pesar de lo que sentía por Gabriel, Clara no podía ignorar el deber que tenía con la memoria de su padre. Si había respuestas, tenía que buscarlas, sin importar el coste personal.

Clara se acercó a su escritorio y encendió otra vela para estudiar la página con detenimiento. Las cifras estaban dispuestas en columnas ordenadas, con fechas que abarcaban varios meses de 1869, el mismo año de la ruina de su padre. Pero la letra no era la elegante caligrafía de Gabriel.

Las cantidades eran considerables: cientos de libras que habían cambiado de manos en transacciones sin patrón aparente. Algunas entradas estaban marcadas con iniciales incomprensibles, mientras que otras llevaban anotaciones que sugerían pagos sin especificar.

Pero fue la última entrada la que le heló la sangre: «Asunto H.F. concluido - pago final autorizado - B.».

H.F. Harold Finch. Su padre. Y la B solo podía referirse a Berwick, el hombre al que había oído amenazar a Gabriel.

A Clara le temblaron las manos al comprender lo que estaba viendo. Aquello era la prueba de pagos relacionados con el caso de su padre, la evidencia de que había corrido dinero para asegurar su ruina. Pero ¿de quién era el dinero? ¿Y quién había sido el beneficiario último?

Aunque todos sus instintos le gritaban que dejara las cosas como estaban, Clara sabía que tenía que buscar respuestas. La página del libro de contabilidad era solo un fragmento: tenía que haber más registros que revelaran toda la magnitud de lo que le habían hecho a su padre.

Se dirigió al armario y eligió su vestido más oscuro, con las manos ya firmes tras haber tomado una decisión. Fuera cual fuese el coste para su paz mental, fuera cual fuese el riesgo para su creciente felicidad, no podría descansar mientras las preguntas sobre el destino de su padre siguieran sin respuesta.

La casa estaba en silencio mientras Clara recorría los pasillos hacia el estudio de Gabriel, con los pies amortiguados por las gruesas alfombras. Ya lo había hecho antes, por supuesto, pero aquella noche todo parecía diferente, más peligroso de algún modo, como si hubiera más en juego tras el tierno momento que ella y Gabriel habían compartido en los establos.

La puerta del estudio estaba entornada, y Clara pudo ver que la habitación estaba vacía, iluminada tan solo por las brasas moribundas de la chimenea. Se deslizó dentro y se dirigió rápidamente al escritorio donde había encontrado el cajón oculto, con el corazón martilleándole en el pecho mientras buscaba más libros de contabilidad o documentos que pudieran coincidir con la página que le habían dejado.

En el cajón inferior, oculto bajo una pila de correspondencia de la finca, Clara encontró lo que buscaba: un libro de contabilidad encuadernado en cuero marrón, con las páginas llenas de la misma letra que la hoja misteriosa que habían deslizado bajo su puerta.

Pero a medida que estudiaba las entradas con más detenimiento, comparándolas con el fragmento que había traído, empezó a vislumbrar una verdad asombrosa.

La letra no era de Gabriel. Las transacciones registradas allí no habían sido autorizadas por él. Por el contrario, parecían ser registros de pagos realizados por Berwick: pagos que incluían sumas considerables a distintas personas por «servicios de consultoría» y «preparación de documentos» relacionados con diversos casos legales, incluido el de su padre.

Pero más impactante aún era lo que el libro de contabilidad completo revelaba sobre el origen último de aquellos fondos. El dinero utilizado para destruir a su padre no provenía en absoluto de las cuentas de Gabriel, sino de una compleja red de empresas fantasma e inversiones falsas que llevaban la marca de Berwick, no la de Gabriel.

Clara estaba tan absorta descifrando las implicaciones de lo que leía que casi no oyó los pasos en el pasillo. Cuando se dio cuenta de que alguien se acercaba al estudio, ya era demasiado tarde para escapar sin ser vista.

La puerta se abrió, y Gabriel entró en la habitación con una copa de brandy en la mano y una expresión de sorpresa que enseguida dio paso a la preocupación al ver a Clara agachada junto al escritorio, con el libro de contabilidad abierto ante ella.

—¿Clara? —Gabriel controlaba cuidadosamente la voz, pero Clara percibía la tensión bajo la superficie—. ¿Qué haces aquí?

Clara buscó frenéticamente una explicación que no revelara la verdadera naturaleza de sus descubrimientos. El libro de contabilidad yacía abierto entre ambos como prueba de una traición, aunque ya no estaba segura de quién había traicionado a quién.

—Estaba... estaba buscando un libro —dijo Clara al fin, con una voz que sonaba tensa incluso a sus propios oídos—. No podía dormir y pensé que quizá algo de tu biblioteca me ayudaría. Espero que no te importe la intrusión.

La mirada de Gabriel pasó del rostro de Clara al libro de contabilidad abierto; su expresión era indescifrable en la tenue luz.

—Por supuesto que no —dijo en voz baja—. Aunque me temo que encontrarás poco de interés entre esos polvorientos registros comerciales. ¿Te apetece que busquemos algo más adecuado en la biblioteca principal?

Clara cerró el libro de contabilidad con manos que apenas temblaban, agradecida de que Gabriel pareciera dispuesto a aceptar su explicación inventada. Pero al ponerse de pie, no pudo evitar la sensación de que él había visto más de lo que ella esperaba, de que su cuidadoso engaño empezaba a resquebrajarse.

—Muy amable —logró decir Clara, aunque lo único que deseaba era refugiarse en sus aposentos y reflexionar sobre lo que había descubierto.

Mientras Gabriel la acompañaba hacia la puerta del estudio, Clara deslizó la página suelta en el bolsillo de su falda, con el corazón encogido ante la certeza de que el día siguiente traería nuevas preguntas y quizá descubrimientos más peligrosos. El tierno momento que habían compartido en los establos parecía pertenecer a otra vida, sustituido ahora por el peso familiar de los secretos y la creciente certeza de que su tiempo en Westridge Hall se agotaba.

Fuera cual fuese la verdad sobre el destino de su padre, fuera cual fuese el papel que Gabriel había desempeñado realmente en los acontecimientos que destruyeron a su familia, Clara ya no podía fingir que el amor y la justicia pudieran coexistir en paz en su corazón. Pronto tendría que elegir entre ambos, y temía que cualquiera de las dos elecciones destruiría todo lo que había llegado a apreciar.

# CAPÍTULO 15



La mañana siguiente al descubrimiento de la misteriosa página del libro mayor amaneció gris y opresiva. Clara había dormido mal, atormentada por fragmentos del juicio de su padre. Despertó con la sensación de que el tiempo se agotaba.

Las anotaciones del libro mayor que había descubierto revelaban una realidad muy distinta de lo que había creído en un principio. Berwick, no Gabriel, parecía ser el artífice de la destrucción de su padre. Sin embargo, era evidente que Gabriel se había beneficiado del resultado.

¿Dónde la dejaba eso ahora? ¿Qué exigía la justicia cuando la verdad resultaba más compleja de lo que había imaginado?

Clara se preparaba para bajar a desayunar cuando cayó en la cuenta de que había dejado su diario sobre el escritorio la noche anterior. En su agitación por el misterioso documento, había abandonado sus precauciones habituales. El volumen encuadernado en cuero yacía abierto, mostrando páginas cubiertas con sus observaciones y, lo más condenatorio de todo, su verdadera identidad.

Fue a recogerlo, pero algo la detuvo. Las páginas no estaban como las había dejado. Alguien lo había estado leyendo.

La sangre de Clara se heló. Alguien había movido el diario y lo había abierto por una página diferente. Podía ver marcas de dedos

en la cubierta de cuero, como si alguien lo hubiera sujetado con fuerza mientras leía.

Gabriel lo sabía.

El golpe seco en su puerta llegó apenas cinco minutos después, seguido de inmediato por Gabriel, que entró sin pedir permiso. Su figura ocupaba todo el umbral: ya no era el esposo atento y cortés al que se había acostumbrado, sino algo mucho más peligroso.

—Tenemos que hablar —dijo Gabriel con voz cortante y fría—. Ahora.

Entró en la salita y cerró la puerta con tal fuerza que los adornos de cristal sobre la repisa de la chimenea tintinearon.

Clara se levantó de la silla con las manos fuertemente entrelazadas.

—Gabriel, yo...

—No —la voz de Gabriel le cortó en seco, afilada como una cuchilla—. No te atrevas a intentar mentirme de nuevo. No ahora que por fin he descubierto exactamente quién eres y por qué estás aquí.

Se plantó frente a la chimenea, con la espalda rígida de furia contenida. En sus manos, Clara vio su diario; la familiar cubierta de cuero parecía ahora la prueba de la peor de las traiciones.

—Clara Rose Finch —dijo Gabriel con voz cargada de amarga ironía—. Hija de Harold Finch, el abogado que murió en desgracia hace tres años. La mujer que vino a mi hogar con engaños, se casó conmigo con engaños y ha estado investigando sistemáticamente mis asuntos privados mientras fingía preocuparse por mi hija.

Cada palabra la golpeó como un puñetazo. No tenía sentido negarlo: la prueba de su engaño estaba ahí, abierta en las manos de Gabriel.

—Sí —dijo en voz baja, alzando la barbilla a pesar de la vergüenza que le ardía en el pecho—. Soy la hija de Harold Finch.

—Y viniste aquí para desenmascarme —continuó Gabriel, implacable—. Para reunir pruebas de mi papel en la caída de tu padre. Para destruirme como creías que yo lo había destruido a él.

—Vine aquí en busca de la verdad —respondió Clara, sorprendida de que su voz sonara más firme de lo esperado—. Mi padre murió

creyéndose un fracasado, convencido de que de algún modo se había ganado la desgracia que le sobrevino. No podía permitir que las mentiras mancharan su memoria.

Gabriel se volvió de la chimenea para mirarla de frente, y Clara se sorprendió al ver la profundidad del dolor en sus ojos grises. No era la fría ira que había esperado, sino algo mucho más devastador: la mirada de un hombre traicionado por alguien en quien había confiado ciegamente.

—Así que aceptaste un puesto en mi casa —dijo Gabriel, con la voz convertida en un susurro peligroso—. Dejaste que creyera que te importaban Violet y esta familia. Te casaste conmigo, te presentaste ante Dios y los testigos y pronunciaste votos que nunca pensaste cumplir, todo para poder hurgar en mis papeles privados y reunir munición para tu venganza.

—No fue así —protestó Clara, aunque al decirlo supo lo huecas que sonaban sus palabras—. Al principio, quizás, pero cuando os conocí a ti y a Violet...

—¿Qué? —la risa de Gabriel sonó áspera, quebradiza—. ¿Empezaste a preocuparte por nosotros? ¿Te surgieron sentimientos auténticos que complicaron tu misión de venganza? Qué inconveniente para ti.

Clara se estremeció ante la burla de su voz, pero continuó.

—Sí llegué a preocuparme por los dos. Más de lo que pretendía, más de lo que era prudente o seguro. Violet se ha convertido en una hija para mí, y tú... te convertiste en alguien que nunca esperé encontrar.

—Y sin embargo continuaste con tu investigación —dijo Gabriel, agitando el diario—. Incluso mientras decías que te importábamos, seguiste buscando pruebas para destruirme.

Los ojos de Gabriel relampaguearon con súbita intensidad.

—Porque este diario cuenta otra historia. La de una mujer dividida entre el deber y el deseo, entre su misión y su corazón. La de alguien que empezó a preguntarse si el enemigo de su padre podría ser en realidad un hombre digno de ser amado.

Clara sintió que el rubor le inundaba las mejillas al ver expuestos sus pensamientos más íntimos.

—No tenías derecho a leer eso.

—Tenía todo el derecho —replicó Gabriel—. Eres mi esposa, vives en mi casa, duermes bajo mi techo mientras planeas mi destrucción. ¿Qué otros secretos me ocultas? ¿Sobre qué otras mentiras has levantado toda nuestra relación?

La acusación quedó suspendida entre ellos como una barrera física. Clara podía ver el dolor bajo la ira de Gabriel, podía comprender cuánto lo había herido su engaño. Pero también sintió crecer su propia ira: ira por su presunción de inocencia, por su negativa a reconocer el papel que él mismo había desempeñado en el sufrimiento de su padre.

—¿Quieres hablar de mentiras? —dijo Clara, con la voz cada vez más firme—. Entonces hablemos de la carta sin firmar que encontré en tu estudio, en la que se detallaba cómo iban a destruir la reputación de mi padre. Hablemos de tu asociación comercial con Lord Berwick. Hablemos de cómo te beneficiaste de la ruina de mi padre mientras él moría creyéndose un criminal.

El rostro de Gabriel palideció.

—No sabes nada de mi relación con Berwick, nada de las circunstancias que...

—Sé que le permitiste destruir a un hombre inocente —lo interrumpió Clara, dejando escapar años de dolor reprimido—. Sé que mientras humillaban públicamente a mi padre, tú contabas las ganancias. Sé que podrías haberlo detenido y elegiste no hacerlo.

—No sabes nada —repitió Gabriel, pero su voz carecía de convicción. Clara vio cómo algo se desmoronaba en su expresión, cómo un muro cuidadosamente mantenido empezaba a agrietarse.

—Entonces dime —exigió Clara, acercándose a él pese a que todos sus instintos le gritaban que mantuviera la distancia—. Dime cómo un hombre honorable se queda de brazos cruzados mientras la corrupción y la falsificación destruyen a un abogado inocente. Dime cómo duermes por las noches sabiendo que mi padre murió en desgracia por crímenes que nunca cometió.

Por un momento, Gabriel no dijo nada. Se limitó a mirarla con una expresión de emoción tan compleja que Clara apenas podía respirar. Cuando por fin habló, su voz era poco más que un susurro.

—¿Crees que antepuse mis beneficios a la vida de tu padre? —preguntó Gabriel, y Clara oyó algo quebrarse en su voz—. ¿Entraste en mi casa, en la vida de mi hija, creyéndome capaz de semejante maldad? ¿Te casaste conmigo pensando que era un monstruo?

—Vine aquí en busca de la verdad —dijo Clara, aunque su certeza comenzaba a flaquear—. Necesitaba entender qué le había pasado.

—La verdad —repitió Gabriel con amargura—. ¿Y qué verdad esperabas encontrar? ¿Que destruí sin piedad a un hombre inocente por dinero? ¿Que duermo tranquilo por las noches mientras hombres buenos sufren?

Clara abrió la boca para responder, pero Gabriel levantó una mano para detenerla.

—No —dijo, con la voz cada vez más firme—. Has tenido meses para observar mi carácter, para ver cómo trato a mi hija, a mi casa, a mis responsabilidades. Si después de todo ese tiempo aún me crees capaz de crueldad gratuita, no hay nada que pueda decir para hacerte cambiar de opinión.

A Clara se le llenaron los ojos de lágrimas ante el dolor desnudo de su voz.

—Gabriel, yo nunca quise...

—Lo que quisieras es irrelevante —dijo Gabriel, apartándose de ella—. Lo que importa es lo que hiciste. Construiste toda nuestra relación sobre cimientos de mentiras y sospechas. Me mirabas cada día creyéndome capaz de destruir vidas inocentes por dinero.

—Intentaba hacer justicia a mi padre —dijo Clara con desesperación.

—¿De verdad? ¿O simplemente buscabas a alguien a quien culpar de tu dolor? —La voz de Gabriel era fría ahora, distante—. Es más fácil odiar a un villano que aceptar que a veces ocurren cosas terribles sin culpables claros.

—Eso no es justo —protestó Clara.

—¿Justo? —Gabriel soltó una risa amarga—. ¿Me hablas de justicia? Tú, que entraste en mi casa con engaños, que te casaste conmigo creyéndome un criminal, que investigaste sistemáticamente mis asuntos privados mientras fingías preocuparte por mi hija.

Clara sintió que algo se quebraba en su interior.

—Sí llegué a quereros. Más de lo que jamás pretendí.

—Pero no lo bastante como para contarme la verdad —dijo Gabriel—. No lo bastante como para abandonar tu misión de venganza cuando empezaste a sospechar que podías estar equivocada.

—Sí —admitió Clara en un hilo de voz—. Así fue.

Gabriel asintió como si la confesión confirmara algo que ya sabía.

—Entonces no hay nada más que decir, ¿verdad? Viniste aquí buscando a alguien a quien culpar del destino de tu padre. Que yo sea culpable de lo que sospechabas ya apenas importa: el daño está hecho.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Clara, aunque temía saberlo ya.

—Estoy diciendo que este matrimonio, esta farsa de afecto entre nosotros, termina ahora —dijo Gabriel, con la voz de nuevo cuidadosamente controlada—. Has logrado lo que viniste a hacer: has destrozado la poca paz que había conseguido construir aquí.

Algo se desgarró en el pecho de Clara.

—Gabriel, por favor...

—Te quedarás en Westridge Hall hasta que Violet termine el curso —continuó Gabriel como si ella no hubiera hablado—. No voy a interrumpir sus estudios ni a obligarla a perder otra figura materna de forma tan brusca. Pero después, esto se acaba.

—¿Y Violet? —preguntó Clara con la voz temblorosa—. ¿Qué le dirás?

Por primera vez desde que había entrado en la habitación, la compostura de Gabriel se resquebrajó ligeramente.

—Le diré que a veces las personas que nos importan tienen que dejarnos, aunque no queramos. Ya ha aprendido esa lección antes.

La crueldad gratuita de aquella despedida dejó a Clara sin aliento.

—¿La castigarías a ella por mis errores?

—La protegería de sufrir más —corrigió Gabriel—. Ya se ha encariñado demasiado contigo. Mejor acabar con esto ahora, antes

de que sufra un dolor aún mayor cuando descubra la verdadera razón por la que viniste.

Clara se levantó de la silla, envalentonada por la desesperación.

—No tiene por qué ser así. Podríamos encontrar otra salida, una que honre tanto tu inocencia como la memoria de mi padre. Podríamos...

—¿Podríamos qué? —La risa de Gabriel fue áspera—. ¿Continuar con este matrimonio construido sobre mentiras? ¿Fingir que la confianza puede reconstruirse sobre semejantes cimientos? Viniste aquí a destruirme, Clara. Quizás lo has conseguido más de lo que crees.

Gabriel se dirigió hacia la puerta, aún con el diario de Clara apretado entre las manos.

—Tienes hasta que Violet termine sus estudios. Aprovecha el tiempo para pensar adónde irás después.

Se detuvo con la mano en el pomo, aún de espaldas a ella.

—Confié en ti —dijo en voz baja, y Clara pudo percibir la devastación bajo aquel tono controlado—. A pesar de todo: mis fracasos pasados, mi aislamiento, la vulnerabilidad de mi hija... me permití creer que tú podrías ser diferente. Que podrías ver en mí algo digno de afecto.

—Sí lo vi —dijo Clara con la voz quebrada—. Lo veo.

Gabriel se volvió hacia ella, y Clara vio que tenía los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

—No, no lo viste. Viste a un criminal al que necesitabas investigar. Viste a un villano al que necesitabas desenmascarar. Todo lo demás fue solo un estorbo para tu misión.

—Eso no es verdad —susurró Clara.

—¿No lo es? —La sonrisa de Gabriel fue amarga—. Dime, Clara, ¿cuándo pensabas revelar la verdad? ¿Después de reunir pruebas suficientes? ¿Después de destruirme por completo? ¿O simplemente ibas a desaparecer un día y dejarnos preguntándonos qué habíamos hecho para alejarte?

Clara no pudo responder porque nunca había pensado tan a largo plazo. Había estado tan concentrada en descubrir la verdad

que nunca se había planteado qué haría con ella una vez la encontrara.

Gabriel asintió ante su silencio.

—Eso me parecía. Viniste aquí con odio en el corazón, y eso es lo único que pretendías albergar.

Se marchó entonces, cerrando la puerta tras de sí con un silencio definitivo. Clara se quedó de pie en medio del saloncito, mirando el espacio que él había ocupado.

En una sola conversación, su matrimonio había terminado, su misión había concluido y su corazón se había roto por completo, irrevocablemente. Había buscado justicia para su padre y la había encontrado, pero el precio había sido mucho más alto de lo que jamás imaginó.

Gabriel tenía razón: la confianza había sido imposible entre ellos desde el principio. Ella había llegado a Westridge Hall con el engaño en el alma, y él había guardado secretos que hacían impensable cualquier comunicación honesta. Ambos habían intentado construir algo significativo sobre cimientos de mentiras, y todo se había derrumbado en cuanto la verdad salió a la luz.

Clara se dejó caer en la silla y enterró el rostro entre las manos, permitiendo por fin que las lágrimas contenidas fluyeran libremente. Había logrado lo que se había propuesto: descubrir la verdad sobre el destino de su padre, confirmar la complicidad de Gabriel en aquella injusticia. Pero la victoria no se parecía en nada a lo que había imaginado.

En lugar de satisfacción, solo sentía el vacío sordo de la pérdida. Había obtenido justicia para la memoria de su padre, pero había perdido al hombre del que se había enamorado y a la niña que había llenado el vacío de su corazón. Había expuesto la cobardía de Gabriel, pero también había revelado su propia capacidad de engañar y traicionar.

# CAPÍTULO 16

Los tres días que siguieron a la devastadora confrontación entre Clara y Gabriel transcurrieron entre una cortesía forzada y un cuidadoso distanciamiento. El aire mismo de Westridge Hall parecía haber cambiado, cargándose de reproches silenciados.

Clara había trasladado sus pertenencias a las modestas habitaciones de la institutriz en el ala del servicio esa misma tarde, diciéndole a la Sra. Redley que los aposentos de la señora resultaban demasiado fríos. El ama de llaves aceptó la explicación con una mirada cómplice que dejaba claro que sabía perfectamente que algo importante había sucedido.

Volver a su antigua habitación fue como retroceder en el tiempo, como si las semanas de matrimonio no hubieran sido más que un sueño. La cama estrecha, la única ventana, el mobiliario sencillo: todo le recordaba a Clara cuál era su verdadera posición en aquella casa. Era una empleada, nada más.

Gabriel no hizo ningún comentario sobre su traslado, aunque Clara a veces lo vislumbraba en los pasillos, con el rostro cuidadosamente compuesto pero los ojos cargados de un dolor que a ella le oprimía el pecho. Habían desarrollado una intrincada danza de evasión, calculando sus movimientos para evitar cruzarse. Cuando coincidían —en las comidas, durante las lecciones de Violet

—, sus interacciones se desarrollaban con una cortesía tan gélida que las paredes mismas parecían cubrirse de escarcha.

—Buenos días, Sra. Harrow —decía Gabriel, y el título le caía de los labios como una formalidad que ya no soportaba pronunciar con el menor atisbo de calidez.

—Buenos días, Sr. Harrow —respondía Clara con voz igualmente distante, aunque notaba que él ya no la corregía por usar el tratamiento formal.

Era Violet quien más visiblemente sufría aquel cambio repentino. La niña siempre había sido sensible a las corrientes emocionales que recorrían la casa, y el frío ártico entre su padre y su madrastra resultaba imposible de ignorar.

—Srta. Finch —dijo Violet la cuarta mañana, empleando el antiguo título con cuidadosa precisión—, ¿por qué ya no desayunas con papá?

Clara se detuvo mientras organizaba la lección de aritmética del día. Había temido aquella pregunta: sabía que llegaría, pero confiaba en encontrar alguna explicación adecuada.

—Tu padre y yo hemos descubierto que preferimos comer a horas distintas —dijo Clara con cautela, sin atreverse a mirar del todo los perspicaces ojos grises de la niña—. Es simplemente una cuestión de conveniencia.

—Pero antes os reíais juntos durante el desayuno —insistió Violet —. Y papá solía sonreír cuando hablabas. Ahora tiene la misma cara que ponía después de que mamá se marchara, como si hubiera olvidado cómo ser feliz.

La observación fue tan perspicaz que Clara sintió flaquear su cuidadosa compostura.

—A veces los adultos atraviesan períodos de ajuste, cariño. Eso no significa que haya cambiado nada importante entre nosotros.

Mientras las pronunciaba, Clara sabía lo huecas que sonaban aquellas palabras. Todo había cambiado entre ella y Gabriel. La frágil confianza que habían ido construyendo se había hecho añicos.

—¿Vas a dejarnos como hicieron las otras institutrices? —preguntó Violet con un temblor en la voz que partió el corazón de Clara—. ¿Vas a irte y no volver nunca?

Clara se arrodilló junto a la silla de Violet y tomó las manos de la niña entre las suyas.

—No voy a irme a ninguna parte, querida. Estoy aquí, y seguiremos con tus lecciones como siempre.

Era cierto, aunque Clara sabía que no era toda la verdad. Gabriel le había dado de plazo hasta el final del trimestre de Violet, que duraría quizás un mes más. Después, su futuro en Westridge Hall terminaría tan abruptamente como había comenzado.

—Pero algo ha cambiado —dijo Violet con esa inquietante perspicacia que parecía correr por la sangre de los Harrow—. Tú y papá ya no os habláis. No os miráis. Es como si hubiera un muro entre vosotros que yo no puedo ver.

Clara apretó suavemente las manos de la niña.

—A veces los adultos tienen desacuerdos difíciles de resolver. Pero eso no cambia lo mucho que te queremos los dos, Violet. Pase lo que pase entre tu padre y yo, eso no cambiará nunca.

Violet asintió con solemnidad, aunque Clara podía ver la preocupación que aún asomaba en su expresión. La niña ya había perdido una figura materna; la perspectiva de perder otra resultaba claramente aterradora, por mucho que los adultos intentaran tranquilizarla.

El resto de la lección de la mañana transcurrió en un silencio apagado. Violet se aplicó a las matemáticas con una concentración inusual, como si el éxito académico pudiera restaurar de algún modo la estabilidad que había desaparecido de su pequeño mundo.

Fue por la tarde, mientras Violet descansaba y Clara intentaba concentrarse en la planificación de las lecciones, cuando empezó a percibir sonidos extraños que llegaban de la casa principal. El suave tintineo de cristal contra cristal, repetido a intervalos irregulares, procedente del estudio de Gabriel.

Al principio, Clara intentó ignorarlo, repitiéndose que las actividades de Gabriel ya no eran asunto suyo. Pero a medida que avanzaba la tarde y los sonidos continuaban, la inquietud fue apoderándose de ella.

Al anochecer, cuando bajó a la cocina a por una cena sencilla, Clara oyó una conversación en susurros entre la Sra. Redley y el

mayordomo que confirmó sus sospechas.

—Apenas ha tocado la cena otra vez —decía la Sra. Redley con una preocupación impropia de ella—. Tercera noche seguida que come en el estudio, y apenas ha probado bocado. Ahí sentado con esa botella y sus papeles, mirando el fuego como un alma en pena.

—Quizá deberíamos sugerirle que se acueste temprano —respondió el mayordomo—. Esto no puede seguir así indefinidamente sin afectar a su salud.

—Puedes intentarlo si quieres —dijo la Sra. Redley con gravedad —. Pero no está de humor para aceptar consejos de nadie. Aunque no es de extrañar, dadas las circunstancias.

Clara sintió una punzada de culpa ante la insinuación de que ella era en parte responsable del estado de Gabriel. Había buscado justicia para su padre, había descubierto la verdad sobre el papel de Gabriel en lo sucedido, pero no había pretendido empujarlo a beber a solas en su estudio.

O quizá sí. Quizá aquello era exactamente el tormento que había imaginado infligirle cuando llegó a Westridge Hall con el corazón lleno de ansias de venganza.

Solo pensarlo le revolvió el estómago.

Esa noche, mientras Clara intentaba conciliar el sueño en su estrecha cama de institutriz, los sonidos del estudio de Gabriel seguían flotando por la vieja casa. El suave tintineo del cristal, el roce ocasional de una silla al moverse, el susurro de las páginas al pasar. Fueran cuales fuesen los demonios contra los que Gabriel luchaba en la soledad de su estudio, estaba claro que no le concedían tregua alguna.

Clara permaneció despierta escuchando la melancólica sinfonía de un hombre bebiendo a solas, preguntándose si aquello era lo que de verdad significaba la justicia. Si la satisfacción que había esperado sentir siempre estuvo destinada a saber a cenizas.

Fue al sexto día de su confrontación cuando Clara hizo el descubrimiento que volvería a cambiarlo todo.

Había estado guardando los últimos libros de derecho de su padre, volúmenes que había traído a Westridge Hall como parte de la identidad que se había forjado con tanto esmero: la de institutriz

culta. La mayoría eran textos legales corrientes que habían constituido la base del bufete de Harold Finch, pero algunos eran favoritos personales de los que Clara no soportaba desprenderse, al margen de su utilidad práctica.

Mientras hojeaba uno de estos volúmenes —una colección de casos legales emblemáticos que su padre citaba con frecuencia—, Clara notó algo extraño en su peso. El libro pesaba más de lo debido, como si alguien hubiera ocultado algo entre sus páginas.

Intrigada, Clara abrió el volumen con cuidado y descubrió que varias páginas del centro habían sido recortadas con esmero, creando un pequeño compartimento en la encuadernación. Oculta en aquel hueco había una carta, doblada varias veces y amarillenta por los años.

Le temblaron las manos al desdoblar el documento. Reconoció de inmediato la esmerada caligrafía de su padre, pese a la evidente prisa con que la había trazado.

«Mi queridísima Clara», comenzaba la carta, «si estás leyendo esto, temo que lo peor ha sucedido y los enemigos que he descubierto han logrado silenciarme. He escondido esta carta con la esperanza de que algún día puedas comprender la verdad de lo ocurrido, sin importar las mentiras que te hayan contado sobre mi carácter o mi conducta».

Se le nubló la vista con lágrimas repentinas al leer aquellas palabras de ultratumba; la voz de su padre le llegaba a través de los años con dolorosa claridad.

«He descubierto pruebas de una conspiración en la que participan varios empresarios prominentes, entre ellos Lord Berwick y otros cuyos nombres no me atrevo a poner por escrito, por temor a que descubran esta carta. Se han dedicado al fraude sistemático, valiéndose de documentos falsificados y testimonios falsos para manipular ventas de propiedades y operaciones de inversión en su beneficio».

Se le aceleró el pulso a medida que avanzaba en la lectura; la minuciosa explicación de su padre revelaba el alcance de la trama criminal con la que se había topado.

«Cuando intenté presentar estas pruebas ante las autoridades competentes, descubrí que la influencia de Berwick se extendía mucho más de lo que había imaginado. Desestimaron mis peticiones de investigación, pusieron en duda mis pruebas y empecé a recibir advertencias sobre las consecuencias de seguir adelante con este asunto».

El siguiente pasaje le heló la sangre.

«Tengo razones para creer que Gabriel Harrow intentó intervenir en mi favor, aunque me han dado a entender que su propia posición se ha visto comprometida por amenazas contra su familia. Un conocido común me informó de que Harrow intentó advertirme en privado del peligro que corría, pero las circunstancias se lo impidieron».

Clara retrocedió tambaleándose, con la carta temblando entre sus manos trémulas. Gabriel no solo había sido inocente: había intentado ayudar a su padre. Clavó la mirada en las palabras mientras toda su comprensión del pasado se desmoronaba como arena bajo sus pies. Su padre había sabido que Gabriel intentó ayudarlo. Había comprendido que el silencio de Gabriel no nacía de la complicidad, sino de la coacción.

«Quiero que sepas, mi queridísima hija, que no culpo a Harrow por no haber podido apoyarme abiertamente. El primer deber de un hombre ha de ser siempre proteger a su familia, y he sabido que Berwick posee información que podría destruir a la esposa y a la hija de Harrow si decidiera revelarla. Ningún hombre de honor sacrificaría vidas inocentes para salvar mi reputación, y yo jamás le pediría tal cosa».

La carta continuaba durante varios párrafos más, en los que su padre exponía sus planes de huir del país en lugar de enfrentarse a los cargos falsos que Berwick se disponía a presentar contra él. Pero Clara apenas asimiló aquellos pasajes finales, demasiado aturdida por la revelación de que toda su misión se había edificado sobre un malentendido fundamental. La magnitud de su error la golpeó con la fuerza de un puñetazo. Había acusado a un hombre inocente —peor aún, a un hombre que había intentado ayudar— de los mismos crímenes que él había intentado impedir.

Gabriel no había sido el enemigo de su padre. Había intentado ayudar, pero se lo impidieron las mismas amenazas y el mismo chantaje que acabaron por destruir a su padre. La culpa y el autorreproche que había percibido en el comportamiento de Gabriel cobraron de pronto un nuevo significado: no la culpa de la complicidad, sino el tormento de un hombre obligado a contemplar el sufrimiento de una persona inocente sin poder hacer nada. La carta estaba fechada apenas dos semanas antes de la muerte de su padre, y Clara reparó en que el matasellos del sobre llevaba el nombre de un pequeño pueblo cercano a la propiedad de Berwick. Su padre se había refugiado allí, intentando escapar de la red que se cerraba a su alrededor, cuando escribió estas últimas palabras a su hija.

Clara leyó la carta tres veces, y cada lectura confirmó lo que al principio había estado demasiado conmocionada para aceptar del todo. Gabriel Harrow no era el villano de la historia de su padre. Era otra víctima de las manipulaciones de Berwick, un hombre al que habían obligado a elegir entre proteger a su propia familia y salvar a un desconocido.

Y Clara había llegado a su casa, se había casado con él bajo falsos pretextos y había destrozado la poca paz que él había logrado reconstruir sobre las ruinas de su pasado.

Se dejó caer en la silla, con la carta apretada entre sus manos temblorosas, e intentó asimilar la magnitud de su error. Todo lo que había creído, cada acusación que había lanzado contra Gabriel, cada mirada de sospecha... todo había sido un error. No un error parcial, sino fundamental, catastrófico.

Gabriel no se estaba refugiando en la bebida porque hubieran descubierto sus crímenes. Ahogaba sus penas porque la mujer en quien había llegado a confiar, a quien había llegado a querer, había resultado ser todo lo que temía: otra persona cuya presencia en su vida se cimentaba en el engaño, otra fuente de dolor disfrazada de esperanza.

Clara pensó en las preguntas preocupadas de Violet, en el miedo de la niña a que otra figura materna estuviera a punto de desaparecer de su vida. Pensó en la cautelosa distancia de Gabriel,

en su dignidad herida, en su convicción de que la investigación de Clara obedecía únicamente a la venganza y no a una búsqueda genuina de la verdad.

Y pensó en sus propias palabras durante el enfrentamiento, en las acusaciones que le había lanzado, en el dolor que le había infligido con su furia justiciera. ¿Cómo había podido ser tan ciega? ¿Cómo había permitido que su sed de justicia eclipsara su creciente comprensión del carácter de Gabriel?

Fuera de su ventana, el anochecer se cernía sobre Westridge Hall como un sudario. Desde algún lugar de la casa principal llegaba el sonido familiar de cristal contra cristal, el solitario acompañamiento de la vigilia nocturna de Gabriel en su estudio.

Clara dobló con cuidado la carta de su padre y la dejó sobre la mesita de noche; luego se quedó mirando los jardines, que se sumían en la oscuridad, mientras su mente bullía de posibilidades. Había descubierto la verdad al fin, pero era una verdad que condenaba sus propios actos y no los de Gabriel.

La pregunta ahora era qué pensaba hacer con lo que sabía. ¿Cómo iba a poder enmendar el daño que había causado? ¿Y cabía alguna posibilidad de que Gabriel la perdonara cuando supiera que su investigación había nacido de la ignorancia y no de la malicia?

Quizá el muro que se había alzado entre ellos fuera demasiado alto para escalarlo, pero Clara estaba decidida a intentarlo. La justicia no exigía menos: no justicia para la memoria de su padre, sino justicia para el hombre al que había perjudicado con su propia ceguera y sus suposiciones.

Mientras el tintineo solitario de los vasos de Gabriel seguía resonando por la casa, Clara empezó a planear cómo podría acercarse a él con estas nuevas pruebas.

No sería fácil. La confianza de Gabriel había quedado tan destrozada como su propia certeza, y reconstruir algo tan frágil requeriría más paciencia y humildad de las que Clara estaba segura de poseer.

Pero tenía que intentarlo. Por el bien de Violet, por el bien de Gabriel y por la memoria de un padre que, a todas luces, había

comprendido las complejidades del honor y el deber mejor que su hija.

La verdad, reflexionó Clara, era mucho más compleja de lo que jamás había imaginado. Pero quizá esa misma complejidad pudiera ofrecer un camino hacia la redención que la simple venganza jamás habría podido brindar.

# CAPÍTULO 17



La revelación contenida en la carta de su padre había atormentado a Clara durante tres noches de insomnio. La verdad sobre el intento de Gabriel por intervenir, el chantaje al que Berwick lo había sometido, la completa inocencia que ella se había negado a ver: todo bullía en su mente como un veneno que exigía acción.

Clara se había trasladado de vuelta a las dependencias de la institutriz después de la devastadora confrontación con Gabriel, y la estrecha habitación le servía como recordatorio constante de su verdadera posición en la casa. Pero fue allí, entre los libros de derecho de su padre, donde había descubierto la carta que lo cambiaba todo. Ahora cargaba con ese conocimiento como con una piedra en el pecho, desesperada por compartirlo con Gabriel, aunque sabía que él no la escucharía.

Las palabras que él había pronunciado durante la confrontación resonaban con dolorosa claridad: *Construiste toda nuestra relación sobre una base de mentiras.* ¿Cómo podía acercarse a él ahora, cuando había dejado claro que la consideraba una simple embaucadora calculadora?

Pero la carta exigía acción. Si Gabriel realmente había intentado ayudar a su padre, si lo habían chantajeado para que guardara silencio en lugar de haber sido cómplice por voluntad propia,

entonces Clara les debía a ambos hombres descubrir la verdad completa. Y solo había una persona que podía darle las respuestas que buscaba.

Lord Berwick llevaba una semana alojado en la posada del pueblo, ocupándose de lo que él describía como «negocios en la zona». Clara había visto pasar su carruaje por las puertas de Westridge Hall en varias ocasiones, y cada vez había sentido una mezcla de repulsión y curiosidad. Aquel era el hombre que había orquestado la destrucción de su padre, que había manipulado a Gabriel para convertirlo en cómplice mediante amenazas y chantaje. Si lograba enfrentarse a él directamente, quizás podría comprender por fin el alcance completo de lo que había ocurrido tres años atrás.

La oportunidad se presentó un jueves por la tarde, cuando Clara se enteró por el cartero de que Lord Berwick había estado preguntando por libros raros a la venta en la zona. De inmediato concibió un plan que le daría un motivo legítimo para acudir a él sin despertar sospechas.

Se vistió con esmero con su vestido de paseo más modesto —una lana de color marrón oscuro que transmitía respetabilidad sin pretensiones— y seleccionó un delgado volumen de poesía de los estantes de la biblioteca. No era nada particularmente valioso, pero serviría a sus propósitos. Informó a la Sra. Redley de que iba a dar un paseo hasta el pueblo y regresaría antes del anochecer, lo cual le valió una mirada de desaprobación pero ninguna oposición directa.

El paseo hasta el pueblo atravesaba una campiña que debería haber resultado hermosa bajo el sol de finales de primavera, pero Clara se encontró incapaz de apreciar los setos en flor ni el canto de las alondras en los prados. Tenía la mente puesta por completo en el enfrentamiento que se avecinaba, en las preguntas que pensaba formular y en las respuestas que esperaba obtener.

La posada era un establecimiento modesto de piedra color miel, con rosales trepadores que ya comenzaban a mostrar sus primeros brotes alrededor de la entrada. Clara se detuvo en el umbral para armarse de valor, y luego entró y se acercó al propietario.

—Tengo entendido que Lord Berwick se aloja aquí —dijo, modulando la voz con cuidado para que no sugiriera más que una

cortés indagación—. Tengo un libro que creo que podría interesarle; me han dicho que busca ejemplares para ampliar su biblioteca.

El posadero, un hombre corpulento de ojos amables, asintió de inmediato.

—Sí, su señoría está en el salón privado. ¿Desea que la anuncie, señorita?

—Señora Harrow —corrigió Clara, advirtiendo que el título aún le resultaba extraño en los labios—. Y sí, si fuera tan amable.

La condujeron a una habitación confortable con vistas al jardín de la posada, donde Lord Berwick estaba sentado leyendo junto a la ventana. Levantó la vista cuando ella entró y la recorrió con aquellos ojos astutos y la mirada calculadora que Clara recordaba de su visita a Westridge Hall.

—Señora Harrow —dijo, poniéndose en pie con la cortesía debida a una dama, aunque Clara detectó una nota de curiosidad en su tono—. Qué placer tan inesperado. ¿A qué debo esta visita?

Clara levantó el delgado volumen de poesía con manos firmes, a pesar del martilleo de su pulso.

—He oído que busca ejemplares para su biblioteca, milord. Pensé que esto podría interesarle: es una edición bastante buena de la obra de Wordsworth.

Berwick aceptó el libro con cortés interés, aunque Clara advirtió que su presencia lo intrigaba más que cualquier oferta literaria.

—Qué considerado de su parte. Aunque confieso que me sorprende un poco verla lejos de Westridge Hall. Tenía la impresión de que el señor Harrow prefiere tener a los suyos... bajo su techo.

Había algo en su tono que le erizó la piel a Clara, una insinuación de que guardaba información en reserva. Tomó el asiento que él le ofreció y se arregló las faldas con cuidadosa precisión mientras elegía sus palabras.

—Mi esposo confía en que me comporte como es debido —dijo con frialdad—. Aunque sospecho que usted podría tener algo que decir sobre lo sensato de esa confianza.

Las cejas de Berwick se alzaron ligeramente, y Clara vio un destello de genuino interés cruzar su rostro.

—¿Debería? Usted me parece una mujer de... considerable discreción.

—¿De verdad? —Clara le sostuvo la mirada, decidida a que un enfoque sutil le serviría de poco con aquel hombre—. Entonces quizás pueda explicarme por qué parece encontrar mi presencia en Westridge Hall tan significativa. Ha hecho varios comentarios sobre reconocerme, sobre que le resulto familiar. Me gustaría mucho saber por qué.

Por un momento, Berwick no dijo nada. Dejó el libro a un lado y se reclinó en la silla, estudiando a Clara con la expresión satisfecha de un gato que hubiera acorralado a una presa particularmente interesante.

—Sabe —dijo al fin—, pensé que había algo en usted cuando nos conocimos. Su porte, la inteligencia en sus ojos. Me recordó a alguien a quien conocí una vez, brevemente, pero de forma memorable.

A Clara se le heló la sangre, pero mantuvo una expresión cuidadosamente neutral.

—¿Ah, sí?

—Harold Finch —continuó Berwick, con una nota de placer malicioso en la voz—. Un abogado de cierta reputación hasta su desafortunada... desgracia. Tiene usted algo de su aspecto, sobre todo en los ojos. ¿Un parecido familiar, quizás?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos como una espada pendiente de un hilo. Clara se sintió expuesta, vulnerable, pero también percibió una oportunidad. Si Berwick sospechaba de su identidad, quizás podría usar ese conocimiento para sonsacarle la verdad.

—Quizás —dijo en voz baja—. Aunque imagino que cualquier parecido sería... desafortunado, dado el destino que corrió.

—En efecto. —La sonrisa de Berwick era fría, depredadora—. Pobre Finch. Un hombre tan lleno de principios, tan convencido de su propia rectitud. Fue casi una lástima verlo caer tan bajo.

Clara sintió que la ira le ardía en el pecho ante aquel desprecio tan despreocupado por el sufrimiento de su padre, pero se obligó a mantener la calma.

—Habla como si lo hubiera conocido personalmente.

—Oh, lo conocí. Tuvimos... tratos comerciales, podría decirse. Estaba investigando ciertas irregularidades en algunas inversiones ferroviarias: muy minucioso, muy persistente. El tipo de hombre incapaz de dejar las cosas en paz, incluso cuando habría sido más prudente hacerlo.

—¿Y encontró su persistencia... problemática?

Berwick soltó una risa desprovista de toda calidez.

—La encontré inconveniente. Harold Finch era de esos hombres que creen que la verdad importa más que las consecuencias, que la justicia debe prevalecer sin importar a quién perjudique en el proceso. Una idea noble, pero terriblemente poco práctica.

Clara apretó las manos en el regazo, ocultas bajo la mesa.

—Así que lo destruyó.

—Protegí intereses comerciales legítimos de la interferencia de un idealista equivocado —corrigió Berwick sin inmutarse—. Finch no comprendía las complejidades del asunto, el delicado equilibrio de intereses que había que mantener. Su investigación habría causado mucho más daño que bien.

—¿Al exponer la corrupción?

—Al destruir el sustento de innumerables inversores honestos que desconocían cualquier irregularidad. A veces, señora Harrow, el bien mayor requiere... una aplicación selectiva de la justicia.

A Clara le revolvió el estómago la facilidad con que justificaba la destrucción de su padre, pero continuó:

—¿Y Gabriel Harrow? ¿Qué papel tuvo en esa aplicación selectiva?

Algo cambió en la expresión de Berwick, un destello de satisfacción que sugería que había tocado su tema favorito.

—Se suponía que Harrow era un hombre razonable, alguien que entendía la necesidad de discreción. Por desgracia, resultó tener... escrúpulos inconvenientes.

—¿Escrúpulos?

—Amenazó con exponerlo todo cuando se enteró de lo que había que hacer con Finch. Dijo que no participaría en la destrucción de un hombre inocente, aunque eso significara proteger sus propios

intereses —la voz de Berwick destilaba desdén, pero sus ojos brillaban con placer malicioso—. Notablemente ingenuo para un hombre con tanto que perder.

El corazón le latía desbocado mientras las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar.

—Así que forzó su cooperación.

—Le recordé ciertas... irregularidades en la muerte de su esposa —Berwick se reclinó en la silla, disfrutando claramente del momento —. Verá, señora Harrow, Margaret no murió de neumonía en ese hospital privado, como indican los registros. Se quitó la vida: se ahorcó con las sábanas de su propia cama mientras su devoto esposo estaba fuera por negocios. Gabriel la encontró al regresar, la descolgó él mismo y luego pagó generosamente a los médicos para que falsificaran los certificados de defunción.

Clara sintió que la sangre se le iba del rostro. La crueldad casual con que soltaba aquella revelación le revolvió el estómago.

—Semejante escándalo lo habría destruido por completo —continuó Berwick con evidente deleite—. ¿La hija de una suicida y de un hombre que cometió fraude para encubrirlo? La pequeña Violet habría sido repudiada por la sociedad, su padre deshonrado, su fortuna confiscada por los acreedores. Gabriel entendió las... implicaciones perfectamente.

La revelación golpeó a Clara como un puñetazo. Se aferró al borde de la mesa, los nudillos blancos, mientras el horror de lo que Berwick había hecho la invadía por completo.

—¿Usó el suicidio de su esposa en su contra? ¿Amenazó con destruir la reputación de una mujer muerta y traumatizar a su hija?

—Le ayudé a aclarar sus prioridades —corrigió Berwick sin inmutarse—. Gabriel Harrow nunca fue cómplice de la caída de Harold Finch; simplemente era un hombre que entendía que hay precios demasiado altos. Su silencio salvó a su hija de una vida de vergüenza.

Clara lo miró con repulsión, comprendiendo al fin la elección imposible a la que Gabriel se había enfrentado. Salvar a su padre y destruir el futuro de su propia hija, o guardar silencio y cargar con la

culpa para siempre. El peso de aquella decisión, la agonía que Gabriel debió de soportar, le provocó náuseas.

—Está orgulloso de esto —susurró, incapaz de ocultar el horror en su voz—. Destruyó a mi padre usando como palanca el amor de un hombre destrozado por su hija.

—Estoy satisfecho con el resultado —respondió Berwick, inmutable ante su angustia—. El sentimentalismo es un lujo que los hombres en mi posición no pueden permitirse. La investigación de su padre amenazaba intereses que escapaban con mucho a su comprensión. La cooperación de Gabriel, voluntaria o no, garantizó la protección de esos intereses.

—¿Su cooperación? —la voz de Clara se quebró—. ¿Llama cooperación al chantaje? Amenazó con marcar a una niña de ocho años como hija de una suicida y un estafador a menos que su padre guardara silencio mientras usted destruía a un hombre inocente.

—Todos tomamos decisiones, señora Harrow. Gabriel eligió el bienestar de su hija por encima de la reputación del padre de usted. La mayoría lo consideraría la decisión de un padre amoroso.

—¿Su eliminación? Habla de él como si fuera un obstáculo que había que apartar, no un ser humano cuya vida destruyó.

—Todos tomamos decisiones, señora Harrow. Finch eligió un camino que hizo inevitable su caída. Yo simplemente... aceleré el proceso.

Clara se levantó de la silla, incapaz ya de contener su repugnancia.

—¿Y las familias afectadas por la corrupción que él investigaba? ¿Y los inversores honestos que dice haber protegido? ¿De verdad le importaba su bienestar, o eran simplemente una justificación conveniente para sus actos?

La sonrisa de Berwick no flaqueó.

—Es usted muy apasionada con la justicia, ¿verdad? Bastante parecida a su padre, si no me equivoco. Espero que no cometa los mismos errores de juicio que él.

La amenaza era clara, aunque formulada con la misma cortesía suave que había mantenido durante toda la conversación. Clara

sintió un escalofrío de miedo, pero también una oleada de ira desafiante.

—El único error de mi padre fue confiar en que hombres honorables se pondrían de su lado contra la corrupción —dijo ella—. Murió creyéndose un fracasado porque hombres como usted convencieron al mundo de que sus principios eran debilidades.

—Y aquí está usted, continuando su labor —observó Berwick—. Qué... conmovedor. Aunque debo señalar que su esposo ya ha tomado su decisión en este asunto. Gabriel Harrow ha demostrado ser un hombre práctico cuando se le motiva adecuadamente.

Clara sintió que algo se quebraba en su pecho al oír cómo hablaba con tal desprecio de una pérdida tan devastadora.

—No tiene ni idea de lo que le ha hecho. De lo que debió de costarle encontrar a su esposa así, cargar con ese secreto, verse obligado a elegir entre proteger a su hija y salvar a mi padre.

—Le he enseñado que el mundo no es lugar para idealistas —respondió Berwick con frialdad—. Una lección valiosa, aunque reconozco que puede resultar... incómoda de aprender.

Clara se puso en pie, temblando de rabia y horror. La imagen de Gabriel encontrando el cuerpo de Margaret, descolgando a su propia esposa, falsificando registros para proteger a su hija del escándalo... era casi imposible de asimilar. Y después Berwick había usado aquel trauma indecible como arma, obligando a Gabriel a presenciar la destrucción de otra persona inocente sin poder hacer nada.

—Lo que hizo fue monstruoso —dijo Clara con voz temblorosa—. Convirtió el dolor y el amor de un hombre en cadenas para encadenarlo a su corrupción.

Clara se dirigió hacia la puerta, desesperada por escapar de la presencia asfixiante de aquel hombre que hablaba de destrucción y manipulación como si fueran simples estrategias comerciales. Pero la voz de Berwick la detuvo en el umbral.

—Dele mis saludos a su esposo, Sra. Harrow. Y quizás recuérdele que hay secretos que es mejor no remover. Por el bien de todos.

Clara huyó de la posada sin decir otra palabra, con el corazón martilleándole en el pecho mientras atravesaba el pueblo de regreso a Westridge Hall. La tarde primaveral que le había parecido

simplemente nublada a su llegada ahora le resultaba opresiva, amenazante, como si el aire mismo estuviera contaminado por lo que había descubierto.

Para cuando alcanzó las puertas de la finca, la conmoción inicial de Clara había dado paso a una necesidad desesperada, casi frenética, de llegar hasta Gabriel. Tenía que saber que por fin comprendía la verdad: no solo sobre su intento de intervención, sino sobre la elección atroz que se había visto obligado a tomar. Había descubierto el cuerpo de su esposa, falsificado registros para proteger a su hija, y después lo habían chantajeado para que guardara silencio mientras destruían a otro hombre inocente. El peso de la culpa y el trauma que debía cargar resultaba inimaginable.

Pero cuando Clara buscó a Gabriel en su estudio, lo encontró frío y distante; apenas levantó la vista de su correspondencia cuando ella irrumpió por la puerta.

—Gabriel —comenzó, con la voz entrecortada por la desesperación—, necesito hablar contigo. He descubierto la verdad sobre lo que realmente sucedió, sobre Margaret, sobre las amenazas de Berwick, sobre la elección imposible a la que te enfrentaste...

—No me interesa reabrir el pasado —interrumpió Gabriel, con tono plano y desdeñoso—. Lo hecho, hecho está. Nada de lo que hayas descubierto puede cambiar eso.

—Pero intentaste ayudarlo —insistió Clara con desesperación, las lágrimas corriéndole por el rostro—. Encontré una carta y hablé con Berwick. Ahora sé que querías exponer la corrupción, que te chantajearon para que guardaras silencio. Sé lo de Margaret, cómo la encontraste, lo de los certificados de defunción, cómo Berwick amenazó con destruir el futuro de Violet si no cooperabas. No fuiste cómplice: te torturaron hasta doblegarte, un monstruo que usó la muerte de tu esposa y el bienestar de tu hija como armas contra ti.

La pluma de Gabriel se detuvo sobre los papeles, pero no levantó la vista. Cuando habló, su voz era tan baja que Clara tuvo que esforzarse para oírle.

—Así que ahora conoces la magnitud de mi fracaso. No solo que no pude salvar a tu padre, sino que fui demasiado débil para proteger a mi propia esposa, demasiado cobarde para afrontar el

escándalo en nombre de la justicia. ¿Acaso saberlo hace el resultado más aceptable?

—No eres débil —insistió Clara, acercándose al escritorio—. No eres un cobarde. Un hombre te puso en una situación imposible, un hombre que...

—¿Que qué? —Gabriel alzó por fin los ojos hacia los de ella, y Clara vio en ellos un dolor tan profundo que le cortó la respiración—. ¿Que usó mi amor por mi hija en mi contra? ¿Que sabía que yo sacrificaría cualquier cosa, hasta la vida de un hombre inocente, para protegerla de la vergüenza? ¿Crees que saber eso me absuelve de alguna manera?

—Lo que soy —dijo Gabriel, alzando por fin la mirada hacia ella— es un hombre que ha aprendido a no confiar en grandes gestos ni en revelaciones tardías. Viniste aquí con una misión de venganza, Clara. Construiste toda nuestra relación sobre esa base. Que ahora hayas descubierto que mis acciones fueron más complejas de lo que creías en un principio no borra el engaño que está en el centro de todo lo nuestro.

La frialdad de su voz fue como un golpe físico.

—Gabriel, por favor. Si me escucharas...

—He escuchado. Te he oído explicar que mi culpa no es tan absoluta como creías antes. Te he oído ofrecerme absolución por crímenes que ahora entiendes que no cometí. Pero lo que no he oído es que reconozcas que tu engaño estuvo mal, independientemente de lo que descubrieras.

Clara sintió el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Por supuesto que estuvo mal. Nunca pretendí...

—Lo que pretendías es irrelevante —dijo Gabriel, volviendo la atención a los papeles—. Lo que importa es lo que hiciste. Y lo que hiciste fue construir un matrimonio sobre mentiras, obtener acceso a mi hogar y a mi hija bajo falsos pretextos, e investigar sistemáticamente mis asuntos privados mientras fingías preocuparte por nuestro bienestar.

—Sí llegué a preocuparme por vosotros —susurró Clara—. Por los dos. Más de lo que jamás pretendí.

—Quizás. Pero no lo bastante como para confiar en mí y contarme la verdad. No lo bastante como para abandonar tu misión de venganza cuando empezaste a sospechar que podía estar equivocada. —La voz de Gabriel se mantuvo firme, pero Clara percibió el dolor que latía bajo aquella calma forzada—. Hiciste tu elección, Clara. Elegiste la justicia por encima de la honestidad, la venganza por encima de la confianza. Que tu venganza resultara equivocada no cambia la naturaleza de esa elección.

Clara permaneció en el umbral un largo instante, buscando palabras que pudieran atravesar el muro de dolor e ira que Gabriel había levantado entre ellos. Pero veía en su postura rígida, en cómo evitaba deliberadamente mirarla a los ojos, que nada de lo que dijera llegaría hasta él.

—Lo siento —dijo al fin, aunque las palabras le parecían insuficientes para salvar el abismo entre ellos.

—Yo también —respondió Gabriel sin levantar la vista—. Más de lo que puedas imaginar.

Clara regresó a sus aposentos esa noche con el corazón más pesado que nunca, más incluso que tras aquella devastadora confrontación. Había pensado que comprender la verdad lo arreglaría todo de algún modo, que descubrir la inocencia de Gabriel restauraría lo que se había roto entre ellos. En cambio, había aprendido que algunas traiciones eran demasiado profundas para sanarlas con el simple conocimiento, que la confianza, una vez destrozada, quizá no pudiera repararse jamás del todo.

Se sentó ante su escritorio hasta bien entrada la noche, escribiendo una carta que sabía que jamás enviaría:

*Mi queridísimo Gabriel*, escribió, *ahora sé que te he agraviado de formas que apenas empiezo a comprender. Intentaste salvar a mi padre, intentaste oponerte a la corrupción que acabó destruyéndolo. Que fracasaras no fue cuestión de elección sino de circunstancia, no un fracaso de carácter sino testimonio de la posición imposible en la que te pusieron.*

*Vine a tu hogar creyendo que eras mi enemigo, y mantuve esa creencia incluso cuando empecé a amaros, a ti y a tu hija. Me dije que la justicia exigía tal engaño, que la memoria de mi padre lo*

*requería. Pero ahora veo que lo que llamé justicia no era más que orgullo, y lo que llamé deber era simplemente mi propia incapacidad de desprenderme de una ira que se había vuelto tan parte de mí que temía quién sería sin ella.*

*No pido tu perdón, porque no lo he ganado. No pido otra oportunidad, porque he desperdiciado la que me diste. Solo pido que recuerdes, en la medida que puedas, que mi amor por ti y por Violet fue real, aunque todo lo demás de nuestro tiempo juntos estuviera construido sobre el engaño.*

*Dejaré Westridge Hall en cuanto pueda hacer los preparativos, pues ahora veo que mi presencia aquí solo te causa dolor. Por favor, dile a Violet que la recordaré siempre con el más profundo afecto, y que nada de lo ocurrido entre tú y yo disminuye la alegría que ella trajo a mi vida.*

*Con todo mi amor y el más profundo pesar,*

*Clara*

Pero Clara no envió la carta. En cambio, la sostuvo sobre la llama de la vela y la vio arder, las palabras volviéndose ceniza igual que sus esperanzas de redención. Algunas verdades eran demasiado dolorosas para compartirlas, algunas disculpas llegaban demasiado tarde y no bastaban.

Tras su ventana, la noche de primavera se abría suave y llena de promesas, pero Clara solo sentía el escalofrío de los finales y la amarga certeza de que comprender demasiado tarde era quizás el don más cruel de todos.

# CAPÍTULO 18



El frágil equilibrio en Westridge Hall se hizo añicos por completo tres días después de la devastadora confrontación de Clara con Lord Berwick en la posada del pueblo. Lo que había sido un cuidadoso juego de evasivas entre Clara y Gabriel cedió de pronto ante algo mucho más urgente cuando Violet, de ocho años, se desplomó durante su lección de aritmética matutina.

Clara estaba repasando las tablas de multiplicar con la niña cuando notó la palidez inusual de Violet, cómo le temblaban las manos mientras sujetaba el lápiz. La niña había estado más callada de lo habitual durante los últimos días, más retraída, pero Clara lo había atribuido a la evidente tensión entre los adultos de la casa.

—¿Violet? —dijo Clara con dulzura, al notar que la niña se balanceaba ligeramente en su silla—. ¿Te encuentras bien, cariño?

Antes de que Violet pudiera responder, sus ojos grises se pusieron en blanco y se desplomó hacia adelante sobre el escritorio mientras el lápiz caía al suelo con estrépito. Clara atrapó a la niña antes de que cayera y la estrechó contra su pecho con manos que temblaban de puro terror. La piel de Violet ardía de fiebre; su respiración era superficial y agitada.

—¡Señora Redley! —llamó Clara con un pánico que no pudo reprimir—. ¡Señora Redley, venga rápido!

El ama de llaves apareció en cuestión de momentos, vio el estado de Violet y de inmediato envió a un lacayo corriendo en busca del Dr. Morrison mientras despachaba a otro para que encontrara a Gabriel. Clara llevó a Violet al cuarto de los niños y la acostó con cuidado en la pequeña cama mientras la señora Redley se apresuraba a buscar paños frescos y preparar una palangana de agua.

—¿Cuánto tiempo lleva enferma? —preguntó la señora Redley mientras refrescaba el rostro enrojecido de Violet con un paño húmedo.

—No lo sé —respondió Clara con voz tensa—. Parecía cansada ayer, quizás un poco más callada de lo habitual, pero nada que hiciera pensar en una enfermedad grave. Desayunó con normalidad esta mañana, participó en sus lecciones...

Gabriel llegó mientras Clara hablaba, todavía con la ropa de montar y algo jadeante por haberse apresurado a volver de los asuntos que lo habían llevado a los confines más lejanos de la finca. La cuidadosa distancia que había mantenido desde su última confrontación se evaporó por completo cuando vio el estado de su hija.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber, y se acercó de inmediato a la cabecera de Violet para tomar su pequeña mano ardiente entre las suyas, mucho más grandes.

—Se desplomó durante las lecciones —explicó Clara, retrocediendo para darle espacio aunque sin alejarse del todo de la niña—. La fiebre le subió de repente.

El rostro de Gabriel reflejaba honda preocupación mientras estudiaba los rasgos enrojecidos de su hija. Violet respiraba con dificultad y se agitaba inquieta incluso inconsciente, murmurando palabras demasiado confusas para entenderlas.

El Dr. Morrison llegó antes de una hora, un hombre competente de unos sesenta años que llevaba muchos años atendiendo a la familia Harrow. Tras examinar a Violet minuciosamente, dictaminó que padecía la misma gripe severa que estaba afectando a varias familias del pueblo.

—La fiebre debería ceder en uno o dos días —informó a Gabriel con gravedad—. Procuren que no tenga calor, asegúrense de que beba líquidos cuando esté consciente y vigilen su respiración. Envíen a buscarme de inmediato si empeora.

Cuando el doctor se marchó, un silencio incómodo se adueñó del cuarto de los niños. Clara permaneció junto a la cabecera de Violet mientras Gabriel caminaba de un lado a otro cerca de la ventana, ninguno de los dos dispuesto a marcharse pero muy conscientes de la tensión que aún existía entre ellos.

—Deberías descansar un poco —dijo Gabriel al fin, con voz deliberadamente neutra—. La señora Redley y yo podemos turnarnos para vigilarla durante la noche.

—No —respondió Clara con firmeza, sin levantar la vista mientras arropaba a Violet—. Me quedo con ella.

Gabriel hizo ademán de protestar, pero pareció pensarlo mejor. Quizás reconoció lo inútil de discutir con alguien que ya había tomado una decisión, o quizás comprendió que el cariño de Clara por Violet trascendía cualquier discordia que existiera entre los adultos.

Al caer la tarde, la señora Redley trajo una cena ligera que ni Clara ni Gabriel probaron apenas. El ama de llaves también dispuso que trajeran una silla cómoda del saloncito de la mañana para que Clara pudiera descansar sin alejarse de la cabecera de Violet.

—Me quedaré con ella unas horas —ofreció Gabriel mientras Clara se acomodaba en la silla—. Necesitas dormir.

—Tú también —respondió Clara—. Podemos turnarnos.

Era un arreglo práctico nacido de la necesidad más que de la reconciliación, pero marcó la primera conversación civilizada que habían logrado desde que Gabriel descubriera el diario de Clara. Solo hablaron del cuidado de Violet, pero había algo vacilante en sus interacciones que sugería que la hostilidad absoluta de los últimos días empezaba a suavizarse.

Las horas pasaron lentamente. Clara dormitaba inquieta en su silla mientras Gabriel velaba, levantándose de vez en cuando para comprobar la temperatura de Violet o animarla a beber sorbos de agua cuando se agitaba. Hacia la medianoche cambiaron de lugar:

Gabriel se retiró a la silla junto a la chimenea y Clara ocupó su puesto junto a la cama.

En las horas más oscuras antes del amanecer, el estado de Violet empeoró. La fiebre le subió peligrosamente y empezó a hablar atropelladamente en su delirio, mezclando confusamente recuerdos de infancia con experiencias recientes.

—Mamá —gritó, con lágrimas rodándole por las mejillas enrojecidas—. Mamá, ¿dónde fuiste? ¿Por qué no vuelves?

A Clara se le partió el corazón ante la confusión y el dolor de la niña. Miró hacia Gabriel, que se había despertado sobresaltado por los gritos de su hija; tenía el rostro desencajado de angustia al oír a Violet llamar a la madre que nunca regresaría.

—Shh, cariño —murmuró Clara mientras le apartaba el cabello húmedo de la frente ardiente—. Estás a salvo. Papá y yo estamos aquí contigo.

Pero los delirios febriles de Violet dieron un giro más inquietante.

—El hombre enfadado —dijo de repente, con los ojos aún cerrados pero la voz cargada de un miedo que dejó helados a ambos adultos—. El hombre enfadado que vino a ver a papá. Dijo cosas malas sobre la señorita Finch.

Clara y Gabriel intercambiaron miradas alarmadas en la penumbra del cuarto de los niños.

—¿Qué hombre enfadado, cariño? —preguntó Clara con dulzura, sintiendo que el pulso se le aceleraba de pronto.

—El del pelo plateado —continuó Violet, cada vez más agitada mientras la fiebre la tenía en sus garras—. Estaba gritándole a papá en el estudio. Dijo... dijo que la señorita Finch lo lamentaría si no dejaba de hacer preguntas. Que a la gente que no sabe cuál es su sitio le pasan accidentes.

Clara sintió que la sangre se le helaba en las venas mientras miraba a Gabriel con conmoción.

—Gabriel —susurró con urgencia—. ¿Cuándo sucedió esto? ¿Estuvo aquí haciendo amenazas?

La expresión de Gabriel se había vuelto tormentosa; tenía la mandíbula apretada con furia apenas contenida. Clara pudo ver el

horror en sus ojos, la angustia de saber que su hija había escuchado semejantes amenazas.

Clara sintió que la mente le daba vueltas al comprender las implicaciones. —Estabas recogiendo materiales para las lecciones de naturaleza de Violet —dijo él en voz baja, con un tono cargado de culpa—. Hace dos días. Berwick vino aquí mientras estabas fuera.

La revelación la sacudió como un golpe físico. Mientras ella recogía especímenes para la educación de Violet sin sospechar nada, ese monstruo había estado en esta misma casa, amenazando a Gabriel por lo que ella había hecho el día anterior al enfrentarse a él en la posada.

—Dijo que Papá tenía que hacer que la Srta. Finch parara, o le contaría a todos lo de la tristeza de Mamá —sollozó Violet, con sus manitas aferradas a las mantas—. Lo de los papeles que escribieron los doctores y que no eran verdad. Dijo que la gente pensaría que Papá era malo y que me llevarían a vivir con extraños.

A Clara se le llenaron los ojos de lágrimas mientras escuchaba a aquella niña inocente revelar la carga que había estado soportando. Violet había oído las amenazas de Berwick, había entendido lo suficiente para saber que estaban chantajeando a su padre y que Clara corría peligro por estar allí, en Westridge Hall.

—No quiero que nadie diga cosas malas de Mamá —continuó Violet, con la voz entrecortada por los sollozos—. Estaba triste, pero me quería. Me quería, ¿verdad, Papá? ¿Incluso cuando hablaba con personas que no estaban allí?

—Sí, cariño —dijo Gabriel con la voz quebrada por la emoción, arrodillándose junto a la cama—. Te quería más que a nada en el mundo. Más que a su propia vida.

Clara observó el rostro de Gabriel mientras consolaba a su hija, y vio reflejadas en él toda la culpa y el dolor que las amenazas de Berwick habían despertado. Tenía ante sí a un hombre que había pasado tres años protegiendo a su hija de la verdad sobre la enfermedad y muerte de su madre, solo para que un monstruo convirtiera esa protección en un arma contra él, un monstruo que sabía exactamente qué vulnerabilidades explotar.

Cuando el amanecer despuntó sobre la finca, la fiebre de Violet por fin comenzó a ceder. Su respiración se volvió menos trabajosa, su piel más fresca al tacto, y sus murmullos inquietos dieron paso a un sueño apacible. Cuando el Dr. Morrison llegó a la visita matutina que había prometido, declaró que lo peor de la crisis había pasado.

—Con uno o dos días más de reposo debería recuperarse del todo —le aseguró a Gabriel—. Los niños tienen una capacidad de recuperación asombrosa, y la fiebre ya ha cedido. Siga animándola a beber líquidos y déjela dormir todo lo que necesite.

Cuando el doctor se marchó, Clara y Gabriel se quedaron a solas con la niña dormida por primera vez desde que había comenzado la crisis. La vigilia compartida había creado una tregua temporal entre ellos, pero Clara veía que Gabriel no dejaba de darle vueltas a lo que Violet había revelado en su delirio.

—Ha estado cargando con este peso —dijo Gabriel finalmente, con la voz cargada de culpa—. Angustiada por amenazas que no entendía, por la reputación de su madre, por el peligro que tú corrías debido a decisiones que yo tomé. Ningún niño debería tener que soportar semejante carga.

—Cuéntame exactamente qué pasó —dijo Clara en voz baja—. Cuando Berwick vino aquí, ¿qué te dijo?

Gabriel guardó silencio durante un largo momento, con la mirada fija en su hija dormida. —Estaba furioso por tu visita a la posada —dijo al fin—. Dijo que te habías extralimitado gravemente al cuestionarlo directamente sobre el caso de tu padre. Quería garantías de que serías... controlada de manera más eficaz en el futuro.

—¿Controlada?

—Controlada. Silenciada. Apartada de la situación por completo si era necesario. —Gabriel cerró los puños a los costados—. Dejó muy claro que podían organizarse accidentes para esposas que hacían demasiadas preguntas incómodas.

Un escalofrío le recorrió la espalda al oír la naturalidad con que Gabriel hablaba de semejantes amenazas. —¿Y qué le dijiste?

—Que eras mi esposa y estabas bajo mi protección —respondió Gabriel—. Que las preguntas que hubieras podido hacer ya no

importaban, puesto que de todos modos te marcharías de Westridge Hall al terminar el curso de Violet.

El recordatorio de su inminente partida le dolió, pero Clara apartó el dolor personal para centrarse en las implicaciones más amplias. —Me amenazó porque me atreví a preguntarle por el caso de mi padre.

—Te amenazó porque representas un hilo suelto en un tapiz que creyó haber tejido a la perfección hace años —corrigió Gabriel con gravedad—. Tu investigación, tus preguntas, tu mera presencia aquí... todo amenaza con desenterrar secretos que se ha esforzado mucho en mantener ocultos.

Clara guardó silencio durante un largo momento, asimilando las implicaciones mientras observaba el sueño apacible de Violet.

—No puedo permitir que esto continúe —dijo Clara finalmente, con la voz cada vez más firme—. Violet no debería tener que vivir con miedo por mi culpa. Tú no deberías tener que elegir entre proteger a tu familia y hacer lo correcto. Y puede que haya otros, otras personas inocentes que han sufrido por la corrupción de Berwick y nuestro silencio colectivo.

La expresión de Gabriel se tornó cautelosa. —¿Qué estás diciendo?

Clara se levantó de la silla y se acercó a la ventana, por donde la luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas del cuarto infantil. Fuera, los terrenos de Westridge Hall se veían apacibles y ordenados, sin revelar nada de la oscuridad que acechaba bajo la superficie de aquel hogar en apariencia respetable.

—Estoy diciendo que voy a acudir al magistrado —declaró, volviéndose hacia Gabriel con los ojos encendidos de determinación —. Voy a presentarle todo lo que sé: los asientos del libro de cuentas, la carta de mi padre, mi conversación con Berwick, todo, y exigir que se investiguen debidamente sus actividades.

—Clara, no puedes —dijo Gabriel de inmediato, con evidente alarma en la voz—. No entiendes el alcance de su influencia, el poder que ejerce. Podría destruirte... destruirnos a todos.

—Ya destruyó a mi padre y te ha tenido chantajeado durante tres años —respondió Clara con firmeza—. ¿Cuántas otras vidas habrá

arruinado mientras todos mirábamos hacia otro lado? ¿Cuántas otras familias habrán sufrido porque nadie tuvo el valor de plantarle cara?

—Piensa en Violet —suplicó Gabriel, señalando a su hija dormida —. Piensa en lo que el escándalo significaría para su futuro, para su lugar en la sociedad.

—Estoy pensando en Violet —dijo Clara con voz apasionada pero contenida—. Estoy pensando en la niña que enfermó en parte por el estrés de preocuparse por amenazas que no podía entender. Merece crecer en un mundo donde la justicia no se sacrifique por conveniencia, donde la gente de bien no tenga que elegir entre proteger a su familia y proteger a inocentes desconocidos.

Gabriel la miró durante un largo momento, con el conflicto reflejado en su expresión. Clara lo veía sopesar el amor por su hija frente al imperativo moral que ella le planteaba, su deseo de proteger lo que quedaba de su existencia apacible frente al conocimiento de que su paz estaba construida sobre el sufrimiento de otros.

—Aunque tengas razón —dijo finalmente—, los riesgos prácticos son enormes. Berwick tiene contactos en todo el sistema judicial, una influencia que llega a los niveles más altos de la sociedad. ¿Qué te hace pensar que un magistrado de provincias escuchará acusaciones contra un hombre tan poderoso?

—Porque tengo pruebas —respondió Clara con serena convicción —. No solo mi palabra contra la suya, sino documentos, cartas, anotaciones contables que revelan un patrón de corrupción sistemática.

—¿Y si él te destruye como represalia? ¿Si te hace arrestar con cargos falsos, o simplemente organiza uno de esos accidentes con los que tanto le gusta amenazar?

La sonrisa de Clara fue triste pero resuelta.

—Entonces al menos Violet sabrá que alguien intentó defender lo correcto. Que alguien creyó que merecía la pena luchar por la justicia, incluso cuando todo parecía perdido.

Gabriel guardó silencio durante largo rato, con la mirada alternando entre el rostro decidido de Clara y su hija dormida.

Cuando por fin habló, en su voz se percibía una mezcla de resignación y admiración a regañadientes.

—Eres extraordinaria —dijo en voz baja—. Y estás completamente loca.

—¿Eso significa que me apoyarás?

Gabriel vaciló, y Clara pudo ver cómo la lucha interna se reflejaba en sus rasgos. Comprendía su posición: él era padre ante todo, con responsabilidades que iban más allá de ideales abstractos de justicia. Pero también sabía que la amenaza que representaba Berwick jamás desaparecería mientras él siguiera libre para ejercer su poder contra los inocentes.

—No puedo respaldar públicamente una acción que podría poner en peligro a Violet —dijo al fin, con la voz cargada por el peso de decisiones imposibles—. Pero tampoco me opondré activamente. Y si... si tus acciones logran eliminar la amenaza de Berwick, entonces quizás Violet y yo podamos por fin liberarnos de las sombras que nos han perseguido durante tanto tiempo.

No era el apoyo incondicional que Clara habría deseado, pero era más de lo que se había atrevido a esperar dadas las circunstancias entre ellos. Gabriel había decidido no interponerse en su camino, lo cual ya representaba una forma de confianza que ella no estaba segura de poder recuperar.

—Gracias —dijo sin más.

Como si la hubiera convocado su conversación, Violet se removió en la cama y abrió los ojos brillantes de fiebre para enfocar a los dos adultos que estaban de pie junto a la ventana. Clara sintió que el corazón se le encogía al ver el rostro pálido de la niña, aquella inocencia que había tenido que enfrentarse a horrores de adultos demasiado pronto.

—¿Papá? —llamó Violet con voz débil—. ¿Srta. Finch? ¿Ya son amigos otra vez?

Clara y Gabriel cruzaron miradas cargadas de meses de historia complicada: traición y perdón, dolor y comprensión, amor y pérdida, todo enmarañado en un nudo que quizás jamás llegaría a deshacerse del todo.

—Estamos en ello, cariño —dijo Clara con dulzura, volviendo junto a la cama de la niña—. A veces los mayores necesitan tiempo para resolver sus diferencias.

—Bien —dijo Violet con la sencilla satisfacción de una niña que solo deseaba que las personas a las que quería se quisieran también entre ellas—. No me gusta cuando la gente está triste.

Mientras Clara ayudaba a Violet a beber un poco de agua y Gabriel le ajustaba las mantas, los tres formaron una estampa familiar efímera que evocaba sanación y esperanza pese a todas las complicaciones que los rodeaban. Clara sabía que su decisión de desafiar públicamente a Berwick probablemente pondría fin a su estancia en Westridge Hall de forma definitiva, destruiría cualquier posibilidad de verdadera reconciliación con Gabriel y bien podría acabar en su propia ruina.

Pero al mirar el rostro confiado de Violet y ver el destello de respeto a regañadientes en los ojos de Gabriel, Clara supo que no tenía elección. Había batallas que merecía la pena librar sin importar el coste personal, y verdades que exigían ser proclamadas independientemente de quién pudiera salir herido en el proceso.

La época del silencio y las componendas había terminado. Al día siguiente, Clara iniciaría la lucha para llevar a Lord Berwick ante la justicia, y fuera cual fuese el resultado, lo afrontaría sabiendo que por fin había elegido el coraje frente a la comodidad, la verdad frente a la seguridad.

Era, reflexionó, lo que su padre habría querido que hiciese desde el principio.

# CAPÍTULO 19



La mañana en que Clara decidió buscar justicia amaneció gris y opresiva, con nubes pesadas que se acumulaban sobre el campo como una manifestación física de la tormenta que estaba a punto de desatar. Se vistió con especial esmero, eligiendo su vestido azul oscuro más respetable, y se recogió el cabello en un moño severo que esperaba le confiriera un aire de dignidad inquebrantable. En su ridículo llevaba las pruebas más condenatorias que poseía: la última carta de su padre, las misteriosas páginas del libro mayor y una declaración cuidadosamente redactada en la que detallaba su conversación con Lord Berwick.

Violet se había recuperado lo suficiente para desayunar en el cuarto de los niños, aunque seguía pálida y apagada tras su reciente enfermedad. Clara había pasado unos minutos más con la niña aquella mañana, leyéndole un cuento y asegurándose de que estuviera cómoda antes de lo que bien podría ser su última despedida de Westridge Hall.

—¿Adónde va, señorita Finch? —había preguntado Violet, cuyos ojos grises —tan parecidos a los de su padre— estudiaban a Clara con esa incómoda perspicacia que parecía ser característica de la familia Harrow.

—Tengo algunos asuntos que atender en el pueblo, cariño —había respondido Clara, depositando un suave beso en la frente de

la niña—. La señora Redley cuidará de ti mientras no esté.

Gabriel había brillado por su ausencia en la mesa del desayuno, aunque Clara lo vislumbró a través de la ventana mientras se preparaba para partir. Estaba cerca de los establos, aparentemente revisando los caballos, pero ella sentía su mirada clavada en ella mientras caminaba por el sendero hacia el pueblo. No habían hablado desde su conversación en la habitación de Violet, pero Clara llevaba consigo el recuerdo de la promesa que él le había hecho a regañadientes de no oponerse a sus acciones.

El camino al pueblo se le hizo interminable; cada paso la acercaba a una confrontación que probablemente lo cambiaría todo. Había enviado aviso a la oficina del magistrado solicitando una audiencia urgente sobre un asunto de considerable importancia legal. El señor Pembroke, el magistrado local, tenía fama de hombre justo, aunque Clara comprendía que la justicia podría no bastar frente a un oponente con las conexiones y la influencia de Lord Berwick.

La oficina del magistrado ocupaba la planta baja de un modesto edificio de piedra que también albergaba el despacho del abogado del pueblo y la oficina de registros locales. Clara se detuvo frente a la entrada para armarse de valor ante lo que estaba por venir. A través de las ventanas podía ver las siluetas de varios hombres conversando: más personas de las que había esperado para lo que confiaba que fuera una audiencia privada.

Clara respiró hondo, empujó la puerta y entró. El empleado del mostrador levantó la vista con cortés curiosidad, aunque Clara detectó en él una nota de nerviosismo que sugería que la noticia de su solicitud ya había corrido por la pequeña comunidad legal.

—Señora Harrow —dijo el empleado, levantándose con rígida formalidad—. El señor Pembroke la está esperando. Si tiene la bondad de seguirme.

Clara fue conducida a una sala revestida de paneles de madera y dominada por una gran mesa alrededor de la cual se hallaban sentados varios caballeros. El señor Pembroke, un hombre de unos sesenta años con ojos amables y patillas grises, ocupaba la cabecera. A su derecha se encontraba otro caballero a quien Clara

no reconocía, claramente alguien de importancia a juzgar por la deferencia que le mostraban los demás presentes. Y para su absoluta consternación, a la izquierda de Pembroke, con despreocupada seguridad, estaba el mismísimo Lord Berwick.

—Señora Harrow —dijo el señor Pembroke, levantándose cortésmente cuando Clara entró en la sala—. Gracias por venir. Creo que conoce a Lord Berwick. ¿Me permite presentarle a Sir Edmund Crawford, supervisor judicial regional? Consideramos que era conveniente contar con la representación adecuada dada la... importancia de los asuntos que desea tratar.

A Clara se le cayó el alma a los pies al contemplar a los reunidos. Lo que había esperado que fuera una audiencia privada se había convertido claramente en algo mucho más formal e intimidante. La presencia de Berwick sugería que de algún modo se había enterado de sus intenciones y había actuado para protegerse. El amago de sonrisa que asomaba a sus labios le indicaba que estaba seguro del resultado.

—Caballeros —dijo Clara, inclinando la cabeza con toda la dignidad de que fue capaz—. Gracias por acceder a escuchar mis inquietudes.

—Por supuesto —dijo Sir Edmund, con la voz impregnada de la autoridad tajante de quien está acostumbrado a los procedimientos legales—. Tenemos entendido que desea formular acusaciones relativas a irregularidades comerciales. Acusaciones graves que Lord Berwick consideró que debían abordarse con celeridad.

Clara miró a Berwick y advirtió la satisfacción en su expresión. Era evidente que había usado su influencia para asegurarse de que aquella reunión se celebrara en sus términos, con testigos predispuestos a dudar de sus acusaciones.

—Así es —respondió Clara, dejando su ridículo sobre la mesa y extrayendo los documentos que había preparado con tanto esmero —. Tengo pruebas de fraude sistemático, falsificación y conspiración para destruir deliberadamente la reputación y el sustento de mi padre.

—¿Y su padre era...? —preguntó Sir Edmund.

—Harold Finch, abogado de Lincoln's Inn. Murió hace tres años tras ser públicamente deshonrado por falsas acusaciones de irregularidades financieras.

Un murmullo de reconocimiento recorrió la sala. Era evidente que el caso de su padre no había caído en el olvido, aunque probablemente no lo recordaran con buenos ojos.

—Me temo, señora Harrow —interrumpió Lord Berwick con suavidad—, que estos son asuntos que ya han sido exhaustivamente investigados y resueltos. La mala conducta de su padre quedó establecida sin lugar a dudas mediante los procedimientos legales pertinentes. ¿No será que el dolor ha distorsionado su percepción de los hechos?

Clara sintió que la ira le ardía por dentro ante aquel tono desdeñoso, pero se obligó a mantener la calma.

—La supuesta mala conducta de mi padre se estableció mediante documentos falsificados y testimonios falsos. Tengo pruebas que lo demuestran.

Con manos firmes, Clara extrajo del ridículo la última carta de su padre. El papel parecía frágil y amarillento en la atmósfera formal de la oficina del magistrado, pero las palabras que contenía eran tan claras y condenatorias como el día en que fueron escritas.

—Esta es una carta escrita por mi padre poco antes de su muerte —anunció Clara, con voz que resonó clara en la sala silenciosa—. En ella detalla la conspiración que descubrió, los intentos de silenciarlo y los nombres de quienes participaron en el fraude sistemático relacionado con inversiones ferroviarias y transacciones inmobiliarias.

Comenzó a leer en voz alta, con tono firme pese a las emociones que aquellas palabras tan familiares le evocaban: —«Mi queridísima Clara, si estás leyendo esto, me temo que lo peor ha sucedido y que los enemigos que he descubierto han logrado sus planes de silenciarme. He descubierto pruebas de una conspiración en la que están implicados varios hombres de negocios prominentes, entre ellos Lord Berwick y otros cuyos nombres no me atrevo a consignar por temor a que esta carta sea descubierta».

El rostro de Berwick se había quedado inmóvil, aunque mantenía su pose de fingida indiferencia. Sir Edmund se inclinó hacia delante

con evidente interés mientras el señor Pembroke tomaba notas con esmero.

Clara continuó leyendo: —«Cuando intenté presentar estas pruebas ante las autoridades competentes, descubrí que la influencia de Berwick se extiende mucho más allá de lo que había imaginado. Desestimaron mis solicitudes de investigación, pusieron en duda mis pruebas y empecé a recibir advertencias sobre las consecuencias de seguir adelante con este asunto».

—Señora Harrow —interrumpió Berwick, con un dejo de tolerancia forzada en la voz—, seguramente comprenderá que un hombre desesperado ante la desgracia podría escribir cualquier cosa con tal de preservar su reputación. Esta carta no demuestra nada más allá de la negativa de su padre a aceptar la responsabilidad de sus actos.

Pero Clara estaba preparada para aquella objeción. Sacó las páginas del libro mayor de su ridículo y las extendió sobre la mesa para que los caballeros reunidos pudieran examinarlas.

—Estos son registros financieros que detallan pagos relacionados con el caso de mi padre —dijo con firmeza—. Pagos por «preparación de documentos» y «servicios de consultoría» que coinciden exactamente con el momento en que aparecieron las pruebas falsificadas en su procesamiento.

Sir Edmund tomó una de las páginas del libro mayor y la estudió con el ojo experimentado de quien conoce bien las irregularidades financieras. —Parecen registros comerciales legítimos —dijo lentamente—. Aunque las anotaciones son algo... crípticas.

—Porque detallan actividades ilegales —respondió Clara—. Pagos a falsificadores, sobornos a testigos, honorarios por pruebas fabricadas. El patrón resulta evidente cuando se coteja con los tiempos del caso de mi padre.

—Esto es absurdo —dijo Berwick, aunque Clara percibió en su voz una ligera tensión que antes no estaba—. La señora Harrow no es más que una hija afligida que busca un culpable de la desgracia de su familia. Estos documentos podría haberlos fabricado cualquiera.

Clara sintió que el ambiente de la sala empezaba a volverse en su contra. Las pruebas que habían parecido tan convincentes en la intimidad de su estudio resultaban menos concluyentes frente a las hábiles réplicas de Berwick y el examen escéptico de hombres predispuestos a dudar de cualquier acusación contra sus iguales.

Fue en ese momento de crisis cuando la puerta del despacho del magistrado se abrió inesperadamente. Clara se volvió, esperando ver al secretario con el té o más documentos, pero se encontró ante Gabriel Harrow. Permanecía en el umbral con el sombrero en la mano, el abrigo oscuro aún salpicado de lluvia del camino hasta el pueblo. Su presencia llenó la sala de una tensión eléctrica que captó la atención de todos los presentes.

—Señor Harrow —dijo el señor Pembroke, poniéndose en pie con evidente sorpresa—. No esperábamos... es decir, ¿en qué podemos servirle?

Los ojos grises de Gabriel recorrieron a los presentes antes de posarse en el rostro de Clara. Ella vio en ellos algo que no se había atrevido a esperar: no solo apoyo, sino una serena determinación que revelaba a un hombre que por fin había elegido su bando.

—Tengo entendido que mi esposa está presentando pruebas sobre irregularidades en el caso de Harold Finch —dijo Gabriel con la autoridad que confieren la riqueza y la posición social—. Consideré mi deber asistir, dada mi propia... participación en aquellos hechos.

La sala quedó en completo silencio. Clara miró a Gabriel con asombro, sin atreverse apenas a creer que hubiera venido. Él había dicho que no podía apoyarla públicamente, y sin embargo allí estaba, ante las autoridades judiciales del lugar, reconociendo que sus acusaciones merecían su presencia.

—¿Su participación, señor Harrow? —preguntó sir Edmund, claramente intrigado por aquel giro inesperado.

Gabriel se acercó hasta situarse junto a la silla de Clara, tan cerca que ella podía sentir el calor de su presencia, la solidaridad que transmitía su proximidad. —Lord Berwick se dirigió a mí durante el período en cuestión —dijo con claridad—. Buscaba mi cooperación para asegurar que la investigación de Harold Finch sobre ciertas irregularidades comerciales fuera... desalentada.

La confesión provocó una conmoción visible en toda la sala. Clara contuvo el aliento mientras Gabriel continuaba, con voz firme pero cargada de antigua culpa.

—Me negué a participar directamente en cualquier acción contra el señor Finch —dijo Gabriel—. Sin embargo, me... persuadieron... para que no prestara la ayuda que podría haberle permitido probar su caso. Lord Berwick dejó claro que mi cooperación, o al menos mi silencio, era esencial para proteger ciertos intereses.

—¿Qué tipo de persuasión? —preguntó sir Edmund con brusquedad.

Gabriel apretó ligeramente la mandíbula. —Amenazas contra mi familia. Información que podría haber destruido la reputación de mi esposa y el futuro de mi hija. Me dieron a entender que hablar acarrearía consecuencias que iban mucho más allá de mis propios intereses profesionales.

Clara sintió que las lágrimas le escocían en los ojos mientras escuchaba a Gabriel revelar con cautela la posición imposible en que lo habían puesto. Estaba confirmando la carta de su padre, validando sus acusaciones, y lo hacía asumiendo un riesgo personal considerable.

—Esto es un completo disparate —dijo Berwick, aunque su voz había perdido la confianza de antes—. Es evidente que los delirios de su esposa influyen en el señor Harrow. ¿Acaso la armonía doméstica ha prevalecido sobre la exactitud de sus recuerdos?

—Mis recuerdos son perfectamente claros —respondió Gabriel con frialdad—. Como también lo son los documentos que conservo de aquel período. Documentos que corroboran las fechas y los movimientos financieros que ha presentado la señora Harrow.

Sir Edmund se reclinó en su silla, reconsiderando visiblemente la situación. La presencia de Gabriel Harrow, un hombre de posición social incuestionable e influencia considerable, había alterado por completo la dinámica de la reunión.

—Señor Pembroke —dijo sir Edmund lentamente—, creo que estas acusaciones justifican una investigación formal. La coherencia de los testimonios, junto con las pruebas documentales y la

declaración del señor Harrow, apunta a asuntos de considerable gravedad.

Clara sintió una oleada de triunfo que se vio inmediatamente atemperada por la certeza de la batalla que aún quedaba por librar. Una investigación era solo el primer paso; presentar cargos formales contra alguien del estatus de Berwick requeriría pruebas abrumadoras y un coraje considerable por parte de las autoridades judiciales.

—Una investigación sería sumamente inapropiada —dijo Berwick con brusquedad, su anterior compostura dando paso a una agitación evidente—. Estas acusaciones se basan en las fantasías de una mujer perturbada y en el testimonio comprometido de un hombre que busca complacer a su esposa. Legitimar semejante disparate con una investigación oficial sentaría un precedente peligroso.

—Sin embargo —dijo el señor Pembroke con firmeza—, el juzgado tiene el deber de examinar las acusaciones creíbles de actividad delictiva. Por la presente, autorizo una investigación formal sobre los asuntos planteados por la señora Harrow, con especial atención a las irregularidades financieras detalladas en estos documentos.

El rostro de Berwick palideció, y por primera vez desde que Clara lo conocía, parecía verdaderamente conmocionado. La confianza inquebrantable que había caracterizado su actitud se resquebrajó visiblemente cuando comprendió la realidad de su situación.

—Esto es un grave error —dijo, levantándose bruscamente de la silla—. No tienen idea de las fuerzas que están poniendo en marcha, de las consecuencias que acarreará esta locura.

—¿Es eso una amenaza, lord Berwick? —preguntó sir Edmund con peligrosa calma.

—Es una constatación de los hechos —respondió Berwick, aunque pareció darse cuenta de que se había excedido—. Por supuesto, cooperaré plenamente con cualquier investigación legítima. No obstante, me reservo el derecho de emprender las acciones pertinentes por el daño a mi reputación causado por estas acusaciones infundadas.

Dicho esto, salió de la sala, dejando tras de sí una atmósfera cargada de tensión y expectación. Clara se sintió de pronto mareada, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante horas y por fin pudiera exhalar.

—Señora Harrow —dijo el señor Pembroke con amabilidad—, ha demostrado un valor considerable al presentar estos asuntos. La investigación será exhaustiva e imparcial, se lo aseguro.

Clara logró darle las gracias, aunque su propia voz le sonaba extraña. La reunión concluyó con los preparativos para las declaraciones formales y la custodia de pruebas adicionales, pero Clara escuchó los detalles como si llegaran de muy lejos. Había logrado lo que se había propuesto: una investigación oficial sobre las actividades de Berwick. Pero la magnitud de lo que le aguardaba apenas comenzaba a calar en ella.

Mientras se preparaban para marcharse, Gabriel ofreció su brazo a Clara con una galantería de otros tiempos. Salieron de la oficina del magistrado en silencio, ambos demasiado abrumados por lo sucedido como para atreverse a hablar.

La lluvia había cesado, pero el aire seguía cargado de humedad y de la promesa de nuevas tormentas. Clara notó que temblaba ligeramente; si era por alivio, agotamiento o una reacción tardía a los acontecimientos de la mañana, no sabría decirlo.

—Gracias —dijo finalmente al llegar a las afueras del pueblo—. Nunca esperé... No pensé que fueras a...

—Yo tampoco —admitió Gabriel en voz baja—. Pero cuando te vi entrar sola en esa sala, enfrentándote a todos ellos armada únicamente con tus convicciones y un puñado de documentos... No podía dejarte sola. No sabiendo que tenías razón.

Continuaron caminando hacia Westridge Hall. El paisaje familiar parecía de algún modo diferente ahora que por fin habían dicho la verdad en voz alta. Clara sentía como si le hubieran quitado de encima un peso que llevaba años arrastrando, aunque sabía que las batallas más duras aún estaban por venir.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora esperamos —respondió Gabriel—. Y nos preparamos para cualquier represalia que Berwick intente. No aceptará la derrota

de buen grado.

Clara asintió, consciente de que la victoria de hoy era solo el comienzo. Pero mientras caminaba junto a Gabriel por el tranquilo campo, percibiendo la fuerza de su presencia y la firmeza de su apoyo, sintió algo que no había experimentado en años: la esperanza de alcanzar por fin verdadera justicia.

El ajuste de cuentas había comenzado.

# CAPÍTULO 20



El viaje de regreso a Westridge Hall desde la oficina del magistrado transcurrió en un silencio contemplativo. Clara caminaba junto a Gabriel, y sus pasos resonaban suavemente en el húmedo camino rural. Ambos iban perdidos en sus propios pensamientos sobre lo que había sucedido y lo que les esperaba. El cielo gris de la tarde parecía reflejar la gravedad de su situación: habían encendido una mecha esa mañana, y ninguno de los dos podía predecir la magnitud de la explosión que seguiría.

Al acercarse a las puertas de la finca, Clara esperaba que Gabriel se despidiera cortésmente y se retirara a su estudio, como había sido su costumbre desde el distanciamiento entre ambos. Sin embargo, él la sorprendió hablándole en voz baja cuando llegaron a la entrada principal.

—Clara —dijo, con una gravedad en la voz que ella no le había oído antes—. ¿Podría... es decir, ¿podría hablar contigo un momento? Hay cosas que deben decirse, verdades que deberían haberse dicho hace mucho tiempo.

Clara estudió su rostro y advirtió las líneas de agotamiento alrededor de sus ojos grises, la tensión en su mandíbula, propia de un hombre que luchaba con decisiones de considerable magnitud. Fuera lo que fuese lo que deseaba discutir, era claramente de gran importancia para él.

—Por supuesto —respondió ella simplemente.

Gabriel la condujo por los familiares pasillos de Westridge Hall. Pasaron junto a la sala de la mañana, donde una vez habían desayunado juntos en frágil armonía, y junto a la biblioteca, donde habían compartido aquel momento cargado de tensión durante la tormenta invernal. La casa parecía diferente ahora: aún grandiosa e imponente, pero de algún modo menos hostil, como si las revelaciones de la mañana hubieran comenzado a disipar algunas de las sombras que acechaban en sus pasillos.

Llegaron al estudio de Gabriel, y él le indicó que tomara asiento en la cómoda silla junto a la chimenea mientras se dirigía al aparador, donde las licoreras de cristal captaban la débil luz de la tarde. Sin preguntarle qué prefería, sirvió dos copas de brandy y le ofreció una a Clara con manos que temblaban casi imperceptiblemente.

—Necesito armarme de valor para lo que debo contarte —dijo Gabriel, acomodándose en la silla frente a ella—. Y sospecho que tú también lo necesitarás antes de que termine esta conversación.

Clara aceptó la copa y observó cómo el líquido ámbar parecía brillar a la luz del fuego. Bebió un sorbo con cuidado y sintió el calor extenderse por su pecho mientras esperaba a que Gabriel comenzara. Fuera cual fuese la confesión que se disponía a hacer, era evidente que le costaba enormemente siquiera contemplarla.

Gabriel dio un trago más largo a su brandy, dejó la copa a un lado y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Durante un largo momento, se limitó a mirar fijamente el fuego, como si reuniera sus pensamientos o quizás su valor.

—Lo que te conté sobre la enfermedad de Margaret —comenzó finalmente, con la voz apenas más alta que un susurro— era cierto, pero incompleto. Padeció una melancolía severa, se volvió propensa a delirios y episodios de profunda desesperación. Pero lo que no te dije, lo que nunca le he dicho a nadie, es cómo Berwick llegó a involucrarse en nuestra tragedia privada.

Clara permaneció en silencio, consciente de que cualquier interrupción podría hacer que Gabriel se refugiara tras sus barreras

habituales. Veía el esfuerzo que le costaba hablar de aquellos dolorosos recuerdos.

—El estado de Margaret empeoró drásticamente en los meses previos a... antes de que muriera —continuó Gabriel—. Se convenció de que había gente conspirando contra nuestra familia, de que el peligro acechaba en cada esquina. Al principio, descarté aquellos temores como producto de su enfermedad. Pero entonces Berwick comenzó a visitar nuestra casa con regularidad, supuestamente por asuntos de negocios.

Las manos de Gabriel se cerraron en puños sobre su regazo.

—Fue muy astuto: siempre correcto, siempre solícito. Preguntaba por la salud de Margaret, sugería tratamientos o especialistas que podrían ayudarla. Pensé que su interés era genuino, que eran las atenciones de un amigo preocupado por nuestro bienestar.

—Pero no lo era —dijo Clara en voz baja, empezando a comprender adónde conducía aquella revelación.

—No. La estaba estudiando, aprendía sus debilidades, sus miedos y obsesiones particulares. Dejaba caer comentarios sobre rivales de negocios que habían tenido finales desafortunados, sobre familias que habían perdido su posición social a causa de escándalos. Alimentaba su paranoia mientras aparentaba ofrecer consuelo y apoyo.

Clara sintió un escalofrío de repulsión ante la crueldad calculada que describía Gabriel.

—¿Empeoró deliberadamente su estado?

—La convirtió en un arma —respondió Gabriel, con la voz cargada de reproche hacia sí mismo—. Margaret se inquietaba cada vez más ante las amenazas a la reputación de nuestra familia, ante las perspectivas futuras de Violet. Hablaba constantemente de personas que querían destruirnos, que querían arrebatarle a Violet. Ahora me doy cuenta de que Berwick era la fuente de muchos de aquellos temores.

Gabriel se levantó de la silla y se acercó a la ventana, con la espalda rígida por la tensión.

—La crisis final llegó cuando Margaret intentó llevarse a Violet y huir en mitad de la noche. Estaba convencida de que permanecer en

Westridge Hall acabaría con nuestra hija. Las encontré en el límite de los terrenos de la finca: Margaret apenas vestida, delirando sobre enemigos que se acercaban; Violet llorando de frío y confusión.

A Clara se le humedecieron los ojos al imaginar la escena: una madre desesperada que intentaba proteger a su hija de amenazas que existían principalmente en su mente atormentada; un padre obligado a elegir entre los delirios de su esposa y la seguridad de su hija.

—Las traje a casa y mandé llamar al Dr. Morrison de inmediato —continuó Gabriel—. Examinó a Margaret y declaró que su estado era mucho peor de lo que ninguno de nosotros había imaginado. Recomendó el internamiento inmediato en un hospital privado especializado en enfermedades mentales.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de peso. Clara esperó, consciente de que la parte más difícil de la confesión de Gabriel aún estaba por llegar.

—Firmé los papeles —dijo Gabriel finalmente, con la voz quebrada—. Interné a mi propia esposa en un manicomio porque creí que era la única manera de mantenerlas a salvo, tanto a ella como a Violet. Los médicos me aseguraron que recibiría la mejor atención, que había esperanza de recuperación con el tratamiento adecuado.

Gabriel se volvió de la ventana para mirar a Clara, y ella se estremeció ante la profundidad de la angustia en su expresión. Aquel era un hombre que había cargado con un enorme peso de culpa durante tres años, que se había torturado con la duda de si había tomado la decisión correcta.

—Murió allí dieciocho meses después —dijo Gabriel con sencillez —. Pero no de neumonía, como indica el certificado de defunción. Se quitó la vida: se ahorcó con tiras arrancadas de sus sábanas durante el cambio de turno de los celadores.

Clara contuvo el aliento. Había sospechado algo así por las pruebas que había descubierto, pero oír a Gabriel pronunciar aquellas palabras en voz alta hacía que la tragedia resultara devastadoramente real.

—Cuando recibí la noticia de su muerte, viajé de inmediato al hospital —continuó Gabriel, con la voz hueca por el dolor del recuerdo—. Los administradores estaban horrorizados por lo que había sucedido, aterrados ante el escándalo que se desataría si la verdad llegaba a saberse. El suicidio conlleva tal estigma, tales implicaciones para la familia que queda atrás...

Clara logró hablar al fin.

—Así que aceptaste falsificar el certificado de defunción.

—Hice más que aceptar: insistí en ello —respondió Gabriel, con un reproche hacia sí mismo evidente en cada palabra—. Pagué generosamente a los médicos para que consignaran neumonía como causa de muerte, para que crearan registros médicos que respaldaran esa ficción. Me dije a mí mismo que estaba protegiendo a Violet de la vergüenza y el ostracismo social que sobrevendrían si la verdad llegaba a saberse.

Gabriel volvió a su silla y se dejó caer en ella, como si el peso de su confesión lo hubiera agotado físicamente. —Berwick se enteró de la verdadera causa de la muerte de Margaret en cuestión de días. Nunca descubrí cómo: quizás tenía contactos en el hospital, o quizás el personal administrativo fue menos discreto de lo que había prometido. Pero lo sabía, y dejó claro que poseía pruebas tanto del suicidio de Margaret como de mi papel en encubrirlo.

Clara sintió que las piezas del rompecabezas por fin encajaban. —Y usó ese conocimiento para garantizar tu silencio sobre el caso de mi padre.

—Entre otras cosas, sí. Dejó claro que cualquier oposición a sus intereses comerciales acabaría con la revelación del verdadero destino de Margaret ante la sociedad. Violet sería conocida como la hija de una loca que se quitó la vida, la hija de un hombre que cometió fraude para ocultar la vergüenza de su familia. Todas sus posibilidades de matrimonio, de aceptación social, de cualquier tipo de vida normal habrían quedado completamente destruidas.

Gabriel la miró a los ojos por primera vez desde que había comenzado su confesión. —Así que guardé silencio mientras las mentiras y las falsificaciones destruían a tu padre. Elegí el futuro de

mi hija por encima de la vida de un hombre inocente, y he vivido con esa elección cada día desde entonces.

El silencio que siguió fue profundo, roto solo por el suave crepitar del fuego y el sonido lejano del viento en los árboles del exterior. Clara se sintió abrumada por la magnitud de lo que Gabriel había revelado, por las decisiones imposibles que se había visto obligado a tomar, por los años de culpa y autorreproche que había soportado.

—¿Me odias? —preguntó Gabriel en voz baja—. Ahora que conoces el alcance de mi cobardía, mi complicidad en la destrucción de todo lo que apreciabas.

Clara consideró la pregunta con seriedad, escrutando su propio corazón en busca de rastros de la ira y el deseo de venganza que la habían llevado a Westridge Hall. En su lugar, encontró una profunda tristeza por el dolor que tanto Gabriel como Margaret habían soportado, y una creciente comprensión de cómo la maldad de Berwick había envenenado cada vida que tocaba.

—Lo que hiciste —dijo Clara con cautela— nació de la desesperación y el amor por tu hija. Las decisiones a las que te enfrentaste eran imposibles: no había ningún camino que no hubiera causado un daño terrible a personas inocentes.

La expresión de Gabriel siguió siendo cautelosa, como si no se atreviera a esperar la absolución. —Pero elegí proteger a mi familia a costa de la tuya. Eso me hace cómplice de la destrucción de tu padre, independientemente de mis motivaciones.

Clara se levantó de su silla y se arrodilló junto a la de Gabriel, tomándole las manos entre las suyas. Estaban frías a pesar del calor de la habitación, y pudo sentir el ligero temblor que delataba su estado emocional.

—Si hubieras expuesto las amenazas de Berwick hace tres años —dijo con dulzura—, ¿cuál habría sido el resultado? Mi padre podría haber sido reivindicado, pero Violet habría quedado destruida en el proceso. La muerte de Margaret se habría convertido en escándalo público, la reputación de tu familia habría quedado arruinada, y Berwick simplemente habría encontrado otras formas de lograr sus objetivos.

Gabriel se quedó mirando sus manos unidas. —¿Estás sugiriendo que el resultado habría sido el mismo de todos modos?

—Lo que digo es que un hombre que disfruta usando el amor de las personas en su contra te puso en una posición imposible —respondió Clara—. Berwick es hábil a la hora de crear situaciones en las que cualquier decisión acaba en tragedia. La culpa que cargas le pertenece a él, no a ti.

Gabriel guardó silencio durante un largo momento mientras asimilaba sus palabras. —¿Y si me enfrentara a la misma decisión hoy? ¿Si Berwick amenazara con exponer el suicidio de Margaret a menos que callara ante alguna nueva injusticia?

Clara estudió su rostro y vio la vulnerabilidad bajo su compostura cuidadosamente mantenida. Ese era el núcleo de su miedo: que resultaría ser demasiado débil para elegir los principios por encima de la protección, que su amor por Violet siempre prevalecería sobre su compromiso con la justicia.

—¿Tomarías la misma decisión? —preguntó ella.

Gabriel la miró directamente a los ojos, y Clara vio algo que antes no estaba allí: una serena determinación nacida de la sabiduría adquirida a base de sufrimiento y del apoyo de alguien que comprendía su lucha.

—No —dijo simplemente—. No lo haría. Estos tres años me han enseñado que el silencio ante el mal solo permite un mal mayor. Que elegir la seguridad por encima de la justicia, al final, no garantiza ninguna de las dos.

Clara sintió que algo que le oprimía el pecho por fin se liberaba. Ahí estaba el hombre que había esperado encontrar bajo las capas de culpa y autoprotección: alguien capaz de crecer, de aprender de los errores del pasado, de elegir el coraje a pesar del precio.

No expresó su perdón en voz alta; no necesitaba hacerlo. En cambio, permaneció arrodillada junto a su silla, con las manos sosteniendo las de él, ofreciéndole el consuelo de su presencia y su comprensión. Gabriel pareció percibir el cambio en sus sentimientos, el peso de la condena que se alzaba de entre ellos como la niebla matutina ante el sol.

Permanecieron juntos mientras la tarde se desvanecía en la noche, mientras el fuego ardía bajo en la rejilla y las sombras se alargaban por el suelo del estudio. Los sirvientes se movían en silencio por la casa para preparar la cena, pero ni Clara ni Gabriel mostraron inclinación alguna de unirse al ritual formal del comedor. En cambio, permanecieron en el círculo íntimo de la luz del fuego, honestos por fin el uno con el otro por primera vez desde la llegada de Clara a Westridge Hall.

Cuando la oscuridad total se asentó sobre la finca, Gabriel volvió a hablar, con la voz suave por el agotamiento y algo que podría haber sido esperanza.

—¿Qué pasa ahora, Clara? Entre nosotros, quiero decir. Ahora que conoces lo peor de lo que he hecho y por qué lo hice.

Clara sopesó la pregunta con cuidado. La ira y el deseo de venganza que la habían llevado a Westridge Hall parecían emociones de otra vida, reemplazadas por algo mucho más complejo y, a la postre, más sanador.

—Ahora seguimos adelante —dijo simplemente—. Juntos, si me aceptas. No como personas que intentan escapar de su pasado, sino como personas que entienden que el pasado las ha moldeado hasta convertirlas en quienes están destinadas a ser.

La sonrisa de Gabriel fue tímida pero genuina. —¿Incluso sabiendo que estoy roto? ¿Que soy un hombre que ha tomado decisiones terribles y tendrá que vivir con las consecuencias?

—Todos estamos rotos, Gabriel —respondió Clara con dulzura—. La cuestión no es si somos perfectos, sino si somos capaces de ser mejores de lo que éramos. Si podemos aprender de nuestros errores y elegir el coraje cuando más importa.

Cuando el amanecer comenzó a filtrarse por las ventanas del estudio, tiñendo la habitación de suaves tonos perla y rosa, Clara y Gabriel permanecieron juntos en un silencio cómodo. La distancia hostil que había caracterizado sus interacciones recientes había sido reemplazada por algo mucho más precioso: comprensión, aceptación y el comienzo tentativo de una verdadera unión.

La herida que había supurado entre ellos durante meses por fin había quedado expuesta y limpia. Ahora, quizás, podría empezar a

sanar.

# CAPÍTULO 21



La mañana siguiente a la devastadora confesión de Gabriel, Clara despertó con una claridad inesperada. Había dormido profundamente por primera vez en semanas, libre del peso de los secretos y sospechas que la habían atormentado desde su llegada a Westridge Hall. La verdad, por dolorosa que hubiera sido escucharla, finalmente los había liberado a ambos de esa cuidadosa danza de engaño y desconfianza que había caracterizado su relación.

Se vistió con esmero, eligiendo un sencillo vestido de lana gris, y se dirigió al comedor, sin saber qué recibimiento le esperaría de Gabriel a la fría luz del día. Los hombres solían arrepentirse de las revelaciones hechas en momentos de vulnerabilidad emocional, y se preguntaba si él volvería a refugiarse tras sus barreras habituales ahora que la crisis inmediata había pasado.

Gabriel ya estaba sentado a la mesa cuando ella llegó, con el cabello oscuro aún húmedo del aseo matutino y expresión pensativa mientras estudiaba la correspondencia junto a su plato. Levantó la vista cuando ella entró, y Clara sintió que se le cortaba la respiración al ver algo en sus ojos grises: no la distancia cuidadosamente controlada a la que se había acostumbrado, sino una calidez que hablaba de afecto genuino.

—Buenos días, Clara —dijo, levantándose para retirarle la silla con cortesía de otra época—. Confío en que hayas dormido bien.

—Muy bien, gracias —respondió Clara, acomodándose en su asiento, muy consciente de la cercanía de Gabriel mientras él le colocaba la servilleta—. ¿Y tú?

—Mejor de lo que he dormido en meses —admitió Gabriel, volviendo a sentarse—. Es un alivio poder hablar por fin de verdades que han estado demasiado tiempo enterradas.

Comieron en un silencio apacible durante varios minutos, mientras la luz de la mañana entraba a raudales por las altas ventanas y lo bañaba todo en un resplandor dorado que parecía prometer días mejores. Clara se descubrió observando el perfil de Gabriel mientras él leía sus cartas, y notó cómo las líneas de tensión alrededor de sus ojos se habían suavizado, cómo sus hombros ya no mostraban la rigidez de un hombre perpetuamente preparado para el ataque.

Clara estaba terminando su té cuando Gabriel dejó a un lado la correspondencia y se volvió hacia ella, con expresión seria pero amable.

—Clara —comenzó, con una gravedad en la voz que indicaba que aquello no era una conversación casual—. Te debo una disculpa. Varias disculpas, de hecho, por un comportamiento indigno de un caballero e injusto con una mujer que merecía un trato mucho mejor.

Clara sintió un atisbo de inquietud ante su tono formal.

—Gabriel, no es necesario...

—Claro que es necesario —interrumpió Gabriel con suavidad, pero con firmeza—. Permití que mi orgullo herido y mis sentimientos lastimados me cegaran ante el valor que mostraste al buscar justicia para tu padre. Te condené por el engaño mientras yo mismo practicaba mis propias formas de deshonestidad. Te juzgué duramente por decisiones que no eran más cuestionables moralmente que las mías.

Se inclinó ligeramente hacia delante, con los ojos grises cargados de intensidad, necesitando que ella comprendiera.

—Y lo más imperdonable: te obligué a un matrimonio de conveniencia en lugar de afecto, y luego me enfadé cuando ese

acuerdo no logró satisfacer necesidades que no tenía derecho a esperar que cumpliera.

Clara dejó la taza de té con cuidadosa precisión, eligiendo sus palabras con el mismo esmero.

—Tu enfado era comprensible, Gabriel. Te engañé, construí nuestra relación sobre cimientos falsos. Que mis motivaciones hayan resultado ser más complejas de lo que ninguno de los dos entendió en un principio no borra el daño que causó mi engaño.

—Pero sí cambia cómo podríamos seguir adelante —dijo Gabriel en voz baja—. Si estás dispuesta a considerarlo.

Había algo en su tono que hizo que el pulso de Clara se acelerara, una mezcla de anticipación y cautela. Intuía que Gabriel se encaminaba hacia algo importante, alguna declaración o propuesta que cambiaría para siempre la naturaleza de su relación.

Gabriel se levantó y fue a situarse junto a la ventana, su alta figura recortada contra la luz de la mañana. Cuando volvió a hablar, su voz tenía una intensidad emocional que dejó a Clara sin aliento.

—Te amo, Clara.

Las sencillas palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos como un puente tendido sobre un abismo imposible. Clara sintió que el corazón se le encogía con una mezcla de alegría y dolor, comprendiendo al fin por qué Gabriel había parecido tan diferente esa mañana, por qué su habitual cautela había dado paso a algo más abierto y vulnerable.

—No sé cuándo sucedió —continuó Gabriel, aún de cara a la ventana, como si la confesión fuera más fácil sin mirarla a los ojos—. Quizás fue la noche en que quedamos atrapados por la tormenta en la biblioteca, cuando vi más allá de tu compostura serena a la mujer apasionada que había debajo. Quizás fue al verte con Violet, al ver cómo alimentabas su confianza y hacías aflorar su alegría natural. O quizás fue ayer, cuando entraste en el despacho del magistrado armada únicamente con convicción y documentos, dispuesta a enfrentarte a hombres que podrían haberte destruido con una sola palabra.

Se volvió de la ventana para mirarla de frente, y Clara vio que sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—Lo has cambiado todo para mí, Clara. Me has hecho recordar lo que se siente al tener esperanza en algo más allá de la mera supervivencia, al creer que la redención podría ser posible incluso para alguien que ha cometido los errores que yo he cometido.

Clara sintió que sus propios ojos se llenaban de lágrimas ante la sinceridad descarnada en la voz de Gabriel. Aquel no era el controlado y autoritario señor de Westridge Hall, sino un hombre que desnudaba su corazón ante la mujer que amaba, con la esperanza desesperada de que ella sintiera algo similar.

—Gabriel —susurró, levantándose para acercarse a él—. Yo...

—Por favor —dijo Gabriel, levantando una mano para detenerla —. Déjame terminar antes de que me falte el valor.

Clara asintió, aunque el corazón le latía desbocado por la necesidad de responder a su declaración.

—Sé que no tengo derecho a esperar perdón por el dolor que te he causado —continuó Gabriel—. Sé que el amor no puede borrar sin más el daño causado por meses de sospecha y desconfianza. Pero espero, rezo, para que estés dispuesta a darnos la oportunidad de construir algo real esta vez. Algo basado en la honestidad y la elección, no en la conveniencia y la necesidad.

Gabriel se acercó más a Clara, tanto que ella pudo ver las motas plateadas en sus ojos grises, percibir el familiar aroma a sándalo que siempre impregnaba su ropa.

—Cásate conmigo, Clara —dijo con suavidad—. No porque Violet necesite protección ni porque la sociedad exija respetabilidad, sino porque te amo más allá de toda razón y no puedo imaginar un futuro sin ti. Cásate conmigo porque así lo eliges, porque crees que podríamos construir algo digno de la confianza que nos pedimos el uno al otro.

La propuesta quedó suspendida entre ellos, hermosa y aterradora en su sencillez. Clara podía ver la esperanza y el miedo batallando en la expresión de Gabriel, sentir el peso del momento cayendo sobre ambos.

Cuando habló, su voz sonó firme a pesar de las emociones que se agitaban en su pecho.

—Te agradezco tu honestidad, Gabriel. Más de lo que imaginas. Lo que me has dicho esta mañana, sobre tus sentimientos, sobre tus esperanzas para nuestro futuro, significa para mí más de lo que las palabras pueden expresar.

El rostro de Gabriel se iluminó con un atisbo de esperanza, pero Clara alzó la mano con suavidad antes de que pudiera hablar.

—Pero no puedo darte la respuesta que buscas. Todavía no.

La esperanza en los ojos de Gabriel se apagó, reemplazada por algo que podría haber sido decepción o resignación. Clara sintió que el corazón se le encogía al ver cómo se desmoronaba su ánimo, pero continuó, sabiendo que la honestidad exigía la verdad completa.

—No negaré que tengo sentimientos por ti —continuó Clara—. Sentimientos que se han hecho más fuertes a pesar de todos mis intentos de mantener la distancia profesional, a pesar de las mentiras y malentendidos que han marcado nuestra relación desde el principio. Pero Gabriel, esos sentimientos nacieron en circunstancias fundamentalmente deshonestas. Yo interpretaba un papel, tú guardabas secretos, y ambos intentábamos protegernos de vulnerabilidades que no podíamos permitirnos reconocer.

Gabriel asintió lentamente, con una expresión que sugería que comprendía aunque no le gustara lo que estaba escuchando.

—Si te dijera que sí ahora —dijo Clara con suavidad—, sería demasiado fácil preguntarse si estaba respondiendo a la gratitud en lugar del amor, si estaba eligiendo la comodidad sobre el afecto genuino. No nos haré eso a ninguno de los dos. Merecemos algo mejor que un matrimonio nacido del despecho tras una crisis.

Clara se acercó y tomó las manos de Gabriel entre las suyas, notando cómo temblaban ligeramente al contacto.

—Necesito tiempo, Gabriel. Tiempo para descubrir quién soy cuando no me impulsan el dolor y el deseo de venganza. Tiempo para entender qué quiero realmente de la vida, qué tipo de futuro espero construir. Tiempo para elegirte con la mente clara y el corazón sincero, en lugar de caer en tus brazos porque parece la conclusión natural de todo lo que hemos pasado juntos.

Gabriel contempló sus manos unidas durante un largo momento antes de alzar la mirada hacia ella. Cuando habló, su voz sonó

tranquila pero firme.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé —admitió Clara—. Semanas, quizás meses. El tiempo suficiente para ser algo más que la institutriz que se casó con su empleador, el tiempo suficiente para demostrar que puedo valerme por mí misma y tomar decisiones desde la fortaleza, no desde la dependencia.

Gabriel permaneció en silencio durante tanto tiempo que Clara empezó a temer haberlo herido de forma irreparable. Sin embargo, cuando por fin habló, sus palabras la sorprendieron por su elegancia y comprensión.

—Tienes razón, por supuesto —dijo simplemente—. He estado intentando conquistarte a base de disculpas, construir el amor sobre los cimientos de la gratitud y la crisis compartida. Eso no es justo para ninguno de los dos.

Le llevó las manos a los labios y depositó un beso suave en sus nudillos, un gesto que hizo que una oleada de calidez le recorriera los brazos.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Clara. Esperaré. No importa cuánto tiempo tome, no importa cuánta distancia requieras, esperaré.

Clara sintió que las lágrimas le brotaban de los ojos ante la serena dignidad con la que Gabriel aceptaba su decisión. Este no era el hombre controlador y exigente que a veces había visto, sino alguien capaz de anteponer las necesidades de ella a sus propios deseos, de darle el espacio que requería aunque le costara caro.

—Gracias —susurró.

Gabriel le soltó las manos y retrocedió, creando una distancia física que parecía reflejar el espacio emocional que Clara había pedido.

—¿Qué harás? ¿Adónde irás?

—He pensado que podría regresar a Londres —dijo Clara, que había reflexionado mucho sobre el asunto durante las horas de insomnio de la noche anterior—. Hay un movimiento creciente de mujeres que buscan abrirse camino en el ámbito profesional.

Defensa legal, sobre todo para quienes no pueden permitirse la representación tradicional. Creo que mi padre aprobaría ese trabajo.

Gabriel sonrió con tristeza, pero con sinceridad.

—Lo haría, sin duda. Y serás brillante en ello.

—Eso espero —respondió Clara—. Me parece la progresión natural: pasar de buscar justicia para un hombre a buscarla para muchos.

—¿Y Violet? —preguntó Gabriel—. Se ha encariñado bastante contigo. Esto será difícil de entender para ella.

Clara sintió que el corazón se le encogía ante la idea de dejar a la niña que tanto había llegado a querer.

—¿Quizás podría escribirle? ¿Visitarla ocasionalmente, si eso fuera aceptable para ti?

—Por supuesto —dijo Gabriel de inmediato—. Necesita saber que las personas que le importan no desaparecen sin más de su vida. Le has dado demasiada alegría como para permitir que te pierda por completo.

Un suave golpe en la puerta interrumpió la conversación, seguido de la entrada de la Sra. Redley con el correo de la mañana. Los ojos perspicaces del ama de llaves captaron la escena —Clara y Gabriel de pie muy cerca, con las huellas de una conversación intensa en el rostro— pero se limitó a entregar las cartas con su habitual discreción eficiente.

Cuando la Sra. Redley se marchó, Gabriel y Clara se encontraron en uno de esos momentos incómodos que marcan el final de las conversaciones profundas. Habían dicho lo que había que decir, dejado claras sus posiciones, pero el peso de la conversación aún flotaba entre ellos.

—Debería empezar a organizarlo todo —dijo Clara finalmente—. Mi partida, mi instalación en Londres.

—Por supuesto —asintió Gabriel—. Tómate todo el tiempo que necesites para organizarlo todo bien. No hay prisa.

Pero incluso mientras lo decía, ambos sabían que sí había cierta urgencia: la que surge cuando se ha tomado una decisión difícil y la demora solo prolonga el inevitable dolor de la separación.

Clara pasó los días siguientes ocupándose de los preparativos prácticos para su partida mientras lidiaba con la complejidad emocional de abandonar Westridge Hall. Había llegado a aquella casa buscando justicia para su padre y había encontrado en cambio una familia que le había robado el corazón, un hombre cuyo amor quizá estuviera dejando atrás para siempre, y un sentido de propósito que esperaba la sostuviera en la soledad que pudiera aguardarle.

Durante su última semana en la finca, Clara tomó la decisión de dedicarse formalmente a la defensa legal. Había recibido varias cartas de organizaciones de derechos de la mujer en Londres, grupos que trabajaban para ampliar las oportunidades de participación femenina en los procedimientos legales. El trabajo sería exigente y mal pagado, pero le ofrecía la oportunidad de canalizar su pasión por la justicia en algo constructivo y duradero.

Clara alquiló una pequeña oficina cerca de Lincoln's Inn —no lejos de donde su padre había ejercido en otro tiempo— y comenzó a establecerse como defensora de quienes no podían permitirse la representación legal tradicional. El trabajo era exactamente lo que había esperado: exigente, significativo y completamente absorbente.

Una tarde fresca de otoño, casi dos meses después de su partida de Westridge Hall, Clara recibió una visita inesperada en su modesta oficina. Estaba revisando expedientes cuando oyó unos pasos familiares en el pasillo, seguidos de un golpe en la puerta que le hizo dar un vuelco al corazón.

—Adelante —dijo, dejando a un lado los papeles y levantándose del escritorio.

La puerta se abrió y apareció Violet Harrow, vestida con un traje de viaje azul oscuro y casi saltando de la emoción. Detrás de ella estaba Gabriel, con aspecto algo agotado pero innegablemente cariñoso mientras contemplaba el evidente deleite de su hija.

—¡Srta. Finch! —exclamó Violet, cruzando la pequeña oficina a toda prisa para abrazar a Clara con entusiasmo—. ¡Hemos venido a Londres por negocios, y papá dijo que podíamos visitarte! ¡Tengo las noticias más maravillosas!

Clara devolvió el abrazo de la niña, con el corazón rebosante de alegría al ver a la pequeña que tanto había llegado a querer. Por encima de la cabeza de Violet, cruzó una mirada con Gabriel y advirtió que parecía a la vez complacido y ligeramente aprensivo ante aquel reencuentro.

—¿Qué noticia puede ser tan maravillosa que haya requerido un viaje a Londres para contarla? —preguntó Clara, arrodillándose para quedar a la altura de Violet.

Los ojos grises de Violet brillaban de emoción.

—¡Papá está construyendo una escuela! ¡Una escuela de verdad, con aulas como es debido, biblioteca y todo! Dice que es para niños cuyas familias no pueden permitirse una institutriz, ¡para que aprendan a leer, escribir y calcular igual que yo!

A Clara se le cortó la respiración al asimilar lo que implicaba el anuncio de Violet. Miró a Gabriel y vio en su expresión una mezcla de orgullo y algo que bien podría ser esperanza.

—¿Una escuela? —repitió Clara en un hilo de voz.

—¡Sí! —continuó Violet entusiasmada—. Papá dice que la educación debería estar al alcance de todos, no solo de las familias ricas. Se ha reunido con arquitectos, maestros y toda clase de gente importante. ¡La Sra. Redley dice que la casa nunca ha estado tan ajetreada!

Clara se levantó despacio, sin apartar la mirada del rostro de Gabriel.

—¿A qué se debe este repentino interés por la educación? —preguntó en voz baja.

La sonrisa de Gabriel era dulce, pero cargada de un significado que aceleró el pulso de Clara.

—Alguien me dijo una vez que tenemos la responsabilidad de dejar el mundo mejor de como lo encontramos. Que la justicia no consiste solo en castigar el mal, sino en crear oportunidades para que el bien florezca.

Clara sintió que se le humedecían los ojos al reconocer sus propias palabras devueltas como un eco, transformadas en acciones que beneficiarían a innumerables niños en los años por venir.

—La escuela abrirá en primavera —continuó Gabriel—. Esperaba... es decir, me preguntaba si considerarías formar parte del patronato. Tus conocimientos sobre educación y tu compromiso con la justicia serían de un valor incalculable para definir su misión.

Clara lo miró fijamente, comprendiendo que aquello era más que una invitación profesional. Era la manera que tenía Gabriel de seguir presente en su vida respetando los límites que ella había establecido, de demostrarle con hechos y no con palabras que había hecho suyos sus ideales.

—Sería un honor —dijo Clara con voz queda.

Violet dio palmas de alegría.

—¡Oh, maravilloso! Papá dijo que a lo mejor decías que sí, pero yo no estaba segura. Vendrás a la inauguración, ¿verdad? ¡Yo voy a cortar la cinta!

Mientras escuchaba la charla entusiasmada de Violet sobre los planes de la escuela y su papel en la inauguración, Clara se descubrió observando a Gabriel con ojos nuevos. Aquel no era el mismo hombre que había dejado atrás en Westridge Hall, o quizás sí lo era, pero una versión de sí mismo que por fin se había permitido dar rienda suelta a lo mejor de su naturaleza.

La visita de la tarde pasó demasiado rápido, llena de novedades sobre la vida en la finca, preguntas sobre el trabajo de Clara en el bufete y las descripciones detalladas que hacía Violet de las instalaciones previstas para la escuela. Cuando llegó el momento de despedirse, Clara sintió la punzada familiar de la separación, atemperada ahora por la certeza de que aquello no era realmente un adiós.

Gabriel se detuvo en el umbral mientras Violet corría hacia el carruaje que los aguardaba, y se volvió hacia Clara con una expresión que encerraba años de entendimiento tácito.

—Gracias —dijo simplemente—. Por todo lo que me has enseñado sobre la clase de hombre que quiero ser.

Clara observó desde su ventana cómo el carruaje desaparecía entre el tráfico de Londres, con el corazón colmado de emociones demasiado complejas para ponerles nombre. Gabriel estaba construyendo una escuela, creando oportunidades de educación y

progreso que perdurarían más allá de cualquier relación personal. Estaba transformando su riqueza y su posición en herramientas al servicio de la justicia, exactamente como ella había esperado que hiciera.

Y quizás, pensó Clara mientras volvía a sus expedientes, esto era lo que el amor significaba de verdad: no posesión ni declaraciones apasionadas, sino la voluntad de hacerse digno de la persona a la que se esperaba conquistar, de transformarse en alguien capaz de construir algo hermoso juntos.

El tiempo diría si los cimientos que estaban poniendo por separado podrían algún día sostener algo duradero construido en común. Pero por ahora, a Clara le bastaba saber que ambos se estaban convirtiendo en personas de las que sus padres se habrían sentido orgullosos.

# CAPÍTULO 22



La primavera había llegado al campo con un calor inusual, transformando los terrenos de Westridge Hall en un tapiz de verde y dorado que parecía prometer nuevos comienzos. Clara había viajado desde Londres en el tren de la mañana, el corazón latiéndole de anticipación mientras el paisaje familiar desfilaba ante su ventana. Habían transcurrido tres meses desde la visita de Gabriel y Violet a su oficina, tres meses de correspondencia cuidadosamente cordial sobre su papel como gobernadora de la escuela, tres meses manteniendo la distancia prudente en la que ella había insistido, mientras se preguntaba si había cometido un terrible error.

El motivo de su visita era la inspección final del edificio escolar antes de su gran inauguración la semana siguiente. Como miembro más reciente de la junta de gobernadores, Clara se había sentido obligada a asistir, aunque sospechaba que sus motivaciones eran más personales que profesionales. La verdad era que echaba de menos Westridge Hall: la risa de Violet resonando por los pasillos, la belleza apacible de los terrenos de la finca, y a Gabriel más de lo que estaba dispuesta a admitir.

El carruaje desde la estación serpenteó por un campo que le resultaba dolorosamente familiar, pasando junto a setos cargados de flores de espino y prados donde los corderos pastaban junto a sus madres. Clara se descubrió pegándose a la ventana a medida que se

aproximaban a la finca, absorbiendo detalles que casi había olvidado: el viejo roble donde una vez había recogido especímenes para las lecciones de naturaleza de Violet, los jardines formales donde había paseado con Gabriel durante su tímido cortejo, los muros de piedra que la habían cobijado durante los meses más transformadores de su vida.

Pero fue la vista del nuevo edificio escolar lo que de verdad le cortó la respiración.

La estructura se alzaba en una suave pendiente más allá de la casa principal, con sus muros de ladrillo rojo reluciendo cálidamente bajo el sol de la tarde. Era sólida pero no imponente, diseñada con esa elegancia meditada que denotaba una inversión considerable y una planificación cuidadosa. Clara distinguía ventanas altas que inundarían las aulas de luz natural, un campanario que confería al edificio una dignidad casi eclesiástica, y jardines ya plantados con flores y arbustos que ofrecerían tanto belleza como oportunidades educativas a los niños que estudiarían allí.

El carruaje dejó a Clara en la entrada principal de la escuela, donde varias figuras se movían por la obra con la energía resuelta propia de las etapas finales de cualquier proyecto importante. Los obreros daban los últimos toques a la cantería exterior mientras otros transportaban pupitres y material a través de las puertas principales. La escena bullía de actividad y expectación.

Fue en medio de aquel caos organizado donde Clara divisó a Gabriel por primera vez. Estaba cerca de la entrada principal conversando con un caballero que ella no reconocía, ambos inclinados sobre unos planos arquitectónicos que ondeaban con la brisa primaveral. Gabriel llevaba un abrigo oscuro que realzaba su altura y sus anchos hombros, y Clara sintió que el pulso se le aceleraba al verlo. Tres meses de separación no habían logrado atenuar la aguda conciencia que tenía de su presencia ni la forma en que el corazón parecía darle un vuelco cada vez que vislumbraba aquel perfil familiar.

Como si percibiera su llegada, Gabriel alzó la vista de la conversación y sus ojos grises encontraron los de ella a través del patio atareado. Por un momento, ninguno de los dos se movió,

atrapados en uno de esos instantes suspendidos que parecían existir fuera del tiempo. Clara vio cómo la sorpresa y el placer cruzaban fugaces por los rasgos de Gabriel, seguidos de algo más complejo que bien podría haber sido anhelo cuidadosamente contenido.

—Clara —dijo Gabriel mientras ella se acercaba, con una voz que transmitía calidez atemperada por la cautelosa formalidad que habían mantenido en su correspondencia—. Llegas antes de lo que esperaba. ¿Qué tal el viaje desde Londres?

—Muy agradable, gracias —respondió Clara, adoptando el mismo tono cortés mientras advertía para sus adentros que los meses de separación habían refinado su atractivo en lugar de disminuirlo. Gabriel tenía buen aspecto, más saludable en cierto modo, con una energía resuelta propia de un hombre entregado a un trabajo con sentido.

—Permíteme presentarte al Sr. Thornfield —continuó Gabriel, señalando a su acompañante—. Es el arquitecto que ha hecho realidad nuestra visión. Thornfield, le presento a la Sra. Harrow, la incorporación más reciente a nuestra junta de gobernadores.

El Sr. Thornfield, un hombre de mediana edad con ojos amables y dedos manchados de tinta, hizo una respetuosa reverencia.

—Sra. Harrow, es un honor conocerla al fin. El Sr. Harrow habla de usted con frecuencia en relación con la misión de la escuela.

Clara notó que se ruborizaba ante aquella revelación inesperada.

—¿De verdad?

—Oh, sí —continuó Thornfield con evidente entusiasmo—. La considera a usted la inspiración de todo el proyecto. Dice que le abrió los ojos a la conexión entre educación y justicia, entre conocimiento y oportunidad. Confieso que es poco frecuente conocer a alguien cuyas ideas hayan tenido un impacto tan tangible.

Clara miró a Gabriel y vio algo en su expresión que le cortó el aliento. Había orgullo, y admiración, pero también una emoción más profunda que él se esforzaba por no mostrar con demasiada evidencia.

—El Sr. Harrow es demasiado generoso —logró decir Clara—. Estoy segura de que la inspiración provino de muchas fuentes.

—Quizás —dijo Gabriel en voz baja, con la mirada fija en el rostro de Clara—. Pero algunas fuentes brillan con más intensidad que otras.

El comentario quedó suspendido en el aire entre ellos, cargado de un significado que hizo a Clara dolorosamente consciente del espacio que los separaba, de los límites prudentes que habían acordado mantener. Podía ver que Gabriel se esforzaba por no insistir, por no pedirle más de lo que ella estaba dispuesta a dar, pero era evidente que sus sentimientos no habían cambiado a pesar de los meses de separación.

—¿Te gustaría ver el interior? —preguntó Gabriel, consciente al parecer de la necesidad de llevar la conversación a un terreno más seguro—. Creo que te gustará cómo han quedado las aulas.

Clara se dejó guiar por el edificio, maravillada por la atención al detalle que se había volcado en cada aspecto del diseño. Las aulas eran espaciosas y luminosas, con grandes ventanas que ofrecían vistas del campo circundante. Había una biblioteca en toda regla con estantes que ya empezaban a llenarse de libros, un salón de actos para asambleas y reuniones comunitarias, e incluso un pequeño laboratorio para demostraciones científicas.

—Es extraordinario —dijo Clara al concluir el recorrido, y lo decía de corazón—. Los niños que estudien aquí tendrán oportunidades comparables a las de las mejores escuelas privadas.

—Esa era precisamente la idea —respondió Gabriel—. Todo niño merece acceso a las herramientas que le permitan desarrollar su potencial, con independencia de la situación económica de su familia.

Clara reconocía el eco de sus propios argumentos en aquellas palabras, los ideales que había expresado durante sus conversaciones en Westridge Hall convertidos en realidad tangible. Resultaba a la vez conmovedor y un tanto abrumador ver sus creencias plasmadas de forma tan concreta.

—La ceremonia de inauguración está prevista para la semana que viene —continuó Gabriel desde el vestíbulo principal—. Violet está entusiasmadísima con lo de cortar la cinta. Lleva días ensayando su discurso.

—Estoy deseando que llegue —dijo Clara, aunque para sus adentros se preguntaba si asistir a la ceremonia no resultaría más difícil de sobrellevar emocionalmente de lo que estaba preparada para afrontar.

A medida que avanzaba la tarde, Clara acabó enfrascada en conversaciones con otros miembros de la junta de gobernadores, dignatarios locales que habían acudido a ver el edificio terminado. Le impresionó su sincero entusiasmo por el proyecto y su empeño en garantizar su éxito. No eran personas que buscaran reconocimiento social o ventaja política, sino gente que creía de verdad en el poder de la educación para transformar vidas.

Fue durante una de aquellas conversaciones cuando Clara advirtió que Gabriel la observaba desde el otro extremo de la sala. Había estado comentando el plan de estudios con el futuro director cuando percibió aquella sensación familiar de saberse observada, esa conciencia peculiar que parecía existir solo entre ella y Gabriel. Cuando miró hacia él, encontró sus ojos fijos en ella con una intensidad que le hizo olvidar lo que estaba diciendo.

Gabriel apartó la mirada de inmediato y volvió a centrarse en su propia conversación, pero aquel instante de conexión siguió resonando en la mente de Clara como un eco. Pese a la cuidadosa distancia que habían mantenido, pese a los argumentos racionales para ir despacio, no podía negar la atracción que aún sentía hacia él.

La inspección formal concluyó cuando el sol comenzó a ponerse, tiñendo el nuevo edificio de tonos dorados y rosados que lo hacían parecer casi etéreo. Clara se quedó sola en el aula principal, imaginando a los niños que pronto llenarían aquellos espacios con su energía y curiosidad.

—¿En qué piensas? —dijo la voz de Gabriel a su espalda, y Clara se volvió para encontrarlo recortado contra el umbral de la puerta.

—Pensaba en la transformación —respondió Clara con franqueza —. En cómo las ideas se convierten en acciones, cómo los sueños se hacen realidad. Hace seis meses, esto era solo un campo vacío. Ahora va a cambiar la vida de innumerables niños.

Gabriel entró en el aula y se colocó junto a ella ante la gran ventana que daba a los terrenos.

—Suenas melancólica.

—Quizá lo esté. Es inspirador ver lo que se puede lograr cuando alguien tiene la visión y también los medios para llevarla a cabo. No todos corren esa suerte.

—La visión no fue solo mía —dijo Gabriel en voz baja—. Los medios son meras herramientas. Lo que importa es la inspiración, la convicción de que el cambio es necesario y posible.

Clara sintió el familiar estremecimiento que la cercanía de Gabriel siempre le provocaba. Estaban tan cerca que podía oler su colonia, sentir el calor que irradiaba su cuerpo, pero la cuidadosa contención que ambos mantenían hacía que el espacio entre ellos pareciera inmenso.

—Debería volver a la posada —dijo Clara al fin, consciente del terreno peligroso en el que se adentraban—. Ha sido un día largo y mañana tengo que coger el tren a Londres temprano.

—Por supuesto —asintió Gabriel, aunque ella captó un destello de decepción en su expresión—. Permíteme acompañarte hasta el carruaje.

Recorrieron el edificio en cómodo silencio, dejando atrás aulas que pronto resonarían con voces jóvenes, la biblioteca donde futuros estudiosos descubrirían el placer del aprendizaje. Al llegar a la entrada principal, Gabriel se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—Clara —dijo, con una gravedad en la voz que sugería que aquello era más que una simple despedida—. Quiero que sepas lo agradecido que estoy de que hayas aceptado formar parte del consejo de gobierno. Tu perspectiva y experiencia serán de un valor incalculable mientras establecemos la misión y los valores de la escuela.

—Es un trabajo importante —respondió Clara—. Me siento honrada de participar en él.

Gabriel le sostuvo la mirada un instante más de lo estrictamente necesario, y Clara sintió que el pulso se le aceleraba ante las emociones que vislumbró en sus ojos grises. Luego abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar; el momento de intimidad se disolvió en mera cortesía.

El viaje en carruaje de regreso a la posada del pueblo dio a Clara tiempo para asimilar las experiencias de la tarde. Volver a ver a Gabriel había resultado más fácil y más difícil de lo que había anticipado: más fácil porque el compromiso compartido con la escuela les proporcionaba un terreno común seguro; más difícil porque sus sentimientos hacia él seguían siendo tan intensos como siempre, pese a los meses de separación.

Esa noche, mientras Clara se acomodaba en su modesta habitación de la posada, unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Al abrir, no encontró a nadie, pero a sus pies había un pequeño paquete envuelto en papel marrón y atado con una cinta. En la tarjeta adjunta, su nombre aparecía escrito con una letra infantil que le resultaba familiar.

Dentro del paquete, Clara encontró un dibujo que le cortó la respiración. Mostraba tres figuras de pie frente a un edificio que era inconfundiblemente la nueva escuela: un hombre alto de cabello oscuro, una mujer con vestido azul y una niña pequeña con cintas en el pelo. En la parte inferior de la página, con la cuidadosa caligrafía de Violet, se leía: «Nuestra familia en la inauguración de la escuela».

Clara se dejó caer en el borde de la cama, aferrando el dibujo con manos temblorosas. La inocencia de la visión de Violet resultaba devastadora: la niña los veía como una familia, juntos, apoyando algo significativo y duradero. Era el futuro del que Clara se había alejado, la vida que había elegido sacrificar en nombre de la independencia y la prudencia.

Por primera vez desde que dejó Westridge Hall, Clara se permitió cuestionar si había tomado la decisión correcta. ¿Su insistencia en tomarse tiempo y mantener las distancias había sido sabiduría o cobardía? ¿Se había estado protegiendo de cometer un error, o había estado huyendo de la posibilidad de una felicidad auténtica?

Clara pasó la velada caminando por las calles del pueblo, con el dibujo a buen recaudo en su bolsito mientras luchaba con dudas y posibilidades. Los argumentos racionales que habían parecido tan convincentes en Londres resultaban menos sólidos aquí, rodeada de la realidad física de lo que Gabriel había logrado en su ausencia.

Cuando por fin regresó a su habitación, Clara se sentó ante el pequeño escritorio y sacó papel y pluma. Durante casi una hora contempló la página en blanco, buscando palabras que pudieran expresar adecuadamente la complejidad de sus sentimientos. Cuando al fin comenzó a escribir, las palabras fluyeron despacio al principio, luego con creciente seguridad a medida que encontraba el tono.

*Mi queridísimo Gabriel:*

*He pasado esta tarde recorriendo la escuela que has construido, admirando la manifestación física de ideales que una vez discutimos en términos abstractos. Lo que has creado es más que un edificio: es esperanza hecha tangible, justicia convertida en forma y sustancia. No tengo palabras para expresar cuánto me conmueven tu visión y tu compromiso de transformar nuestras conversaciones en acciones que beneficiarán a generaciones de niños.*

*Pero debo confesar que mi admiración por tus logros se ve empañada por emociones que esperaba que el tiempo y la distancia pudieran resolver. Tres meses de separación no han disminuido mis sentimientos hacia ti, no han aclarado la confusión de mi corazón ni simplificado las decisiones que tengo ante mí. Es más, verte de nuevo hoy me ha hecho más consciente que nunca de lo que puedo haber sacrificado en nombre de la cautela y la prudencia.*

*El dibujo de Violet, que de algún modo consiguió que me hicieran llegar a mi habitación esta noche, nos muestra a los tres juntos frente a tu escuela. Su inocente visión de nuestra familia resulta hermosa y desgarradora a la vez, un recordatorio de la vida que podría haber sido nuestra si yo hubiera tenido el valor de confiar en mi corazón en lugar de en mis miedos.*

*He pasado estos meses en Londres creando un despacho dedicado a la justicia para quienes no pueden permitirse representación legal tradicional. El trabajo es gratificante y necesario, pero no ha llenado el vacío en mi corazón que tú y Violet una vez ocupasteis. Me digo a mí misma que la independencia fue la decisión correcta, que establecerme profesionalmente era esencial para cualquier felicidad futura. Pero esta noche, rodeada de pruebas*

*de la vida compartida que podríamos haber tenido, me pregunto si la sabiduría no se parecerá a veces peligrosamente a la cobardía.*

*No escribo esta carta para cargarte con mis incertidumbres ni para buscar consuelo ante decisiones que debo tomar yo misma. Escribo, más bien, porque la honestidad no exige menos que la verdad, y la verdad es que te amo. Te he amado pese a todos mis esfuerzos por mantener la distancia apropiada, pese a los argumentos racionales para proceder con cautela, pese al miedo de que el amor nacido de una crisis pudiera resultar menos duradero que el amor que florece en circunstancias más serenas.*

*Amo tu dedicación al bienestar de Violet, tu voluntad de aprender de los errores del pasado, tu compromiso de usar tus privilegios para beneficiar a quienes han sido menos afortunados. Amo al hombre en que te has convertido en estos meses desde que nos conocimos, la persona que siempre fuiste capaz de ser una vez liberado de las sombras de la culpa y el miedo.*

*No sé qué nos depara el futuro, ni si el amor que siento podría ser el cimiento de algo duradero y significativo. Pero sé que no puedo seguir escudándome en la prudencia cuando mi corazón habla con tanta claridad. Mereces saber que tus sentimientos son correspondidos, que el tiempo que pasamos separados solo ha confirmado lo que estaba demasiado asustada para admitir cuando estábamos juntos.*

*Si todavía crees que podría haber un lugar para mí en tu vida y en la de Violet, si piensas que podríamos construir algo digno del amor que sentimos, entonces quizás podríamos hablar de cómo sería ese futuro. No como un matrimonio de conveniencia ni como solución a presiones externas, sino como una unión entre iguales que se eligen con libertad y sin reservas.*

*Mañana regresaré a Londres, pero mi corazón permanece en Westridge Hall contigo y con Violet. Si quieres que sigamos hablando, sabes dónde encontrarme.*

*Con todo mi amor y mi esperanza en nuestro futuro, Clara*

Clara leyó la carta dos veces, con las manos temblorosas mientras asimilaba la magnitud de lo que había escrito. No era la correspondencia cuidadosa y mesurada que habían mantenido

durante los últimos meses, sino una revelación completa de sus sentimientos y deseos. Una vez enviada, no habría forma de retractarse de esas palabras ni de refugiarse en la seguridad de la distancia profesional.

Por un momento, Clara vaciló, con la pluma suspendida sobre el sobre mientras la duda le susurraba sus advertencias de siempre. Pero entonces pensó en el dibujo de Violet, en el orgullo discreto de Gabriel mientras le mostraba la escuela, en la vida que podrían construir juntos si encontraba el valor para ir a por ella.

Selló la carta con gesto decidido y se recostó en la silla mientras el peso de su decisión caía sobre ella. Al día siguiente regresaría a Londres, pero no enviaría esta carta desde el pueblo. Algunas conversaciones eran demasiado importantes para confiarlas al correo, algunas declaraciones demasiado trascendentes para dejarlas en manos de terceros.

Clara dobló la carta con cuidado y la guardó en su maletín de viaje. Cuando llegara el momento de entregarla, lo haría en persona, mirando a Gabriel a los ojos mientras le ofrecía su corazón sin reservas ni condiciones.

La idea la aterrorizaba y la emocionaba a partes iguales.

# CAPÍTULO 23



El viaje de regreso de Clara a Westridge Hall a la tarde siguiente requirió más valor que cualquiera de sus anteriores enfrentamientos con la verdad. La carta yacía doblada en su retículo, con un peso que parecía mucho mayor de lo que el mero papel y la tinta podían justificar. Había pasado la mañana recorriendo su habitación en la posada, ensayando lo que podría decir cuando le entregara a Gabriel su confesión escrita, solo para abandonar cada discurso cuidadosamente planeado por considerarlo inadecuado ante la magnitud de lo que intentaba.

La verdad era que Clara nunca se había mostrado tan vulnerable ante otra persona. Incluso su engaño al venir a Westridge Hall había sido una forma de protección, una manera de mantener el control mientras perseguía sus propósitos. Esta carta representaba una rendición completa: no solo de sus secretos, sino de su corazón tan celosamente protegido.

La tarde era cálida y tranquila, con el sol de finales de primavera pintando el campo en tonos dorados y verdes que parecían casi demasiado hermosos para ser reales. Clara había despedido el carruaje de alquiler en las puertas de la finca y había optado por recorrer a pie el último tramo hasta la casa. Necesitaba ese tiempo para armarse de valor, para prepararse ante cualquier respuesta que Gabriel pudiera dar a su declaración.

Al acercarse a la casa principal, Clara divisó figuras familiares en el césped delantero. Gabriel estaba de pie bajo el antiguo roble donde ella había recogido especímenes para las lecciones de naturaleza de Violet, con la cabeza oscura inclinada sobre lo que parecían planos arquitectónicos extendidos en una mesa portátil. Junto a él, Violet estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una manta, dibujando en un gran bloc con la concentración absorta que dedicaba a todas sus actividades artísticas.

La escena doméstica hizo que el corazón de Clara se encogiera de anhelo y esperanza. Aquí estaba la vida de la que se había alejado, la familia que podría reclamar si tenía el valor suficiente para alcanzar lo que quería en lugar de lo que parecía más seguro.

Gabriel levantó la vista cuando Clara se acercó; su expresión pasó de la sorpresa al placer y luego a algo más complejo que podría haber sido esperanza cuidadosamente contenida. Se enderezó y dejó a un lado sus papeles, mientras Violet se ponía de pie de un salto con evidente deleite.

—¡Srta. Finch! —exclamó Violet, cruzando el césped a la carrera para abrazar a Clara con el afecto desinhibido que la hacía tan querida—. Papá dijo que ya habías regresado a Londres. ¡Pensé que te había perdido por completo!

—Decidí hacer otra parada antes de tomar el tren —respondió Clara, devolviendo el abrazo de la niña sin apartar la mirada del rostro de Gabriel—. Hay algo de lo que debo hablar con tu padre.

La expresión de Gabriel se tornó más seria ante sus palabras, aunque ella captó un destello de curiosidad en sus ojos grises.

—Por supuesto. Violet, ¿por qué no llevas tus materiales de dibujo adentro? La Sra. Redley mencionó algo de bollos frescos en la cocina.

Violet recogió sus materiales de arte con la eficiencia de una niña acostumbrada a que la excluyeran periódicamente de las conversaciones de adultos. Pero antes de marcharse, se volvió hacia Clara con una expresión seria, desgarradoramente madura para sus ocho años.

—¿Te quedarás a tomar el té? —preguntó—. He hecho un dibujo de la escuela que me gustaría mucho enseñarte.

—No sé si podré quedarme al té —respondió Clara con franqueza —. Pero me encantaría ver tu dibujo, pase lo que pase.

Violet pareció satisfecha con aquella promesa a medias y se alejó saltando hacia la casa, con los materiales apretados entre sus pequeños brazos. Clara y Gabriel quedaron solos bajo el roble, mientras la luz del sol de la tarde se filtraba entre las hojas, que proyectaban sombras danzantes sobre el césped a sus pies.

—Pareces tener algo importante en mente —observó Gabriel en tono deliberadamente neutro—. ¿Va todo bien? Espero que no haya problemas con los preparativos de la escuela.

—Nada de eso —respondió Clara, sintiendo que el pulso se le aceleraba a medida que se acercaba el momento de la revelación—. Yo... tengo algo para ti. Algo que escribí anoche, después de nuestra conversación en la escuela.

Clara sacó la carta de su retículo con manos que apenas temblaban, orgullosa de haber logrado mantener la compostura hasta ese momento. Gabriel aceptó el papel doblado con evidente curiosidad y reparó en su nombre escrito con la cuidadosa caligrafía de ella en el anverso.

—¿Debería leerla ahora? —preguntó.

—Si quieres —respondió Clara, aunque su propia voz le sonaba tensa—. Creo que sería mejor que conocieras su contenido antes de que intentemos seguir hablando.

Gabriel desdobló la carta con la cuidadosa precisión que dedicaba a todos los documentos importantes; sus ojos empezaron a recorrer la página con creciente intensidad. Clara observó su rostro mientras leía y vio cómo su expresión pasaba del interés cortés a la sorpresa, y luego a algo mucho más profundo y complejo.

El silencio se extendió entre ellos mientras Gabriel asimilaba su confesión escrita; la brisa de la tarde agitaba los papeles en sus manos y Clara permanecía inmóvil, expectante ante su respuesta. Cuando finalmente levantó la vista, sus ojos grises contenían una emoción tan intensa que a ella se le cortó la respiración.

—Clara —dijo, y su nombre portaba tal carga de sentimiento que a ella el corazón le dio un vuelco—. Esta carta... lo que has escrito aquí...

—No es más que la verdad —lo interrumpió Clara, y descubrió que su voz sonaba más firme de lo esperado—. He pasado tres meses tratando de convencerme de que la cautela era sabiduría, de que la independencia valía más que el amor. Pero al verte ayer, al ver lo que has logrado con la escuela, al recibir el dibujo de Violet... me di cuenta de que me estaba mintiendo a mí misma sobre lo que de verdad importa.

Gabriel dobló la carta con cuidado, con movimientos pausados, como si estuviera manipulando algo precioso y frágil.

—¿Y qué es lo que de verdad importa, en tu opinión?

—El amor importa. La compañía importa. La posibilidad de construir algo significativo juntos importa más que la certeza de estar sola —Clara dio un paso hacia Gabriel, y su determinación se fortalecía a medida que hablaba—. He tenido tanto miedo de perderme en ti que casi pierdo la oportunidad de descubrir quiénes podríamos ser juntos.

Gabriel permaneció en silencio durante un largo momento, con la mirada yendo del rostro de Clara a la carta en sus manos. Cuando volvió a hablar, su voz contenía tal profundidad de emoción que a ella se le encogió el pecho de expectación.

—¿Caminarías conmigo? —preguntó—. Necesito moverme para asimilar bien lo que me has dicho.

Clara asintió, y comenzaron a pasear por los terrenos familiares de Westridge Hall, junto a jardines donde una vez había enseñado a Violet sobre especímenes botánicos, frente a ventanas desde las que había observado a Gabriel con ojos suspicaces mientras planeaba su caída. No se le escapaba la ironía de estar ofreciéndole ahora su corazón en el mismo lugar donde una vez había tramado su destrucción.

—Tu carta habla de amor —dijo Gabriel mientras caminaban, en tono reflexivo más que apasionado—. Pero también habla de miedo: miedo a perderte en el matrimonio, a que tu independencia se vea comprometida por la vida en pareja. Necesito entender: ¿me estás ofreciendo tu corazón a pesar de esos miedos, o has encontrado la manera de resolverlos?

Clara sopesó la pregunta con seriedad, agradecida de que Gabriel buscara comprender en lugar de limitarse a aceptar su declaración sin más.

—Creo que he aprendido a distinguir entre perderme y elegir compartirme. La mujer que escribió esa carta no es la misma persona que llegó a Westridge Hall buscando venganza. He descubierto quién soy cuando no me impulsan el dolor y la ira, y esa persona me gusta bastante.

—¿Y tu trabajo en Londres? ¿Tu labor de abogacía?

—Seguiría exactamente igual —respondió Clara con firmeza—. No estoy dispuesta a abandonar mi vocación en aras de la felicidad doméstica. Lo que sugiero es que quizá podríamos apoyarnos mutuamente en nuestros propósitos, en lugar de verlos como intereses enfrentados.

Gabriel se detuvo y se volvió para mirarla de frente, con expresión seria pero amable. —Clara, necesito que entiendas algo. No quiero una esposa que sacrifique su identidad por mi comodidad. No quiero a alguien que se empequeñezca para amoldarse a lo que yo creo necesitar.

A Clara se le cortó la respiración ante sus palabras, en las que reconoció tanto consuelo como desafío.

—De lo que me enamoré —continuó Gabriel— fue de tu pasión por la justicia, de tu negativa a aceptar mentiras cómodas, de tu determinación de defender lo que creías correcto sin importar el coste personal. Jamás te pediría que renunciaras a esas cualidades. De hecho, espero que el matrimonio te proporcione recursos adicionales para dedicarte al trabajo que te importa.

—¿Recursos adicionales?

La sonrisa de Gabriel fue dulce pero incisiva. —¿Pensabas que iba a esperar que mi esposa viviera con el salario de una institutriz mientras se dedica a defender a los pobres? Tu trabajo es importante, Clara. Lo bastante importante como para merecer apoyo económico adecuado, instalaciones apropiadas, todas las herramientas que puedan ayudarte a servir mejor a la justicia.

Clara lo miró fijamente mientras asimilaba las implicaciones de lo que le estaba ofreciendo. No solo amor y compañía, sino una

verdadera alianza en el sentido más auténtico: apoyo mutuo en los propósitos y vocaciones de cada uno.

—¿Qué quieres tú del matrimonio, Gabriel? —preguntó Clara en voz baja—. ¿Qué esperas construir conmigo?

Gabriel echó a andar de nuevo, con paso lento y meditabundo. —Quiero lo que tuvimos en nuestros mejores momentos juntos: complicidad intelectual, un propósito compartido, esa clase de compañía que hace que ambos seamos mejores de lo que éramos por separado. Quiero despertar cada mañana sabiendo que la persona que tengo al lado ve el mundo con el mismo compromiso con la justicia y la verdad que yo estoy aprendiendo a abrazar.

Se detuvo un momento y miró a Clara con una expresión vulnerable y decidida a un tiempo. —Quiero amarte sin reservas, y quiero que me ame alguien que me elija libremente, no por necesidad ni por las circunstancias.

Clara notó que se le humedecían los ojos ante la sencilla honestidad de sus palabras. —¿Y Violet? ¿Cómo imaginas mi papel en su vida?

—Como su madrastra, si estás dispuesta. Como alguien que siga alimentando su curiosidad y su confianza, que la ayude a entender que las mujeres pueden ser amorosas y fuertes a la vez, femeninas y formidables. —La voz de Gabriel se suavizó—. Te adora, Clara. Desde el primer momento en que la tomaste en serio como persona, en lugar de tratarla como un problema que había que resolver.

Habían llegado al límite de los jardines formales, donde los parterres cuidadosamente atendidos daban paso a la belleza más silvestre del parque. Clara podía ver el edificio de la escuela a lo lejos, con sus paredes de ladrillo rojo cálidas bajo el sol de la tarde, y de pronto tuvo una certeza absoluta sobre lo que realmente quería.

—Gabriel —dijo, y se detuvo junto a un banco de piedra que daba al campo ondulado—. ¿Qué quiero ahora? Quiero un futuro. No un puesto ni un papel ni un arreglo cómodo, sino un futuro de verdad, construido junto a alguien a quien amo y respeto. Quiero ser tu compañera en todo el sentido de la palabra: en la crianza de

Violet, en apoyarnos mutuamente en nuestro trabajo, en los desafíos y las alegrías que nos aguarden.

La expresión de Gabriel se transformó ante sus palabras: la esperanza afloró en sus rasgos como el amanecer tras una larga noche. —¿Estás segura? ¿No es gratitud, ni sentimentalismo, ni el romanticismo del momento?

—Soy yo, que te elijo con pleno conocimiento de lo que esa elección significa —respondió Clara con firmeza—. Que nos elijo a los dos, que elijo la vida que podríamos construir juntos.

Gabriel se acercó más a ella, tanto que Clara pudo ver las motas plateadas en sus ojos grises, sentir el calor que emanaba de su cuerpo. —Entonces constrúyelo conmigo —dijo en voz baja—. Construyamos un futuro digno del amor que sentimos el uno por el otro.

El beso que siguió no se parecía en nada a los momentos tentativos e interrumpidos que habían compartido antes. Fue el beso de dos personas que se habían elegido libremente y por completo, que entendían el peso de su decisión y la abrazaban sin reservas. Las manos de Gabriel enmarcaron el rostro de Clara con tierna reverencia mientras ella se perdía en la calidez y la certeza de aquel abrazo.

Cuando por fin se separaron, ambos estaban sin aliento, ambos transformados por la trascendencia de lo que acababa de ocurrir entre ellos. No era la pasión desesperada de una crisis ni el afecto agradecido de un rescate, sino algo mucho más precioso: el amor de dos iguales que habían encontrado en el otro exactamente lo que habían estado buscando.

—Te quiero —susurró Gabriel contra la frente de Clara—. No como mi salvadora ni mi salvación, sino como mi compañera en lo que venga.

—Y yo a ti —respondió Clara con voz firme y llena de convicción —. No a pesar de tus errores pasados, sino por el hombre en que esas experiencias te han ayudado a convertirte.

Permanecieron juntos en los jardines de Westridge Hall mientras la luz de la tarde comenzaba a desvanecerse, dos personas que habían encontrado el camino desde el engaño y el malentendido

hasta algo real y duradero. Clara oía la risa de Violet resonando desde la casa, veía el edificio de la escuela que representaba su compromiso compartido con la justicia y la oportunidad, sentía la calidez sólida de la presencia de Gabriel a su lado.

—¿Cuándo nos casamos? —preguntó Gabriel mientras la estrechaba por la cintura—. Como es debido esta vez, con alegría y no por necesidad.

—Pronto —respondió Clara, y se recostó en su abrazo—. Pero no demasiado pronto. Me gustaría tener tiempo para dejar organizada mi labor en Londres durante mi ausencia, para asegurarme de que mi trabajo no se resienta en aras de la felicidad personal.

La sonrisa de Gabriel rebosaba admiración y amor. —Digno de la mujer extraordinaria de la que me enamoré. Muy bien: una boda que honre tanto nuestro compromiso mutuo como nuestra dedicación al trabajo que nos importa.

Mientras caminaban juntos de regreso a la casa, Clara sintió una plenitud que nada tenía que ver con finales y todo con el comienzo de algo enteramente nuevo. Había llegado a Westridge Hall en busca de justicia para su padre y había encontrado, en cambio, una familia, un propósito y un amor que los sostendría a todos ante cualquier desafío que les aguardara.

Las sombras del pasado por fin se disipaban, reemplazadas por la luminosa promesa de un futuro construido sobre la verdad, el amor y la convicción inquebrantable de que hay cosas por las que merece la pena luchar.

Y lo más valioso de todo: Clara había aprendido que no tenía que elegir entre el amor y la independencia, entre la felicidad personal y la vocación profesional. Con Gabriel a su lado y la risa de Violet guiándolos a casa, estaba descubriendo que las mejores alianzas eran aquellas que permitían a ambos ser más plenamente ellos mismos de lo que habían sido en soledad.

# CAPÍTULO 24



La mañana de la inauguración oficial de la escuela amaneció despejada y radiante, con ese clima primaveral perfecto que parecía augurar buena fortuna para las nuevas empresas. Clara se despertó temprano en su familiar habitación de Westridge Hall —los aposentos de la institutriz que había solicitado para esta visita en lugar de la suite de la señora, que pronto sería suya por derecho—. Había regresado brevemente a Londres para poner en orden sus asuntos y luego había vuelto a Westridge para la ceremonia que marcaría no solo el comienzo de la escuela, sino el inicio de su nueva vida con Gabriel y Violet.

Mientras Clara se vestía con su mejor vestido de seda azul —el mismo que había llevado en su desastrosa ceremonia de boda, ahora transformado en algo alegre por la promesa de felicidad que iba a presenciar—, podía oír el bullicio por toda la casa. Los criados se apresuraban por los pasillos con flores y refrigerios, los carruajes ya llegaban con invitados de los condados vecinos, y en algún lugar a lo lejos se oía a Violet practicando su discurso para el corte de cinta con la dicción esmerada de una niña decidida a estar a la altura de una ocasión tan importante.

Clara bajó las escaleras y encontró la casa sumida en un caos controlado que delataba una preparación considerable. La Sra. Redley estaba en el vestíbulo dirigiendo a los lacayos con precisión

militar, su expresión habitualmente severa suavizada por lo que bien podría ser satisfacción.

—Buenos días, Sra. Redley —dijo Clara al cruzar el vestíbulo—. Debe de estar satisfecha de ver que por fin ha llegado este día.

El ama de llaves interrumpió sus instrucciones para mirar a Clara con una expresión sorprendentemente cálida.

—En efecto, señora. Debo decir que la casa nunca ha estado tan llena de vida como en estas últimas semanas con todos los preparativos. El señorito Gabriel parece... más aliviado, de algún modo. Más él mismo de lo que ha sido desde que falleció la señora.

Clara sintió que el corazón se le ensanchaba ante este inesperado respaldo de la mujer que en otro tiempo la había mirado con tanta desconfianza.

—Me alegra oírlo. Espero que ese alivio perdure.

—Creo que así será —respondió la Sra. Redley con una franqueza impropia de ella—. La casa necesita vida, necesita un propósito más allá del mero mantenimiento. Esta escuela, su labor de abogacía, la felicidad de la Srta. Violet... todo habla de una familia que mira hacia adelante en lugar de hacia atrás.

Antes de que Clara pudiera responder a tan notable discurso, Gabriel apareció en lo alto de la escalera principal, resplandeciente con su mejor traje de mañana. Verlo aún hacía que se le acelerara el pulso, pero ahora era por ilusión y no por cautela. En apenas unas horas, estarían ante la comunidad reunida como compañeros en todos los sentidos de la palabra.

—Clara —dijo Gabriel mientras bajaba las escaleras, con sus ojos grises rebosantes de afecto—. Estás preciosa. ¿Lista para nuestra gran inauguración?

—Más que lista —respondió Clara, aceptando el brazo que él le ofrecía—. Aunque confieso cierto nerviosismo por el discurso. Hace tiempo que no hablo ante una concurrencia semejante.

—Estarás magnífica —le aseguró Gabriel—. Siempre lo estás cuando hablas de algo en lo que crees.

Se dirigieron juntos al edificio de la escuela, uniéndose al torrente de invitados que habían acudido a presenciar la ceremonia. La estructura resultaba aún más impresionante de lo que Clara

recordaba: sus paredes de ladrillo rojo relucían bajo el sol de la mañana mientras las banderas y los banderines añadían color festivo a la ocasión. Los niños del pueblo se apiñaban cerca de la entrada adornada con cintas, con los rostros radiantes de curiosidad y emoción por las oportunidades que les aguardaban dentro.

Frente a la entrada principal se había erigido una pequeña plataforma, decorada con flores de los jardines de Westridge y equipada con un atril para los diversos discursos que marcarían la ocasión. Gabriel había insistido en que Clara pronunciara el discurso de apertura, no como su esposa ni como la madrastra de Violet, sino como la persona cuyas ideas habían inspirado la creación de la escuela.

—Damas y caballeros —dijo Gabriel mientras ocupaba su puesto en el atril, con la voz resonando clara sobre la multitud reunida—. Bienvenidos a lo que espero sea el primer día de incontables oportunidades para los niños de nuestra comunidad. Antes de proceder con la inauguración formal, me gustaría presentarles a alguien cuya visión y dedicación hicieron posible este día.

Clara sintió que el pulso se le aceleraba mientras Gabriel continuaba, y sus palabras, cargadas de orgullo y respeto, la hicieron erguirse.

—La Sra. Clara Harrow ha dedicado su vida profesional a garantizar que la justicia y la oportunidad no sean privilegios reservados a los ricos, sino derechos al alcance de todos los que los buscan. Fue su convicción de que la educación constituye la base de una sociedad justa lo que inspiró la creación de esta escuela. No se me ocurre nadie más indicado para inaugurarla.

El aplauso que recibió Clara al acercarse al atril fue cálido y sincero, pero apenas lo oyó. Tenía la atención puesta enteramente en Gabriel, quien se había hecho a un lado para cederle el protagonismo mientras permanecía lo bastante cerca para ofrecerle apoyo en silencio. Aquella era la compañía con la que había soñado: no Gabriel hablando por ella ni interponiéndose, sino a su lado como un igual.

—Amigos y vecinos —comenzó Clara, y su voz fue cobrando fuerza a medida que encontraba su ritmo—. Hoy celebramos algo

más que la inauguración de una escuela. Celebramos la creencia fundamental de que todo niño, independientemente de sus circunstancias, merece las herramientas necesarias para construir la vida que imagina para sí.

Podía ver rostros en la multitud —granjeros y comerciantes, nobles y familias trabajadoras—, todos unidos en su compromiso con los niños que se beneficiarían de aquella oportunidad. En la primera fila, Violet aguardaba de pie con las tijeras ceremoniales, los ojos grises brillándole de emoción y orgullo.

—La educación no es caridad —continuó Clara, cada vez más apasionada—. Es inversión: inversión en el futuro de nuestra comunidad, nuestra nación y los principios de justicia que deben guiarnos a todos. Cuando enseñamos a leer a un niño, le damos acceso a todas las historias jamás escritas. Cuando les enseñamos matemáticas, les proporcionamos herramientas para el comercio y la industria. Cuando les enseñamos a pensar con espíritu crítico, los preparamos para ser ciudadanos dignos de la democracia que decimos defender.

El público escuchaba con evidente interés, asintiendo con la cabeza mientras Clara exponía la filosofía que había guiado el desarrollo de la escuela. Sentía la presencia de Gabriel a su lado, percibía el callado orgullo que él sentía por sus palabras.

—Esta escuela representa un nuevo cimiento —concluyó Clara—, no solo para el edificio que inauguramos hoy, sino para la creencia de que la oportunidad y la justicia deben construirse activamente, no aguardarse con pasividad. Que los niños que aprendan entre estas paredes lleven consigo la convicción de que el conocimiento es poder, y que el poder se emplea mejor al servicio del bien común.

El aplauso que siguió fue entusiasta y prolongado, reflejo del genuino compromiso de la comunidad con la misión de la escuela. Cuando Clara se apartó del atril, la mano de Gabriel buscó la suya y la apretó suavemente en reconocimiento de su éxito.

Violet cumplió con su cometido de cortar la cinta con admirable solemnidad, y su vocecita resonó clara mientras declaraba la escuela oficialmente abierta a estudiantes y familias de toda la región. La ceremonia concluyó con visitas guiadas al edificio, durante las cuales

Clara se vio enfrascada en conversaciones con padres deseosos de saber cómo podrían beneficiarse sus hijos de la matrícula.

Durante una de esas conversaciones, Clara conoció a una niña que resultaría decisiva para comprender mejor el impacto de la escuela. La niña tendría unos diez años, con ojos oscuros e inteligentes y ropa que delataba la cuidadosa economía de una familia. Estaba un poco apartada de los demás niños, observando el desarrollo de los acontecimientos con esa atención minuciosa que denota tanto interés como incertidumbre.

—Hola —dijo Clara, arrodillándose para quedar a la altura de la niña—. Soy la Sra. Harrow. ¿Estás pensando en venir a nuestra escuela?

La niña asintió con timidez. —Me gustaría mucho, señora. Pero papá dice que quizá no haya sitio para los de nuestra clase.

Clara sintió la indignación de siempre al pensar que una niña pudiera considerarse indigna de recibir educación. —¿Cómo te llamas, querida?

—Sarah Mills, señora. Mi padre trabaja en la cantera.

—Bueno, Sarah Mills —dijo Clara con firmeza—, esta escuela se construyó precisamente para niñas como tú, niñas con mentes brillantes que merecen la oportunidad de desarrollarlas. ¿Quieres que hable con tu padre sobre la matrícula?

La conversación que siguió con el padre de Sarah —un hombre curtido cuya deferencia delataba años de aceptar su lugar en la jerarquía social— le recordó a Clara por qué la misión de la escuela importaba tanto. Tenía ante sí a una familia que jamás había imaginado la educación como una posibilidad para su hija, que veía el aprendizaje como un privilegio reservado para sus superiores.

—La matrícula es asequible —aseguró Clara al Sr. Mills—, y podemos hacer arreglos para las familias que necesiten ayuda. Lo que importa es que Sarah quiera aprender, no la situación económica de su familia.

Cuando terminó la conversación, Sarah Mills estaba matriculada como una de las primeras alumnas de la escuela; la gratitud del padre se reflejaba en sus cuidadosos agradecimientos, y la emoción de Sarah brillaba en sus ojos oscuros. Clara sintió una profunda

satisfacción ante aquella pequeña victoria: una niña que había recibido una oportunidad, una familia a la que se le ofrecía esperanza, un paso más hacia la sociedad más justa que había dedicado su vida a construir.

Cuando las ceremonias terminaron y los invitados comenzaron a dispersarse, Clara se vio caminando de regreso a la casa principal con Gabriel y Violet. La tarde había sido un éxito rotundo, pero más que eso, había demostrado la realidad de la unión que ella y Gabriel estaban construyendo juntos.

—Ha sido precioso —dijo Gabriel mientras paseaban por los jardines—. Tu discurso, cómo llevaste las conversaciones sobre la matrícula, la visión que transmitiste de lo que la escuela podría lograr. Nunca me he sentido más orgulloso de estar al lado de alguien.

Una calidez se extendió por el pecho de Clara al oír sus palabras. —Al lado, no detrás —dijo en voz baja—. Eso significa más para mí de lo que imaginas.

—Sí me lo imagino —respondió Gabriel con seriedad—. He aprendido algo importante estos últimos meses: que las mejores uniones son aquellas en las que ambos se fortalecen mutuamente, no donde uno se empequeñece por la comodidad del otro.

Se detuvieron cerca del jardín de rosas, donde los primeros capullos comenzaban a mostrar color contra el fondo verde de los arbustos bien cuidados. Violet había corrido hacia la casa, ansiosa por contarle a la Sra. Redley todo lo del día y lo bien que le había salido la ceremonia del corte de cinta.

—Clara —dijo Gabriel en voz baja—, hay algo que quiero darte. Algo que representa la confianza y la unión que espero compartamos siempre.

Sacó un pequeño objeto del bolsillo del chaleco: una llave de latón ornamentada que Clara reconoció de inmediato. Era la llave de su estudio, la habitación que en otro tiempo había sido territorio prohibido, el lugar donde guardaba sus secretos más celosamente.

—No más puertas cerradas entre nosotros —dijo con sencillez, depositando la llave en la palma de Clara—. No más secretos, no

más territorios vedados. Todo lo que tengo, todo lo que soy, quiero compartirlo contigo por completo.

Clara contempló la llave, comprendiendo la magnitud del gesto. No se trataba solo de acceder a una habitación, sino de la voluntad de Gabriel de mostrarse del todo vulnerable, del todo abierto, de confiar plenamente en su unión.

—Gracias —susurró con la voz quebrada por la emoción—. Por esto, por hoy, por el futuro que estamos construyendo juntos.

Gabriel respondió atrayéndola hacia sus brazos, allí mismo en el jardín donde cualquiera podría verlos, y la besó con una pasión que hablaba de un amor por fin liberado de ataduras y dudas. Cuando se separaron, ambos estaban sin aliento, ambos transformados por la promesa de la noche que se avecinaba.

Cuando el atardecer cayó sobre Westridge Hall, la casa adquirió un aire diferente a cualquiera que Clara hubiera conocido allí. Las sombras que en otro tiempo habían parecido amenazantes ahora resultaban acogedoras, y los pasillos que habían resonado con secretos ahora vibraban con la serena satisfacción de una familia en paz consigo misma.

Clara se vistió para la cena con especial esmero: eligió un vestido de seda verde que Gabriel había elogiado en una ocasión y se recogió el cabello en un estilo elegante pero no severo. Aquella noche marcaría el verdadero comienzo de su matrimonio, no la ceremonia forzada por las circunstancias, sino la unión elegida libremente por dos personas que habían encontrado el uno en el otro exactamente lo que buscaban.

La cena fue una celebración, con Violet parloteando emocionada sobre todo lo sucedido mientras Gabriel y Clara intercambiaban miradas cada vez más intensas a medida que avanzaba la comida. La normalidad doméstica de la escena era engañosa: bajo la superficie, ambos eran muy conscientes de lo que les esperaba, de las últimas barreras que caerían entre ellos antes de que terminara la noche.

Después de arropar a Violet en la cama con cuentos y besos, después de que la casa se sumiera en la quietud nocturna, Clara se halló de pie en el pasillo, frente a las habitaciones de Gabriel. La

llave que él le había dado esa tarde estaba tibia en su palma, pero comprendió que no la necesitaría esa noche. Gabriel le abría su puerta, literal y figuradamente, dándole la bienvenida a los aspectos más íntimos de su vida.

—Clara —dijo Gabriel en voz baja cuando ella apareció en el umbral, con la voz ronca de emoción y deseo—. ¿Estás segura? Una vez que crucemos este umbral, todo cambiará entre nosotros.

—Todo ha cambiado ya —respondió Clara, entrando en sus aposentos y cerrando la puerta tras de sí—. Esto es simplemente la culminación de decisiones que ambos hemos tomado con pleno conocimiento de lo que significaban.

Gabriel avanzó hacia ella lentamente, con los ojos grises oscurecidos por el deseo, pero también por algo más profundo: amor, respeto, la honda satisfacción de un hombre que por fin había encontrado a su igual en todos los sentidos.

—Te amo —dijo con sencillez, enmarcándole el rostro con las manos en un gesto de tierna reverencia—. No como posesión ni como premio, sino como compañera e igual. Como la mujer que me desafía a ser mejor de lo que creí posible.

—Entonces ámame por completo —susurró ella—. Sin reservas, sin las sombras del pasado, sin nada entre nosotros salvo la verdad, la libertad de elegir y la promesa del mañana.

El beso que siguió fue profundo y hambriento; años de contenida cautela cedieron ante la pasión sincera.

Mientras la luz de la luna se filtraba por las ventanas de Westridge Hall, Gabriel y Clara se unieron por fin como verdaderos compañeros, como dos personas que se habían elegido con plena libertad. En los brazos de Gabriel, Clara descubrió que la vulnerabilidad compartida con la persona adecuada se convertía en fuente de fortaleza, no de debilidad.

Cuando por fin se durmieron el uno en brazos del otro mientras el amanecer se colaba por las ventanas, ambos sabían que habían encontrado al fin los cimientos sobre los que construir un amor capaz de resistir cualquier desafío que les aguardara.

Las sombras del pasado se habían disipado por completo, reemplazadas por la luminosa promesa de un futuro construido

sobre la verdad, la unión y la inquebrantable convicción de que algunas cosas —el amor, la justicia, la esperanza— merecían cualquier riesgo con tal de alcanzarlas.

# CAPÍTULO 25



El sol de la mañana proyectaba largas sombras sobre el pequeño cementerio familiar de Westridge Hall mientras Clara recorría el sendero de grava, con una ramita de lavanda fresca sostenida con cuidado en la palma de la mano. Habían pasado tres meses desde la inauguración de la escuela, tres meses de matrimonio construido sobre la verdad y la complicidad, tres meses viendo florecer a Violet bajo el cuidado de unos padres que se amaban tanto como la amaban a ella.

Era la primera vez que Clara visitaba la tumba de Margaret Harrow desde que conoció la verdad sobre su trágico final, desde que comprendió las decisiones imposibles que habían marcado el pasado de Gabriel, desde que hizo las paces con la mujer cuya muerte había proyectado sombras tan largas sobre la familia que ahora llamaba suya.

La lápida era sencilla pero elegante, tallada en piedra local, con el nombre de Margaret, las fechas y una sola línea que rezaba: «Esposa y madre amada». Clara sabía ahora que Gabriel había elegido esas palabras con infinito cuidado, buscando honrar a la mujer que Margaret había sido en sus momentos más felices, en lugar de definirla por la enfermedad que finalmente le había arrebatado la vida.

Clara se arrodilló junto a la tumba y colocó la ramita de lavanda contra la base de la lápida; sus dedos se demoraron sobre la piedra fría mientras reunía sus pensamientos. El aroma familiar de la planta se elevó a su alrededor, evocando recuerdos de la caja de música en la habitación preservada de Margaret, de la flor seca que había descubierto allí, de la nota que Gabriel había dejado con la esperanza de que su esposa pudiera encontrar en la muerte la paz que él no había podido darle en vida.

—Quería darte las gracias —dijo Clara en voz baja, apenas audible en la quietud de la mañana—. Por amar a Gabriel y a Violet con tanta entrega que sus recuerdos de ti permanecieron intactos a pesar de tus luchas finales. Por mostrarme lo que significa ser madre, aunque nunca tuve la oportunidad de observarte directamente. Por dejar tras de ti a un esposo y una hija que se sabían queridos, incluso cuando las circunstancias los obligaron a separarse de ti.

Una suave brisa agitó las hojas del roble que protegía el cementerio y trajo consigo los aromas de la primavera y la promesa de nueva vida. Clara cerró los ojos y se permitió sentir la paz de aquel lugar tranquilo, la sensación de continuidad que conectaba el pasado y el futuro en una cadena ininterrumpida de amor y memoria.

—Espero que aprobarías la vida que estamos construyendo juntos —continuó Clara—. Gabriel se ha convertido en el hombre que creo que siempre supiste que podía ser: no perfecto, pero honesto; con arrepentimientos, sí, pero decidido a usar sus errores pasados como guías hacia mejores decisiones. Y Violet... tu hija es extraordinaria. Fuerte, inteligente y amable, con una capacidad para la alegría que habla del amor que volcaste en sus primeros años.

Clara abrió los ojos y estudió la lápida, observando cómo la luz de la mañana iluminaba las letras talladas y las hacía parecer casi luminosas. Aquello no era un monumento a la tragedia, se dio cuenta, sino a una vida que había importado, a una mujer que había amado profundamente a pesar de sus luchas, a una madre cuya influencia pervivía en la niña confiada y compasiva que había ayudado a formar.

—Te prometo —dijo Clara, y su voz cobró fuerza con convicción— que los amaré a ambos con todo lo que tengo. No para reemplazar lo que perdieron cuando moriste, sino para sumar a lo que les diste. Para ser parte de su historia en lugar de intentar reescribirla.

El sonido de pasos sobre la grava hizo que Clara se volviera; el corazón le dio un vuelco al ver a Gabriel, que se acercaba por el sendero. Llevaba un abrigo oscuro sencillo y traía un pequeño ramo de flores de los jardines de Westridge: rosas y jazmín que llenaban el aire con su dulzura a medida que se aproximaba.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo Gabriel con suavidad mientras se acomodaba junto a Clara sobre la hierba—. Yo también vengo a menudo cuando necesito pensar con claridad sobre lo que más importa.

Clara lo observó mientras él arreglaba las flores junto a la ramita de lavanda, con movimientos cuidadosos y reverentes. No había incomodidad en su presencia allí, ninguna sensación de que Gabriel encontrara inapropiada o intrusiva la visita de Clara. Al contrario, vio gratitud en su expresión, y comprendió que ella estaba honrando la memoria de Margaret en lugar de intentar borrarla.

—Le estaba hablando de nuestra vida juntos —dijo Clara—. De la escuela, de la felicidad de Violet, del futuro que estamos construyendo como familia.

La sonrisa de Gabriel fue suave y sincera.

—Se alegraría, creo. Margaret siempre creyó que el amor debía crear más amor, no menos. Querría que Violet tuviera una madre que la adorara, querría que yo tuviera una compañera que me retara a ser mejor de lo que soy estando solo.

Permanecieron sentados en un silencio apacible durante varios minutos, cada uno perdido en sus propios pensamientos mientras el sol de la mañana ascendía en el cielo. Clara sintió una profunda sensación de plenitud en aquel momento: no la satisfacción desesperada de la venganza lograda, sino la tranquila certeza de comprender su lugar en la historia viva de aquella familia.

—¿Lista para volver? —preguntó Gabriel finalmente—. Violet se estará preguntando adónde hemos ido, y la Sra. Redley mencionó algo de un desayuno especial para celebrar tu última victoria legal.

Clara había logrado otro pequeño triunfo la semana anterior, al representar con éxito a una mujer cuyo esposo había intentado reclamar la propiedad de bienes que ella había heredado de su padre. Era exactamente el tipo de caso que daba sentido a su trabajo: justicia impartida, injusticias reparadas, los vulnerables protegidos de quienes pretendían explotarlos.

—Más que lista —respondió Clara, dejando que Gabriel la ayudara a levantarse—. Creo que Margaret entendería que la mejor manera de honrar su memoria es vivir plenamente, abrazar la alegría que la vida nos ofrece.

Caminaron de regreso hacia Westridge Hall de la mano, con los pasos acompasados tras meses de aprender a moverse por la vida como compañeros. La casa se alzaba ante ellos bajo la luz de la mañana, con los muros de piedra cálidos por el sol y las ventanas que reflejaban el azul del cielo y el verde de los jardines circundantes. Clara se maravilló de lo diferente que parecía el edificio ahora: no la fortaleza intimidante que había encontrado la primera vez, sino un hogar acogedor que albergaba a una familia construida sobre el amor y la honestidad.

Cuando se acercaban a la entrada principal, la puerta se abrió de golpe y Violet salió corriendo hacia ellos, con el cabello oscuro ondeando a su espalda y el rostro radiante de la alegría desinhibida que se había convertido en su expresión natural desde que encontró seguridad en el amor de sus padres.

—¡Mamá! ¡Papá! —llamó Violet, usando el título que aún hacía que el corazón de Clara se llenara de felicidad—. ¡La Sra. Redley dice que vamos a desayunar huevos Benedict y fresas frescas, y el correo ha traído tres cartas para mamá sobre su trabajo legal, y he terminado mi dibujo de la escuela con todos los niños en sus nuevos uniformes!

Clara atrapó a Violet en un abrazo feroz y la hizo girar hasta que ambas estallaron en carcajadas. La felicidad de la niña era contagiosa, su absoluta seguridad en el amor de sus padres, un testimonio de la sanación que había tenido lugar entre aquellos muros.

—¿Tres cartas? —dijo Clara mientras dejaba a Violet en el suelo —. Eso suena prometedor. ¿Son de posibles clientes?

—No lo sé —respondió Violet con la alegre despreocupación de una niña que entendía que el trabajo de su madre era importante sin necesidad de comprender los detalles—. Pero parecen muy oficiales, y la Sra. Redley dice que eso significa que probablemente son de personas que necesitan tu ayuda.

Los tres entraron juntos en la casa, y Clara se sorprendió de lo diferente que parecía el aire mismo ahora. Donde una vez había reinado un silencio opresivo, ahora había el bullicio apacible de un hogar en paz consigo mismo. Donde las sombras habían acechado en las esquinas, la luz del sol ahora entraba a raudales por ventanas que ya no estaban cubiertas con pesadas cortinas. Donde los secretos habían envenenado la atmósfera, la verdad y la franqueza habían creado espacio para la risa y el afecto espontáneo.

La Sra. Redley apareció en el vestíbulo, su expresión habitualmente severa suavizada por lo que Clara había aprendido a reconocer como profunda satisfacción. El ama de llaves había acogido los cambios en Westridge Hall con sorprendente entusiasmo, quizás porque comprendía que una casa llena de vida y propósito era muy preferible a una mantenida como museo de antiguos pesares.

—Buenos días, Sra. Harrow —dijo con una calidez que aún sorprendía a Clara—. Su correspondencia está en su escritorio, y el desayuno se servirá en diez minutos. Señor Gabriel, hay un mensaje de la escuela solicitando su presencia en la reunión de la junta esta tarde.

—Por supuesto —respondió Gabriel—. Vamos a entrevistar candidatos para el puesto de matemáticas, ¿verdad? Clara, ¿podrás acompañarnos, o tus casos requieren tu atención en Londres?

Esa naturalidad al consultarse mutuamente sobre asuntos tanto domésticos como profesionales se había convertido en el ritmo natural de su matrimonio. Gabriel buscaba la opinión de Clara en los asuntos escolares porque su filosofía educativa había contribuido a definir la misión de la escuela, mientras que Clara valoraba sus puntos de vista sobre su trabajo legal porque su experiencia

empresarial a menudo le aportaba una perspectiva útil sobre sus casos.

—Debería poder asistir a las entrevistas —respondió Clara—. Las cartas que mencionó la Sra. Redley quizá requieran respuesta, pero nada que no pueda esperar hasta la noche.

Se dirigieron al comedor del desayuno, donde la luz de la mañana entraba a raudales por las altas ventanas que daban a los jardines rebosantes de verdor primaveral. El comedor formal, antaño escenario de comidas ceremoniosas y conversaciones medidas, ahora estaba reservado para ocasiones especiales. Este espacio más pequeño e íntimo se había convertido en el corazón de su vida diaria juntos.

Mientras se acomodaban alrededor de la mesa —Violet parloteando entusiasmada sobre sus planes para el día, Gabriel revisando su correspondencia y Clara examinando sus propias cartas —, Clara sintió una profunda gratitud por la felicidad doméstica y cotidiana que habían logrado. Esto era lo que había estado buscando sin saberlo durante aquellos oscuros meses tras la muerte de su padre: no solo justicia por los agravios del pasado, sino la posibilidad de construir algo bueno y duradero a partir de las ruinas del viejo dolor.

Después del desayuno, mientras Gabriel se marchaba a ocuparse de los asuntos de la finca y Violet se instalaba en sus lecciones matutinas con su nueva tutora, Clara se dirigió al pequeño estudio que habían dispuesto para ella. Era una habitación luminosa y alegre con ventanas que daban al jardín de rosas, amueblada con un escritorio que había pertenecido a la abuela de Gabriel y estantes que ahora contenían libros de derecho junto a volúmenes de poesía y filosofía.

Clara se instaló en su escritorio y abrió la primera de sus cartas, encontrando exactamente lo que Violet había predicho: una solicitud de representación legal de una mujer cuyo empleador se negaba a pagar los salarios adeudados. Era el tipo de caso que constituía el grueso de su práctica, pequeñas injusticias que podían parecer insignificantes por separado pero que representaban patrones más amplios de explotación y abuso.

Mientras redactaba su respuesta, en la que se ofrecía a llevar el caso y detallaba sus honorarios, Clara sintió la satisfacción de siempre, la que le producía poner sus habilidades al servicio de quienes más las necesitaban. Este trabajo era su vocación, tan parte de su identidad como su amor por Gabriel y Violet.

La segunda carta resultó aún más intrigante: una invitación para hablar en una conferencia sobre derechos de las mujeres en Mánchester, donde abogados de todo el país se reunirían para discutir estrategias destinadas a ampliar las oportunidades de participación femenina en el sistema de justicia. Clara aceptó de inmediato, imaginando ya cómo podría aprovechar la tribuna para defender la importancia de la representación legal para los pobres.

Fue al sellar sus respuestas cuando la mirada de Clara se posó sobre el diario encuadernado en cuero que la había acompañado a Westridge Hall, el repositorio de todas sus observaciones, sospechas y de su comprensión, paulatinamente transformada, de la familia que originalmente había venido a investigar. El volumen descansaba cerrado en una esquina de su escritorio, intocado durante semanas, desde que la atención de Clara se había desplazado de documentar agravios pasados a construir felicidad presente.

Abrió el diario y hojeó páginas que contaban la historia de su transformación de hija vengativa a esposa y madrastra amorosa. Allí estaban sus primeras observaciones recelosas sobre el carácter de Gabriel, su cuidadosa documentación de pruebas en su contra, su creciente confusión cuando esas pruebas no confirmaban sus ideas preconcebidas. Y allí, en entradas posteriores, estaban sus luchas con lealtades en conflicto, su comprensión naciente de la compleja red de manipulación que los había atrapado a todos, su reconocimiento de que la justicia a veces tenía un aspecto distinto del que había imaginado en un principio.

Clara pasó a una página nueva y tomó la pluma, pero se detuvo a considerar qué escribir. Aquel diario había sido su confidente durante el período más difícil de su vida, el lugar donde había elaborado sus pensamientos y emociones cuando no podía confiar sus verdaderos sentimientos a nadie más. Ahora, cuando ese

capítulo de su vida llegaba a su fin, quería marcar la transición como correspondía.

*Hoy visité la tumba de Margaret por primera vez como parte de esta familia, no como una intrusa en sus vidas*, escribió. *Llevé lavanda, como hizo Gabriel en su día, y le hablé como lo haría con cualquier mujer cuyo legado espero honrar. Había paz en aquel lugar tranquilo, y comprensión. No la satisfacción desesperada que una vez pensé que traería la justicia, sino algo mucho más valioso: la certeza de que el amor puede triunfar sobre el miedo, de que la verdad puede sanar incluso las heridas más profundas, de que las familias pueden construirse con los materiales más improbables.*

Clara hizo una pausa en su escritura para escuchar los sonidos que llenaban Westridge Hall: la risa de Violet desde el aula, la voz de Gabriel conversando con el jardinero bajo su ventana, los pasos enérgicos de la Sra. Redley mientras supervisaba las rutinas diarias que mantenían el hogar en perfecto funcionamiento. Eran los sonidos de una vida plenamente vivida, de personas que habían encontrado su lugar y su propósito en el mundo.

*Vine a esta casa con la intención de destruir a un hombre que creía que había agraviado a mi familia*, continuó Clara. *En cambio, descubrí que la capacidad para el bien y el mal existe dentro de todos nosotros, que las circunstancias pueden convertirnos en héroes o en villanos, que la redención siempre es posible para quienes están dispuestos a enfrentar sus errores con honestidad. Aprendí que el amor no es un lujo reservado a quienes tienen la fortuna de vivir sin luchas, sino una necesidad que hace soportable la lucha y da sentido a nuestros esfuerzos por crear justicia en un mundo injusto.*

Clara dejó la pluma y cerró el diario con serena determinación. La historia que contenía estaba completa, no porque todas las preguntas hubieran sido respondidas o todos los agravios reparados, sino porque había encontrado su lugar en la narrativa continua de amor y justicia que definiría el resto de su vida.

Se levantó del escritorio y se acercó a la ventana que daba a los terrenos donde una vez había caminado como una extraña tramando venganza. Ahora veía esos mismos jardines como un lugar de paz y

belleza, donde vería a Violet convertirse en la mujer notable que estaba destinada a ser, donde ella y Gabriel construirían recuerdos para toda la vida.

A lo lejos, Clara podía ver el edificio de la escuela donde niños de todo el condado ya estaban aprendiendo a leer, escribir y pensar por sí mismos. Más cerca de la casa, el jardín de rosas donde Gabriel la había besado por primera vez como su verdadera compañera y no como su esposa de conveniencia empezaba a mostrar la promesa de las flores estivales. Y por todas partes, la prueba de una vida construida sobre la honestidad y el respeto mutuo, sobre la convicción de que dos personas podían llegar a ser juntas más de lo que jamás habrían sido por separado.

El eco de la lavanda aún persistía en el recuerdo que Clara guardaba de su visita a la tumba de Margaret, pero ya no llevaba el peso de los secretos y la pena. Ahora hablaba de continuidad, de un amor que trascendía la muerte, de la hermosa verdad de que las familias podían expandirse para acoger un nuevo amor sin menoscabar lo que hubo antes.

Clara Finch —ahora Clara Harrow— había cerrado el capítulo final de su vida anterior y abierto la primera página de algo completamente nuevo. Y por primera vez desde la muerte de su padre, estaba escribiendo su propia historia.

Fin.

## TAMBIÉN DE VERITY THORNE

### La heredera del ama de llaves

*Cuando el linaje engaña y el corazón revela la verdad, ¿puede el amor reconstruir lo que la traición destruyó?*

Lady Cecily Harrow ha dedicado toda su vida a prepararse para heredar Thornwick Hall, hasta que una misteriosa cláusula en el testamento de su padre lo cambia todo. Entonces aparece Benedict West, un atractivo desconocido de aspecto rudo que llega con nada más que una reclamación legal y una inquietante capacidad para cautivar a todos, desde las criadas de cocina hasta los mozos de cuadra.

Decidida a desenmascararlo como impostor, Cecily empieza a indagar en el pasado de su familia, y descubre que algunos secretos permanecen enterrados por algo. Cartas anónimas, correspondencia quemada y las evasivas de su ama de llaves sugieren que el legado de los Harrow no es exactamente lo que parece.

Cuanto más profundiza en su investigación, más crece su atracción involuntaria hacia el hombre que amenaza todo lo que ella aprecia. La serena fortaleza de Benedict y su auténtica devoción por la propiedad despiertan sentimientos que Cecily nunca se ha permitido experimentar. Pero en un mundo donde el linaje determina el destino y un escándalo murmurado puede destruir toda una vida de respetabilidad, enamorarse de su supuesto enemigo podría ser la apuesta más peligrosa de todas.

Cuando las verdades enterradas durante tanto tiempo salgan por fin a la luz, ¿unirán dos corazones o destrozarán todo lo que Cecily creía saber sobre el amor, la lealtad y quién es en realidad?

Ambientada en una gran mansión rural, *La heredera del ama de llaves* es una historia arrebatadora de amor prohibido, secretos familiares y el coraje de forjar tu propio legado.

**DESCARGAR AHORA**